MARÍA DILLON

CUELLO DE Bbotella

I Premio de Novela Joven
LEER SUMA



FUNDACIÓN JOSÉ MANUEL LARA

CUELLO DE BOTELLA

MARÍA DILLON

CUELLO DE BOTELLA

I Premio de Novela Joven
LEER SUMA



A mis padres. Mamá, papá, gracias por vuestro amor, por ser mi hogar y por apoyarme siempre. Os quiero mucho.

A Alejandro, por quererme tan bien, hacerme reír tanto y escuchar hasta mis ideas más locas.

A mis hermanos, Guille y Lucas, por creer en mí y en que llegaré lejos. Recuerdo cada una de las veces que lo decís.

A mis amigas. A Clara, Gemma y Paula, por estar siempre ahí, por llenar mi vida de amor y risas, y por celebrar mis logros como propios. A Emma, con quien empecé a imaginar mil historias de fantasía, siempre seré una bruja con hadas como mascota. A Marta, por estar al otro lado del WhatsApp aguantando oleadas de mensajes y por ser mi compi de analizar el mundo; de ahí parten los escenarios más distópicos.

A Nacho y a Maya, por leer el manuscrito. Gracias.

PRIMERA PARTE

I. Orden, bienestar, estabilidad

–¿Por qué brilla el cielo?

Era de noche, y cuando oscurecía Alma siempre se hacía esa pregunta, pero era la primera vez que la formulaba en voz alta. Su rostro afilado apuntaba al cielo, tenía la mirada clavada en ese oscuro manto lleno de puntitos brillantes que cubría todo lo que había conocido hasta el momento. Su melena pelirroja y rizosa caía despeinada sobre sus hombros descubiertos, la temperatura a esas horas era agradable. La muchacha estaba sentada en el bar de una azotea de lo que parecía una ciudad céntrica. Le dio un sorbo a su bebida esperando que del otro lado de la mesa alguien le diese una respuesta. Solo había una persona frente a ella, otra mujer, y no parecía tener respuestas, sino más preguntas.

–¿Por qué quieres saberlo?

–No lo pone en ningún libro.

–Siempre tan curiosa. –La mujer se rio–. ¿Qué importa? No afecta a tu misión.

–¿Nunca te preguntas cosas que no son importantes para tu misión?

La mujer se encogió de hombros y dudó un segundo.

–A veces me pregunto… ¿Qué pasará cuando una de las dos dé el salto?

Alma esbozó una sonrisa justo antes de que la imagen se desvaneciese en su mente. Se despertó en un ambiente mucho más frío que el del sueño, convirtiéndolo en un recuerdo que parecía de otra época. Su cuerpo había cambiado, su melena pelirroja y rizosa se había vuelto castaña y lisa, sus rasgos ya no eran afilados, tenía la nariz chata y redonda, ojos grandes y marrones, y su complexión era más pequeña, de menor estatura. Sin levantarse de la cama, tapada

hasta la barbilla, y con un movimiento ya interiorizado, estiró el brazo para coger un rectángulo de cristal que había en su mesita. Le dio un golpecito con la yema del dedo y la pantalla se encendió, una palabra escrita en letras blancas ocupaba gran parte de esa superficie: Anavrin. Alma escribió su nombre en un rectángulo y en otro una clave que se ocultaba detrás de unos puntos gordos. La imagen de la pantalla cambió, mostraba el mapa de un pequeño pueblo y unas indicaciones. La chica tenía que dirigirse al puerto; se levantó de un salto, se vistió con ropa abrigada: gorro, bufanda, guantes, y salió por la puerta de una pequeña casa metálica construida con material dorado y oxidado.

El pueblo tenía casas más altas y casas más bajas, pero todas estaban hechas con el mismo material y eran de la misma gama de colores. Ninguna desentonaba, porque ninguna era nueva. Fuera hacía sol, pero la sensación térmica rozaba los cero grados. Desde hacía unos días, Alma vivía en la periferia, era la primera vez que saltaba a un sitio tan lejos del centro de esa urbe, o de ese país, puede que continente. Antes vivía en el núcleo, y allí, alguna vez se había preguntado cómo era la zona roja. Así se llamaba a la región más cercana a la muralla que rodeaba aquel lugar. En las últimas semanas, las dudas se habían multiplicado, sobre todo desde que conoció a Marlen. Era con ella, esa muchacha que un día apareció de la nada, un salto, con quien se preguntaba cosas que nadie más se preguntaba, como qué habría dentro de esa imponente torre de varios metros de altura que ocupaba el centro de aquella urbe, o de aquel país. Se preguntaban por qué los periféricos que a veces visitaban el núcleo llevaban tanta ropa, siempre vieja y algo sucia. Fantaseaban incluso con subirse en la línea 5 de la lanzadera y plantarse allí en cuestión de segundos para comprobar si de verdad hacía tanto frío. Alma siempre había saltado a destinos dentro del núcleo y la zona B, eso era lo más lejos que una lanzadera la había

llevado y allí siempre hacía calor. Las lanzaderas transportaban a los anavrianos de un lugar a otro del territorio en un abrir y cerrar de ojos, menos al norte, porque en el norte no había nada. Tampoco traspasaban, como era lógico, las murallas que rodeaban Anavrin, la única ciudad del planeta desde que el viejo mundo se extinguió. Lo que ocurrió antes de la creación de Anavrin lo desconocían los habitantes de ese lugar, los únicos supervivientes, ni siquiera les interesaba. Para qué iban a llevarles las lanzaderas más allá, si más allá no había nada. Esos vehículos no tenían asientos, solo barras para sujetarse porque no daba tiempo a cansarse en lo que duraba el trayecto. Para acceder a ellos había que tener en todo momento la pantalla de Anavrin, porque en Anavrin los cuerpos no otorgaban identidad, eran solo soportes de conciencias dormidas. Orden, bienestar y estabilidad, esos eran los valores que promovía aquella ciudad, por eso no podían moverse libremente de un lado a otro.

En el puerto, Alma se identificó y después comenzó a dar las órdenes que leía en ese rectángulo de cristal que todos tenían. Su nueva misión en la periferia era la de gestionar las provisiones que salían del pueblo al núcleo, y también las que entraban al pueblo, aunque eso ocurría con mucha menos frecuencia. Un hombre mayor, que fumaba una pipa metálica, observaba a Alma a una distancia prudente mientras la joven indicaba a las embarcaciones el recorrido que debían hacer ese día. Era un señor corpulento e iba poco abrigado. Llevaba una camisa de cuadros, unos pantalones y unas botas. No llevaba bufanda, en su lugar, una barba larga le cubría el cuello. El frío había teñido de rojo la punta de su nariz y el contorno de sus orejas que sobresalían de entre los mechones de pelo despeinados. Alma vio por el rabillo del ojo cómo el hombre se acercaba paso a paso

–¿Has dado el salto hace poco? –preguntó mientras echaba humo por la boca. Tenía una voz ronca.

La muchacha se sorprendió, tardó unos segundos en comprender que le hablaba a ella.

–Hace tres noches. ¿Cómo lo sabes? –respondió sin mirarle.

–¿Qué has hecho?

Ante la pregunta, que parecía una acusación, Alma clavó su mirada en aquel hombre, que tenía una sonrisa pícara dibujada en el rostro.

–¿Qué quieres decir? –Alma frunció el ceño.

–Saltar aquí… –dudó un instante–. No suele ser por algo bueno. El que llega a la zona roja, no sale. –El hombre se encogió de hombros e inhaló su pipa–. Mira a tu alrededor. –Expulsó de nuevo humo y miró hacia los lados–. Tenemos recursos para abastecer a todo el territorio, pero aquí se quedan pocos de esos recursos.

–¿Y mi cuerpo? ¿No estaba ya aquí? Alguien habrá podido salir hace tres noches.

–No. –Negó con la cabeza y arqueó las cejas–. Nunca había visto este cuerpo.

Eso era imposible, los cuerpos estaban distribuidos por el territorio y saltaban de uno a otro, todo seguía un orden. Alma le preguntó su nombre, quería que se identificase por si tenía que denunciarle a las autoridades. Lo que decía aquel hombre sonaba a conspiración y eso podía desestabilizar a otros anavrianos. El señor de la pipa se rio y no obedeció la orden de la joven.

–Hace frío, ¿verdad? –Se abrazó a sí mismo y se frotó cada brazo con la mano contraria–. Lo hace para que los de allí no tengan interés en venir tan lejos. También lo hace para que pensemos que cuanto más nos alejemos, más bajarán las temperaturas. Tu último salto, ¿fue distinto a los otros?

La pregunta hizo que a Alma se le sonrojaran las mejillas. La chica frunció más el ceño, lo había sido, no se lo podía sacar de la cabeza. Había sido todo tan distinto, sobre todo esos últimos días, no

dejaba de pensar en Marlen. Pero lo que ese hombre le decía le resultaba aún más extraño. Se dio media vuelta y se fue. El hombre soltó una carcajada aún mayor que la anterior.

–Por eso estás aquí. –Levantó la voz a medida que la chica se alejaba–. No te preocupes, aquí eso no está prohibido.

II. El salto

Hacía tres noches que Alma se había ido a dormir en su apartamento del núcleo, y hacía ya un tiempo que había saltado a ese cuerpo que vivía en la sexta planta de una de las calles principales de aquella urbe, o de aquel país. En el núcleo los edificios eran mucho más modernos, también metálicos y acondicionados con tecnología de última generación. Por dentro eran todos iguales, con una moqueta gris que absorbía la suciedad, un baño con una ducha inteligente capaz de regular la temperatura del agua por sí sola, una cama individual y una mesa con una silla. La comida llegaba a su puerta todas las mañanas. Por fuera, los edificios eran de color blanco o negro, con detalles dorados que no estaban oxidados.

Esa noche, la chica tardó en conciliar el sueño, algo poco habitual en los anavrianos. La pregunta que Marlen le había hecho horas antes en aquella azotea no dejaba de repetirse en su cabeza. En su vida no había hecho otra cosa que saltar de cuerpo en cuerpo y cumplir las misiones y objetivos que Anavrin le había asignado, porque mantener el orden del territorio era el motor de esa sociedad adormecida, y nunca antes había querido quedarse donde estaba. Lo que su conciencia le proponía era un delito inconcebible en aquel lugar, anclarse a un cuerpo, a un propósito, estaba prohibido. Un día conoció a Marlen y, aunque no sabía qué era lo que le pasaba, no quería alejarse de ella.

Hacía tres noches que se había ido a dormir en su apartamento del núcleo, con su melena pelirroja, con sus rasgos afilados, con muchas preguntas y con ganas de volver a ver a Marlen, y se despertó en otro cuerpo y en otro sitio. No era la primera vez, pero esa vez había sido distinta. La mañana que abrió esos ojos, unos ojos diferentes a los que había cerrado horas antes, su pecho se encogió y de ellos salieron lágrimas por primera vez. Ni siquiera sabía lo que

era llorar, se levantó para mirarse en el espejo e intentar entender de dónde salía ese líquido que sabía a sal. Su rostro, pese a ser distinto, le resultaba familiar. Se repasó con el dedo el contorno de las cejas, el de la nariz, el de la comisura de sus labios. Trazó con su yema una línea de un lóbulo de la oreja al otro, y habló, para escuchar su nueva voz. Buscó entre el desorden de la habitación la pantalla de Anavrin, siempre había una. Se identificó y en su perfil accedió a su diario. Alma llevaba un registro de sus saltos, le hacía una foto a su rostro y detallaba su misión en ese nuevo cuerpo. Deslizó la pantalla hasta arriba del todo, lo más rápido que pudo, como si ya supiera lo que estaba buscando.

–Lo sabía –susurró.

Extrañada, comparó la imagen de su primer salto con la que veía reflejada en el espejo. Vuelvo a ser mi primer cuerpo, pensó y torció el morro. ¿Esto puede ocurrir?, se preguntó.

III. Más allá de la muralla

Aquella tarde, la de su tercer día en la zona roja, cuando Alma ya había cumplido todos los objetivos de la jornada, fue a buscar al hombre de la pipa. El señor le provocaba desconfianza, lo que decía no tenía para ella ningún sentido, pero su salto sí que había sido distinto. Tal vez entre alguna de sus locuras había una respuesta. Atravesó varias calles con casas metálicas a ambos lados, tenían la pintura saltada, o las ventanas tapiadas, algunas con flores, algo de vida para disimular la tristeza de aquel pueblo abandonado por el núcleo. Preguntó a viandantes que sonriendo le respondieron con un nombre; ¿Mark?, estará en el bar, le decían indicándole el camino. Pronto se topó con la taberna. El hombre, al otro lado de la barra, era quien la regentaba. Se sentó en un taburete y él enseguida se acercó.

–¿Cómo se llama? –le preguntó el señor.

–¿Quién? –respondió desafiante.

Alma había ido hasta allí a encontrar respuestas, no a darlas.

–La persona que ha hecho especial tu anterior salto. No lo pueden controlar todo.

Mark sacaba brillo con un trapo al grifo de cerveza.

–¿Controlar? ¿A qué te refieres?

–A Anavrin. Su tecnología, está claro.

–Anavrin no nos controla, nos guía –protestó la chica con un golpe en la barra. No sabía por qué, pero ese hombre le ponía de mal humor–. Sin esa tecnología no habría orden. Anavrin es estabilidad y bienestar. –Se lo sabía de memoria.

–¿No es eso control?

Alma no contestó, se cruzó de brazos. El hombre sonreía, la inocencia de la joven le parecía tierna.

–¿Cerveza? –Ella asintió con rostro serio–. Y bien… –Mark insistió mientras le servía la bebida–. ¿Cómo se llama?

–Marlen. Pero eso ya da igual. He saltado, y ella es posible que también.

–Bueno, es difícil rastrear un salto. –Mark se acarició la barba pensativo. Alma frunció el ceño. ¿Difícil? ¿Acaso era posible?– Pero tal vez te puedan ayudar más allá de la muralla.

–Más allá de la muralla no hay nada –afirmó sin seguridad. Otra duda asaltaba su mente. Ya no sabía qué creer.

El pueblo delimitaba con parte de la muralla que rodeaba todo el territorio. Anavrin estaba dividido en varias zonas que se diferenciaban por el tiempo que hacía en ellas y los recursos destinados a las mismas. El día y la noche, el frío y el calor, todo era artificial. La tecnología que servía de motor para aquel lugar decidía cuándo se ponía el sol y los grados que haría a las afueras y en el interior. Más allá de la muralla no había nada, un enorme desierto en el que los días eran más largos de lo que un anavriano podría soportar, más largos de lo que duraban en el viejo mundo, cuando cada veinticuatro horas la tierra había dado una vuelta sobre sí misma. Eso ya no ocurría.

Al centro de aquella urbe lo llamaban el núcleo, y en él había una enorme torre a la que pocas personas tenían acceso: El Origen de Anavrin, con la parte superior más estrecha que la inferior. El rascacielos, el más alto de aquella ciudad, a veces país, estaba rodeado por varias instalaciones igual de impenetrables. Fue lo primero que se construyó según los libros, los pocos que estaban permitidos. El núcleo era una metrópoli con carreteras, túneles, lanzaderas, locales de ocio y megáfonos que de vez en cuando repetían los valores del territorio y otras muchas frases hechas que se podían leer en los libros, en las pantallas de Anavrin, en las paredes de algunos edificios, y que todos se sabían de memoria. Era un círculo perfecto y lo rodeaba la zona B, otro círculo perfecto cuya

frontera la marcaba una primera valla, más humilde que la gran muralla, y que separaba esas dos zonas del resto, menos del norte. En el norte de Anavrin había otro desierto, uno helado, eran kilómetros y kilómetros de hielo, montañas nevadas, algún animal salvaje capaz de sobrevivir a esas temperaturas y el océano. No se necesitaba una muralla, porque nadie quería acercarse a lugares tan fríos. Al este de la zona B estaba la zona verde, y al oeste la zona azul, a estos dos puntos aún llegaban recursos y tecnología algo moderna, aunque no de última generación. Lo siguiente era la zona roja, que rodeaba todo el sureste y el suroeste hasta delimitar con la muralla. Lo último antes de la nada.

¿Por qué tanta seguridad si más allá no hay nada?, pensaba Alma de vez en cuando.

–¿No hay nada? ¿Y cómo explicas a los visitantes?

–¿Los visitantes?

–Sí. –El hombre puso un vaso lleno de cerveza frente a Alma–. Los que vienen de lo que tú llamas: la nada –vaciló haciendo aspavientos con las manos–. No son de aquí, eso lo sabemos. No han saltado, porque van y vuelven siempre en el mismo cuerpo. No tienen la pantalla de Anavrin, ni tampoco una misión. O al menos una que provenga del núcleo.

Alma escuchaba en silencio, atónita. Ni siquiera se había dado cuenta de que la espuma de la cerveza se le había quedado entre la boca y la nariz con el primer sorbo. Tres noches atrás no habría podido creerse nada de lo que aquel hombre le estaba contando, esa misma tarde había pensado hasta en denunciarlo a las autoridades por promover ideas alejadas de los valores del núcleo: orden, bienestar y estabilidad. Pero entonces, tres noches después, la duda invadía su mente. Y la incertidumbre era contraria al orden, al bienestar y a la estabilidad.

–Tal vez esa gente te pueda ayudar a encontrar a Marlen. Aunque es raro que quieras buscar a otro como nosotros. –Se movía de un lado a otro de la barra recogiendo los vasos ya vacíos–. Eso es lo que ha hecho que te hayan enviado aquí.

El tono firme y prepotente de Alma se volvió entonces un susurro. Le preocupaba que hubiese un motivo por el que hubiese saltado a la periferia, y le preocupaba aún más desconocer de qué se trataba.

–¿Qué quieres decir?

–Tú misma lo has dicho. Anavrin nos guía, es orden. Lo que a ti te está pasando ahora es algo que a nosotros no nos pasa. –Mark bajó el tono y se inclinó sobre la barra, acercándose lo máximo posible a la chica–. Se llama 'emociones'.

–¿Y tú cómo sabes qué es lo que me pasa? –protestó de nuevo.

–Aquí sabemos cosas que no deberíamos saber para que el sistema funcione, por eso estamos tan lejos, y, por eso, te habrás dado cuenta, tenemos menos cosas que el núcleo. Pero tampoco sabemos lo suficiente, de ser así no podríamos estar en Anavrin. Los visitantes son los que más saben, por eso están más lejos y no tienen nada que provenga de este lugar.

–Y, ¿para qué vienen aquí?

–No lo sé –se encogió de hombros–. Tendrás que preguntárselo tú.

–¿Cuándo vendrán?

La respiración de Alma se aceleró, se le abrieron los ojos como platos. Mark no veía ese entusiasmo desde hacía décadas, desde la última vez que una mujer viajó del núcleo a la periferia.

–Nadie lo sabe. Tendrás que esperar. Pero no te preocupes, si no apareciesen, dicen que el tiempo todo lo cura.

–¿Quién lo dice? –A Alma todo le sonaba raro.

–Los visitantes. –Le guiñó un ojo.

El sonido de una campana anunció la llegada de más gente a la taberna. Sonaba cada vez que alguien abría la puerta, y otra vez cuando se volvía a cerrar. Entre el primer tintineo y el último pasó bastante tiempo. Alma se giró, un grupo amplio había entrado.

–Mark, pon una ronda –dijo una señora.

–Sí, enseguida. –Eran siete, se sentaron en una mesa. La mujer se acercó a saludar al tabernero–. Elisa, te gustará conocer a Alma. –La señaló con la mirada–. Viene del núcleo.

Elisa giró la cabeza y vio a la muchacha sentada a un lado, de brazos cruzados y con la frente arrugada. Después miró a Mark con complicidad.

–Ya veo. Yo también pertenecía al núcleo. Pocas personas saltan aquí desde ese sitio.

Esa confesión hizo a Alma levantar la cabeza. Miró a la mujer, parecía aún mayor que Mark. Líneas irregulares adornaban su pálido rostro, tenía los ojos azules rodeados por unas largas pestañas. Mechones blancos se intercalaban entre su melena negra y ondulada. La sonrisa le ocupaba casi toda la cara. Alma no había visto a nadie sonreír tanto, mucho menos a alguien que proviniese del núcleo.

–¿Cuánto tiempo llevas aquí? –preguntó la chica.

–¿Yo? Casi una vida. Por aquí hay pocos cambios.

–Sí, supongo –susurró.

Mark sirvió las cervezas y no aceptó la identificación de ninguno, tampoco la de Alma. Esa era la forma de pagar en aquel lugar, con la pantalla de Anavrin.

–A esta invita la casa, como siempre –dijo riéndose. Alma se sobresaltó.

–Os cortarán el grifo. –Todos se rieron–. No le saldrán las cuentas al núcleo.

–Aquí han faltado muchas cosas. Nos hemos quedado sin calefacción, sin pescado y eso que sale de nuestros puertos, sin luz.

Pero nunca sin cerveza. Creería que es infinita –dijo Mark golpeando algo tras la barra– si no fuese porque tengo que cambiar el barril de vez en cuando. Es el elixir que calma a las fieras, si nos quitan la cerveza quién sabe lo que pasaría.

–¡Sí, señor! –gritó un cliente sentado tras ellos con el vaso en alto.

La campana volvió a sonar unas cuantas veces en el tiempo que Alma se bebió su cerveza. Mark estaba cada vez más ocupado, y el ruido desconcentraba a la joven, así que se marchó de la taberna.

Esa noche, en la cama, Alma aún pensaba en Marlen, y en cómo encontrarla. No podía sacarse de la cabeza a los visitantes, o la idea de que más allá de la muralla hubiese algo que pudiese ayudarla. Toda su vida, en los libros de Anavrin, había leído que el territorio era lo único seguro. Orden, bienestar y estabilidad dentro de las murallas, orden, bienestar y estabilidad al cumplir las misiones, objetivos establecidos para mantener el orden, el bienestar y la estabilidad. Sin preguntas. Sin dudas. De ser así, de no cumplir con lo establecido, el peligro podría extenderse por todo el territorio. ¿Qué peligro?, se preguntaba la muchacha. La incertidumbre monopolizaba su mente, podría traer a Anavrin males que ni imaginaba con sus pensamientos. La muralla ponía límites a un lugar seguro, ¿qué hacía al más allá inseguro? Más dudas. No, no. No hay que tener dudas, se decía a sí misma. Eso era lo que la había hecho despertar en la zona roja. Pero, ¿por qué?, ¿qué delito había cometido?, ¿cómo iba a evitar volver a hacerlo si no sabía qué había hecho mal? Y en su cabeza retumbaba una y otra vez una palabra, una que nunca había escuchado: emociones, lo que según Mark la había condenado, ¿cómo lo controlaría?

Al día siguiente la vista le pesaba al despertarse, dos líneas se habían dibujado bajo sus ojos, reflejaban cada duda nocturna que la

había mantenido un minuto, y otro minuto, y otro más, despierta. Se duchó, se volvió a abrigar y miró en la pantalla de Anavrin su misión de ese día. De camino al puerto se fijó en las personas del pueblo con las que se cruzaba, ¿cómo identifico a un visitante?, se preguntaba. Realizó su misión y volvió a la taberna. Mark la saludó efusivo y empezó a servirle una cerveza.

–¿Ha venido hoy algún visitante? –preguntó con determinación.

–No, Alma. –El hombre suspiró, temía que la muchacha se obsesionase–. Puede que tarden mucho en volver, puede que ni siquiera nos demos cuenta o que no quieran hablar contigo. No puedes obligarles.

–Si los ves, avísame –ordenó.

Y antes de que Mark pudiese responder, Alma ya había salido de la taberna.

IV. El visitante

El tiempo pasaba y Alma se daba cuenta de lo diferentes que eran el pueblo y el núcleo, no solo en el aspecto. En la periferia la gente se miraba a los ojos, sonreía más y se hacía preguntas. De camino a la misión la gente le daba los buenos días, hablaban del tiempo; hoy Anavrin nos ha permitido quitarnos la bufanda y los guantes, con diez grados no se está tan mal, decían algunos, y a ella le gustaba escuchar conversaciones ajenas. Después se reunía en el bar con Mark, Elisa y más gente, y comentaban que habían subido las temperaturas, que el atardecer artificial ese día había sido más bonito.

–El artista de esta época del año se esmera más con los colores –explicó Elisa– . Y eso quiere decir que se acerca mejor tiempo. Tal vez pronto podamos llevar solo camiseta y pantalón –siguió diciendo sonriente– pero siempre con botas, porque las precipitaciones son muy inestables aquí.

Alma asentía mientras le daba un sorbo a la cerveza. Escuchaba al grupo hablar sobre su misión, criticaban la cantidad de recursos que salían hacia el núcleo y otro día más que en el pueblo nadie cenaba pescado.

Recordaba que en el núcleo no había tiempo para mirarse a los ojos. Los anavrianos iban de un lado a otro, al mismo ritmo, ni muy rápido ni muy lento; destacar, ser distinto, era peligroso. Todos daban un paso y luego otro y otro más, cabizbajos, y llevaban una ropa parecida en tonos neutros, la que colgaba en sus armarios. Al acabar su jornada, la misión del día les daba una última indicación. Fiesta del Jazz en el bar de la calle 3. Cena Gran Manjar en el restaurante del edificio Shelley. Baile atuendo dorado en el salón Isabel. Ronda de cervezas en el bar de la calle 4. A cada anavriano le tocaba asistir a un evento siempre con grupos de gente nueva: o no

se habían visto antes o ya no se recordaban. El bienestar era beber para desinhibirse, tomar sustancias estupefacientes que los locales proporcionaban por orden directa de El Origen. En esos eventos tampoco se miraban a los ojos, seguían órdenes, la pantalla les indicaba con quién y cómo debían interactuar, era una misión más disfrazada de ocio, de falsa libertad. Alma estaba acostumbrada a la soledad, no concebía la vida como algo que compartir con los demás, pero un día, en una de esas fiestas, una mujer sonriente se le acercó. Las drogas, el alcohol, pensó, porque en aquel lugar solo sonreían cuando ya llevaban una buena dosis de sustancias en el cuerpo. Sonreír no era ni bueno ni malo, era una expresión más que ocurría de vez en cuando.

–Me llamo Marlen –le dijo.

Esa noche fue la primera que Marlen se le acercó, y en eso no había nada de raro, pero al día siguiente Marlen volvía a estar en el mismo evento nocturno, y a los dos días se la encontró por la calle. Miró a Alma a los ojos.

–Hola. ¿Ya sabes a dónde irás esta noche? A mí me toca Comida Pica Pica en el piso 4 del edificio Poe.

Alma negó con la cabeza, aún no sabía a qué evento debía asistir esa noche. Marlen sonreía, a esa hora nadie iba colocado en Anavrin, estaban en horario de misión. Se miraban a los ojos, y estaban quietas en el centro del núcleo, a su alrededor todo el mundo caminaba cabizbajo, al mismo paso, a la misma velocidad. Uno y otro y luego otro, y algunos miraban extrañados, se preguntaban por qué había dos ahí *parados*.

–Si no te gusta tu plan, puedes venirte al mío. Nos vemos luego. –Marlen dio un paso y otro y luego otro. Alma la imitó, a ella y a todos los demás.

En la periferia, ya conocía las caras de todos los vecinos y eso hacía más fácil averiguar si llegaba un visitante. Ocurrió un día que

la chica iba camino al puerto, tenía que hacer inventario del material de pesca para realizar un encargo al núcleo de lo que faltase, y entonces vio una cara nueva hablar con Mark. Era nueva para ella, pero el hombre de la pipa no parecía mostrar dudas ante la presencia de aquel extraño, como si ya hubiesen hablado antes. Lo primero que llamó su atención fue la ropa que este llevaba, iba cubierto con una tela hasta la cabeza. Era alto y corpulento como Mark, pero más joven. El tabernero se mostraba confiado, el otro hombre estaba más tenso, algo inquieto, y miraba hacia los lados.

Mark miró a Alma de reojo y afirmó con la cabeza, como si quisiese avisarla de que por fin había llegado el momento que tanto esperaba. Ella comenzó a caminar rápido en esa dirección, entonces él movió lentamente la cabeza de lado a lado, y el hombre desapareció entre la gente del pueblo. Era día de trueque, los periféricos se agolpaban en la calle haciendo recuento de recursos e intercambiando provisiones o repartiéndolas a quien menos tenía. Alma tuvo que esquivar a varios periféricos para llegar a donde estaba Mark.

–¿Por qué has dejado que se vaya? –protestó.

–¿Por qué has venido? ¡Puede que no le volvamos a ver!

–¿Y por qué me estabas mirando?

–Para que supieras que había vuelto, pero te dije que tuvieses paciencia. –Alma refunfuñó y se puso de puntillas mirando de lado a lado–. Tienes que ser discreta. No dejes que en el núcleo sepan que algo raro está pasando. Él te encontrará.

–En el núcleo no quieren saber nada de mí. ¿Cómo van a saber lo que pienso o con quién hablo?

Mark se rio.

–Eres muy cabezota. Te lo he dicho varias veces, lo saben todo. ¿Cómo iban a saber lo de Marlen, si no? –La señaló con el dedo–. Perfil bajo –advirtió, y se fue en otra dirección.

La chica seguía de puntillas, entrecerró los ojos para intentar ver más allá de lo posible, pero no encontró al visitante. Los puestos de la periferia inundaban las calles. Un pitido llamó su atención, la pantalla de Anavrin emitía una alerta, llegaba tarde al puerto. Resopló, había perdido su oportunidad.

V. Se llaman estrellas

Esa noche, cuando Mark vio entrar a Alma en la taberna, le hizo un gesto desde el otro lado de la barra. Ella se acercó y, mientras atendía a los clientes, vecinos del pueblo que saludaban a Alma y le preguntaban por su día, él le susurró que el visitante había estado ahí y le había dado algo para ella, un papel. Con la mirada le indicó dónde estaba. Alma se inclinó sobre la barra, con medio cuerpo al otro lado estiró el brazo y alcanzó el papel que Mark había guardado, él seguía sirviendo bebidas. Le preguntó qué ponía en voz baja mientras ella leía en silencio. Al terminar se guardó el papel en el pantalón y miró el reloj, ya llegaba tarde. Me tengo que ir, dijo, luego te cuento. Mark se quejó, espera, le ordenó, dime al menos qué pone en el papel, pero Alma ya había salido por la puerta, rechistó y pensó que la próxima vez no sería tan discreto y lo leería, la intriga le recorrió el cuerpo porque él también había recibido indicaciones del visitante, pero le faltaba una pieza del puzle.

El hombre había citado a Alma en la azotea del edificio más cercano a la muralla hacía unos quince minutos de la hora que marcaba el reloj. Ya era de noche, Alma se apresuró, la casa a la que tenía que llegar estaba a unos seis minutos a paso ligero, los pies se movían tan rápido que parecía que flotaba, pero no quiso correr, en Anavrin nadie corre y temía que si sus pulsaciones subían de más, el núcleo notase algo fuera de lugar. Mark le pidió solo una cosa, discreción. Desde el suelo vio la silueta de una persona encima del edificio, no fue capaz de identificarla, pero la mano de esa silueta se movió en el aire de un lado a otro. Alma le devolvió el saludo, entró en el edificio y subió las escaleras sin correr demasiado. El hombre estaba apoyado en el muro de la azotea mirando el cielo.

–Dice Mark que tienes muchas preguntas. –Su voz era grave–. Dice que nunca antes había conocido a alguien que se preguntase con

tanta insistencia por qué brilla el cielo.

Alma se acercó desconfiada, paso a paso, giraba la cabeza con movimientos lentos, por si hubiese alguien más allí. El hombre llevaba ropa ligera para la temperatura que hacía, una tela cubría solo sus hombros, su pantalón tenía muchos bolsillos. Atadas a su cinturón, llevaba unas gafas con una goma elástica. Ella se apoyó a su lado y clavó su mirada, una vez más, en esos puntos brillantes del cielo.

–Se llaman estrellas. –Sonrió y sacó un libro de uno de los bolsillos de su pantalón.

En él ponía *Astronomía para dummies*. Se lo dio a Alma, sus manos tenían callos y sus uñas estaban sucias, pero la chica no se fijó en eso.

–Nunca antes había visto un libro así.

–Porque es un libro prohibido en Anavrin. Está escrito por alguien de fuera, de hace mucho tiempo. Lo que brilla son cuerpos celestes, estrellas. –Los dos miraron el cielo–. Algunos podrían incluso ser territorios, planetas como este en el que vivimos.

–¿Más territorios? ¿Cómo los que hay fuera de la muralla?

Alma miró de nuevo al hombre. Tenía un rostro serio, pero sus ojos brillaban como las estrellas. Sus cejas eran contundentes, tenía el mentón cuadrado, un cuello potente y su tez era algo más oscura que la pálida piel de la muchacha. Llevaba el pelo atado en un moño y tenía una cicatriz en la mejilla.

–Sí. Más o menos. Lo intentaron hace tiempo, vivir ahí arriba –dijo señalando al cielo con el dedo–. Pero no consiguieron encontrar territorios en los que pudiésemos sobrevivir.

–¿Por qué querían subir ahí? –El visitante soltó una pequeña carcajada.

–Por dos motivos. Porque el ser humano siempre ha querido más, conquistar. Y porque la Tierra… –hizo una breve pausa y miró a

Alma–. La Tierra es esto, donde estamos, y flota también en un cielo enorme llamado universo. Está todo en el libro. A la Tierra se le estaban acabando los recursos para abastecernos a todos. Necesitábamos una solución y muchos pensaron que estaba en otros mundos –se encogió de hombros–, otros buscaron una solución aquí abajo. Soy Thibauth, por cierto. –Le extendió la mano, Alma ignoró el gesto–. No dejes que nadie vea que tienes ese libro, pero si quieres más respuestas, tendrás que venir conmigo.

–¿Ir a dónde? –la nariz se le arrugó al formular la pregunta.

–Más allá de la muralla.

Alma se rio.

–Eso es imposible. ¿Cuántos sois? ¿Cuánta gente vive fuera de las murallas? Pensaba que era imposible –repitió. La chica hablaba muy rápido.

–Haces muchas preguntas –evitó contestar–. Nosotros también tenemos preguntas, puede que tú tengas las respuestas.

–¿Yo? Vosotros sabéis mucho más que yo.

–No. Sabemos más que tú de lo que hay ahí fuera y de lo que había antes de Anavrin. Pero de lo que ocurre aquí sabemos poco.

–¿Antes de Anavrin?

–Sí, ya te lo he dicho. –El tono del visitante empezó a sonar desesperado, parecía tener prisa–. Antes de Anavrin había un mundo. No puedo seguir dándote respuestas si no vas a venir conmigo. Un trato es un trato –dijo forzando una sonrisa para disimular su impaciencia, y le volvió a ofrecer su mano–. En el viejo mundo se daban un apretón de manos cuando llegaban a un acuerdo.

–Pero yo tengo una misión aquí. Estoy en la periferia porque hice algo mal, algo que ni siquiera sé qué es. ¿A dónde me enviarán cuando sepan que he cruzado la muralla?

–Te irías para no volver.

–Eso es imposible. Me harían volver con un salto, eso no se puede controlar. Me despertaría en otro cuerpo en un lugar mucho peor que la periferia.

El chico se cubrió la cabeza, dudaba que la periferia fuese peor que el núcleo, pero no tenía tiempo para explicárselo. Cogió a Alma por los hombros con fuerza y la miró fijamente a los ojos. Sabía que tenía que cambiar de estrategia, la muchacha quería respuestas y el reloj jugaba en su contra.

–No tengo tiempo para esto. Mi misión es sacarte de aquí, y mi expediente es impecable. –Se metió la mano en uno de sus bolsillos y al sacarla, la abrió una vez más, esta vez en horizontal. En su interior había una pastilla alargada y violeta, se la ofreció a Alma–. Esto frenará el salto.

La muchacha dio un paso hacia atrás, él suspiró.

–Eso es imposible. Es natural, no se puede frenar.

–Es tecnología, no es natural. Te prometo que te lo explicaré todo. Pero necesito que vengas conmigo esta noche.

–¿Esta noche?

Alma estrujó la pastilla con sus dedos, y se la puso a la altura de sus ojos. Thibauth puso la mirada en blanco. Al tomársela, Anavrin no podría controlarla durante un tiempo, el suficiente para llegar a la primera base, a pocos kilómetros de la muralla, allí dos amigos les esperaban. Ellos habían desarrollado esa pastilla y llevaban años estudiando la tecnología de Anavrin, sabrían cómo anular todo lo que pudiera suponer un problema para Alma más allá de la muralla.

–Ahora o nunca. Tenemos que irnos ya. –Se puso la mochila al hombro.

Ella tardó en reaccionar, lo que Thibauth le proponía era una auténtica locura. Recordó a Mark y la primera vez que escuchó hablar de los visitantes. Tal vez esa gente te pueda ayudar a encontrar a Marlen, le había dicho el periférico, aunque es raro que

quieras buscar a otro como nosotros, eso es lo que ha hecho que te hayan enviado aquí, nunca entendió esa frase, tampoco entendía muchas de las cosas que le estaban pasando. Pensó que si aceptaba la propuesta no volvería a ver a Mark, ni a Elisa, ni a la gente del pueblo. A Marlen puede que tampoco. Le temblaba el cuerpo.

–¿Qué me está pasando? –preguntó con la voz entrecortada.

–Que tienes miedo.

–No me gusta el miedo.

–A nadie le gusta. Si te tomas esa pastilla, será el primer paso hacia la confianza, y eso es lo que te salva del miedo.

VI. Como las películas del viejo mundo

Como en *Matrix*, solo que aquí había que decidir sí o no. Tomarse la pastilla o no tomársela, claro que Alma nunca había visto *Matrix*, tampoco se había tenido que enfrentar antes a ningún tipo de decisión, mucho menos a una que podría poner su vida patas arriba. Temía a la inestabilidad y que sus acciones, como el aleteo de una mariposa, afectasen a un territorio que, aunque no sabía muy bien si bueno o malo, era todo lo que conocía. Más allá de la muralla no había nada, eso le habían hecho creer, pero más allá de la muralla había un mundo, otra civilización con la que llevaban años conviviendo en el mismo planeta, y no sabían de su existencia. No lo sabía Alma, porque en el pueblo todos habían visto a Thibauth en varias ocasiones. No lo sabía el núcleo, ¿o sí? ¿Por qué tanta seguridad si más allá no había nada? Y, ¿por qué tanta seguridad si lo había? ¿Era peligroso lo que había fuera? A Alma, Thibauth no le parecía peligroso, tampoco se lo parecía el pueblo y, sin embargo, la tecnología motriz de aquel lugar, ciudad, país, enfriaba la zona roja como una advertencia, como un castigo, y los asfixiaba con la falta de recursos que ellos mismos producían, y ellos acataban, obedientes; orden, bienestar, estabilidad. ¿Era el núcleo peligroso? Alma había vivido allí años y no le parecía peligroso, pero menos se lo parecía el pueblo. ¿Y si al conocer otra realidad se hubiese dado cuenta de que la primera no era tan buena? ¿Y si Anavrin era peligroso para la gente que había fuera? Confiar. Confiar ayudaba con el miedo. El corazón nunca le había latido tan rápido, tragaba saliva y miraba aquella pastilla, sudaba pese al frío en aquella azotea. Miró el cielo, miró las estrellas, se llaman estrellas, pensó, y algunas son tan grandes o más que Anavrin, y nunca nadie le había hablado de las estrellas, ¿qué más habrá ahí fuera que desconozca? Y esa curiosidad le dio confianza, o desconfianza en todo lo que hasta ese momento

había conocido, porque más allá no había nada, eso le habían contado. Sin dejar de mirar aquel cielo oscuro con destellos, se metió la pastilla en la boca y, antes de quedarse sin saliva, se la tragó.

–Tenemos que irnos.

Thibauth sacó de la mochila una manta como la que cubría su cuerpo y le indicó a Alma que cubriera el suyo. Era una manta fina, una tela que apenas pesaba, al cruzar la muralla las temperaturas subirían de golpe, el calor al otro lado era inhumano y esa tela que le ofrecía refrigeraría su cuerpo y la protegería del sol. Thibauth se quitó los pantalones con múltiples bolsillos y la camiseta, debajo llevaba un mono apretado, tenía unos hexágonos casi inapreciables dibujados, era de color marrón con detalles dorados, le cubría hasta los pies. De su muñeca salió un holograma, representaba un mapa con puntos rojos que se movían de un lado a otro, señaló una zona, un trozo de la muralla cercano al puerto.

–Aquí se sumerge parte de la muralla en el agua. A dos metros de profundidad, la pared se transforma en una red con agujeros para que los peces del exterior entren a Anavrin y podáis comer. Algunos agujeros son más amplios que otros. Sobre todo los más profundos. ¿Sabes nadar?

–Solo en piscinas.

–Esto es como una piscina. –Le dio una palmada en la espalda–. Nada en este sitio es natural. De hecho, a unos diez metros hay un cristal, como el de una pecera. Allí crían a los peces para asegurarse de que no se extinguen. De todos modos, no nadaremos tanto. Mi moto está escondida al otro lado, tendremos que correr una vez fuera del agua, llegar a ella y huir, sin mirar atrás. Tengo la intuición de que los vigilantes no pueden alejarse mucho de Anavrin, pero por si acaso tendremos que ser rápidos.

–¿Cómo lo sabes? ¿Os han perseguido alguna vez?

–No he dicho que lo sepa, he dicho que lo intuyo. Hace años que creen que no existimos. Pero les observamos, siempre están en la muralla. Su misión es que nadie salga, por eso salir es más difícil que entrar.

Cuando Thibauth hablaba, todo parecía fácil, pero a Alma el plan le parecía una misión imposible, como las películas del viejo mundo, claro que Alma nunca había visto una. Nadar, nadar, sumergirse, nadar, peces, algunos más grandes, correr, moto, huir. Misión imposible, pensó. Thibauth lo había hecho una y otra vez, ¿cuántas?, le preguntó, cientos de veces, dijo él, pero ella dudaba que fuesen tantas, aunque en el pueblo le conocían bastante y Mark decía que los visitantes no solían quedarse mucho tiempo. Él estaba seguro de que podría hacerlo otras cien veces más y no le pillarían, pero nunca antes había sacado a nadie de allí. Le repitió el plan: nadar, nadar, sumergirse, nadar, peces, algunos más grandes, correr, moto, huir. El reloj ya se acercaba a medianoche y la muralla era más fácil de cruzar a esa hora, durante el cambio de guardia. A Alma le agotaba la duda, el miedo, le pesaba algo inmaterial, sensaciones, ni siquiera se acordaba de la última vez que había nadado, ¿y si las estrellas no eran estrellas y eran también obra de los artistas de Anavrin?, su mejor obra, la más bonita desde luego, más que cualquier atardecer o amanecer artificial, se llamaban estrellas. Seguía a Thibauth que iba demasiado rápido, intentaba no perderle, pero sin acelerar de más el paso, para que no saltasen las alarmas en el núcleo. Le decía, más despacio, en Anavrin nunca corremos. Mark les esperaba en el puerto, había arrancado ya el motor de una pequeña lancha, subidos los llevó lo más cerca posible de la muralla para que se sumergiesen allí. Solo alguien proveniente del núcleo sería lo suficientemente valiente como para ir más allá, le dijo orgulloso, la echarían de menos, pero estarían aquí, esperando novedades, vendrán nuevos tiempos, añadió, tú los traerás. Pero Alma sabía que una vez dejase

Anavrin atrás, no podría volver. El castigo del núcleo sería inimaginable. Thibauth le entregó unas gafas como las que él llevaba colgadas del traje y que antes de saltar al agua se colocó en la cara. Eran para bucear, pero también para el desierto, arena y arena, eso era lo que les esperaba al otro lado, arena y mucho calor. El visitante tenía también dos linternas, una para la muchacha, y dos aparatos que jamás había visto antes. Eran artilugios circulares, de un grosor de unos cinco centímetros y diez de diámetro, tenían una boquilla y sobresalía una válvula que servía también para agarrarlo mejor.

–Para cuando te quedes sin oxígeno. Lo abres, respiras, lo cierras. ¿Entendido? –Alma asintió y Thibauth le dio otra palmada en la espalda–. En cuestión de minutos, llegaremos al otro lado y…

–Correr y huir. Lo sé.

La temperatura del agua era un inconveniente en el que Alma no había pensado, el frío hacía que la piel le doliese. Una vez dentro, encendió la linterna y a unas brazadas otra luz indicaba dónde estaba Thibauth. La noche y la profundidad a la que bajaban, convertían aquel lugar en un cielo oscuro, sin estrellas, solo dos destellos a los que aferrarse. La otra luz cada vez se hundía más y Alma se esforzaba por seguirle el ritmo, primero hacia abajo, luego hacia delante. Una vez atravesaron la red, Alma dejó atrás todo lo que había conocido, ya solo podía confiar en esa otra luz que a unos metros le hacía señas, nadar hacia la izquierda. Cuando empezaron a emerger, ya no hacía falta la linterna, la luz entraba en el agua, todo era más visible. Sacaron la cabeza, era de día, el sol brillaba como nunca antes Alma lo había visto brillar y desprendía un calor que hacía difícil respirar. El agua había dejado de estar fría. A lo lejos vio la pecera de la que Thibauth le había hablado antes, al menos en eso no le mentía. Confiar ayuda a vencer el miedo, eso también era cierto.

–Vamos tarde –dijo Thibauth algo molesto.

Subieron a la superficie, dejaron la muralla atrás y, desde esa dirección, se escuchó un grito. Era un vigilante; no avancéis más, es peligroso, volved y no os pasará nada.

–Corre –susurró Thibauth sin mirar atrás.

Alma seguía al visitante. Correr por la arena era difícil, correr con ese calor era aún peor. El guardia les siguió con la misma rapidez hasta que se detuvo en seco. La chica se giró, el hombre seguía en la zona oscura que aún se extendía unos metros más allá de la muralla, no avanzó más, sacó una pistola y empezó a disparar.

–Corre, detrás de esta duna. ¡Al suelo! –Thibauth agarró el brazo de Alma e hizo que cayese al suelo.

La chica estaba desconcertada, el golpe le hizo entender que la arena era áspera y quemaba. Se cubrieron tras la duna y se pusieron las mantas encima, para que el sol no les quemase. El sonido de una fuerte sirena empezó a sonar, y los disparos cesaron. Joder, mierda, nos han pillado, mierda, hostia, Thibauth repetía palabrotas una detrás de otra, y Alma no las entendía. Los disparos ya habían parado, le hizo un gesto a Alma y corrieron unos metros más. Thibauth se detuvo y alrededor solo había arena, arena y más arena, hasta que una moto apareció de la nada, una moto que Alma no pudo ver hasta que Thibauth la destapó.

–¿De dónde ha salido? –preguntó.

–Está camuflada con una manta espejo. Solo la ves si te acercas lo suficiente. –Ya encima del vehículo, Thibauth arrancó.– Esta es nuestra tecnología –dijo orgulloso–. Súbete, deprisa.

La moto parecía vieja, era anaranjada y la pintura estaba saltada, tenía un motor silencioso, y suspendida en el aire, a menos de un metro, se movía a gran velocidad.

VII. Base Leber cuatro

Arena, arena y más arena. Thibauth no había mentido en nada a Alma. Tampoco había exagerado con el calor, cortaba la respiración y era tan pesado que hacía que todo lo que había alrededor pareciese un sueño. La forma ondulada de las dunas se replicaba en el denso ambiente, nada parecía real en aquel monótono y onírico desierto. Más arena, ¿cuánto mundo había ahí fuera? Todo le sorprendía pese a que todo era igual: el sol era abrasador, el aire caliente hacía espesa cada bocanada, la arena monopolizaba el paisaje, la manta fría cada vez estaba menos fría. Seguía con sus ojos la sombra del vehículo, una duna, otra duna y otra más, y dejó de contarlas al llegar a cien. Cuando lo novedoso ya no era novedoso para Alma, la moto frenó. Solo al descender el motor revolvió algo de arena. Ella se cubrió la cara. Nada al norte, nada al sur, nada al este, nada al oeste, nada había cambiado, arena, arena y más arena. Qué extraño, pensó, ¿por qué frena? Thibauth se bajó de la moto, la cubrió con esa tela que la volvía invisible y avanzó unos pasos, Alma le imitó y de la nada apareció una puerta. La joven tuvo que dar otro paso más y elevar la mirada para poder intuir que el edificio al que entrarían era pequeño y redondo. Cruzaron el umbral, al otro lado una chica les esperaba con los brazos abiertos.

–Bienvenida a Leber cuatro –dijo.

–Te hago un *tour* –bromeó otro chico que estaba contra la pared.

Eran Vivi y Antón. El chico tiró de Alma para que entrase rápido, cerraron la puerta y la temperatura del interior se reguló. La base tenía una habitación principal y otra más pequeña separada por un enorme cristal que conformaba una de las paredes, parecía una celda. Al fondo había otra puerta, Antón la señaló e indicó que era el baño. La habitación de mayor tamaño contaba con una pequeña cocina, un fuego, un armario y una nevera, algunas cazuelas sucias

en un cubo, y platos y cubiertos también sin limpiar. En el suelo, esterillas y sacos de dormir. Lo que más espacio ocupaba eran los ordenadores, cables, pantallas y artilugios tecnológicos a los que Alma no sabía cómo referirse. En algunas pantallas había códigos, gráficos y documentos abiertos, otras, en cuadrícula, parecían imágenes de cámaras de seguridad en las que solo se veía arena, arena y más arena. Había también papeles por el suelo, una máquina de café algo obsoleta y una estantería con libros y revistas colocadas en un perfecto orden, eso último fue lo que más llamó su atención. Antón le ofreció un café, le explicó que durante las misiones eran adictos porque en el desierto los días eran muy largos y había que aprovecharlos. Alma negó con la cabeza, que miraba a un lado y a otro registrando todo lo que había a su alrededor. El cambio de temperatura le puso los pelos de punta.

–¿Dónde estoy? –preguntó por fin.

–En una base Leber. La cuatro para ser exactos –respondió Antón–. Aquí os estudiamos. Llevamos años haciéndolo. O intentándolo –se encogió de hombros–. Tenemos muchas preguntas. Te sonará, ¿no? Lo de preguntarse cosas, digo.

A Antón se le movía mucho la cara cuando hablaba, y a su tono lo acompañaba el vaivén de sus brazos. El chico era un poco más alto que ella y delgado como un alfiler. A Alma le recordaba a un bolígrafo con el tapón negro.

–Y, ¿qué sabéis de nosotros?

–Lo más importante es que no sois robots –dijo riendo.

–¿Robots? ¿Cómo íbamos a ser robots? –preguntó atónita.

Alma entendía por robots aquellos aparatos que emitían un zumbido por la noche en su casa, como la minicaja que mantenía fría la comida del día, las puertas de su armario, la ducha inteligente, o incluso las lanzaderas o vehículos que mantenían limpio el núcleo. Y ella no tenía nada que ver con todos esos aparatos, o con la pantalla

de Anavrin. Por un momento pensó que esos chicos eran estúpidos, en su imaginario no cabía la posibilidad de que un montón de cables pudiesen imitar la forma de un ser humano.

–Es curioso que preguntes eso –interrumpió Vivi–. Para nosotros la pregunta es, ¿cómo es posible que no seáis robots?

Vivi desenfundó el cuchillo de su cinturón y le hizo un corte superficial a Alma en el hombro. Ella se quejó y se alejó, miraba desconfiada.

–Sangras –dijo–. Tu cuerpo y los nuestros están hechos de lo mismo. Y no solo porque sangres, todo lo que hemos podido saber nos lleva a pensar que somos lo mismo. Crecéis, envejecéis. Pero, ¿de dónde venís?

–De Anavrin. –Alma tragó saliva. La respuesta le parecía obvia.

Sus ojos saltaban de uno a otro con su espalda apoyada contra la pared.

–Esa respuesta no tiene sentido. –Vivi se acercó a Alma con sigilo y le puso una tirita en el corte. Ella se sobresaltó. –Te agradecemos que hayas venido –continuó. Su tono era amable. Vivi imponía mucho más que Antón. Era superior físicamente, más alta y más ancha de espalda. Llevaba su pelo rizado atado en una coleta, en la parte tirante de la raíz algún mechón rebelde luchaba por salir disparado–. Nos gustaría hacerte unas pruebas…

–¿Qué pruebas? –Alma la interrumpió. Estaba asustada.

–Sacarte sangre, medir tus constantes vitales, hacerte un escáner. Pero queremos que sepas que puedes hacernos preguntas, tenemos mucha información que te puede ser útil –Vivi hablaba con mucho entusiasmo. Llevaba años estudiando Anavrin, pero era la primera vez que tenía a un anavriano tan cerca–. Sabemos, por ejemplo, que te preguntas por qué brilla el cielo. Thibauth te ha dado un libro que te explica muchas cosas del universo. También hay libros que cuentan lo que había antes de Anavrin.

–¿Antes de Anavrin?

Los hombros de Alma se relajaron. Recordó que el cielo brillaba por las estrellas, y que había cruzado la gran muralla para descubrir lo que había antes de Anavrin y de dónde venían los visitantes.

–Sí. Iremos poco a poco. Si te sientas aquí, te sacaremos sangre.

La chica señaló una silla azul con ruedas, Alma nunca había visto una silla con ruedas, pero tampoco había visto una moto sin ellas.

–¿Más sangre?

Vivi sonrió.

–Pero esta vez no será así. Será con una vía, tu sangre irá a este tubo y la analizaremos. No te dolerá.

Vivi la pinchó, una queja escueta salió de la boca de la anavriana, el tubo se llenó de sangre y lo introdujo en un soporte cerca de un ordenador. Antón empezó a teclear en una pantalla portátil parecida a las de Anavrin, pero más aparatosa, detrás tenía varios monitores en los que también aparecía y desaparecía información. De la pantalla salió un holograma del cuerpo de Alma, lo habían reconstruido solo con unas gotas de sangre. En ese momento, un intenso dolor asaltó el cuerpo de Alma. Empezó a gritar, temblando se encogió en el suelo y se llevó las manos a la cabeza. Me duele, me duele, repetía.

–¡A la sala de aislamiento! ¡Rápido! –ordenó Thibauth.

Vivi y Antón cogieron a Alma del suelo y a rastras la metieron en la sala de menor tamaño que tenía un cristal como pared, al cerrar la puerta los gritos de Alma cesaron, había perdido el conocimiento.

VIII. Encontrar cosas era cada vez menos común

En una sala con mucha luz, una mujer vestida de blanco, ojos rasgados y media melena, apartó con brusquedad a otra mujer rubia y comenzó a teclear en un ordenador. Hombres vestidos de blanco tecleaban también, en las pantallas se emitían imágenes del desierto, arena, arena y más arena. La primera mujer gritaba, el audio era casi inaudible, muy grave, parecía que estuviesen buscando algo en esos kilómetros de arena.

Alma abrió los ojos durante unos segundos, todo era blanco a su alrededor, los volvió a cerrar. Cuando los abrió por segunda vez, le pesaban los párpados, con lentitud giró su cuerpo, se tumbó de perfil y su mirada se topó con el cristal. Estaba sobre un colchón blanco, al otro lado Vivi y Antón manipulaban un artefacto. Veía borroso, no enfocaba, hizo fuerza con la palma de su mano, apoyándola sobre la superficie blanda para incorporarse. Se arrastró hasta el cristal, no estaba muy lejos, dio unos golpecitos para llamar la atención de aquellos chicos.

–¿Qué me habéis hecho? –preguntó casi sin fuerzas.

–La pastilla ha dejado de hacer efecto, creemos que intentaban localizarte –respondió Antón.

–¿Localizarme?

–Sí –afirmó Antón–. A través del microchip de tu cabeza.

Movió los dedos sobre su *tablet* y el holograma que simulaba el cuerpo de Alma se amplió hacia la cabeza.

–Esta eres tú, este es tu cráneo, tu cerebro… –La imagen iba cambiando según la describía–. Y aquí, *habemus* microchip.

–Así es como saltáis –explicó Vivi–. Sois una base de datos. Y los cuerpos son como un disco duro. El microchip anula la conciencia, el código pasa a controlar ese cuerpo y, *¡voilà!* Eso es a lo que tú llamas salto.

–Por eso nosotros no saltamos –añadió Thibauth–. Porque no tenemos un microchip en el cerebro. Por lo demás, somos iguales.

Thibauth estaba sentado en el suelo, tomando un café. Llevaba el torso al aire, Alma se sorprendió al ver que su piel tenía dibujos. Más cerca, y también en el suelo, Antón y Vivi trabajaban juntos, estaban construyendo un aparato para evitar la localización de Alma. La sala de aislamiento servía para inhibir la señal del microchip, tenía el mismo efecto que la pastilla, uno era permanente, pero inmóvil, el otro permitía moverse libremente, pero con fecha de caducidad. La suma de ambos era lo idóneo. Control, microchip, señal, data, había tanta información nueva que Alma temía no ser capaz de almacenarla toda, ya se le había olvidado cuántas dunas había contado o cómo quemaba el sol.

Se preguntaba qué otra forma de vida había sin el orden, el bienestar y la estabilidad; aún no conocía la belleza del caos, la vida abriéndose paso como se abre paso la hierba en el asfalto abandonado, hacía tiempo ya que el planeta había enterrado los resquicios de lo artificial, la naturaleza volvía a dominar, encontrar cosas del viejo mundo era cada vez menos común. Sería diferente, pensó, diferente como lo son ellos. Cómo iban a ser iguales si tenían dibujos en la piel, se decía la joven desde esa habitación de aislamiento. Vivi y Antón tenían la misma misión, crear ese artefacto que no llegaba a comprender del todo, pero vestían distinto y físicamente no tenían nada que ver. Vivi era mucho más fuerte, podría servir para hacer misiones de campo, y allí estaba, manipulando cosas pequeñas y delicadas. Antón era blanco como la nieve, Vivi tenía la piel del color del chocolate. El chico tenía la cara alargada y la chica redonda. Pero también tenían similitudes, rasgos que era difícil encontrar en Anavrin. Los dos miraban con entusiasmo, pese a tener los ojos oscuros, algo que compartían también con Thibauth. Y los tres sonreían, no siempre, pero cuando

lo hacían a Alma se le contagiaba el gesto. No era una sonrisa provocada por la dosis de algún estupefaciente, era una sonrisa amable, y a cada uno se le dibujaba en su rostro de una forma distinta, la de Vivi era la más grande, acompañaba a su mentón curvo de oreja a oreja, pero las tres transmitían a Alma la misma sensación. Tal vez esa fuese la sonrisa de la libertad, pensó la chica, tal vez fuese una consecuencia del caos, de lo natural. Les observaba construir el artefacto, al principio solo se veían trozos de metal, cables, chispas, se escuchaba algún: ¡ajá!, algún: no, no, eso no va ahí, y al rato, los delgaduchos brazos de Antón sujetaban lo que parecía una tiara. Bromeó poniéndosela en su despeinada cabeza, soy Nirvana, dijo en tono burlón, la reina de Tressed. Vivi y Thibauth reían. Alma, al otro lado del cristal, observaba la escena sin entenderla.

–Es bastante parecida a su corona –afirmó Vivi–. Es más pequeña, claro está. La reina siempre destaca –vaciló–. La hora de la verdad, Alma. Creemos que esta… –Vivi hizo una pausa– ¿tiara? –era un montón de metales plateados y cables entrelazados, algunos algo picudos– evitará que te localicen.

Entró en la sala de aislamiento y colocó la tiara en la cabeza de Alma, se arrodilló y con tono de burla se refirió a ella como su majestad. Alma salió de la sala. Todos miraban atentos, nunca antes habían construido un aparato así, nunca antes lo habían necesitado. Un pie fuera, sin novedad, medio cuerpo fuera, sin novedad, otro pie fuera, el cuerpo entero fuera, un pitido en los oídos hizo que sus rodillas chocasen contra el suelo, sus manos apretaron su cabeza, Vivi le pedía una y otra vez que no se quitase la tiara, su nariz comenzó a sangrar, se quejaba. De repente sus ojos se cerraron, volvió a ver a esa mujer de blanco, con ojos rasgados y pelo oscuro, que daba órdenes a hombres uniformados. Antón apretaba botones confuso, consiguió activar el aparato y el dolor cesó. Los ojos de Alma se abrieron de nuevo.

–Creo que nos están buscando. Una mujer ha dado órdenes…

El sonido de una explosión cercana interrumpió la frase de Alma. La segunda detonación impactó contra la puerta de la base, ellos y otros tantos objetos volaron por los aires. Vivi gritó, un trozo de metal se clavó en su pierna, estaba sangrando. Thibauth levantó a Vivi y dio órdenes al resto para que se dirigieran a la sala de aislamiento, cerraron la puerta y, como si se tratase de una pluma, con el brazo con el que no sujetaba a Vivi, levantó el colchón en el que Alma recuperaba la conciencia unos minutos atrás, debajo había una trampilla. Saltaron, y se escuchó otra explosión justo cuando cerraron la puerta. Al otro lado estalactitas y estalagmitas de un mineral rosado rodeaban el interior de una cueva húmeda. Sus pies mojados corrían por un riachuelo que cada vez se hacía más profundo y del que no veían el final. Se detuvieron a los pocos metros junto a un vehículo ovalado en el que tumbaron a Vivi. Alma no sabía que el agua podía ser de ese color, azul turquesa, esa cueva había atrapado su mente hasta que los gritos de la chica la devolvieron a la realidad. Thibauth había sacado de un tirón la pieza metálica que atravesaba su pierna, Antón se quitó la camiseta, debajo llevaba el mismo mono que Thibauth, rompió la prenda por la mitad y se la ató a Vivi en la pierna, ella seguía gritando. Se subieron todos al vehículo, que no tenía asientos, en la parte delantera había un volante y un parabrisas, Antón arrancó.

El vehículo, igual que la moto de Thibauth, tenía un motor sigiloso y sobrevolaba el río unos centímetros por encima del agua, a veces siete, a veces cuatro, subía y bajaba dando tumbos. El traje de Thibauth empezó a sonar, *pipipi*, *pipipi*, se presionó la muñeca y de ella salió un holograma, era el rostro de una mujer.

–Nos han localizado, majestad. Vivi está herida, volvemos a casa.

–¿Os siguen? –preguntó con tono serio.

–No lo sabemos.

–¿Tenéis a la chica?

–Afirmativo.

–Camuflaos. Los médicos estarán esperando a Vivi en la entrada sur. ¿Entendido?

–Afirmativo.

El holograma desapareció.

IX. El núcleo (sin aspiraciones, sin propósitos)

En algunos lugares el desierto solo se podía imaginar, como en lo alto de aquella torre, la más alta en pie del nuevo mundo. Desde el último piso, en una sala circular y acristalada, los ojos de una mujer alcanzaban a ver todo el núcleo, la zona B, con algo de esfuerzo podía distinguir algunas casas agolpadas más allá y, al norte, lo más parecido al desierto, kilómetros de hielo. Era la mujer de ojos rasgados y media melena oscura que se había colado en la mente de Alma. Como un alfiler, estaba firme y clavada al suelo. Era delgada y alta, y los zapatos de fino tacón la elevaban aún más. Parecía la reina de un tablero de ajedrez, la reina blanca, recta y tajante, solo que en esta ocasión no habían hecho ellos el primer movimiento. Era en Anavrin la única que se podía mover por cualquier recoveco con total confianza, con seguridad. El resto eran peones.

–No hay rastro de supervivientes –dijo uno de los hombres de blanco–. Tampoco hemos encontrado cuerpos.

El rostro de la mujer, que pretendía ser impasible, se volvía aterrador por segundos.

–¿Por qué habéis perdido la señal entonces? –Seguía mirando al horizonte.

–No lo sabemos. Apareció en dos ocasiones, y en las dos, desapareció a los pocos segundos. La base parecía un lugar de paso. Deben de tener otro escondite.

–No puede ser. No puede haber nadie con vida más allá de ese muro, han pasado más de dos siglos. Si es así… –cogió al hombre de la camiseta–, quiero saber cómo lo han hecho.

El guardia titubeaba. Sus compañeros tragaban saliva, todos temían a esa mujer. Ella sonrió y le soltó la camiseta.

–Encontradlos. –Le dio unas palmadas en el hombro, como si le estuviese quitando el polvo–. Twill, esa es vuestra prioridad.

¿Entendido?

Alzó la voz y los cuatro hombres respondieron a la vez sacando pecho, con los brazos hacia atrás, casi conteniendo la respiración.

–Sí, señora.

La mujer hizo un gesto para que se retirasen. Twill encabezaba el pelotón, salieron ordenadamente de la sala.

–Todo lo que hemos construido deja de tener sentido si una anavriana anda suelta más allá de la muralla y si hay otra civilización de la que no sabemos nada. Si el rumor se expande… –se sentó y respiró hondo–. No me lo quiero imaginar. Podría llevarnos a una guerra como las del viejo mundo. ¿Y si quieren nuestro territorio? Se supone que éramos los únicos supervivientes en la Tierra.

–Tranquila –dijo un hombre de piel oscura que estaba sentado en un sillón al otro lado de la habitación. El rey, en jaque. Su movimiento podría ser decisivo, el suyo o el de cualquier pieza del tablero que lo protegiese. Pero en este caso, Fred era un rey-peón, siempre seguía los planes de Cleo, la verdadera mente pensante, su reina, algo cansada de protegerle. Lo mantenía con vida porque era quien mejor la conocía.

–Nadie va a querer una guerra. Tendrán su propia muralla, su propio territorio y su propia tecnología –añadió entre resoplidos. Cleo pensó que era idiota, siempre lo pensaba.

–¿Y por qué han salido ahora? ¿Por qué se han llevado a uno de los nuestros? ¿Cómo han sobrevivido?

Fred no añadió nada más. Las preguntas de Cleo tenían bastante sentido, preguntas que él no se había llegado a hacer, nunca le daba más de una pensada a las cosas. Solía quedarse en la superficie.

–Tenemos que prepararnos para un posible ataque –sentenció la mujer.

–¿Lo dices en serio?

Cleo fulminó a Fred con la mirada, el miedo en sus ojos respondía a esa pregunta. Nada de lo que ocurría era compatible con los valores de aquel lugar que con tanto mimo, dinero y tiempo había creado: Anavrin, el territorio perfecto, orden, bienestar, estabilidad. Miles de personas cumpliendo objetivos para que todo funcione, miles de personas sin propósito, sin deseos, sin conciencia más allá de agradar al territorio que les permitía respirar cada día, de agradarla a ella, que como una titiritera movía los hilos de todo a través de las teclas. No era un edificio, era una combinación de inteligencia artificial e inteligencia humana, una mujer del viejo mundo llevaba dos siglos y medio construyendo una urbe, un país sin aspiraciones, anavrianos que solo tenían una cosa que hacer, seguir órdenes para mantener un equilibrio: orden, bienestar, estabilidad. No soportaba pensar que unos sucios humanos, con aspiraciones, propósitos, habían conseguido sobrevivir todo este tiempo, corromperían la perfecta y ordenada sociedad que ella había creado. No. No. No podía permitirlo, había que aniquilarlos.

X. Apocalipsis

El interior de la tierra es más bonito que la superficie, pensó Alma. Olía mejor, era fresco, húmedo, la piel se volvía algo pegajosa, pero le era más fácil respirar porque el aire no era denso, como sí lo era en el desierto. Prefería el agua turquesa a la arena, no le molestaba que le salpicase, y le hipnotizaban las paredes, cubiertas de esa piedra rosa brillante. Si Vivi se moría, mejor que ocurriese ahí abajo que arriba, supuso. Alma nunca había visto a nadie morir, no sabía muy bien lo que era la muerte o si los anavrianos también la padecían, pero pensaba en la muerte de Vivi porque escuchó a Antón y Thibauth discutir entre susurros sobre el camino que tomar mientras el primero miraba un mapa. El vehículo en el que viajaban podía usarse en la superficie, pero era menos habitual porque no contaba con la tecnología de última generación con opción a camuflaje, por eso solían estar aparcados en los túneles subterráneos donde nadie los vería. Salir a la superficie suponía un riesgo, el de ser localizados de nuevo, eso argumentaba Antón y por eso quería acercarse a Tressed por el subsuelo, aunque implicase más tiempo de viaje, decía que si daban con ellos les seguirían y acabarían con Tressed. Thibauth, sin embargo, temía la muerte de Vivi, el tiempo corría en su contra. Si subían en la próxima salida a la superficie, el trayecto sería mucho más corto que seguir merodeando por el subsuelo. Si atravesaban el desierto sería ir en línea recta hasta la entrada sur, si continuaban por los túneles había que cambiar de rumbo incontables veces. Alma entendió que la muerte era algo malo, y por eso pensó que si algo malo ocurría mejor que fuese en un lugar amable, como aquellos túneles que olían bien y eran más frescos, en eso estaba de acuerdo con Antón, seguir por ese camino, pero de morirse alguien, prefería que se muriese ese tal Tressed antes que Vivi, porque a Vivi la conocía.

Antón era el único que sabía conducir esos obsoletos vehículos, así que Thibauth no tuvo opción, se limitó a cuidar a Vivi y en cada giro que daban, se aseguraba de que estuviese cómoda, mojaba un paño en el río para intentar bajarle la fiebre y cuando estaban a punto de subir a la superficie, la cubrió con una de esas mantas que daban frío. La subida fue brusca, como si el aparato no estuviese preparado para esa parte del trayecto. Arena, arena, más arena y otra vez el sol calentaba tanto el ambiente que hacía difícil respirar, hacía difícil mirar en cualquier dirección, se colocaron las gafas, se cubrieron con lo que pudieron, Alma no distinguía nada en el horizonte, todo le parecía igual, un desierto, y de nuevo, una puerta le sorprendió de la nada, se dio cuenta cuando la nave ya estaba cruzando el umbral, era enorme, majestuosa, y tenía escrito en letras grandes: «Puerta sur», con una caligrafía delicada, fina y curva. La sala a la que entraron tenía techos altos y muchos vehículos distintos aparcados. Vivi fue la primera en bajar, ayudada por un grupo de personas que esperaban su llegada, se la llevaron en horizontal, con un soporte para facilitar el traslado. La mujer que antes era un holograma estaba ahí, con una enorme corona y un vestido muy elegante. Sonriente les dio la bienvenida, con los brazos algo extendidos. Al fondo, un ventanal mostraba a Alma parte de aquel lugar, había mucho verde, muchas casas y gente vestida con distintas ropas de todos los colores que caminaban a ritmos distintos, se miraban a los ojos, hablaban entre ellos. Se acercó tanto a la ventana que la cara se le deformó al estrujarla contra el cristal, la voz de la mujer hizo que se separase de un sobresalto.

–Bienvenida a Tressed. Soy Nirvana y este es mi reino. Es fascinante, ¿verdad? Te encantará –dijo mientras se acercaba también a la ventana–. Dejaré que conozcas un poco el lugar a tu antojo y le diré a Antón que te traiga de vuelta cuando hayas terminado. Así podremos hablar tranquilas –hizo una breve pausa–.

Hay mucho sobre este territorio que no podrás entender observándolo. Las diferencias con Anavrin son claras a simple vista, pero venimos del mismo sitio, pese a ser tan distintos. Eso lo decide la forma de gobernar.

Los colores en Tressed eran mucho más vivos. Antón seguía a Alma que a paso acelerado todo lo quería tocar, oler, comer, y él lo intentaba evitar, no toques eso, le decía cuando intentaba arrancar una flor, la matarás, y se asustaba, le miraba con miedo, ¿matar?, ¿por qué todo se podía morir en aquel lugar? Las diferencias, como decía aquella mujer, eran más que claras con un simple vistazo. En Anavrin todo olía igual y era del mismo color, cada edificio era una fotocopia del anterior, cuanto más lejos del núcleo, más viejos y más bajos, porque el más alto era El Origen. Allí, todos trabajaban para alimentar a aquel edificio que desde siempre habían pensado que era inteligente, también Alma, hasta que descubrió que una mujer que daba órdenes vivía en él. Al principio parecía algo de dioses, algo mágico incluso, una tecnología, un edificio gobernando una ciudad, ¿o era un país?, estaba claro que no era un continente. Puede que Anavrin también tuviese una reina, una silenciosa, reflexionaba la muchacha. La forma de división de Anavrin era logística. La manera de organizar la producción y distribución de productos estaba impuesta. Tressed estaba dividido en tres regiones, todas dentro de un solo reino, pero en cada una elegían a su líder, un representante, porque cada zona tenía unas necesidades y unos recursos que ofrecer.

La más grande era Viridi, también conocida como el bosque, allí se habían asentado los viridianos, vivían en campamentos y había sido la primera de las tres regiones en formarse. Al principio Tressed era uno, con una reina, y el bosque lo habitaban solo algunos animales que habían conseguido sobrevivir al viejo mundo. Con el

paso de los años, un grupo que tal vez no supo adaptarse bien al nuevo mundo, o tal vez, afectado por la pérdida de todo lo que conocía, quiso aferrarse a aquellos árboles que habían nacido en el viejo mundo y que perduraban, abandonó el pueblo, las casas, la civilización, para vivir entre las plantas y de lo que estas producían y, como antiguamente, empezaron durmiendo alrededor del río hasta crear una comunidad. Aramis fue el primer líder de Viridi, el primer hombre en adentrarse en la maleza para dar la bienvenida a una nueva forma de vida, a él le siguieron unos pocos, y al tiempo unos cuantos más; y a Nirvana primera, la primera reina de Tressed, le asustó la inestabilidad que esto podía provocar en esa pequeña civilización a la que intentaba guiar en esa nueva era: complicada, incierta, inestable de por sí. Una mañana escuchó un rumor, a la gente del pueblo le daba miedo convivir con otros que preferían dormir en los árboles que bajo un techo, creían que podían estar locos, o que se cansarían, no encontrarían recursos y cualquier noche asaltarían sus hogares en un intento de recuperar lo que antes tenían. El miedo no era bueno, así que la mujer se abrió paso entre los pinos, los robles, los sauces, entre las ramas, las hojas y las enormes raíces que sustentaban toda aquella vida en un lugar al que, sin entender por qué, habían decidido dar la espalda. Tal vez porque Nirvana primera siempre había sido de ciudad, ignoró todo lo que el bosque podía ofrecer a su gente. Allí se encontró con Aramis, y con todos aquellos que le habían seguido y que en el río se bañaban, reían, comían frutas que no habían llegado a los hogares del resto de tressedianos, algunos llevaban coronas de flores que hacía tiempo que Nirvana no veía, las hortensias eran sus favoritas.

–¿Quieres miel? –le ofreció Aramis.

Oh, miel, desde aquel día, ese día que todo lo cambió, Nirvana primera no había vuelto a probar la miel. Comprendió que el bosque mejoraría a Tressed, eso sería lo que daría sentido al territorio,

respetar las diferencias de la región, aprovecharse de todo lo que la componía, de todo lo que había sobrevivido al viejo mundo. Aramis estaba de acuerdo, él representaría a Viridi, y ese día nacieron otras dos regiones, Niutat y Naguell, cada una con su líder y las tres dentro de un reino del que Nirvana primera sería reina, ella les salvó y eso no debía ponerse en duda.

Los viridianos vivían rodeados de naturaleza, andaban descalzos para adaptar la planta de sus pies a cualquier superficie, espinosa, arenosa, ardiente en el desierto, fría, tibia, mojada en el río, seca, áspera, metálica, rugosa, también mullida si pisaban palacio, crepitante en otoño, cosquillosa en primavera, nunca nevada dentro de la frontera, ni especialmente caliente, pero sí fuera. Sí, fuera, más allá de la cúpula tecnológica que camuflaba Tressed, que, como Anavrin, tenía amaneceres y atardeceres artificiales, menos bonitos, pensaría Alma al verlos, pero las noches, las estrellas, estaban mucho más logradas, sería por ese libro, *Astronomía para dummies*, tal vez el artista tressediano se lo había leído. Los scouts, una de las dos categorías de viridianos, solían salir fuera, más allá de esa cúpula, recorrían el desierto en busca de reliquias del viejo mundo o recursos que el nuevo pudiese ofrecer y, con el tiempo, fueron los scouts los primeros en adentrarse en Anavrin. La otra categoría sería la que componía el músculo militar de Tressed, Nirvana primera propuso a Aramis crear un ejército para defenderse en caso de amenaza, y el bosque era el mejor lugar para entrenar. En Naguell labraban las tierras, producían productos para las tres regiones, educaban a los niños y allí tenían instalado el único hospital del territorio, también enormes huertos, viñedos, cuidaban a las ovejas, los patos, las gallinas, los conejos y al principio a los caballos, pero con el tiempo, el último, *Perdigón*, llamado así por una película, falleció sin descendencia. Apenas se comía carne, solo en ocasiones especiales, por norma general el menú estaba formado por huevos, leche y todo

lo que la tierra ofrecía. Había también pájaros, pero muchos se desorientaban cuando atravesaban la cúpula y solían estamparse contra algo, a veces contra el suelo. Los naguelianos se situaban al norte, delimitaban con el bosque por el oeste y con Niutat por el sur, y Naguell era, después de Viridi, el territorio más amplio. Eso hacía a Niutat el más pequeño, la mayoría lo ocupaba el palacio que la reina compartía con los niutenses. Nirvana primera les enseñó a usar la tecnología que les ayudaría a sobrevivir y consiguió inculcarles el amor por la ciencia. Con eso, y cientos de miles de libros, los niutenses desarrollaban vehículos cada vez más modernos, armas para el ejército, mecanismos para mantener el agua potable en el interior de Tressed, y con los hallazgos de los scouts, la rueda de los inventos, del desarrollo, no paraba de girar. Mejoraban la producción de alimentos, contribuían a dotar de mejores recursos al hospital, conseguían más documentos del pasado, libros, películas, fotografías, cualquier cosa para aprender sobre ellos, todos a una, *fuenteovejuna*. Y a su vez, un ejército se entrenaba ante una amenaza que llevaba siglos dormida. Dos sociedades en el nuevo mundo, y eran tan distintas, cada una había encontrado su forma de sobrevivir al Apocalipsis, Alma jamás había escuchado hablar del Apocalipsis, pero la palabra le parecía pesada, sonora, A-po-ca-lip-sis, y bastante larga. La primera vez que la escuchó fue en boca de Nirvana novena.

XI. Nirvana décima, la heredera, o Vana a secas

En palacio, los techos eran muy altos, y no solo vivía la reina, también lo hacían los niutenses, viridianos y naguelianos que trabajaban para ella. Tenía a su propia médica, su propio cocinero, un grupo de viridianos del ejército que actuaban como su guardia pretoriana, aunque jamás en Tressed había habido una sublevación más allá de la marcha de Aramis al bosque, y muchos más tressedianos ejerciendo profesiones para que todo estuviese al gusto de la monarca en ese gran castillo que nada tenía que ver con las edificaciones medievales. Estaba hecho con materiales que los scouts habían encontrado en el desierto, como la mayoría de las casas en Niutat. Alma esperaba sentada en un sillón bajo indicaciones. Pese a sus ganas de seguir curioseando, aún tenía resquicios de buena anavriana que obedecía órdenes. La habitación parecía un despacho amplio, en el centro unos sofás rellenaban un círculo que estaba un escalón por debajo del resto de la sala. Esta tenía un enorme ventanal como el que había en el garaje de la entrada sur, un escritorio con una silla majestuosa y cómoda encarada con otra más humilde y, tras esa gran silla, una estantería llena de libros. ¡Libros!, pensó Alma fascinada, no, no, no podía moverse de aquel sillón, se lo había dicho Antón, la reina te recibirá, le dijo, espera aquí, y ahí tendría que esperar. Un tic, tac sonaba en algún punto de la pared, pero era tan grande y tenía tantas cosas colgadas, *horror vacui*, que la mirada de Alma aún no había dado la vuelta entera a la sala y no había reparado en el reloj que confirmaba que en aquel lugar el tiempo pasaba igual que en Anavrin. Un minuto eran 60 tictacs, una hora 3.600 tictacs, y antes de que se cumplieran, una muchacha entró en el despacho confiada, con la cuchara de un yogur en su boca, Alma no le quitó ojo. Se parecía a la reina, aunque su piel era algo más oscura, su pelo estaba trenzado y su corona era menor que

la de la monarca, pero seguía siendo más elegante que la tiara que ella llevaba para evitar ser localizada. La muchacha se dirigió a la estantería sin reparar en las novedades. Tras seleccionar a su próxima víctima, un libro no muy grueso, tal vez de poesía, se giró y se sobresaltó al ver a aquella chica sentada. Tenía la cara llena de pecas, una sonrisa de delirio, dientes blancos y en fila enmarcados por unos labios carnosos, hidratados y pintados en cámel, su mirada hablaba a Alma sin palabras. En Anavrin leer las miradas era la forma de identificar si alguien había saltado y el nuevo inquilino del cuerpo decía mucho solo con los ojos, no siempre bueno, casi siempre monótono, a veces no decía nada y eso era lo más triste, pero la mirada de esa chica tenía a Alma enganchada.

–Disculpa, no sabía que había alguien aquí. –Alma murmuró noes–. Tú debes de ser… Alma. –Luego síes, la joven se acercó y le tendió la mano–. Yo soy Nirvana décima, la heredera, aunque prefiero que me llamen Vana. Vana a secas.

Alma aceptó el apretón de manos y se levantó, muda, solo quería escuchar lo que la chica tuviese que contarle y poder descifrar al completo su mirada.

–¿Estás esperando a mi madre? –Otro monosílabo salió de la boca de Alma. La risita de Vana alivió la tensión–. Qué graciosa. ¿Qué te está pareciendo Tressed?

–Oh, muy bonito, sí.

Vana arqueó las cejas y giró ligeramente la cabeza hacia la izquierda. Le divertía el juego de intentar robar a la forastera el mayor número de palabras posibles, pero Alma se lo estaba poniendo difícil.

–Es más grande de lo que parece. Tiene muchos secretos, yo puedo enseñártelos.

La propuesta calentó las mejillas de Alma, la voz de Vana le resultaba pícara, desenfadada y juguetona. Parecía que su plan

llevaba implícita alguna travesura a la que la joven anavriana no estaba acostumbrada, orden, bienestar y estabilidad no incluían descubrir secretos de ningún lugar.

–Me encantaría –susurró cabizbaja. No podía aguantarle la mirada.

El sonido de unos pasos firmes que se acercaban sorprendió a Vana. Primero un pie y luego el otro, con un camino claro, cada vez sonaban más cerca.

–Viene su majestad –vaciló–. Te buscaré más tarde.

Le guiñó el ojo y salió por una puerta, la reina entró por otra. Saludó a Alma y rozó con sus dedos el libro que su hija había abandonado sobre el escritorio.

–*El príncipe* de Maquiavelo –leyó el título en voz alta–. Me gusta que tengas inquietud por las escrituras del viejo mundo, ayudan a anticipar situaciones. Muchas veces la historia se repite.

Alma no delató a Vana, se quedó muda. La mujer le entregó el libro.

–Quédatelo, cuando lo termines podrás cambiarlo por otro –dijo sonriendo.

La sonrisa de una y otra eran parecidas, casi idénticas; la mirada, sin embargo, no tenía nada que ver. Una era mucho más amable, curiosa y divertida, otra era tensa, poderosa y siempre en guardia. Alma recordó entonces aquella pregunta que no se atrevió a hacer a Marlen la noche de la azotea, y encontró el valor para formularla.

–¿De dónde venimos? –apenas proyectó la voz.

–Es una muy buena pregunta. –La mujer apoyó el culo en el borde del escritorio y cogió aire, preparándose para contar una historia que ya había repetido en cientos de ocasiones–. La raíz de Anavrin y la de Tressed es la misma, pero crecieron en distintas direcciones. La semilla se plantó en tiempos del viejo mundo, con la

esperanza de que la humanidad no se extinguiese. Lo consiguieron. Mala hierba nunca muere –sonrió.

Nirvana novena se dirigió a una esfera sostenida por un soporte con un palo que la atravesaba por la mitad, tenía dibujos, la hizo girar.

–Antes el mundo era todo esto. Ciudades, países, continentes, millones y millones de personas. Mis antepasados vienen de aquí. –Hizo frenar la bola y puso un dedo sobre Filipinas–. Hubo una época, hace mucho tiempo, en la que el sol no quemaba como lo hace ahora, en la que podías ir de un lugar a otro sin temer que respirar ese aire terminase degenerando tu cuerpo. Podías bañarte en el mar, no tenías que cultivar tu propia comida, la vendían en tiendas. ¿Querías un tomate? Tenías un tomate. ¿Querías una patata? Tenías una patata. Comían incluso carne. Pero querer tanto de la Tierra hizo que enfermase.

La reina cogió un mando de la estantería y convirtió el enorme ventanal desde el que se veían las copas de los árboles de Viridi en una pantalla. Clic, apareció un mapa del mundo, como el de la bola, pero plano y más amplio, y en el siguiente clic las partes que eran agua se volvieron más grandes y las que eran tierra más pequeñas. Los primeros en desaparecer fueron lugares como Bangladés, la India y Países Bajos, todos ellos, bajo el agua. Se sumaron ciudades como El Cairo, Maputo, Bangkok, Bombay, Shanghái, Copenhague, Los Ángeles, Nueva York o Buenos Aires, entre otras. Mientras la mujer enumeraba lugares, Alma observaba sin entender bien de qué hablaba.

XII. Clic: más lugares fuera del mapa

Pasaban los años y cada vez se sumergía más tierra, la población se agolpaba en ciudades aún habitables, el calor en algunos sitios era insufrible, comunidades enteras murieron abandonadas por las organizaciones internacionales que no sabían qué hacer. Pagaban justos por pecadores, la emergencia climática llevaba décadas monopolizando conversaciones, cientos de estudios habían demostrado, una y otra vez, que la humanidad caminaba hacia un final inminente, pero a quién le importaba si las próximas civilizaciones podían ir al supermercado, subirse en un avión o fumar marihuana mientras ellos pudiesen hacerlo. Ya encontrarían un nuevo planeta que habitar, o desarrollarían branquias, aletas y escamas. Y pasaron los años, se impusieron restricciones para volar, para el consumo del agua, se racionaban alimentos y un lento suicidio colectivo era ya inevitable. No había planetas que conquistar, tampoco se habían vuelto tritones. Fue entonces cuando Nirvana, que luego sería Nirvana primera, y su grupo de amigos de la Universidad empezaron a trabajar en una idea, una tecnología capaz de crear un territorio habitable sin importar lo que sucediese fuera. Una tecnología que funcionase a través de energía solar y que fuese a su vez un escudo que les protegiese del sol, cada día más abrasador, cada día más mortal. Ella, junto a Cleo, Fred, Max y Rober, se convertirían en los fundadores de Anavrin.

La idea inicial fue de Cleo y Max, hermanos. Cleo era científica, iba a clase con Nirvana, y así fue como ella conoció a Max, sociólogo y politólogo, y el que sería el amor de su vida. Roberto era bioquímico y Fred, novio de Cleo desde hacía años, era informático y estaba especializado en Inteligencia Artificial. Todo empezó como una broma, una tarde jugando a Los Sims los hermanos fantasearon con ser los nuevos dioses sobre la Tierra, crear un territorio aislado

de todas esas catástrofes naturales que cualquier día azotarían Londres y acabarían con ellos. Otro día, entre cerveza y cerveza, la broma continuó, somos demasiados, decían, es algo que se ha dicho siempre, si fuésemos menos la Tierra no habría enfermado, el ser humano siempre quiere más, más y más, insistía Max, teníamos que habernos quedado en la caverna.

–Pero matar no está bien. Ni siquiera cuando es la única opción –susurró Cleo.

La música del bar estaba alta, pero el tema era delicado. En esa época, los intentos por salvar a la raza humana habían sido tantos y tan variopintos, que la desesperanza asolaba a la sociedad. Mientras en algunos puntos de la tierra la muerte era ya inevitable, en otros, los privilegiados aún podían tomarse una cerveza en un bar, donde el aire acondicionado o la calefacción servía de refugio de las condiciones extremas del exterior. Todo había sido siempre una cuestión de clases.

–Les da miedo que no podamos recomponernos –añadió Fred–. Pero estoy seguro, el mundo con menos gente seguiría funcionando.

Nirvana le dio un sorbo a su pinta y carraspeó.

–Cuello de botella –dijo, y arqueó las cejas. Todos la miraron, intentando entenderla.

–¿Lo dices en serio? –preguntó Rober. En su rostro se dibujó una sonrisa incrédula, esperando que su amiga negase con la cabeza. El resto no sabían de qué hablaba.

–Solo digo que es posible –se encogió de hombros–. Fred tiene razón, no sería la primera vez que la civilización desciende drásticamente y, míranos, somos millones ahora.

Nadie añadió nada. Rober seguía mirando con una mezcla de desaprobación y orgullo por la valentía de la chica.

–Hace unos 900.000 años, a principios del Pleistoceno, hubo episodios de condiciones climáticas extremas –Nirvana movía la

mano, enumeraba con los dedos–. Glaciaciones, sequías, muchos animales que solían formar parte de nuestro menú se extinguieron. Todo eso hizo que el 98 % de la población muriese. Hace unos 900.000 años –ralentizó el habla– solo quedaron vivas unas 1.300 personas. Y remontaron.

–A eso se le llama efecto cuello de botella –añadió Rober–. El estudio es potente, prueba que estuvimos al borde de la extinción.

–El borrado de gran parte de la población permitió que otros fuesen los padres de una nueva era –susurró Cleo cabizbaja, como si una bombilla acabase de iluminar su cabeza. Después levantó la mirada–. ¡Vaya! De los cinco, nunca pensé que fueseis vosotros dos los que nos sugirieseis, con una base científica, hacer desaparecer a la mayoría de la población para salvar a la humanidad.

–No. No. –Nirvana negó con una sonrisa–. Yo no he propuesto nada. Solo os he hablado de un estudio. Además, en el Pleistoceno estaban mucho más preparados que nosotros para sobrevivir. ¿Qué haríamos ahora sin poder hacernos la manicura? –vaciló con los cinco dedos de la mano izquierda extendidos.

–Morir… vamos a morir igual –concluyó Max–. A mí no me molestaría que un científico me matase si con eso consigue salvar a la humanidad.

Asintieron, ese autoconvencimiento serviría para dar el paso si fuesen ellos los que tuviesen que apretar el botón. Todos se imaginaban esa utopía, pero decirlo en voz alta aún les resultaba criminal.

–¿Cómo lo haríamos? –preguntó Fred–. Supongamos que lo conseguimos; aislar un territorio habitable.

–Podríamos intentarlo. Como un estudio, me refiero. Sin necesidad de llevarlo a cabo –propuso Cleo.

Ninguno quería admitir que estaba dispuesto a hacerlo, y a la vez, se daban la aprobación con la mirada, así que comenzó como una

broma, como un juego o un proyecto de Universidad. Pensaron en cómo crear un lugar en el que poder regular las temperaturas, cultivar los alimentos y en el que la población fuese joven, sana y dispuesta a colaborar, pero el territorio ideal estaba aún lejos de los conceptos que habían logrado desarrollar. Sabían cómo aislar un terreno, cómo hacerlo habitable si fuera de este no había nada más, sabían acabar con el resto de la población, la que habría sido descartada tras un minucioso proceso selectivo que llevaría a cabo Max, distópico; esta parte ponía los pelos de punta a algunos de ellos, a Nirvana, a Rober, pero era la única forma de salvar a aquellos niños que acababan de nacer y no tendrían la oportunidad de cumplir sus sueños, de albergar ambiciones, de vivir y morir dignamente. La idea empezó a hacerse real a medida que conseguían avanzar, al comprender que el plan cogía forma y era viable, y sin darse cuenta, todos fundaron el territorio que salvaría a la humanidad. Pero a Cleo le faltaba algo para que fuese perfecto, para conseguir ese orden, ese bienestar, esa estabilidad en un territorio que empezaría a construirse de cero y, tras meses de investigación, Nirvana dio con la clave de todo.

–¿Es como tener una base de datos de todos ellos? –preguntó Cleo. Ambas estaban en un laboratorio observando resultados en una pantalla.

–Sí, y la usaríamos en su beneficio.

La idea de los microchips fue suya, un aparato en la cabeza para estudiar las reacciones y preocupaciones de aquellos que iban a ser el futuro, la nueva era. Tenía para su creadora fines médicos y terapéuticos, con ello podrían saber cómo gestionar las crisis que una civilización activa, con conciencia, y en un nuevo territorio, podría provocar. Ayudarles a gestionar esa nueva realidad, la del fin del mundo tal y como lo conocían. Una crisis que Cleo quería evitar a toda costa.

–¿Y lo que ya han vivido? ¿Lo recordarían?

–Todas las imágenes que recuerden se descargarán en el microchip, como si fuese un disco duro. Y hasta podrían eliminar lo que no quieran recordar.

–¿Y si quieren olvidar cosas que más tarde puedan serles útiles?

Para Nirvana eran preguntas inocentes.

–Cada microchip tendrá un código y toda su información se descargará en una base de datos. Necesitaríamos un ordenador muy potente, lleno de carpetas y más carpetas con la información de cada uno de los ciudadanos que compongan esta nueva sociedad. Podríamos analizarla, ver los errores en el territorio, lo que piensa la sociedad y mejorar lo que falle. Hasta que generación tras generación se adapten. –Nirvana estaba entusiasmada.

–Es increíble, Nir. Esto va a ser muy útil. –Cleo se abalanzó sobre ella para darle un abrazo, la chica se sujetó la cabeza desorientada–. ¿Estás bien?

–Sí, llevo mucho tiempo encerrada aquí dentro. Me estoy mareando, solo es eso.

–Vete a casa, descansa.

Los microchips, ese invento de Nirvana, le dio a Cleo justo lo que necesitaba. Con esa gran noticia fue directa al bar en el que Max y Fred tomaban algo, la cerveza cada vez sabía peor, pero era ya una de las pocas cosas que se podía hacer, beber.

–Es perfecto. Max, la gente a la que elijas no tendrá que recordar nada. Podrás inventarte la historia de un nuevo mundo, y no conocerán otro. –Los ojos de Cleo se abrían como platos–. Con ayuda de la Inteligencia Artificial podréis inventar una nueva religión, algo a lo que aferrarse, y perfiles que cumplan los requisitos que necesitemos. Se los descargaremos en las cabezas, con esos microchips tendremos a la sociedad perfecta. Todos podrán hablar el mismo idioma, o varios idiomas. Podríamos empezar de cero.

–¿Quieres crear una nueva humanidad de la nada? –interrumpió Max.

–No, adaptarla al nuevo mundo. Les daremos una estabilidad con la que hoy en día no pueden ni soñar. –Cleo suspiró–. Chicos, sé que lo que estoy diciendo suena a ciencia ficción, pero no os hagáis ahora los blandos. El primer paso de nuestro plan es matar a la mayoría de la población…

–Porque es la única forma de salvar al resto –interrumpió Max–. Para darles una oportunidad, Cleo. No para controlarles.

–Ya, sí. –Cleo sabía que Max tenía que repetirse ese argumento continuamente para seguir adelante. A ella había dejado de importarle el motivo por el que lo hacían, lo que quería era asegurarse un futuro estable y seguro–. Tienes razón. –Alimentó el convencimiento que su hermano necesitaba y relajó su tono–. Llevamos meses dándole vueltas a cómo reaccionarían los elegidos cuando descubran que ahí fuera no hay nada más. Preguntándonos cómo se tomarían descubrir que sus seres queridos han muerto, que su vida tal y como la conocían ha muerto. Preguntándonos si se sublevarían. Pero ahora sabemos cómo evitarlo. –Hizo una breve pausa y puso su mano sobre el hombro de Max–. Mira a dónde nos ha llevado el libre albedrío, la cuenta atrás ya ha empezado. Lo ha dicho Washington, lo ha dicho Naciones Unidas, lo ha dicho la OMS, es cuestión de años. Somos demasiados. Es ahora o nunca.

–¿Y luego qué? –preguntó Max–. Pasará el tiempo en una sociedad que acaba de nacer y ¿qué? Cuando nosotros ya no estemos, ¿qué harán?

–Estaremos. –La mirada de Cleo relucía más que el diamante que llevaba en su dedo anular, su sonrisa se estiraba en su rostro de una forma aterradora e intrigante. Fred prestaba atención, como si por fin una idea le interesase: la de la inmortalidad–. Estaremos porque esos microchips convierten a las personas en bases de datos. Nirvana

es una genia, demasiado inocente, pero una puta genia –dijo haciendo énfasis en las dos últimas palabras–. Ha descubierto la vida eterna y ni siquiera es capaz de darse cuenta –se rio–. Podremos pasar nuestra conciencia de un microchip a otro. Todo lo que sabemos, todo lo que hayamos visto, todo lo que conocemos. Podremos elegir el cuerpo que queramos tener para seguir dirigiendo el territorio, asegurarnos de que la civilización perdura.

–Sin nosotros no irían a ninguna parte. –Max sonrió, siguió con su ejercicio de autoconvencimiento y alzó su cerveza–. Somos los nuevos dioses sobre la Tierra. Es la única forma de salvar a esta gente.

–Somos los nuevos dioses sobre la puta Tierra –repitió Fred, que se enorgullecía de tener un papel importante en la misión. Era imprescindible–. Somos jodidamente inmortales. –Brindaron.

XIII. Nanomosquitos

En esa época, organizaciones oficiales o clandestinas estaban creando sus propios proyectos para evitar ese inminente Apocalipsis. Muchos gobiernos entraron en conflicto para intentar hacerse con más territorio para sus ciudadanos, que ya no entraban en las zonas costeras. El mundo, como era de esperar, se olvidó de África primero, que con temperaturas que alcanzaban límites insoportables, fue muriendo poco a poco. Muchos lugares de Asia y de Oceanía evacuaron a su población en grandes buques que pasaron semanas a la deriva y a la espera de que algún puerto les dejase atracar. Las catástrofes naturales se redoblaron, triplicaron, el tiempo se había vuelto loco. El miedo de la gente conducía a la civilización al borde de un caótico abismo, un salto al vacío, en algunas ocasiones literal. Ya no querían trabajar, sus sueños rotos, sus objetivos inalcanzables, no había tiempo, ni recursos, una sociedad sin propósitos, ya no hacía falta procrear, educar, producir, ni siquiera protestaban, ya era tarde, los ecologistas hastiados de advertirlo fueron los primeros en rendirse. Aumentaron los suicidios, los crímenes, las enfermedades mentales, también las físicas; los delitos de cualquier tipo, la basura se acumulaba en las calles, de vez en cuando un nuevo fuego quemaba en la esquina de algún edificio el cúmulo de bolsas llenas de residuos. No había ya en la Tierra esperanza.

Anavrin podría acoger a miles de personas, cuerpos activos con mentes pasivas, la nueva era, el futuro de la civilización, del ser humano, del homo sapiens sapiens, orden, bienestar y estabilidad. Seleccionados por la edad, gente joven, que pudiese trabajar; la salud, gente sana, que pudiese trabajar; y la diversidad, equitativa, para que unos no se sintiesen más frente a otros, orden, bienestar y estabilidad. No habría niños, no habría ancianos y todos ellos habrían elegido voluntariamente ir a aquel lugar, la promesa de un

porvenir, de un salvavidas que les iba a costar nada más y nada menos que su libertad, eso sí que lo desconocían. Entonces solo existía el edificio principal del núcleo, esa alta torre situada en lo que llamaban Centroeuropa, amurallada y con varias salas, era amplia, pasillos y pasillos de lo que en algún momento podría haber sido un edificio de Estado, cámaras con mesas de conferencia. El lugar había sido abandonado. Aislaron un gran terreno inhabitado alrededor de aquel fuerte, e invitaron a los elegidos a lo que, creían ellos, era un proceso de selección para participar en un proyecto que con total seguridad –lo remarcaban una y otra vez, con total seguridad– sería una segunda oportunidad para el ser humano, el que con malas decisiones ya había asumido un suicidio colectivo a paso de tortuga y casi había cruzado la meta. El proyecto Cuello de botella.

La mayoría eran inversores que habían viajado hasta ese sitio a la espera de conocer más detalles de aquel plan al que llevaban años destinando dinero, que les había convencido después de la fallida misión espacial, o de comprender que los gobiernos se habían rendido. Dentro, durante ese fin de semana, con una agenda de falsas conferencias, pruebas y exámenes médicos, estaban a salvo de toda amenaza, menos del somnífero al que habían sido expuestos nada más llegar y que les duraría un buen tiempo, y la cirugía, una pequeña incisión en la cabeza para introducir con nanotecnología microchips que no daban error; ellos mismos, los fundadores, habían sido los conejillos de indias. Y fuera más nanotecnología, nanomosquitos portaban un virus mortal que se encargaría de acabar con el resto de la población, y cuando la enfermedad hubiese dejado millones de cadáveres esparcidos por todo el globo terráqueo, una lluvia ácida descompondría cualquier rastro de los que no fueron elegidos. Zumbido, nanomosquito, picotazo, pam, muerte, zumbido, nanomosquito, picotazo, pam, al suelo, todos víctimas de aquellos sedientos nanomosquitos.

De todo aquello, lo que encogió el corazón de Nirvana, lo que no pudo soportar, fue descubrir que no salvarían a los niños. Robó los prototipos de todo el proyecto, de sus microchips, de la tecnología aislante y se marchó al norte de Francia cerca de la frontera con Alemania. Allí se instaló en un lugar con pueblos y un bosque que más tarde sería Tressed, y lo que entonces les rodeaba era muy distinto al desierto que luego se formó. No estaba sola en aquel lugar, como el flautista de Hamelín con las ratas, sus últimos esfuerzos los empleó en ofrecer una segunda vida a cientos de niños que pudo rescatar.

–¿Qué son niños? –La pregunta de Alma interrumpió a Nirvana novena, que con tanto entusiasmo respondía a la pregunta, de dónde venimos.

XIV. Era cuestión de perspectiva

El cielo empezaba a oscurecer y a la chica le aliviaba pensar que había superado su primer día lejos de lo que hasta entonces había sido su hogar. Un día artificial, pero un día al fin y al cabo, sin ser localizada y sin que las bombas impactasen en esos caminitos de piedra que recorrían Naguell, en las fuentes y los jardines que rodeaban el palacio, o en el verde, vivo y galante bosque que daba cobijo a una comunidad. Pero le asustaba la noche, dormirse y amanecer en Anavrin, despertar en otro cuerpo, nada le garantizaba que esa tiara metálica fuese a funcionar, aún se le hacía extraño pensar que los saltos no eran naturales, ¿y si estaban equivocados? Aguantaría con los ojos abiertos todo el tiempo que pudiese, hasta que le sobreviniera el sueño, hasta que le pesasen tanto los párpados que solo le quedase confiar, confiar en aquellos extraños, y la noche estaba cada vez más cerca. Demasiado naranja, pensó, ¿quién dibuja aquí los atardeceres? Después, el cielo se tiñó de negro y muchos puntitos empezaron a brillar encogiéndole el corazón. Nunca una noche estrellada había sido tan preciosa, puede que esa fuese la especialidad del artista, ya no le importaba que cubriera de naranja un atardecer que en esa época del año debía fundirse en rosa, nunca había visto una..., luna, sí, así se llamaba esa cosa tan grande que cambiaba de forma, lo había leído en aquel libro, nunca una luna había alumbrado tanto en la oscuridad. No podía disimular, su boca era una O y su cabeza aguantaba la postura olvidando el miedo a esa noche, esperaba quedarse toda la vida anclada a esa imagen, pero la voz de Vana la sacó de su sueño más real.

–Es bonito, ¿verdad?

Asintió y le entregó el libro de Maquiavelo sin dejar de mirar el cielo.

–Te lo has dejado en el despacho –susurró. La chica cogió el libro y rozó sus dedos.

Alma la miró, el tacto la desconcentró.

–¡Oh, gracias! No me habrás delatado, ¿no? –Negó nerviosa con la cabeza–. ¿Sabes?, en dos noches oscurecerá fuera. Ocurre poco, pero durará unos cuantos días y no tiene nada que ver con este lienzo artificial. Lo de ahí fuera es especial. –Miró a Alma–. No siempre lo que es escaso es más bonito, pero las noches reales lo son. Escasas y bonitas. –Sonrió–. ¿Te gustaría verlo? –Alma volvió a asentir, sin dejar de mirar el cielo–. ¿Qué pasa? ¿Te ha comido la lengua el gato? –Le dio un empujón suave, hombro con hombro. Ella se extrañó y giró la cabeza hacia Vana.

–¿El gato?

–Es una expresión. Lo que quiero decir es que puedes hablar sin miedo.

Dudó un instante, ¿qué querría decir 'una expresión'?

–¿Me enseñas algún secreto de Tressed? –dijo finalmente. La sonrisa de Vana se acentuó.

–Claro. –Agarró su mano para que no se perdiera y tiró de ella, a Alma el corazón nunca le había latido tan rápido, ni 24 horas antes cuando huyó de Anavrin.

A esas horas Tressed se iluminaba con guirnaldas de bombillas colgadas de un lado a otro en las calles, en los árboles, en los edificios; distaba mucho de aquella urbe, país, a varios kilómetros al este donde de noche todo era oscuro, estaba prohibido salir y el silencio era tan profundo que solo escuchaban su respiración, su latido y el transcurrir de su sangre por las venas. Alma no sabía la hora que era, pero seguro que ya había sobrepasado la medianoche, y aunque el silencio era mayor que durante el día, aún había gente en las calles de Naguell que bailaba al son de una balada. Personas de mayor y menor tamaño hacían que el lugar pareciese más amable,

también los olores daban vida a ese sitio, en Anavrin todo olía a cítrico. Se adentraron en el bosque, ya solo les hacía compañía la luna y algún ruido de procedencia desconocida. Alma seguía a Vana, que caminaba decidida.

El crujir de las ramas bajo sus pies cesó al llegar a una pequeña explanada circular, en el centro nacía el tronco de un árbol, alejado de los que lo rodeaban. Era majestuoso y grueso, no se podía abarcar con una brazada, y desde esa perspectiva no se apreciaba, pero era el mayor de los árboles, el más alto, explicaba Vana, y el secreto mejor guardado de Tressed, prosiguió. Se acercó a la corteza, esquivando las enormes raíces que sobresalían del suelo, en ella había un símbolo dibujado, una corona, la presionó, el símbolo se convirtió en relieve, lo giró hacia la izquierda 90 grados y hacia la derecha 180 y lo volvió a hundir. Un ruido se llevó consigo parte del tronco invitándolas a entrar en su interior.

–El secreto es que no es un árbol. Sígueme.

La heredera se metió dentro de la secuoya artificial y trepó por unas escaleras. Alma obedeció y, como un espejo con retraso, la imitó. El tronco del árbol se completó de nuevo y su interior se iluminó. Al llegar arriba, varias ramas aguantaban una plataforma de madera llena de cojines, un montón de libros y unas vistas a todo Tressed. Los privilegios de ser la heredera, bromeó.

–No puedes gobernar un reino sin un sitio desde el que verlo todo –dijo. La anavriana miraba hacia abajo y veía todas esas lucecitas, no podía evitar imaginar que tal vez en otro planeta miraban el cielo y veían puntitos que procedían de las calles de Tressed. Era precioso, era un cielo en el suelo, era cuestión de perspectiva, añadió Vana, pers-pec-ti-va. De cerca las cosas eran bonitas, de lejos también lo podían ser, y, a veces, explicaba Vana, los problemas también había que mirarlos desde varios sitios, así es como ella solía encontrar la solución.

Escaló con sus dedos la montaña de libros, dedo índice en *La casa de Bernarda Alba*, dedo corazón en *Al faro*, dedo índice en *Narnia: la bruja, el león y el armario*, dedo corazón en *Fahrenheit 451*, dedo índice en *Matadero cinco*, dedo corazón en…, le dio un golpecito al lomo del siguiente libro, subió el dedo índice y el gordo a la misma altura y lo sacó del montón con cuidado. *Alicia en el país de las maravillas*.

–Tú me has dado un libro, yo te doy este. Un intercambio. En Tressed siempre que nos dan algo, damos algo a cambio. Así funcionamos.

Alma pensó que en realidad ella no le había dado nada, porque el libro no era suyo, Vana se lo había dejado sobre la mesa, pero tener ese libro entre sus manos, con una muchacha rubia vestida de azul en la portada, le ponía los vellos de punta en el buen sentido. Tener a Vana cerca le ponía los vellos de punta en el buen sentido. Se acurrucaron entre los cojines, allí arriba no llegaba la luz de las guirnaldas que a Alma le recordaban al cielo estrellado, Vana encendió un candil, y la una con la otra, juntas, con los hombros pegados, comenzaron a leer. Vana pasaba las páginas más rápido, Alma leía y de vez en cuando la miraba de reojo, como Alicia en su historia.

Como un gato, ese que a veces le comía la lengua, se estiró entre los cojines. El sol tressediano ya había sustituido a esa luna que tanto alumbraba. Desorientada miró a los lados hasta ubicarse, seguía en Tressed, no había saltado, suspiró y comprobó que Vana ya no estaba. *El que no madruga, no gobierna*, una nota en el interior de su libro le explicaba cómo salir de aquel árbol que no era un árbol, sino el mayor secreto de Tressed. Ella lo guardaría en un rincón de su microchip, donde almacenaba todos sus recuerdos. Este lo guardaría bien, muy al fondo, pero no demasiado por si se perdía entre tantos

datos. Su vida había sido ya muy larga aunque su cuerpo fuese el de una chica de casi treinta años, había vivido en tantos cuerpos días monótonos que se repetían uno tras otro y los tenía todos ahí almacenados, y cuanto más atrás los guardaba, más se mezclaban unos con otros y no le importaba, porque todo era lo mismo. Pero este recuerdo no quería que se le mezclase con nada, lo quería puro.

Salir del bosque fue sencillo, en Naguell siempre tenían música puesta, cantaban, bailaban, siempre era una fiesta. Seguir la melodía era el camino más fácil para una forastera, el olor era otra opción, esa mañana olía a caldo de verduras, la plaza del pueblo tenía unas cuantas ollas calentando, los naguelianos las removían. Joven, le decía uno, a las dos, ni un minuto más tarde, que luego hay mucha cola y no tendrás ración. Más adelante, un hombre y una mujer ofrecían flores, ramos preciosos, también plantas, algunas daban frutos, otras solo decoraban. Frida, ¿qué hay?, preguntó el hombre a una chica que pasaba por delante de las flores, feliz cumpleaños, es hoy, ¿no?, la mujer sonriente se lo confirmó, y el hombre le dio unas flores. La muchacha se lo agradeció, nos vemos luego en la taberna, añadió, me deben cuatro docenas de huevos en el corral. Él asintió, formaba parte de un acuerdo que tenían con Niutat, cada mes cuatro docenas de huevos, de vez en cuando algún obsequio y si traían algún invento nuevo, los mejores tomates irían a la región más pequeña de Tressed. Cum-ple-a-ños, ¿qué sería eso?

Una persona bajita corrió al puesto de las flores, Antón la perseguía, Anita, cuidado, le decía, pero Anita era muy revoltosa y le gustaban mucho los colores. El hombre, Joao, le revolvió la melena y le entregó cuatro claveles. Antón reparó en Alma, sin perder de vista a la pequeña chica.

–Buenos días –le dijo–. Vamos al hospital a ver a Vivi. Está mucho mejor, ¿quieres venir?

Alma no contestó, se agachó para estar a la altura de esa persona que era notablemente más bajita que el resto.

–¿Eres un niño?

–No. Soy una niña –dijo frunciendo el morro, después sonrió y extendió la mano en la que llevaba flores–. ¿Quieres una? Los claveles no son las que más me gustan –se encogió de hombros.

Tenía una voz muy dulce y unas expresiones que las personas altas no se podían permitir. Los ojos ocupaban gran parte de su cara, sus morritos eran chiquititos y le faltaba algún diente. Alma entrecerró los ojos y no pudo evitar esbozar una sonrisa, la niña era tan tierna, tan pequeñita, ¿para qué servían?, se preguntó y aceptó la flor. Antón acarició la cara de la niña desde arriba y la juntó contra su cuerpo, ella perdió un poco el equilibrio.

–Anita, ella es Alma.

–Yo soy Anita y tengo cuatro años –dijo enseñando cuatro dedos de su mano–. Él es mi papá, ¿lo conoces? –Alma se rio, no sabía muy bien qué le había hecho gracia.

–Sí.

–Aaaah. –Alargó mucho la vocal–. Vamos a ver a Vivi, es nuestra amiga. Se hizo daño en la pierna, pero papá dice que la pupa ya está curando. Le han puesto en la herida *romolos*.

–*Rémolas*, cariño. Se dice *rémolas*.

–Aaaah. –Volvió a alargar mucho la vocal.

Alma aceptó la invitación, y de camino al hospital, que no estaba muy lejos, no pudo evitar preguntar en alto para qué servían los niños.

–Nirvana novena me dijo que este lugar se fundó para salvar a los niños. ¿Qué hacen?

La respuesta de Antón vino precedida por una larga carcajada y acompañada de una risita de Anita que no entendía bien la situación, pero le encantaba que su padre se riese.

–Nos recuerdan a una época de nuestra vida a la que nunca volveremos y en la que éramos una mejor versión. –Alma le miró extrañada–. Aquí todos hemos sido niños alguna vez. Es de donde venimos.

Ella miraba a Anita y no entendía cómo era posible que los anavrianos y los tressedianos fuesen tan parecidos si no venían del mismo lugar, no se morían y podían saltar de un cuerpo a otro. Esa incógnita que ahora enredaba la mente de Alma, era la aterradora sombra que se alargaba sobre los estudios niutenses de Anavrin, la pregunta que no conseguían resolver. En el viejo mundo tenían la certeza de que había más vida en otros planetas, pero nunca consiguieron las pruebas, en el nuevo mundo convivían con una sociedad extraña a unos kilómetros, y no eran capaces de entender de dónde venían y si suponían una amenaza.

Hace 109 años, una viridiana llamada Lenina entró trepando por la muralla sur de Anavrin, arriesgando su vida. De un salto, sus pies se toparon con el suelo y, escondida, esperó a que amaneciese. Pasaban las horas de luz y no vio ni un solo balón rodar por las calles, no escuchó risitas agudas entre carreras y caídas, llantos por heridas de guerra jugando al pañuelo o al pilla pilla, preguntas inocentes a la par que divertidas sobre cómo funcionaba el mundo, y eso le llevó a preguntarse, ¿cómo funcionaba Anavrin? Solo había adultos que iban de un lado a otro siguiendo órdenes, sin mirarse a los ojos, ni siquiera se dieron cuenta de que una mujer extraña les observaba. Pronto comprendió que no tenían ni idea de que a no mucha distancia otra sociedad crecía entre risas y llantos, una sociedad más parecida a lo que se leía en los libros del viejo mundo que Lenina pudo comprobar que allí no existían. No conocían la Navidad, ¿de qué sirve la Navidad sin niños?, no celebraban sus cumpleaños, no encontró en toda la ciudad una tienda de tarjetas que felicitasen nacimientos, aniversarios, no encontró en toda la

ciudad un cementerio donde sepultar a los suyos, ni hospitales, había bares, había alcohol, menos mal, pensó, no había salas de proyección y la música era malísima, no tenía letra, eran melodías repetitivas e imposibles de bailar. Tampoco vio fotografías, ni cuadros colgados en las paredes, ni un solo juguete, ni rastro de vida infantil, ¿de dónde venían? Ciento cuarenta y nueve años investigando, ¿de dónde venían? Las leyendas populares sobre la civilización vecina solían contarse alrededor de hogueras en Tressed, y desde ese año, la ausencia de niños había sido el eje de las historias para no dormir que algunos tressedianos se inventaban, pero lo cierto es que a los niutenses, a los scouts, les daba miedo lo que podrían encontrarse al descubrir la verdad. Sacar a Alma de aquel lugar era ya fruto de un plan desesperado y arriesgado, la muchacha no había sido elegida al azar.

XV. La Taberna Zurda

Vivi ya se ponía en pie sin ayuda, caminaba como si nunca hubiese tenido un trozo de metal atravesado en la pierna. Anita entró corriendo en la habitación y se lanzó a sus brazos, le entregó las flores.

–¿Son para mí? Muchas gracias, preciosa.

La visita alegró mucho a la niutense, porque los niños siempre hacían todo mejor, esa era la sensación que tenía Alma. Ya no le dolía, insistía, tuvo algo de fiebre por la infección y por eso tardaron en ponerle las *rémolas*, una planta tressediana que ayudaba a cicatrizar. Se encontraba mucho mejor, como nueva, repetía para que Antón no estuviese preocupado. Él se disculpaba por haber tardado tanto en venir, entre la niña y que no le dejaban pasar. Ella le tocaba el hombro y le decía que no se preocupara. Antón se disculpó también por elegir el camino largo y seguro, era lo que tenía que hacer, respondió ella, su vida, dijo, no valía más que la de todo Tressed. Estuvieron un rato hablando, Alma les contaba lo que había estado haciendo sin olvidar que tenía un secreto que no podía desvelar, Anita hacía preguntas divertidas sobre cosas que veía en la habitación del hospital, y al tiempo Antón las echó sutilmente al decir que Vivi tenía que descansar, le daban el alta en un par de horas, al despedirse la chica recordó desde la cama que los vería esa noche en la Taberna Zurda.

–Ah, sí. –A Antón se le había olvidado trasladarle la cita a la anavriana–. Alma, esta noche nos veremos allí. ¡Ah! –Otro recuerdo azotó su mente de golpe–. Dormir. Puedes dormir donde quieras –dijo. Evitó preguntarle dónde había pasado la noche, no quería entrometerse–. Pero en la habitación de Anita hay una cama libre, estará encantada de compartir su cuarto contigo hasta que te ubiquen en otro sitio.

Anita sonrió y emitió un largo y agudo *síííííííííí*.

La Taberna Zurda era una taberna regentada por una mujer zurda. Margarita no había sido siempre zurda, su brazo derecho era robótico, había sido creado con nanotecnología en Niutat. Tenía también un parche en el ojo derecho y una cicatriz que le atravesaba la mejilla. Era una mujer muy fuerte, pelirroja y rizosa, con mucho carisma y que había sido scout, gran parte de sus misiones las había llevado a cabo en el sur de la península, lejos de Anavrin. Quería llegar a un lugar antes llamado España para recuperar parte de la cultura de aquel país, de sus orígenes, pero la mayoría de ese territorio estaba ya bajo el agua o cubierto de arena. En una de sus excursiones se topó con una serpiente gigante, jamás habían visto algo así. Hasta entonces, el pueblo de Tressed creía que solo había vida dentro de sus fronteras y las de Anavrin, pero fuera, aunque poca, también había, animales que se habían adaptado a las condiciones del nuevo mundo, los llamados *parásitos*. Margarita, a la que siempre le gustó la literatura y se le daba muy bien contar historias, tenía a Alma boquiabierta.

–Como buena exploradora, como buena scout y guerrera, había descubierto que sí había vida más allá y tenía que volver para asegurarme de que los demás lo supieran –decía mientras movía de un lado al otro sus brazos, el metálico y el biológico, y recreaba su lucha con ese primer parásito–. Me atrapó con su cuerpo, me arrancó este brazo. –Puso sobre la barra el miembro robótico–. El otro lo conseguí salvar a tiempo y con él la maté. Le asesté cientos de puñaladas –alzaba la voz y emitía onomatopeyas, tas, tas, tas, después avisó a la base Leber más cercana, podría haber muerto, siguió, pero en cuanto se recuperó, volvió al ruedo, tenía que cumplir su objetivo, tenía que llegar a España.

–¿Y qué encontraste en España? –interrumpió Alma.

–Arena, agua y algunas reliquias enterradas.

La respuesta le decepcionó, pero la historia permitió a la muchacha hacer más preguntas.

–¿Hay más parásitos? –Margarita sonrió, alzó su brazo robótico y cerró el puño.

–Maté a su líder y ahora son mis mascotas.

Antón, Vivi y Alma esperaban en la barra a que llegase el resto. Los niutenses ya habían escuchado a Margarita contar esa historia una y otra vez, y se limitaban a observar la divertida reacción de la forastera. Margarita, ya retirada de su vida de aventuras, había dejado de ser scout para vivir en Naguell, y su taberna, bastante popular entre los tressedianos, se había convertido en un lugar de confianza para los altos cargos, el punto de encuentro para reuniones privadas. Al fondo, en una enorme mesa ovalada y de piedra, se cerraban multitud de acuerdos como el de las cuatro docenas de huevos. La mesa estaba rodeada por sillas de distintos materiales, la presidía una grande y de marfil que terminaba en pico y tenía un escudo, el de Tressed. Era un hexágono dividido en su interior por tres triángulos, cada uno de un color; uno tenía un árbol, otro un girasol y el último una pluma. Otros cuatro asientos se diferenciaban del resto, dos a su derecha y dos a su izquierda. El primero de la derecha era del mismo color y con el mismo escudo, pero algo más pequeño y sin pico. La misma estructura tenían los tres restantes, uno era verde oscuro, de madera y tenía tallada la silueta de un árbol, era el asiento del jefe de Viridi. En él se sentó un hombre negro, fuerte y con rostro serio, se llamaba Guillaume, y era el líder más querido en todo el reino, llevaba décadas siendo reelegido en el bosque. En los últimos comicios nadie más se presentó, hacerle oposición era como cavar la propia tumba entre los viridianos. Era también el padre de Vivi, que desde muy pequeña supo que no quería ser scout o guerrera, pero siempre tenía ideas para ayudar a su

comunidad, cuando cumplió 10 años el padre la envió a Niutat, estaba seguro de que allí descubriría grandes cosas, tendría más recursos. Su líder se llamaba Frida, ocupaba ya su silla, era dorada y metálica, y tenía una pluma dibujada. Ninguna región había tenido nunca al frente a alguien tan joven, el progreso era su filosofía y siempre había sido una chica brillante. El último asiento, de color granate y con un manto azul en la parte superior, que tenía un girasol bordado, era el de Joao que representaba a Naguell, era joven, pero caminaba con la ayuda de un bastón. El resto de sillas que rodeaban la mesa eran de madera como las del resto de la taberna, que a la llegada de la reina se vació. Nirvana novena se sentó en la silla principal. A su derecha, Vana tomó asiento y su hermano Sandro ocupó una de las sillas normales, Vivi, Antón y Alma habían abandonado ya la barra para incorporarse a ese encuentro. Thibauth también había sido convocado, a su lado se sentó una chica, Jess, con los lados de la cabeza rapados y el pelo rosa, llevaba el mismo traje que Thibauth, así que Alma interpretó que se trataba de otra scout.

La primera en hablar fue la reina, decía que con Alma en Tressed la fase inicial del plan podía declararse exitosa, un plan que por lo que ella llegó a comprender incluía liberar a Anavrin, ¿de qué?, pensó, pero siguió escuchando en silencio. Casi todo el mundo mencionó a Alma al menos una vez, en ella estaban las respuestas, la miraban como si se tratase de un trofeo y la muchacha, incluso con miedo –oh, volvía ese maldito sentimiento–, intentaba escarbar en su mente, repasaba uno a uno todos esos días monótonos que se le habían mezclado, enredados en uno solo, el día de Alma en Anavrin podría ser la vida de Alma en Anavrin, y por más que los desgranaba no encontraba nada que pudiese ayudar, nada que se pudiese parecer a la respuesta de alguna pregunta a menos que esa pregunta fuese: ¿cómo era el día a día de Alma en Anavrin? Aburrido, diría. La siguiente fase era pasar a la acción, pero no sin antes tener nuevos

datos, nuevos datos, nuevos datos, ¿qué datos? Años de estudios y al parecer llevaban un tiempo estancados, no podían responder a esa pregunta, de dónde venían, y no habían conseguido acceder a la torre, el edificio inteligente, el rascacielos que se imponía en esa urbe, país, El Origen, un lugar desconocido por completo que algunos tressedianos llamaban La Colmena. Su seguridad era infranqueable y solo Alma podía ayudarles, ¿yo?, se preguntó, la cabeza le daba vueltas, cada vez que alguien hablaba decía algo absurdo para la muchacha, algo que no tenía sentido, ella no sabía nada, na-da. Aprovechó un breve silencio.

–¿De qué queréis liberar a Anavrin? –El silencio se alargó, todos miraron a la reina.

–De Cleo. De ese destino sin propósitos. Anavrin es una cárcel. –Nirvana novena hablaba enfadada, como si la pregunta de Alma le hubiese ofendido–. El orden es una mentira, vivís una vida obligada. ¿Qué historia está escribiendo Anavrin? Lleva años, siglos, siendo igual. La vida no es así, la vida es caos.

Solo cambiaban los cuerpos, más alta, más baja, más gorda, más flaca. Rubia, morena, morena, pelirroja, morena, a veces rizosa, casi siempre melena larga y lisa, pies más grandes, más pequeños, manos más grandes, manos más pequeñas, ojos azules, verdes o marrones, pero ojos que veían siempre lo mismo, día tras día, otra misión, ¿misión?, Alma empezaba a darse cuenta de que los objetivos de Anavrin no tenían importancia, eran tareas para mantener sus mentes, sus conciencias dormidas, entretenidas, para que no pudiesen distraerse con el aleteo de una mariposa y preguntarse qué era, a dónde iba, o de dónde venía.

–¿Y si no quieren ser liberados? ¿Y si no hay ninguna Cleo? –La reina se rio.

–Sí que la hay. –Pero no tenían pruebas. Era más bien una creencia–. Es también una cuestión moral, una deuda. Los

tressedianos y los anavrianos son hermanos…

–¿Por qué estáis tan seguros? –interrumpió Alma–. No sabéis de dónde venimos. Y yo no veo tanto parecido. –Hizo una breve pausa. Lo suficiente larga para poner en orden sus pensamientos, pero lo suficiente corta como para que nadie le quitase la palabra. Señaló a Thibauth–. Nadie en Anavrin tiene dibujos en la piel, y he visto el pelo de muchos colores, pero nunca rosa –añadió señalando a la otra chica.

Todos se rieron, Alma no entendía por qué.

–Eso es artificial –explicó Nirvana novena–. Como las trenzas que lleva mi hija, con todos esos adornos. O el pendiente de la nariz de Vivi.

–Forma parte de nuestra identidad. En Anavrin no tenéis de eso. –La chica del pelo rosa interrumpió a la reina antes de que Alma pudiese replicar. Bajó los pies de la mesa y apoyó la flecha que estaba afilando, golpeó con las palmas de su mano la superficie y se levantó para hablar–. Mis padres eran scouts, como yo ahora, y les destinaron a la base Leber veintidós. Es la única base en el interior de Anavrin. Al norte. –Habían conseguido entrar en el territorio e incluso instalar una base de las suyas sin que nadie se diese cuenta–. La misión de mis padres era acercarse lo máximo posible al núcleo y cartografiarlo. Entrar en Anavrin es más sencillo de lo que crees, es lo que sucede cuando piensas que no hay nada más ahí fuera, que bajas la guardia. También lo era hackear vuestros microchips, mis padres os utilizaban como cámaras andantes y dibujaban los planos a partir de lo que vuestros ojos veían, no necesitaban nada más, no tenían que alterar vuestro código. Era imposible que Cleo o La Colmena se dieran cuenta. –Tragó saliva–. Se quitaron la vida. Encontré sus cuerpos en la nieve, en el exterior de la base, se habían pegado un tiro. –Jess miraba a Alma, porque el resto ya conocía su historia–. No lo pudieron soportar. Horas y horas dentro de los ojos

de esa gente, observando una vida triste, día tras día. Se sentían culpables.

»Volví a casa, era una niña. Volví a casa y entrené para ser la mejor. Y después, regresé al núcleo. Los mapas que mis padres habían hecho eran muy exactos, pero había un lugar al que nunca consiguieron acceder: La Colmena, esa torre impenetrable que ocupa el centro del núcleo. Esa a la que creéis que obedecéis. Así que fingí ser una anavriana, no es difícil, solo tiene que parecer que estás triste y yo lo estaba. –La voz de Jess se entrecortó, todos escuchaban en silencio, pero observaban a Alma, les intrigaba su reacción–. Nadie entraba en esa torre, ni salía. Los guardias en la puerta tampoco habían estado dentro. Pensé que tal vez había otras entradas, y cambié de estrategia e intenté averiguar precisamente eso. ¿Había estado el código de algún microchip dentro de aquel lugar? Alguien que después haya dado el salto y ahora sea un anavriano de a pie.

–Metimos en el sistema las coordenadas de aquel edificio y… ¡bingo! –Antón interrumpió a Jess, la viridiana se sentó y dejó que este terminase la historia–. Sí que había microchips dentro de aquel lugar. Unos pocos salían, habían estado incluso en el Norte, creemos que son los fundadores, y ellos siempre vuelven a la torre. Pero había un código de un microchip que había estado en el interior del edificio hacía un tiempo, que había visitado el norte, y que después había salido para no volver a entrar. Era extraño.

Jess señaló a Alma y repitió con menos efusividad: bingo. Alma frunció el ceño, durante unos segundos creyó que no estaba entendiendo lo que decían, tal vez era una de esas expresiones que no conocía, ‘bingo’. Pero todos tenían su mirada clavada en la joven, la historia había terminado y pronto comprendió que lo que Jess quería decir era que ella había estado hacía un tiempo en el interior de El Origen. Negó con la cabeza repetidas veces.

–Yo nunca he estado ahí dentro. Lo recordaría. –El silencio aterró a la chica–. ¿Lo decís en serio?

–Lo indican las coordenadas. Tu código ha estado ahí dentro. Ocurrió hace años, no fue con ese cuerpo. Puede que por eso no te acuerdes.

–Recordaría algo así –insistió Alma.

Nadie decía nada, se miraban entre ellos, tenían las pruebas, Alma había estado dentro de El Origen de Anavrin, de aquel lugar imponente, impenetrable, que podría tener la respuesta que necesitaban. La muchacha estaba desconcertada, observaba la complicidad en el grupo, no conseguía descifrar esas miradas y el peso de la acusación la hacía pequeña. Se sentía diminuta, como Alicia al beber la botella en la sala de las puertas, no podía darles lo que querían y ellos estaban seguros de que sí. ¿Cómo convencerles de que decía la verdad? Jamás, por más que desactivaba sus recuerdos, los que se habían fusionado porque eran todos iguales, por más que los separaba haciendo un esfuerzo, aguantando en aquella silla toda esa presión que desprendía aquel silencio, jamás, lo juraba, había estado en aquel lugar. Era imposible que algo tan distinto, tan especial, se enredase con el resto de imágenes, habría sobresalido, aquel día, o días, los que fuesen, tendrían su propio espacio en su cabeza. Tendría dos recuerdos, la visita a El Origen, y un día cualquiera, que podían ser muchos juntos, porque todos eran iguales.

–Nunca he estado en esa torre –repitió con un hilo de voz desesperado.

–Lo dicen las coordenadas. No es un error, lo hemos comprobado varias veces. –El tono de Antón se volvió hostil.

–Lo siento. –Alma se levantó nerviosa. Quieta, miró a aquellos extraños, se sentía juzgada, no le daban un voto de confianza y aseguraban que mentía. De repente se sintió sola, más que en toda su vida, y salió de la taberna.

Vana hizo el amago de ir tras ella, pero su madre la agarró del brazo de inmediato. Con un gesto amargo se soltó y se volvió a sentar.

–Os dije que no había estado en La Colmena –dijo la heredera–. ¿Por qué lo iba a ocultar?

–Pero las coordenadas la sitúan allí varias veces –insistió Antón–. Es posible que le hayan borrado esa información de su memoria.

–Si se la han borrado, esta no es la forma de recuperarla –protestó.

–Vana tiene razón –dijo Guillaume–. Cualquier buen soldado sabe que el primer paso para una conquista es ganarse la confianza del enemigo.

–No es un enemigo, Guillaume –el rostro de Vana expresaba una profunda decepción–. Está asustada –negó con la cabeza y abandonó la taberna de un portazo.

XVI. Es mucho más seguro ser temida que amada

El miedo es sinónimo de reconocer que hay un riesgo. Al saber Tressed que otro territorio con intenciones de deteriorar el sentido que le correspondía a la civilización existía a pocos kilómetros al este, su historia había girado en torno al estudio de lo que consideraban una amenaza y a la preparación ante un posible cambio, ante la idea de que ese lugar se volviese contra ellos. Eso no había ocurrido porque dicho lugar desconocía que, varios kilómetros al oeste, un territorio llevaba siglos entrenándose ante la probabilidad de que estallase una guerra. Tanto es así, que en Niutat tenían un departamento encargado únicamente de dotar a los viridianos de las mejores armas, los mejores trajes y los mejores vehículos.

Alma se había unido a los entrenamientos matutinos de los viridianos. Todo era naturaleza en Viridi, menos un enorme contenedor pintado con manchas de camuflaje a orillas del lago. En su interior almacenaba todo tipo de armas, colgaban de las paredes o reposaban en expositores: arcos, pistolas, espadas, escudos, cascos y un montón de trajes de scout. Guillaume le dio uno a Alma, le cubría desde las puntas de los dedos hasta el cuello y hacía que se sintiese más ágil. La forastera, vestida ya como una más, fue a coger uno de los arcos que colgaban de la pared cuando el líder viridiano la detuvo, primero tendría que aprender a usar el traje, le dijo, era el más moderno de todos, los niutenses lo habían llenado de botones con múltiples funciones: desde un escudo para defenderse hasta una opción impermeable para sumergirse.

En el exterior, alrededor del lago, decenas de viridianos imaginaban situaciones de riesgo y fingían resolverlas. Algunos habían organizado un torneo de lucha cuerpo a cuerpo, caían al agua, se rebozaban en el barro, escalaban árboles. Otros, algo apartados, probaban lo último que los niutenses habían desarrollado, unas

lentillas conectadas a las armas y al traje con las que no fallarían el tiro, ajustaban la puntería para que los scouts o los soldados viridianos solo tuviesen que disparar. Thibauth y Vana se encontraban en ese último grupo, Guillaume llamó su atención. Como heredera, Vana tenía que integrarse en las tres regiones como si fuesen la suya de nacimiento, tenía que multiplicar su tiempo como fuese para poder entrenar en el bosque, estudiar en los laboratorios y ayudar en el día a día a Naguell. Y a todo eso había que sumarle las escapadas clandestinas, aunque a su vez conocidas por todos, que hacía a las afueras de Tressed, era curiosa.

–Seré tu mentora –dijo sonriendo–. Te queda bien el traje. –Le lanzó su arco, la chica lo cogió al vuelo, pero con duda en su rostro.

–Pero… Guillaume ha dicho que no debo usar armas hasta que…

–¿Aprendas a usar el traje? –suspiró–. Es un… –Se mordió la lengua.

–¿Pesado? ¿Exigente? ¿Perro viejo? –Thibauth propuso varios adjetivos.

–Sí… Los trajes van solos. –Vana cogió una piedra del suelo y se la lanzó a Alma, esta levantó el brazo para cubrirse la cara y de su muñeca salió un óvalo trasparente que frenó el impacto–. ¿Lo ves? Se guía por estímulos. Está conectado a ti.

Se acercó a Alma y metió la mano en uno de los bolsillos de su traje, a la chica se le aceleró el pulso. Sacó una cajita y la abrió, dentro había dos círculos pequeños y transparentes que reposaban en líquido, le indicó que se los pusiese en los ojos, y después activó el arco que le había dejado y que ahora ella volvía a tener. Con las lentillas puestas, sus ojos escribían cosas en su campo visual. Cuando miró a Vana, estas le recordaron su nombre y también que era la futura reina de Tressed. Proteger a toda costa, leía escrito en el aire.

–No hagas caso a lo que ponga sobre mí, yo me sé proteger sola.

Miró a Thibaut, y de nuevo salió escrito quién era, su papel en Tressed. Era el mejor de los scouts, eso leía Alma en el aire al mirarle, tenía múltiples medallas y había colaborado con los laboratorios para mejorar las condiciones de los trajes y las armas, pasó la mayor parte de su vida fuera de Tressed, explorando, hasta que tuvo una hija, Luna. Vana le devolvió el arco, colocó una flecha y le ayudó a tensarlo, mira a la diana, le susurró en el oído, ¿qué ves?, le preguntó. Veía varios círculos en rojo, le indicó que cerrase un ojo y se concentrase en el centro de la diana, los círculos cambiaron de color a verde.

–Suelta la cuerda. –Alma obedeció, la fecha se deslizó por el cuerpo del arma en línea recta, a gran velocidad, hasta impactar con el centro de la diana–. Ya no hace falta ni tener puntería, solo tienes que fiarte del traje.

–Pero nunca habéis tenido que utilizar estas armas, ¿no?

–No. –Vana se encogió de hombros–. Pero puede que pronto entremos en la boca del lobo.

En la boca del lobo, ¿qué quiere decir eso?, no era la primera vez que Alma se hacía esa pregunta. En ese momento, su mente se trasladó a otra época, meses atrás, y a otro lugar, el núcleo. Estaba sentada con Marlen en una colina de la zona B desde la que se podía ver la imponente torre, esa enorme caja fuerte de los secretos de aquella urbe, país. Se recordó sentada junto a una desconocida, que era a su vez la persona a la que mejor conocía, con la que podía hablar de cualquier cosa. Ambas se hacían muchas preguntas, pero ninguna sabía cómo encontrar respuestas.

–Siempre me he preguntado qué habrá ahí dentro. Aquí fuera no hay nada.

–¿Nunca has entrado? –preguntó Marlen.

–Nunca.

–Y, ¿te gustaría entrar?

–Es imposible.

–No, no es imposible, pero estarías entrando en la boca del lobo.

Vana miró el reloj y de un tirón de brazo hizo que Alma regresase de sus pensamientos sin haber notado siquiera que se había ido. Volvía a estar en aquel bosque. Se vio a sí misma corriendo, arrastrada por Vana, Thibauth las seguía, los tres se adentraron en otra zona de Viridi hasta llegar a un lago distinto. La heredera explicaba que tendrían que nadar hasta la roca, que indicaba el fin de Tressed aunque desde esa perspectiva pareciese que Tressed tenía unos cuantos kilómetros más, y allí se sumergirían, atravesarían la cúpula tecnológica y llegarían al otro lado, al exterior, al desierto en el que, explicaba Vana entusiasmada, ya había oscurecido. Solo necesitarían una bocanada de aire, salir por ahí era peligroso cuando fuera era de día, el agua quemaba, pero al caer la noche el desierto era un lugar frío. Thibauth y Vana ya habían empezado a nadar, pero Alma se había quedado petrificada en la orilla, no entendía nada. Vamos, Alma, gritaban desde el agua, ¿no querías ver las auténticas estrellas? ¡Las estrellas!, recordó, y en seguida les siguió a nado. Ya en la roca, cogieron aire y se sumergieron, atravesaron la cúpula, lo supieron porque el agua estaba más fría y más oscura, y emergieron. Era de noche en el exterior, era de noche de verdad. Salieron del lago y el traje se secó de inmediato, las melenas aún las tenían mojadas, pero no importaba, nada podía importar bajo aquel manto de estrellas. La muchacha a la que tanto le habían obsesionado esos puntitos brillantes cuando no sabía ni cómo se llamaban, miraba el cielo impresionada. Vana la cogió de la mano para que no se perdiese, avanzaron un poco hasta la parte superior de una duna y allí se sentaron. A Alma le lloraban los ojos, no había visto nunca nada tan bonito. Escaso y bonito, pensó, quería volver cada vez que la noche cubriese el cielo real.

–Eso es la Vía Láctea –señaló Thibauth–. Es la galaxia en la que estamos.

–Y eso es Orion –añadió Vana–. ¡Mira! Se ve Jupiter –hizo una pausa– y creo que eso es Saturno. Son planetas, como este en el que estamos.

–¿Tienen humanos?

–Creo que no –contestó Vana–. Alguno habrá que tenga vida, pero nunca los han encontrado.

–¿No han ido los scouts? –se rieron.

–¿Ahí arriba? Es imposible llegar –explicó Thibauth–. Algunos humanos del viejo mundo llegaron a la luna, pero no podemos sobrevivir ahí arriba. Lo hemos intentado, créeme.

–Sí, si lo hubiesen conseguido probablemente Tressed y Anavrin no hubieran existido. Viviríamos en otro planeta, uno nuevo y sano.

–Pues, no sé como se verán las estrellas desde otros sitios, pero no puede ser más bonito que esto. Y vosotros estáis aquí, Tressed hace que la Tierra no esté tan mal.

Thibauth y Vana se miraron, sonrieron.

–Tressed ha vivido tiempos mejores –lamentó el scout–. Hasta ahora todo era prepararse para un posible revés, y ahora parece que lo estamos buscando. Tenemos suerte de que Vana vaya a ser pronto la heredera –Vana tragó saliva, el recordatorio sobre su futuro próximo le había pillado por sorpresa–. Lo harás bien. –Le dio un golpe en la espalda–. Te conozco, eres la reina más preparada. –A ella le incomodaba la confianza, desconocía cómo sería en el trono–. Tu madre solo piensa en destruir Anavrin.

Vana solía sonreír, y predominaba en su voz un tono amable, pero esa acusación la hizo torcer el morro.

–Creo que piensa que es mejor ser temida que amada –susurró–. Tal vez tenga razón.

–Bueno, a ti es imposible temerte.

–Y, ¿no crees que eso es malo? ¿Qué vaya a heredar un reino que no me respete? –Thibauth la miró decepcionado.

–¿Lo dices en serio? –Se levantó de forma brusca–. Pensaba que la maldición del trono era una leyenda, pero escúchate –dijo enfadado y después suspiró–. Tú hablando de ser temida, ¿a quién quieres engañar? –Bajó de la duna y deshizo el camino hacia Tressed.

Vana se quedó callada, mirando el cielo, y evitando la mirada de Alma. Esta buscaba el momento oportuno para romper ese silencio que la estaba incomodando, sobre todo porque una pregunta volvió a monopolizar su mente.

–¿Qué quiere decir con maldición? –dijo. Vana suspiró.

–Nada. Son leyendas, cosas del viejo mundo. Las civilizaciones necesitan creer en algo, y a veces se lo inventan. –La heredera dejó de mirar el cielo para mirarse los pies–. Aquí creen que la corona te vuelve malvado, pero eso es injusto. Cuando eres reina tienes que pensar distinto, tienes que tomar decisiones que afectan a todo el territorio.

–¿De verdad crees que es mejor ser temida? –Vana negó.

–Pero tampoco creo que haya que ser amada. Ni quiero que me protejan a toda costa. Seré yo quien tenga que protegeros. Cuando sea reina mi papel será servir a Tressed, ¿qué sentido tiene que mueran por mí? –Volvió a suspirar–. Muchos creen que con mi llegada al trono cesarán estas ansias de ir a una guerra, pero no es un capricho de Nirvana novena, es el camino que hemos elegido. Yo no podré evitar nuestro destino.

Se miraron, Alma pensó que tal vez sí había cosas más bonitas que las estrellas, cosas que no se podían ver pero sí sentir. Al leer su mirada, que creía indescifrable, comprendió que Vana se sentía sola, nadie podía entender lo que suponía para ella heredar la corona,

pudo leer en sus ojos el miedo que le daba ese futuro incierto, le cogió la mano, y Vana sonrió.

–¿Cómo puedo ayudaros? –preguntó.

–Las coordenadas dicen que tu código ha estado en la torre. –Alma se soltó, esa acusación le hacía sentir incómoda.

–Ya os he dicho que nunca he estado allí. ¿Por qué insistes?

–A veces olvidamos cosas que nos producen dolor, Alma. Vivi y Antón pueden acceder a tu código, si de verdad no has estado nunca en La Colmena, lo sabremos. Pero si has estado, ellos podrán recuperar eso que has olvidado, y podremos saber por qué has decidido olvidarlo. –La chica estaba nerviosa, esta vez fue Vana quien le cogió la mano–. ¿Quieres ayudarnos? –Inclinó la cabeza levemente hacia la izquierda y sonrió como solo Vana sabía sonreír, con esa dulzura imponente que desestabilizaba a la chica.

–Sí, claro que sí. Vosotros me habéis ayudado a mí.

–Deja que Vivi y Antón entren en tu mente.

Alma dudó un instante mirando el cielo.

–Está bien –dijo al fin–. Pero a cambio –miró a Vana, que le devolvía el gesto intrigada– me tendréis que ayudar a localizar el código de una amiga dentro de Anavrin.

Le sonó extraño llamar *amiga* a Marlen.

XVII. Echar de menos la mala educación

Con el tiempo, Alma empezó a echar de menos algunas cosas de Anavrin. La comida era mucho más variada en aquella ciudad, país, incluso en la periferia de donde salían gran parte de los recursos y se quedaban pocos. En Tressed no había pescado, no comían carne, a veces Alma se pasaba la lengua por los labios cuando veía un conejo saltarín, o una gallina correteando. Le había sorprendido la de formas en las que se podía cocinar un huevo: frito, revuelto, cocido, o una patata: frita, en puré, cocida, pero nada sabía tan bien como un trozo de salmón al horno. Tampoco había hornos eléctricos, los había de piedra, y a veces amasaban pan y le ponían muchas verduras encima, primero una capa de tomate líquido, luego queso y después todo lo que quisieran, lo llamaban pizza. Entonces recordaba que en Tressed tenían cosas que no tenían en Anavrin, el vino estaba mucho más rico, lo hacían en los viñedos sagrados de Naguell. En una balanza el salmón no pesaba tanto como todo lo que estaba descubriendo esos días, pesaba más la dulzura de Anita regalándole una flor, el cielo de verdad que nunca habría visto si no fuese por Vana, la mirada de la chica que tanto le decía aunque a veces no la supiese leer, los libros y las películas del viejo mundo, acertar en la diana aunque fuese imposible fallar. Suponía que todo lo escaso no era bonito, pero que Tressed era escaso y bonito, como las noches en el desierto.

Todo estaba preparado en el laboratorio principal de Niutat, Alma les dejaría entrar en su mente y verían que nunca estuvo en el interior de esa torre. En el centro de la sala había una vitrina llena de agua de la que salían un montón de cables, era agua espesa mezclada con alguna materia que la chica desconocía, pero a esas alturas había preguntas que le interesaban menos que otras, prefería escogerlas bien para así conseguir el mayor número de respuestas. Los cables

que salían del cubículo conectaban con los monitores que había sobre la mesa, pegada a la pared. La habitación era muy blanca, como los laboratorios del viejo mundo, y tenía estanterías con libros, recipientes y productos. Alma llevaba puesto el traje de scout, se sumergió en aquel líquido con una máscara que le permitía respirar. Vivi enchufó los cables a la tiara que rodeaba su cabeza y a su cuerpo. Los ojos comenzaron a pesarle hasta que no pudo mantenerlos abiertos, el líquido la había dormido y los chicos apretaron un par de teclas, entonces el traje de la muchacha se iluminó, también la tiara, y los monitores empezaron a emitir imágenes de Anavrin. ¿Esto es lo que recuerda?, preguntó Nirvana novena, que junto a su hija y la líder de Niutat supervisaban la operación. Antón asintió, eran sus primeros días en Anavrin, adelantaron los recuerdos hasta la fecha en la que las coordenadas indicaban que había entrado a La Colmena por primera vez. Entonces, las imágenes mostraban una habitación digna del viejo mundo, con una amplia cama con sábanas de color granate, les sorprendió porque en Anavrin todos los interiores eran iguales. Una de las paredes de ese cuarto que Alma ya había olvidado era una enorme estantería llena de libros prohibidos en aquel lugar, libros de Shakespeare, de Lorca, de Woolf, sobre un escritorio un tocadiscos pinchaba un vinilo. Antón subió el volumen del ordenador, desde un enorme ventanal se veía parte del núcleo. La chica bailaba y frente a ella un hombre alto, de pelo oscuro y rebelde, piel blanca, ojos marrones y cejas contundentes seguía el ritmo también.

–Max, cuándo dejarás de sorprenderme. Esta música es lo mejor que he escuchado nunca.

–Es el rey del rock, Alma. El rey.

Niravana novena se acercó a la pantalla y frunció el ceño, desconcertada, es Max, susurró, tiene que ser él, siempre le ha gustado Elvis. La mujer ordenó a Vivi y Antón que buscasen la

primera vez que Alma y Max se encontraron, quería conocer toda la historia, eso le daría respuestas.

La primera vez que Alma vio a Max fue porque Max había visto a Alma primero. Entró en una cafetería del núcleo y ella estaba sentada, tomándose un café con muchos papeles en la mesa. Algo llamó su atención, probablemente su nariz pequeña, su pelo liso y largo, sus labios gordos, su rostro normativo. En Anavrin lo normativo no existía, pero Max venía del viejo mundo. Se acercó a su mesa y la saludó, la muchacha respondió como lo hacían los anavrianos, amable, pero apagada, sin personalidad, sin un brillo en sus ojos que hablase, que le hiciese ver que tenía aspiraciones en su vida más allá de cumplir la tarea del día. No se sorprendió, porque él era precisamente uno de los promotores de ese nuevo mundo que años después le empezaba a consumir.

Cuando el grupo empezó a diseñar ese plan para salvar a la humanidad, Max tenía a Nirvana y creía que vivirían juntos esa aventura. No contaba con la soledad que tanto le iba a pesar. Echaba de menos el amor, las citas, las dudas de si le gustaría a la otra persona, eso no existía en Anavrin, podía tener a quien quisiera, relacionarse o el sexo no estaban prohibidos en aquel lugar, pero no la tendría como quería, sería efímero, insulso, nadie en esa ciudad/país sabía querer, nadie en esa ciudad/país podía querer, no estaban programados para eso. Reproducía en su cabeza una y otra vez los momentos con Nirvana; el primer día que la vio, el último, y todo lo que hubo entre medias. Lo bueno y lo malo. Y echaba de menos hasta lo peor, hasta la cara de Nirvana el día que Max le confirmó el nuevo plan. Su decepción, su alma rota, la puerta del coche cerrándose de golpe y sus pasos alejándose de él para siempre. Reviviría ese momento toda su vida, porque era mejor eso, era mejor sentir la mayor de las penas que no sentir nada. Cuando vio a Alma

en esa cafetería, quiso hacerla humana, del viejo mundo, como él. Vio que su código solo llevaba unos meses activo, era su primer salto y tuvo una idea.

–Soy Max.

–Alma. Encantada. –Ni siquiera levantó la mirada, que moviéndose de un lado a otro registraba el contenido de un montón de papeles. ¿Para qué? Si la identidad en aquel lugar no servía de nada.

–¿Qué haces? –preguntó intentando disimular su decepción.

–Estoy terminando unos papeles. La misión de hoy. –Se encogió de hombros.

–¿Siempre cumples tus objetivos de la misión?

Alma se extrañó, la respuesta a esa pregunta le parecía la mayor de las obviedades, y ese sentimiento fue suficiente para que la chica se dignase a mirar al muchacho.

–Claro –respondió con un tono firme.

–¿Qué crees que puede pasar si no lo haces?

La muchacha frunció el ceño, sus ojos analizaban ahora a Max.

–No lo sé. –Nunca se lo había preguntado, él sonrió.

–Ya –vaciló–, no creo que pase nada. Supongo que mañana tendrías más trabajo, nada más. –Se encogió de hombros con las manos metidas en los bolsillos. Un gesto inusual en los anavrianos, pero más inusual sería haber reparado en ello, porque los anavrianos nunca se fijan en nada.

–¿Has acabado tu misión? –preguntó Alma. Le incomodaba su presencia, algo que jamás le había ocurrido antes. Max había sido el primer anavriano en dirigirse a ella directamente en horario laboral.

–Ah, sí. –Soltó una pequeña risita que desconcertó aún más a la joven–. Esta noche hay un encuentro en el bar de la calle 3, fiesta del Jazz. ¿Vendrás?

–Iré a donde tenga que ir cuando acabe mi misión, sí. –Max volvió a sonreír, y la decepción volvió a teñir el gesto en la comisura de sus labios.

Qué bien habían educado a estos anavrianos, pensó, siempre siguiendo órdenes de esa estúpida pantalla. Pero lo tenía claro, iba a maleducar a Alma, aunque fuese lo último que hiciese. Si no lo conseguía, no tendría claro si merecía la pena seguir en aquel lugar.

–Deberías venir incluso si no has terminado. Verás cómo no pasa nada. –La chica ya había perdido el interés en esa conversación, cabizbaja continuó con sus tareas.

Durante la tarde a Alma le dolió la cabeza, no solía ocurrir en Anavrin. Desde su habitación Max había conseguido entrar en el código de la chica, tenía un perfil básico, Cleo cada vez los hacía más básicos. Añadió y modificó alguna categoría, lo podía hacer si se conectaba a la red principal de aquella torre, que era un disco duro que almacenaba todos los perfiles de los anavrianos, pensó que si los cambios eran pequeños su hermana no se enteraría. Programó también alguna de las comedias románticas clásicas del viejo mundo en sus sueños, en su mente, Alma sería una famosa actriz que se escondía en una casa en Nothing Hill, conocería a Harry o se daría cuenta de que su mejor amigo era el amor de su vida cuando este estuviese a punto de dar el sí quiero en un altar. Al despertarse, probablemente no entendería nada, ¿qué era Londres? ¿O el amor?, pero Max lo había visto en esa película de Cristopher Nolan, esa que creía que estaba sobrevalorada, pero que se había convertido en su única esperanza, *Origen*, introducir la semilla de una idea en un sueño. Tal vez así la anavriana reconociese situaciones nuevas, sentimientos a los que hasta entonces no había tenido acceso. ¿Cómo saber que algo existe si no sabes que puede existir?

Esa noche, en el bar de la calle 3, en la fiesta del Jazz, Alma llevaba un vestido negro con la espalda al aire. Estaba preciosa,

elegante, tal y como les habían enseñado a ir a ese tipo de eventos. Max llevaba una camisa y unos pantalones, estaba sentado en un sofá con un gesto aburrido que se transformó en cuanto vio a la chica entrar. Se acercó a la barra, donde estaba ella.

–Has venido –dijo lo menos efusivo posible. No podía dejar ver su emoción.

La chica se giró, miró al muchacho y respondió. Ella sí que no sentía emoción de ningún tipo, puede que ya ni recordase a Max.

–Sí, he terminado el papeleo y la pantalla me ha indicado que este era mi evento de hoy. –Entrecerró los ojos y después hizo una mueca, un leve asombro tras asociar conceptos, reconoció al chico.

–Oh, ¿hubieras venido igual?

–Claro que no. Ya sabes que lo primero es la misión.

Max se esperaba esa respuesta, aún era pronto para ver cambios.

–Claro, claro. ¿Qué quieres tomar? Déjame invitarte.

–Negroni, por favor.

Los anavrianos eran extremadamente educados, esa cualidad instalada en sus microchips era de la que más orgulloso estaba Max, pero le recordaba que eran como robots que seguían órdenes constantemente, nunca pensó que llegaría a echar de menos la mala educación, el enervarse por cómo un señor se dirigía a los camareros o las veces que él decía gracias y lo recibían con sorpresa, como si costase dinero pronunciar esas palabras, como si les estuviese regalando algo altamente costoso, cuando solo tenía que mover los labios y expulsar aire de una forma u otra: gracias, por favor. Palabras que escaseaban en el viejo mundo, y que en Anavrin estaban de oferta. No, jamás pensó que echaría de menos la mala educación. La noche, aunque artificial, era más bonita que el interior de aquel bar y su música de ascensor. Tras un par de negronis y alguna cerveza, Max acompañó a Alma a su apartamento cerca de la zona B.

–Me gustaría conocerte, saber más de ti. –Alma le miró con la extrañeza que le provocaban las preguntas de ese muchacho, como si se hubiese apropiado de ese sentimiento. Eso sería Max para la anavriana, un ser extraño con ideas extrañas que aún no había propuesto nada lo suficientemente grave como para ser denunciado a las autoridades.

–¿Qué quieres decir? Me llamo Alma y vivo en el núcleo. –Se encogió de hombros–. ¿Qué más tienes que saber?

–¿Cuál es tu comida favorita? Por ejemplo. De lo que has probado hasta ahora.

–Mmmm. El salmón me gusta. Lo he comido solo una vez.

–Y bebes negroni. Esas cosas son las cosas que te hacen ser tú. ¿Te gustaría saber cuál es mi comida favorita?

–Supongo. –Le complació. Eso sí sabía hacerlo.

–Los espaguetis a la boloñesa –Alma no respondió, por primera vez le distraían las estrellas–. ¡Ah! No sabrás lo que son, ya no tenemos tomates, ni pasta. Pero eran una delicia –suspiró al ver que la chica ni siquiera le miraba, pero entendió que esa pasión por el cielo era también algo característico de su persona. Ella no lo sabía, pero eso que tanta identidad le daba para ser una anavriana era lo que daba esperanzas a Max. Por la comida no parecía entusiasmada, no era algo a lo que diese especial importancia, los menús estaban cerrados, llegaban diariamente a casa y no había mucho donde elegir. A Max, por otro lado, era una de las cosas que más le gustaba del viejo mundo, toda esa variedad acompañada de gente con la que conversar, aunque poco a poco los recursos se agotasen, él, que venía de una buena familia económicamente hablando, pudo disfrutar de la comida hasta el último de sus días antes de soltar a los nanomosquitos. Pero no se rendiría, conseguiría que a Alma le interesasen cada vez más cosas, poco a poco derribaría ese muro de

orden, bienestar y estabilidad incrustado en la mente de la joven, alrededor de su microchip.

Días después, un ramo de flores esperaba en la puerta del piso de Alma. En él una nota escrita a mano la citaba en las colinas de la zona B para ver el atardecer. Otro cliché. Bueno, dos en uno: las flores y el atardecer.

–El amor es algo innato en el ser humano. En el viejo mundo te enseñaban a amar desde el principio. Los humanos tenían relaciones de distintos tipos entre sí. Amistades, familia, pareja. Aunque la cultura de cada sitio jugaba un papel importante en el amor. Había amores prohibidos, otros por conveniencia.

Bajo el cielo teñido de rosa, Max explicaba a Alma con mucha paciencia y brillo en sus ojos lo que era el amor. Explicar un sentimiento a un ser programado para alejarse precisamente de las emociones era complicado, pero el chico no iba a darse por vencido. Había algo en Alma que le atrapaba, algo que tal vez él mismo había provocado al manipular su código, desde entonces, cada día que pasaba Alma mostraba interés por algo nuevo, especialmente por el cielo, los colores que lo pintaban, y el brillo que se anteponía al negro de la noche.

–Y, ¿qué es el amor? –preguntó la chica que, sentada junto a él, le miraba atentamente, aún con extrañeza, pero entremezclada con la curiosidad de lo que este le contaba.

–Ser tú mismo con la otra persona. Y dejar que esa persona pueda ser ella misma contigo. Y estar a gusto. Es fácil, pocas veces el amor es difícil.

–¿Por qué en Anavrin es difícil? –Max se rio.

–Aquí no existe, Alma. Nos lo hemos cargado.

–¿Podemos recuperarlo?

–Podemos intentarlo. –Una sonrisa pícara se dibujó en su rostro, sus ojos apuntaron a la mano de la chica, y un impulso que hacía

tiempo que no sentía hizo que sus dedos la acariciasen–. Tengo un regalo, para que sepas más sobre el amor. Es un libro prohibido –añadió con voz tenebrosa y se rio. No esperaba que Alma entendiese el cambio de entonación–. Este no te lo has leído, no está en los archivos de Anavrin.

Max sacó de su mochila *Orgullo y prejuicio* de Jane Austen.

–Es un clásico. Si te gusta, tengo más.

–¿De dónde lo has sacado? –Alma sujetaba el ejemplar con las dos manos. Lo sostenía a la altura de sus ojos, que incrédulos analizaban la portada. Lo abrió, lo olió, pasó todas sus páginas rápido, una y otra vez, le sorprendió la letra tan pequeña y ver todas esas palabras juntas, su sonrisa era imbatible, de lado a lado de la cara. La escena emocionó a Max, tuvo que contener sus lágrimas, porque explicarle a Alma lo que era llorar de alegría le llevaría todo un mes, y quería disfrutar de ese momento.

–Ah… llevo mucho tiempo en este mundo, Alma. Más del que me gustaría. Ya me estoy empezando a cansar. Solo espero que tú lo cambies.

XVIII. Ya no es una anavriana

Max solo podía modificar los microchips de Anavrin desde la enorme torre que albergaba todos los datos de ese mundo, y si quería hacer modificaciones más complejas, como borrar partes del código de Alma, barreras que servían para bloquear sentimientos e información que pudiese ser dañina para los anavrianos, tenía que hacerlo con la pantalla dorada de Cleo, que tenía mayor potencia y compatibilidad con la red principal. No era difícil para él acceder a ella, al menos un rato. Pero tenía que hacerlo rápido y no dejar rastro. Un día planeó una cena especial con su hermana, normalmente siempre se acoplaba Fred, pero él fue muy insistente, quería recuperar el tiempo perdido con Cleo. Eso la enterneció, llevaban un tiempo algo más distanciados, pero ella quería mucho a su hermano, llevaba años sintiéndose culpable porque veía a Max deteriorarse.

–Me tienes preocupada –le dijo durante la cena. Cleo había ordenado preparar un plato lo más parecido posible a los espaguetis con boloñesa, pero no sabían igual que los del viejo mundo. –¿Te has cansado de los anavrianos? Sabes que pueden darte todo lo que quieras, Max. Pero si lo que buscas es una compañera de vida, podemos hablarlo. Podemos crear una. Cleo extendió su brazo y puso su mano sobre la de su hermano. Max quería poner los ojos en blanco, quería suspirar, arrastrar su mano hasta situarla debajo de la mesa, huir de aquella propuesta escalofriante, configurar a una anavriana para que le quisiese, que esa fuese su misión, día tras día, en la pantalla de Anavrin, querer a Max. Nada bueno salía nunca de la mente de su hermana, ¿cómo podía convencerse de que eso era una posibilidad?, se preguntó.

–No te preocupes, Cleo. No me hace falta eso –respondió con la mejor de sus actuaciones, agarrando con fuerza la mano de su

hermana–. Os tengo a ti y a Fred, sois mi familia. Y tienes razón, para todo lo demás tengo a cientos de anavrianos a los que puedo dar órdenes.

–Me alegra que pienses así. Están buenos, ¿verdad? –dijo mientras daba vueltas con el tenedor sobre el plato–. En la zona azul están a punto de conseguir el sabor a tomate del viejo mundo. Ya verás.

La tensión del ambiente era tan afilada que habría podido cortarles la garganta, pero cada uno la ignoraba por distintos intereses. A Cleo le cegaba la idea de recuperar a su hermanito y Max tenía que llevar a cabo su plan. Su hermana interrumpió la cena para acudir al baño y el chico aprovechó para entrar en el archivo de Alma. No tardó en encontrarla, porque llevaba poco tiempo en Anavrin, era una de las creaciones más recientes de Cleo. Modificó la configuración de su código que evitaba a esta desarrollar ideas propias a base de nuevos conocimientos, eliminó los sistemas de seguridad aplicados en su microchip para que no penetrasen emociones que pudiesen contaminar su estructura principal, la del orden y la estabilidad. Después, borró el historial de los últimos minutos y dejó con miedo la pantalla en su sitio. No sabía mucho, no sabía cómo podía afectar eso a Alma, o si Cleo podría descubrirlo, pero el riesgo merecía la pena. Cleo se sentó de nuevo en la mesa.

En ese momento a Alma le dolió el pecho y cayó de rodillas al suelo. Fue un pinchazo en el corazón del que se recuperó casi inmediatamente, y desde ese mismo instante, sus ganas de ver a Max aumentaron. Nunca antes le había ocurrido algo así. Cuando Max lo supo, al verla días después, cuando esta le dijo que llevaba tiempo queriendo verle, entendió que lo había conseguido. Y entonces Max también despertó, volvían esas dudas que hacía tiempo que no tenía, esas cosquillas en el estómago, esas ganas de construir nuevos recuerdos y ese miedo que llevaba implícito el amor, el miedo al final

cuando la historia aún no había empezado. Los días pasaban y las ganas de verse eran mayores. De noche, con el falso sol en el cielo, durante el atardecer artificial, pero Alma seguía siendo constante con sus tareas. Comían helado, lo había de tres o cuatro sabores, bebían negronis, bailaban, pero Max no soportaba esa música de ascensor. Te enseñaré otras músicas, le dijo un día, las del viejo mundo, allí sí que sabían componer. Le explicó que vivía en esa imponente torre, Alma se sorprendió, alguien tiene que vivir ahí, pensó.

–¿Quieres entrar?

–Creía que no se podía.

–Y no puedes. Pero yo te puedo colar. Nadie sabrá que has estado ahí. Te lo juro.

En la habitación de Max, a Alma le impresionó la enorme estantería llena de libros que nunca antes había visto. Eran todos de distintos colores, y no blancos como los de Anavrin.

–Te los podrás leer todos. Pero recuerda, nadie te los puede ver. Elige uno.

Alma escogió un clásico. Entre sus manos, un ejemplar de *Romeo y Julieta*, una tragedia shakespeariana.

–Ah no, ese mejor no. Es una de esas historias de amor prohibidas –añadió el joven mientras le arrebataba el ejemplar.

–Y, ¿qué tiene de malo? Si no deja de ser amor.

–Pues que el final es triste. No es el final que queremos para nosotros.

La chica seguía atónita, mirando los cientos de libros que aguardaban su lectura, Max puso banda sonora a ese momento. «Caught in a trap. I can’t walk out. Because I love you too much baby», cogió a Alma de la cintura. Sus carcajadas encajaban a la perfección con la melodía.

–Max, cuándo dejarás de sorprenderme. Esta música es lo mejor que he escuchado nunca.

–Es el rey del rock, Alma. El rey.

Las luces de un largo pasillo blanco se encendieron, primero una, luego otra y otra al son de los pasos de Max, que llevaba una botella de vino y dos copas. Y al mismo ritmo una luz a sus espaldas se apagaba y luego otra, siguiendo sus pasos y desdibujando el fondo del pasillo. Se detuvo frente a una puerta blanca y, con el dedo índice de la mano que sujetaba la parte superior de la botella, introdujo un código en un aparato similar a una calculadora que colgaba de la pared, después la enorme puerta se abrió partiéndose por la mitad. Al otro lado, un pasillo aún más largo albergaba una fila de celdas blancas a la izquierda. Max se dirigió a la tercera celda, las dos primeras estaban vacías, y se apoyó contra la pared.

–¿Te apetece vino?

–Me alegro de verte.

Un hombre mucho mayor y con un pijama blanco aceptó la copa de vino. Estaba sentado en el suelo del interior de la celda.

–Roberto, he conocido a una chica y creo que me estoy enamorando.

–¿Una anavriana? Imposible. –El hombre se rio. Su carcajada fue disminuyendo a medida que sus ojos se abrían al comprobar que su amigo no le mentía.

–He modificado su código. –Se encogió de hombros–. No sabía si iba a funcionar, pero lo he conseguido. –Le brillaban los ojos–. Tendrías que verlo, cómo mira el mundo –hizo una breve pausa– tan diferente a como lo hacía cuando la conocí. Y quiere saber más, siempre más. Ya no es una anavriana.

–¿No has pensado en las consecuencias que puede tener? –Max frunció el ceño y pensó unos segundos antes de contestar.

–Supongo –dudó–. Pero ya no me queda nada –se justificó–. Me ha salvado y estoy pensando en fugarme. Me iría con ella y tú podrías venir también. Te sacaré de esta celda.

–No. –El hombre se echó hacia atrás, intentando huir de sí mismo–. Yo estoy cumpliendo mi condena. Hemos hecho cosas terribles, Max. No me merezco la libertad.

–¿No quieres salir de aquí?

–¿Y dejar a esta gente a merced de Cleo? –Su voz estaba cargada de incredulidad–. Todavía estoy dándole vueltas a cómo salvarles.

–Y no lo has descubierto en casi 200 años. ¿No crees que serás más útil fuera? –dijo sirviéndole vino.

–Si me sacas, ¿a dónde iríamos?

–Huiríamos.

–¿A dónde? –repitió nervioso, pero la respuesta le decepcionó.

–No lo sé –suspiró–. ¿No es eso mejor que estar encerrado?

Max le entregó la copa de vino entre los barrotes, Rober la aceptó casi sin ganas.

–Es el precio que tenemos que pagar, Max. Es culpa nuestra. Nosotros les hemos encerrado aquí, están condenados de por vida. ¿Por qué merecemos nosotros algo distinto?

–Pero, Rober, si vieras a Alma, entenderías que hay una salvación. Podemos salvarles a todos, lo verás cuando te saque de aquí.

–Modificar el código puede ser peligroso, Max. ¿Estás seguro de que funcionará?

–Tal vez me ciegue el amor.

–Tal vez. O tal vez el amor te haya ayudado a encontrar una respuesta –dijo Rober aferrado al único chasquido de esperanza que se había encendido en los dos últimos siglos–. Lo veremos con el tiempo, hasta entonces, brindemos por ello –Max dudó–. Por el amor. Brindemos por el amor, después de tanto tiempo.

–Brindemos.

Los vasos tintinearon entre dos barrotes de una celda que llevaba siendo el hogar de aquel hombre desde el comienzo del nuevo mundo. Su libertad terminó con la de los anavrianos, pese a que ese no fuese a ser su destino en un primer momento. Cuando Roberto se enteró del plan de Cleo, su laboratorio ya estaba completamente instalado en Anavrin, los nanomosquitos que él mismo había diseñado, cargados con un virus letal, ya estaban volando por todo el planeta y la suerte de la humanidad estaba echada. Los supervivientes vivirían en un lugar que no se adecuaba a lo que habían acordado al principio, para Rober eso no era una segunda oportunidad, era una pesadilla, peor que cualquier distopía que hubiese leído en su adolescencia. Un mundo sin conciencia, sin sueños, sin libertad, ¿para qué habían salvado a esa gente? O peor, ¿para qué habían matado al resto? Al descubrir la verdad sintió que nada de lo que habían hecho merecía la pena, ni su vida, ni la del resto, esos elegidos para ser la nueva era, una humanidad monitorizada, absurda, pensó. El primer día en ese nuevo mundo, cuando los elegidos dormían sedados en una nave, a la espera de que se les implantase el microchip, el hombre irrumpió en aquel lugar, el sótano de esa imponente torre, con un enorme cuchillo, para él la solución óptima era la extinción de todo humano. La mirada en su rostro horrorizó a Cleo, estaba fuera de sí. A algunos los mató, a Fred le hirió mientras este intentaba inmovilizarle, le sedaron y despertó en una celda, no sabía cuánto tiempo había pasado, su cuerpo había cambiado, dedujo que le habían implantado el microchip, esa sería su condena, siglos y siglos en aquella celda obedeciendo a Cleo y cambiando de cuerpo. No hay niños, recuerda gritar, dónde están los niños, preguntaba mientras el cuchillo se movía de un lado a otro. Cada mañana la pesadilla lo despertaba, sangre en sus manos, matarse a sí mismo, pensaba siempre, hubiese sido mejor idea. Cleo

intentó en varias ocasiones que Roberto entendiese su plan, se pusiese de su lado, pero no lo consiguió, y dejo de visitarle. Solo iría una vez cada cierto tiempo, para provocar su salto y poder seguir contando con su cerebro. Max, por el contrario, le visitaba cada vez más, a medida que aumentaba su soledad. La segunda vez que le habló de Alma fue poco después de la primera. Max había llevado a Alma al norte de Anavrin, quería enseñarle algo totalmente nuevo, algo que sus ojos no alcanzasen a imaginar. Un paisaje de hielo, algún oso polar muy a lo lejos, el frío que calentaba las mejillas y las volvía rojas, la cabaña que Max, Cleo y Fred habían construido en lo alto de una montaña. En ella, a la luz de la chimenea, se tomaron un chocolate caliente y desde la acristalada ventana la noche cubría el cielo.

–¿Cuál ha sido tu momento favorito del día? –preguntó Max.

Antes de poder responder, Alma cayó como una pluma y empezó a convulsionar. Asustado, el chico cogió su pantalla de Anavrin y consiguió estabilizar su código, pero para borrar el daño tuvo que llevar a Alma a la torre del núcleo. Con ella inconsciente, atravesó el túnel que conectaba esa cabaña con El Origen de Anavrin, la lanzadera secreta que habían construido para llegar a esa casa. No era un tren, como las que atravesaban aquella ciudad/país, era una única cápsula con espacio para cuatro. Una vez conectado a la red principal, eliminó del código de Alma esos últimos recuerdos que habían dañado su sistema y la dejó descansando en su habitación. Algo similar volvió a ocurrir días después, Max se temía lo peor, eran las consecuencias de las que hablaba Rober. Algo había hecho mal.

–He fallado –le dijo. La segunda vez que le habló de Alma, no llevaba vino. No había nada que celebrar.

–Esa tecnología no la has creado tú, es normal que no sepas modificarla.

–No quiero hacerle daño, pero la estoy rompiendo. –Max sollozaba agarrado a los barrotes de la celda.

–Puedes arreglarla.

–¿Cómo? –El llanto cesó, pero la voz le temblaba.

–Max, solo hay una forma. Deshaz lo que has hecho. Elimina las modificaciones en su código, que vuelva a ser una anavriana.

–Se olvidará de mí. Ya no me queda nada. No quiero seguir aquí.

–Hace tiempo que tú has dejado de ser humano, querido amigo. Para ti también hay una salida. –Le acariciaba la espalda–. Puedes borrar tu código por completo, Cleo no lo podrá recuperar. Consigue la pantalla dorada, utiliza mis claves y dile a Alma que venga aquí. Yo se lo explicaré.

Alma colapsaba cada vez con más frecuencia, algo fallaba en su cabeza, no le permitía filtrar bien los recuerdos, ordenar los nuevos conocimientos, estaba sobrepasada. Los últimos días Max apenas la había dejado irse de aquella torre, estaba oculta en su habitación para no correr riesgos, para estar lo más cerca posible del sistema central cuando necesitase reiniciar su código. Como Rapunzel, ese no era el futuro que quería para ella, atrapada en la habitación de un terrible lugar lleno de secretos, de ataduras, carente de libertad. Acariciando su rostro dormido, deslizando suavemente su dedo por la mejilla fría de la muchacha, la despertó. Había vuelto en sí, pero cuánto duraría, se preguntaba él. Sus ojos acristalados fruncieron el ceño de Alma, pronto se dio cuenta de que algo no iba bien, él estaba triste y a la vez calmado. Max no pudo contarle a Alma todo desde el principio, no había tiempo y ella no habría sabido entenderlo, su cabeza no podría registrar toda esa información. Era el final, le dijo, ella lo cuestionó, no parecía que ninguno de los dos quisiese que la historia terminase, por qué tenía que ser así. A Alma siempre le había parecido raro que Max pudiese vivir en aquel imponente

edificio en el que la mayoría de los anavrianos no podían entrar, le sorprendía también que tuviese todos esos libros del viejo mundo y que apenas tuviese misiones que hacer en el día a día, supuso que todas esas pequeñas cosas hacían de Max alguien distinto a ella en esa urbe, en ese país.

–Una vez me dijiste que había historias de amor prohibidas. La nuestra lo es, ¿verdad? –Max esbozó una sonrisa triste.

–Sí –susurró. Volvió a acariciar su mejilla–. Nuestra historia se parece más a la de *Romeo y Julieta*, que a la de *Orgullo y prejuicio*. Lo siento.

La besó y le dio la pantalla dorada. Le explicó a dónde tenía que ir, allí habría un hombre que sabría qué hacer. Alma temblaba, no entendía bien lo que estaba pasando, pero confiaba en él, estaba tranquilo, le dominaba una paz que hacía tiempo que no sentía. En la pantalla una barra se rellenaba y un número crecía hasta llegar a 100. En ese momento, Max miró a Alma y ella comprendió que ya no la reconocía, se le cayó una lágrima, sonrió una última vez y se desplomó. La chica gritó como grita una humana cuando pierde a un ser querido, se arrodilló a su lado desconsolada, le costaba respirar, le dolía el corazón que hasta hace poco no sabía que tenía. Se limpió la cara con el antebrazo, cogió la pantalla dorada y salió de aquel cuarto que tanto dolor albergaba. A tumbos, chocándose contra las paredes que como una bola de *pinball* la zarandeaban de un lado a otro, llegó hasta aquel pasillo donde las luces se encendían y apagaban a su paso, introdujo el código que Max le había dado y las puertas se abrieron. Como una niña se arrodilló delante de aquel hombre al que nunca había visto, y lloró. Él, al otro lado de los barrotes, no podía reconfortarla entre sus brazos, se le encogió el corazón, sabía que su gran amigo se había ido por fin. Lo siento mucho, le dijo, y ella repetía una y otra vez lo que le dolía, el nombre

del chico en bucle, negativas al aire, Rober le arrebató despacio la pantalla de sus manos.

–Tu código no puede soportar esto –dijo–. Nadie puede. Ni siquiera nosotros, que hemos crecido sabiendo que perderíamos a nuestros seres queridos. –Rober hablaba mientras tecleaba en esa pantalla–. Perdona a Max, su soledad le estaba consumiendo. Él solo quería hacerte libre, pero tú estás diseñada para no sentir. Haré que lo olvides todo.

Cuando la joven se dio cuenta de lo que pasaría, no recordaría a Max, susurró un no, débil, pero contundente. El borrado ya había comenzado, la cifra en la pantalla crecía como lo había hecho hacía unos instantes con Max. Rober había seleccionado los archivos desde el día que Max se presentó, esos últimos meses desaparecerían para Alma y no se daría cuenta, porque nadie en Anavrin tiene propósitos, objetivos, sentimientos. Al día siguiente despertaría y sería un día más, despertaría en otro cuerpo porque Rober forzaría su salto para que le resultase más natural. Y allí permanecería el cuerpo de la muchacha, en aquel pasillo lleno de celdas, hasta que algún guardia de seguridad se lo llevase, con el microchip quemado, una mente dormida.

En el interior de la piscina Alma comenzó a convulsionar. Vivi y Antón la desconectaron rápidamente y la sacaron del agua. Mientras intentaban estabilizarla, Nirvana se acercó a la pantalla en la que se proyectaron los recuerdos borrados de Alma y puso una mano en las imágenes que mostraban a aquel chico.

–Fue Max. El código dañado no fue un error de fábrica. La soledad de Max nos abrió una puerta.

XIX. La heredera

Alma se despertó confusa, aún conmocionada, en una habitación blanca. No reconocía la ropa que llevaba puesta, un camisón del color de la sábana que la cubría. A su izquierda, una máquina emitía pitidos a un ritmo tranquilo. La habitación era agradable, de colores claros y con mucha luz que provenía del exterior. Una fila de camas seguía a la de Alma, y había más personas, no sabía cuántas más. Algunas tumbadas, otras moviéndose de un lado a otro, y dos caras conocidas: Vivi y Vana. La chica preguntó dónde estaba.

–Estás en el Hospital de Naguell. Es normal que te sientas desorientada –dijo Vivi–. Tu mente ha estado dando vueltas en un laberinto de recuerdos que habías olvidado por un motivo.

–¿Por qué lo sigo recordando? Creía que mi memoria no podía soportarlo.

–Hemos aislado las partes menos necesarias, como haría una mente normal. Yo no recuerdo todo lo que he hecho en mi vida. Recuerdo sobre todo sensaciones. Es lo que te pasará a ti cuando pienses en Max.

–Es una sensación de calma.

Un pitido distinto al de la máquina alertó a Vivi, venía de su muñeca. Me tengo que ir, dijo, y se fue. Entonces, Vana se sentó en la cama y cogió la mano de Alma.

–Las noches en el hospital son un rollo –confesó–. De pequeña tuve que pasar un par de días en una sala de palacio, me habían hecho una intervención quirúrgica. Tienes que hacer caso a lo que te digan los médicos, entran y salen a su antojo, es difícil conciliar el sueño entre dolores… Lo bueno –acercó su rostro al de Alma– es que tú, señorita, estarás fuera en unas horas. Solo tienes que descansar un poco y coger fuerzas para esta noche. Es mi coronación –sonrió.

–¿Esta noche serás reina? –Vana asintió.

–Nirvana décima. –Se rieron–. Y lo hacemos por todo lo alto, celebramos un fiestón con nuestra mejor comida. He oído que la reina te concederá una medalla –vaciló.

–¿A mí? –Alma se sonrojó–. ¿Por qué?

–Bueno, podría haberte pasado algo. –La voz de Vana era más dulce de lo normal–. Has arriesgado tu vida en más de una ocasión para darnos respuestas. ¿Cómo te encuentras después de revivir todas esas emociones?

–Bien. –Hizo una breve pausa–. Me gusta recordar, creo que es bueno. Me ayuda a entender cosas del presente. La calma que Max me transmite se parece mucho a la que me transmitía también Marlen.

–Eso es bonito. Cuando te sientes a gusto con alguien, tranquila, es porque es alguien especial para ti.

–Contigo también siento calma –susurró cabizbaja. Vana levantó su cabeza desde la barbilla.

–A veces conectamos mejor con unas personas que con otras –sonrió–. Ahora descansa. Tengo que irme. Hay mucho que preparar para esta gran noche. –Antes de irse besó la mejilla de Alma.

La noche del traspaso de la corona era la más importante de Tressed. Ocurría cuando la heredera cumplía 25 años, y todo el pueblo, sus tres regiones, se volcaban en aquella festividad. No había habido ni un solo tressediano, al menos en dos siglos, que no hubiera estado conforme con el papel de la monarca. Era quien tenía la última palabra, velaba por todos en aquel territorio en el que llevaba 255 años reinando la paz, pero siempre alerta. Niutenses, viridianos y naguelianos celebraban aquel evento como una tradición única de su tierra. En diciembre celebraban Navidad, el 14 de febrero seguía siendo San Valentín, el 5 de agosto las fiestas de Tressed, incluso cada enclave tenía su propia festividad, y cada tressediano su

cumpleaños, pero nada se comparaba con la coronación, que ocurría cada cierto tiempo y daba la bienvenida a la persona que desde ese momento dirigiría aquel lugar. Les gustaba pensar que al menos una persona había nacido con esa misión y se había preparado para ello, pero Vana sería coronada en los tiempos de mayor incertidumbre para el pueblo, con la posibilidad de una guerra acechando. Ese camino, el de adentrarse en la vecina Anavrin, el de ser descubiertos por el enemigo del que sabían, pero no demasiado, aterraba a muchos. También a Vana. Se miraba en el espejo de su cuarto, y en él se reflejaba la luna que tanta paz le transmitía, siempre fue una muchacha nocturna, de poco dormir, como debe ser si vas a liderar todo un territorio. Se peinaba su larga melena, se había quitado las trenzas. Aún no había empezado a prepararse para esa cita, la más importante de su vida. Llamaron a la puerta, adelante, respondió. Frida entró y le soltó un piropo, aunque estaba todavía sin arreglar.

–Sabes que pronto tendrás que llamarme Nirvana –le recordó.

–Oh, creía que serías una reina molona –vaciló. Se sentó a su lado y la ayudó a peinarse.

–¿Molona?

–Sí, ya sabes. Desenfadada. Nos hemos criado juntas, Vana, Sandro es mi mejor amigo. No me puedo imaginar que reines como tu madre –se rieron.

–Pues será así. Desde mañana seré la máxima autoridad de Tressed. No puedo reinar desenfadada, y menos ahora –suspiró. Frida la miró con piedad.

–¿Te preocupa ser la primera reina que lleve a Tressed a la guerra?

–No, llevo toda mi vida preparándome para esto. Tarde o temprano, Tressed se armará y hará lo que tiene que hacer, liberar a un pueblo hermano. Lo que me preocupa es ser la última reina. Me preocupa no vencer bajo mi mando.

Frida guardó silencio y después cambió de tema. Hay algo que tienes que ver, le dijo, y presionó un lateral del espejo para convertirlo en una pantalla. Desde su reloj envió unas imágenes, pertenecían a los recuerdos que habían aislado de la mente de Alma. La escena que se reproducía en bucle era aquella tan tierna en la que Max y ella bailaban en una habitación, Frida detuvo la imagen y amplió hasta ver el reflejo de la chica en un ventanal.

–Es Alma. ¿Qué pasa? –Vana no entendía a dónde quería llegar Frida.

–Es exactamente igual, ¿verdad? Pero estos recuerdos de Alma son de hace unos 60 años.

–¿60 años?

La niutense asintió.

–Si se tratase del mismo cuerpo, tendría que haber envejecido. Pero está igual.

–Pero eso… ¿Qué quiere decir?

–¿Podría ser un antepasado del cuerpo que habita Alma? –La líder niutense no tenía la respuesta.

El rostro de Vana se tornó pálido, el ruido del reloj la sobresaltó. Quedaba una hora para medianoche.

–Ve a contárselo a mi madre –ordenó.

–Pero, majestad –dijo con algo de burla–, a su madre le queda una hora en el trono.

–Lo sé. Pero sigue siendo su reinado. Ve a decírselo, Frida. Es una orden.

El pueblo esperaba ya alrededor de una hoguera próxima al lago de Viridi, sonaban los tambores y un grupo de tressedianos, con miembros de las tres regiones, bailaban y cantaban música tradicional de Tressed. Mesas alargadas rodeaban también el enorme fuego, y sobre ellas había comida de todo tipo en honor a esa ocasión

tan especial, abundaba incluso la carne: de conejo, de vaca, o de pato con suerte. Cada región llevaba su traje tradicional, con su color y el escudo de Tressed representando la unión. Dos hileras de antorchas se abrían paso entre la gente marcando el camino para llegar al centro de la celebración, el primero en cruzarlo fue Guillaume, el anfitrión de la ceremonia al celebrarse en sus tierras. Iba vestido de verde oscuro, con una chaqueta cerrada atravesada por una banda marrón llena de insignias. Guillaume desfiló con el himno de Viridi hasta colocarse cerca del trono donde se coronaría a la nueva reina, sus pasos seguían el ritmo de la música, brusca, con golpes secos y onomatopeyas.

–Bienvenidos a Viridi. –La música cesó–. Es un honor para nosotros recibiros en la novena celebración del traspaso de la corona. –Guillaume sonreía risueño, le gustaba ser el centro de las miradas–. En este bosque llevamos décadas preparándonos para defender a Tressed de cualquier amenaza y siempre bajo las órdenes de nuestra reina: cautos, sigilosos y cooperativos. Los viridianos sabemos que no somos la mente o el alma del pueblo, somos el cuerpo, el músculo, una armadura. –Estos vitoreaban a su líder–. Se acercan tiempos en los que el cuerpo de Tressed tendrá que demostrar todo lo que ha aprendido. –Un tambor retumbó–. Hoy es el comienzo de una nueva era –alzó la voz–, la batalla para la que tanto tiempo llevamos entrenando está más cerca que nunca, por eso quiero que esta noche disfrutéis. Porque puede ser nuestra última noche en esta monótona normalidad que a muchos os provoca hastío. Niutenses, naguelianos, os protegeremos –dijo arrodillándose, su ejército le imitó.

El pueblo aplaudió y la presencia de Frida se anunció con un cambio en el ritmo de la música. Atravesó el camino de antorchas con una túnica dorada con capucha y una pluma bordada en la espalda. Aún arrodillado, Guillaume aceptó la mano de Frida para

volver a incorporarse. La mujer se situó a su izquierda y le puso una mano en el hombro.

–Gracias a Viridi por acogernos un año más –el tono de Frida era siempre tranquilo–. Se acercan tiempos impredecibles, diría yo. Tressed tiene una misión desde hace años, y un enemigo al que hemos estudiado minuciosamente durante más de dos siglos, pero que sigue siendo una incógnita en muchos aspectos. Eso puede resultar aterrador, pero hemos avanzado mucho en las últimas semanas. Desde Niutat trabajaremos para seguir descifrando a Anavrin, y para facilitar la misión en la medida de lo posible. –Miró a su compañero–. La guerra, Guillaume, bueno, nunca ha llevado a buen puerto en el viejo mundo. Vuestro trabajo es protegernos sobre el terreno. El nuestro es evitar que se produzca esa batalla que a veces –soltó una pequeña risa– parece que ansías, querido amigo. Por eso, en esta nueva era, propongo que el objetivo sea ser más, pero nunca menos.

Los niutenses aplaudieron con más fuerza, y los viridianos seguían alterados por las palabras de Guillaume. El barullo descendió paulatinamente con los aplausos secos y lentos de Joao. El líder nagueliano se puso frente a ambos, llevaba una camisa blanca, una falda larga azul con rayas amarillas y un manto azul con un girasol que cubría sus hombros.

–Dos intenciones con un mismo objetivo; alterar el perfecto equilibrio de nuestra tierra. –Un silencio incómodo inundó la escena–. Tressed es un precioso lugar, tranquilo, que nos ha dado todo lo que tenemos –Joao hablaba con enfado y condescendencia–. ¡Y ahora mi gente tiene miedo! Desde Naguell, apostaremos siempre por la paz. No queremos ver a los nuestros, a viridianos, a niutenses, jugarse la vida por una causa que no nos pertenece –alzaba la voz y giraba sobre sí mismo con ayuda del bastón–. Llevamos siglos a la sombra, nuestra mejor baza era que no existíamos para el enemigo y

ahora ya saben que no están solos. ¡Poco han tardado en destruir una de nuestras bases! ¿Vais a seguir ocultándoselo al pueblo? –Un murmullo se hacía cada vez más fuerte entre la gente. Joao les señaló–. ¡Miradles! ¡Tienen miedo! Vienen aquí y escuchan a dos de sus líderes hablar de 'nueva era', de enemigos. Yo no pienso permitir esto. Haré todo lo que esté en mi mano para evitar que Tressed vaya a una guerra de cualquier tipo. Voy a luchar porque este reino no nos traiga esa nueva era que tanto vitoreáis. Me encargaré de proteger a mi pueblo. A todo este territorio que desde Naguell hemos mimado, hemos cuidado y hemos abastecido. Porque para tomar una decisión como esta, somos uno, somos Tressed. ¡Y Tressed no debe ir a la guerra!

Los viridianos abucheaban a Joao, eran al fin y al cabo los más ruidosos, y la incertidumbre se apoderó del resto de vecinos hasta que un redoble de tambores rompió con el tenso ambiente que se había creado. Una procesión de tressedianos, vestidos como los músicos, entraron con dos tronos al hombro. En el primero transportaban a Nirvana novena, su cabeza ya no portaba la enorme corona, llevaba un vestido blanco y tenía la mirada vacía. Alma observaba la escena como una más, le llamó la atención el estado de la mujer, se había acostumbrado a ver un aspecto firme y determinante en ella, y ese día le pareció débil, frágil, una mujer perdida. Detrás, le seguía el trono de su hija, que ya llevaba puesta la corona que hasta entonces solía acarrear su madre. Ambos tronos fueron depositados frente a la hoguera, uno al lado del otro. Vana se levantó y cogió una copa, grande y dorada, que un tressediano le entregó. Se dirigió a su madre y se la ofreció, agachando la cabeza. Nirvana novena aceptó la ofrenda y bebió el líquido que contenía esa copa. Los tambores sonaban cada vez más fuerte, más rápido.

–Gracias por servir a Tressed en cuerpo y alma. Acepta esta ofrenda y libera tu mente, ha llegado la hora de tu descanso. Mi

cuerpo y mi alma recogen tu herencia. Mi cuerpo y mi alma están ahora al servicio de esta tierra.

Mientras Vana pronunciaba estas palabras, el cuerpo de su madre se durmió. La copa cayó al suelo.

–¡Nirvana novena descansa en paz! –dijo Vana girándose hacia el pueblo que aplaudía y silbaba–. Ahora yo, Nirvana décima, soy vuestra reina.

«Larga vida a Nirvana décima», coreaban, y como piezas de dominó, el círculo de tressedianos que rodeaba la hoguera se arrodilló. Dejaron sus diferencias a un lado para recibir a la heredera. Durante esos instantes, Tressed era uno, pero a todos les pesaba la incertidumbre sobre el camino que su nueva monarca elegiría.

Alma, desconcertada, preguntó a Vivi por Nirvana novena. Está muerta, susurró la niutense agachada, su reinado ha llegado a su fin y con él su propósito, la tradición tressediana le permite ahora descansar, añadió. Alma se encogió de hombros, Vivi lo decía tan convencida, que pensó que era normal, parte de la ceremonia, algo lógico, suponía. Le dio pena no haberlo sabido antes, se habría despedido. La música se ralentizó de nuevo, era el turno de Nirvana décima:

–Vuestros líderes tienen razón. Hoy empieza una nueva era. No porque yo lo quiera así, es inevitable. –Los naguelianos expresaron su desacuerdo con murmullos imperceptibles. Las familias se cogían de la mano, sus rostros reflejaban el miedo a ese futuro incierto que llevaba años acechando. Habían depositado sus esperanzas en Vana, esa dulce niña que no estaría a favor de una guerra, eso creían muchos–. Nos han descubierto, Anavrin sabe que hay vida más allá de sus murallas, y seguir escondidos sería un error. Ya nos han atacado una vez, no dudarán en volver a hacerlo y tenemos que estar preparados. Pero Joao ha obviado un detalle, el motivo por el que

hemos arriesgado nuestra principal ventaja. Hoy estáis aquí para conocer toda la verdad, por eso –señaló a Alma con la mano abierta y todas las miradas se clavaron en la muchacha, que no se esperaba ser el centro de atención tan pronto– os presento a Alma. Anavriana. Es la prueba de que necesitan nuestra ayuda y de que son como nosotros.

El murmullo entre el pueblo se acentuó. Habían escuchado rumores, pero nadie quiso creerlo. Algunos naguelianos gritaron frases de desaprobación. Nirvana décima continuó.

–Con nuestra ayuda, ha conseguido escapar de ese orden que les imponen, y gracias a ella hemos descubierto más cosas de aquel lugar que tanto miedo nos da. Además, me llena de orgullo decir que la misión de su rescate la ha llevado a cabo una operación conjunta entre Niutat y Viridi, y ha sido un éxito.

–¿Un éxito? –interrumpió Joao–. Casi le cuesta la vida a tu hija, Guillaume. Y nos han descubierto. Yo no llamaría éxito a eso.

–Perder la vida por tu gente es un honor –respondió el líder viridiano.

–Perder la vida no es ningún honor, Guillaume. ¡Vais a hacer que nos maten a todos! –El enfado y el miedo que expresaba el líder de Naguell era un reflejo de lo que su gente sentía.

–¡Basta! –ordenó Nirvana décima–. Ha sido un éxito porque todos están a salvo y han liberado a Alma. Ella nos está ayudando a conocer más sobre Anavrin y eso nos da una enorme ventaja, Joao. Ellos no saben nada de nosotros, y no nos van a encontrar.

Se hizo un incómodo silencio y la nueva reina retomó su discurso. Alma seguía como espectadora, rodeada de tressedianos que de un instante a otro la sintieron intrusa. Las palabras de Vana la convertían en una víctima, pero ella no se sentía así. Sí, la habían ayudado a escapar de un lugar del que no se había planteado huir, porque no sabía que había algo más allá. Y sí, en los aspectos más

importantes, Tressed era un mejor lugar para estar. Pero una parte de ella seguía sin comprender si era una necesidad liberar a todos los anavrianos, o si habría algunos que no querían ser liberados. O que no sabrían de qué se les libera.

–Hoy, quiero aprovechar para congratular a Alma por su valentía y su perseverancia, cualidades que le ayudaron a encontrar a Thibauth en Anavrin y llegar hasta aquí. Por su confianza, por dejarnos entrar en su mente y descubrir cosas que de otra forma nos sería imposible saber. Y por su lealtad, a sí misma y a Tressed. Porque está dispuesta a caminar de nuestra mano. Por eso, tenemos que acogerla como si fuese una de las nuestras. Y desde hoy, lo es. Alma –Nirvana décima se acercó–, acepta esta insignia como reconocimiento de que eres una tressediana más. –Enganchó en su ropa el escudo de Tressed, pero Alma supo que para muchos nunca sería una de los suyos.

–Y desde Niutat, nos gustaría acogerte como una más de la familia. –Frida le hizo entrega de una pluma dorada–. Agradeceríamos tu ayuda en nuestras investigaciones.

Alma aceptó ambos regalos algo confusa. Después, Nirvana décima pidió al pueblo que celebrase su llegada al trono y se marchó. La música volvía a sonar, los niños bailaban y jugaban y los adultos se acercaban a la gran mesa, no muy lejos de la hoguera, en donde habían desplegado el banquete. Alma seguía al resto allá a donde iban, estaba desorientada y le sorprendía que Vana hubiera abandonado tan rápido su propia celebración. Era la primera coronación de Vivi, y Antón apenas recordaba la de hace años, en la que era un niño. Les recorría una extraña emoción, como si todo el mundo tuviese que vivir este día al menos una vez en su vida y recordarlo.

–Hay pato. Mi padre dice que está buenísimo. Alma, ¿teníais pato en Anavrin? –preguntó Vivi.

–No, comíamos sobre todo pescado.

–¿Peces? ¡Guau! Aquí nunca hemos comido peces –hablaba con la boca llena–. Tal vez al principio del nuevo mundo aún había alguno. Yo solo los he visto en libros. Mmmm… ¡Está buenísimo! Voy a comer pato hasta que se acabe.

Alma cogió un poco y se lo metió en la boca. Estaba bueno, pero sí que había comido carne alguna vez en Anavrin. Sin que la muchacha pudiese reaccionar, la mano de Vivi introdujo otro alimento en su boca.

–Toma. Esto es conejo. Dicen que con arroz y algo de verduras está estupendo. ¿Tenéis arroz allí?

–Sí, arroz sí. Teníamos muchos cereales. –Las manos de Vivi revoloteaban por encima de la comida. Antón se había puesto varias cosas en un recipiente y las disfrutaba con más calma.

–Antón, ¡vino real! Oh. ¿Tú sabías, Alma, que el vino cuanto más viejo más bueno? Y aquí es difícil, porque nos gusta mucho el vino y lo guardamos poco. Pero hay unas bodegas en palacio, allí varias botellas de vino reposan para ceremonias como esta. –Vivi ya estaba sirviendo tres copas mientras le contaba a Alma la historia–. Brindemos, ¡por la nueva reina!

–Tened cuidado con ese vino que viene de palacio –interrumpió Margarita. Iba con el traje tradicional de Viridi–. No os vayáis a beber la maldición del trono –vaciló y aprovechó para servirse una copa.

–¿La maldición del trono?

A Vivi dejó de interesarle la comida de golpe.

–No digas sandeces, Margarita, a Vana no le va a pasar eso. La conozco desde que tengo memoria –protestó la niutense.

–En Tressed el poder no sienta bien –explicó la mujer–. He vivido tres coronaciones, es como si se llevase todo lo bueno de la persona. Nuestras reinas siempre son muy buenas reinas, pero algo

cambia en ellas cuando llegan al poder. Supongo que heredar la corona es cansado.

–Pero ya conocéis a Vana. Es buena, considerada. Es imposible que eso cambie –insistió Vivi. Margarita negó con la cabeza.

–Su madre y yo éramos uña y carne, Vivi. Uña y carne –aseguró la tabernera levantando su dedo índice metálico–. Era como su hija, pura luz, bondad. No pudo escapar de la maldición del trono. Los días antes de heredar la corona estaba asustada, habló incluso de escaparse. ¿A dónde iba a ir? –Le dio un sorbo a su copa de vino. Alma aún no lo había probado, de nuevo Margarita había conseguido engatusarla con una de sus historias–. Al final se quedó, y la maldición acabó con ella. No me extraña que hoy tuviese ese rostro antes de irse, ser reina tiene que ser agotador.

–No cuentes historias para no dormir –rechistó Antón, que ya había engullido lo suficiente como para saciar su delgado cuerpo y entrar en la conversación–. Son reinas. Una reina no puede tener amigos. Su labor es protegernos a todos. –Se encogió de hombros–. No es ninguna maldición, han sido educadas así desde pequeñas. Pero dentro, siguen rebosando bondad. –Se bebió su copa de vino de un trago–. Maldiciones, dice…

–Bueno, Antón, cada uno puede creer lo que quiera.

–Claro, Margarita. Y como niutense, pienso con lógica.

La historia de la maldición había preocupado a Alma desde que la escuchó por primera vez, en aquella duna bajo las estrellas reales. Y esa noche, la expresión de Nirvana novena antes de morir había llamado su atención, le parecía que las palabras de Margarita podían tener sentido, parecía que al liberarse de esa corona se hubiese ido con ella algo que llevaba años atormentándola. Pero más miedo le daba la expresión de Vana, como si su luz se hubiese apagado, incluso su forma de hablar resultaba distinta, más brusca, más firme, y sus ojos, al encontrarse cara a cara con su mirada cuando se acercó

a ella para darle la insignia, tuvo que contener un escalofrío. Ya había estado cara a cara con Vana en otras ocasiones, y no había tenido esa sensación.

–Los niutenses siempre aferrándose a la lógica. A veces la fe te lleva más lejos –sentenció Margarita.

Pocas veces Tressed reunía tanta alegría como en los traspasos de la corona. Esa vez no iba a ser diferente, pese a saber que ya no eran invisibles para el enemigo. Los problemas solían ocurrir dentro del propio territorio: abastecer a todo el pueblo con alimentos, garantizar agua potable, conseguir medicamentos. Obstáculos que Tressed había conseguido superar a lo largo de los siglos. Todos se ayudaban, ninguna región era menos importante. Ese año, la tensión se palpaba en el ambiente, porque tal y como la reina había asegurado, era el inicio de una nueva era. La inestabilidad, el devenir impredecible, tenía intranquilos a muchos tressedianos. Guillaume no era uno de ellos, para Guillaume y para su gente la guerra era por fin el escenario para el que tanto se habían preparado. Décadas entrenando a un ejército, mejorando las armas y los trajes para vencer en el campo de batalla, y ningún combate a la vista. Ese fue el motivo por el que crearon a los scouts, para sentirse más útiles, aportar cosas del exterior, recuperar partes del viejo mundo que pudiesen servir en el nuevo. Muchos viven en las bases y no tienen interés en volver a Tressed.

–Tu primer traspaso a la corona, pequeña. ¿Lo estás disfrutando?

–Papá, ya lo hemos hablado, no me llames pequeña. –Vivi era ya una adulta, y llevaba fuera de Viridi desde los 10 años–. El pato está buenísimo, por cierto, tenías razón.

–Tienes que hacer más caso a tu padre, Vivi. Sobre todo ahora, que las cosas van a cambiar mucho, y yo tendré que tomar decisiones para protegeros a todos. –El rostro de Vivi cambió.

–¿De verdad crees que vamos a ir a la guerra? –preguntó cabizbaja. Vivi ya sabía lo que su padre iba a responder. Sabía también que pronto se daría la orden desde palacio, ella había vivido muy de cerca todos los avances que Tressed había hecho en sus investigaciones, pero guardaba, muy en el fondo, la esperanza de que no fuese necesario.

–Sí, hija.

–¿Con Vana al frente?

–No tiene elección. No se trata de quién esté al frente, sino de cuándo lo esté. –Se sentó junto a su hija, que seguía bebiendo vino de palacio, y se sirvió una copa él también. Antón escuchaba con atención y en silencio el discurso de Guillaume. Sabía que jamás iba a coincidir con la opinión de aquel viejo que se había aferrado al poder–. Sabe desde hace tiempo que su reinado será recordado como el que llevó a Tressed a una guerra, y asume, igual que lo asumimos la gran mayoría, que es lo que nos toca. Tú, Vivi, has leído libros. Sabes que tarde o temprano los territorios tienen que luchar por su integridad, por su soberanía. Conoces la historia, y conoces como esta se ha repetido a lo largo de los siglos.

–Pero, padre, tenemos soberanía. Joao tiene razón en una cosa, hasta hace unas semanas Anavrin no sabía que existíamos, y esa era nuestra mejor defensa.

–No estamos luchando por nuestra soberanía –interrumpió Frida, que a pocos metros veía cómo a Antón se le estaban calentando las mejillas y de un momento a otro saltaría para rechistar–. Guillaume, respeto que sea tu hija, pero no corrompas la mente del mejor equipo que tengo. Luchamos por algo más.

–Por la libertad de un pueblo –dijo finalmente el niutense–. Por una sociedad justa. Naguell no lo entendería, no han tenido que salir de este territorio. No han visto lo que muchos de nosotros sí. Esas mentes dormidas, esos cuerpos que son meros recipientes. Se

merecen oportunidades. Si alguien tiene dudas, que mire a Alma, es como nosotros. ¿Se merecía vivir encerrada en ese mundo? Eso es lo que tenemos que defender para convencer a Naguell. Esa idea, y no la de la soberanía.

Frida aplaudió, miró a Antón con orgullo.

–Te lo dije, son los mejores para esta misión –susurró contenta en el oído de Guillaume–. Tienen los objetivos claros.

La muchacha anunció su retirada de la fiesta, al día siguiente debía madrugar. De vuelta a Niutat, cuando aún no había salido del bosque, escuchó a alguien sollozar. La pena se le contagió, era tan profundo el llanto que no pudo ignorarlo. La luna menguante brillaba lo suficiente como para iluminar el camino, en Tressed las lunas siempre alumbraban en el bosque, para que nadie se perdiese de noche y acabase en el desierto, fuera de la cúpula tecnológica. Frida apartó alguna rama y vio a Sandro abrazado al tronco del árbol más grande de Tressed, no se abre, decía agitado, lo ha cerrado, repetía. Frida y Sandro tenían la misma edad, habían pasado gran parte de su infancia juntos, correteando por los pasillos del palacio, mezclando tubos de ensayo en los laboratorios. Eran el uno para el otro la persona en la que más confiaban de aquel lugar. La joven le abrazó, y el llanto se hizo aún más fuerte.

–Lamento que hayas perdido a tu madre, Sandro. A veces la tradición no es suficiente consuelo.

–A mi madre hace años que la perdí, Frida –separó su cuerpo del de la chica y la sujetó por los hombros. Sus ojos abiertos como platos miraban fijamente a su amiga–. A quien no quiero perder es a mi hermana, a Vana –se volvió a abrazar a ella con la respiración entrecortada.

–Sandro, lo de la maldición es una leyenda. No puedes creerte esas cosas.

–No es una leyenda. Vi cómo se llevaba a mi madre. Vana estaba muerta de miedo.

XX. Salvar a la raza humana y a la humanidad

Hombres uniformados de blanco en fila tragaban saliva, el miedo que nunca antes habían conocido afloraba ahora en sus rostros, en la misma sala una mujer caminaba firme frente a ellos, del primero al último, se daba la vuelta y deshacía lo andado. Era rubia, alta y fuerte, con un gesto concedió permiso a uno de ellos para que hablase.

–Hemos encontrado un pasadizo bajo los escombros. Una vía de escape.

–¿A dónde lleva?

–A ninguna parte. A otros puntos del desierto, hay varias salidas. Pero en ninguna de ellas hemos encontrado rastro de vida. O indicios de que haya otra sociedad, General. Solo hemos encontrado piedras que rodean el lugar, piedras rosas como esta. –El hombre que hablaba le dio una muestra que llevaba en un recipiente.

La mujer la sacó. La piedra ardía. Emitió una queja y la soltó sobre la mesa.

–Seguid buscando –ordenó.

En el punto más alto del viejo mundo, la planta 133 de ese imponente edificio, la tensión también escalaba por momentos. Anavrin no era la gran potencia que Cleo imaginaba, ni siquiera estaba previsto que hubiese potencias menores, y mucho menos una amenaza imposible de rastrear. La mujer rubia entró en la sala acristalada, Cleo observaba en una pantalla la imagen de Alma. Malas noticias, dijo la General, no parecía tener miedo a Cleo, le trasladó el mensaje de aquellos hombres uniformados, el rostro de la abeja reina se tensó aún más, puedes retirarte, Onna, dijo apretando entre sus manos un objeto y sin perder de vista aquel horizonte que le recordaba todo lo que había conseguido. Onna salió y en la puerta se cruzó con otros dos hombres uniformados, que a rastras

trasladaban a Rober, medio inconsciente y esposado. Sus piernas se deslizaban por el suelo, no podía ponerse en pie, y su físico presentaba signos de violencia. Lo sentaron en una silla blanca frente a Cleo, ella se acercó hasta situar su mirada a un centímetro de la de él y negó con la cabeza. Le acarició la mejilla.

–Querido amigo, siempre dándome disgustos. Hubiera sido tan fácil si como Fred, te hubieses comportado. Todo un mundo para ti, con nosotros. Podrías haber hecho cualquier cosa, miles de anavrianos a tu disposición.

–Y acabar como Max –susurró él. Cleo le abofeteó y se puso recta de nuevo.

–Ahora que lo dices he estado revisando una serie de datos que, la verdad, desconocía. El mismo día que Max murió…

–Se suicidó –precisó el chico. Cleo arrancó el *taser* del guardia que tenía al lado y lo descargó en el torso de Rober.

–¡Basta! Ese día había frente a tu celda un cuerpo tendido, uno que no tenía que estar ahí. ¿Recuerdas? El microchip estaba completamente fundido por una sobrecarga de datos, el código modificado como si un virus hubiese alterado los parámetros básicos de la anavriana. Nunca me confesaste qué ocurrió. ¿Por qué le borraste la memoria a esa anavriana? ¿Qué sabía? –Rober no dijo nada–. ¡Responde! –Cleo apretaba sus puños. Estaba fuera de sí.

–¿Por qué quieres saberlo? –A la pregunta le siguió un grito, Cleo volvió a electrocutarle.

–Responde a mi pregunta. –Sus cejas fruncidas arrugaban toda su frente, la tensión se acumulaba hasta en su mandíbula. Respiraba fuerte, y a su vez intentaba disimular que algo estuviese fuera de control. No quería darle ventaja a Rober, pero era difícil, nunca antes algo le había preocupado así.

–¿Dónde está ahora Alma? ¿A qué cuerpo ha saltado? ¿Por qué no la buscas y lo compruebas por ti misma? Bloqueé esos recuerdos,

pero no se los borré, de ser así no estaría viva y sabes que lo está.

–Alma. –Repitió Cleo. Una leve sonrisa se dibujó en su rostro y dejó caer sus hombros–. Parece que sí hay una conexión. Cómo saber si no su nombre. –La chica pensaba en voz alta–. Acabaré antes si tú me lo cuentas. –Volvió a mirar a su viejo amigo con desprecio.

–¿Le ha pasado algo? –Cleo percibió algo de preocupación en el tono de Rober.

–Qué más da. Es solo un cuerpo.

–No lo es. Ninguno lo es. Son mentes dormidas, mentes que tú has anulado –hablaba con dificultad–. Pero tienen una conciencia, Max le devolvió a Alma la suya. Por eso estaba aquí ese día, estaban enamorados. –Cleo frunció el ceño, la sorpresa se apoderó de todo su cuerpo. Pensó en que eso era imposible.

–¿Enamorados? Fue una aventura. Le pondría la chica. Si era amor, ¿por qué suicidarse entonces?

A Rober se le escapó una risa ligera. Después se puso serio y miró a Cleo a los ojos, de ellos salía un tipo de terror extraño, una duda que hacía tiempo que no se dibujaba en esas pupilas oscuras.

–Estaba muerto en vida. Le mataste el día que decidiste librarte de Nirvana. Condenaste a Max a vivir una eternidad en soledad.

–¿Por qué borrar la memoria de la chica de la que se había enamorado? –Cleo volvió a acercarse a Rober, su historia no tenía sentido. No se cansaría de hacer preguntas, aunque eso hiciese evidente que algo la asustaba.

–Porque ella no podría soportar ese dolor. Max ya se había ido, las cosas no habían salido como él había querido, y ella estaba destrozada. Nadie le había enseñado lo que era la muerte, solo el amor. Queríamos que la raza humana no se extinguiese, queríamos salvar el mundo. ¿Pero a qué precio, Cleo? Si no les queda humanidad. Son como robots.

Rober se fijó en ese momento en la pantalla de un ordenador que había detrás de ella, mostraba una foto de una chica. Le sorprendió el parecido con la Alma de hace 60 años, debajo había una orden de busca y captura, nunca antes había visto algo así en Anavrin, aunque pasase la mayor parte del tiempo encerrado en su celda, estaba seguro de que nunca antes Cleo había tenido que capturar a uno de sus anavrianos, siempre tan obedientes y sin propósitos en la vida. Orden, bienestar, estabilidad.

–¿Dónde está? ¿Por qué la buscáis? No, mejor… –Dudó un instante, y reformuló su pregunta–. ¿Por qué no la encontráis? ¿No tenéis todo Anavrin bajo control? Hay cámaras en todas partes.

Cleo no contestó y ordenó a los guardias que se llevasen a Rober de vuelta a la celda. Él comenzó a reírse, su carcajada sonaba cada vez con más fuerza, ella estaba nerviosa. Rober pensó que tal vez Alma había conseguido recuperar su conciencia, que no se habría borrado del todo. El eco de su risa retumbaba en la mente de Cleo, tensa como la cuerda de un trapecista.

–¿Cómo es posible? ¿A dónde ha ido si no está en Anavrin? –Seguía riendo, cada vez sonaba más lejos. Sus ojos se iluminaron–. ¡Hay más vida! ¿Es eso verdad? Alguien la ha tenido que convencer, alguien ha vuelto a despertar a Alma, ¡ha recuperado su mente! –gritaba aún riendo. Llevaba siglos sin sentir esa felicidad–. No te has parado a pensar que si otra sociedad ha sobrevivido ahí fuera, es que estabas equivocada. –Le reprochó.

–Probablemente sea una sociedad mucho más pequeña. –Se autoconvenció en voz baja, pero lo suficientemente alto como para que Rober lo escuchase.

–Pero libre. –Dejó de reír, pero su voz seguía siendo alegre–. Lo han conseguido, Cleo. Lo que buscábamos al principio. Salvar a la raza humana y a la humanidad.

–No lo sabes, ¡no sabemos nada de ellos! –Cleo tiró al suelo la silla en la que Rober ya no estaba sentado, unos guardias lo sacaban a rastras de la sala–. Y ¿cómo es posible, eh? ¿No era tu virus 100 % letal? –Hizo una señal a los guardias para que se detuviesen–. ¡Responde!

–Lo era, sí. Solo se me ocurre una forma de sobrevivir a él.

–¿Cuál? –La respuesta que Rober estaba a punto de revelar era la misma que se le había pasado a Cleo por la cabeza, pero prefirió ignorar. No podía ser y punto.

–Hay una persona. Una que pudo hacer lo mismo que nosotros. Una que conocía el plan.

–Eso es imposible. Max la hizo desaparecer, no me habría fallado.

Ya fuera de la habitación, la risa de Rober seguía retumbando en la mente de Cleo.

XXI. ¿De qué nos escondemos?

El suelo de Londres llevaba ya dos semanas cubierto de nieve, era junio y una ola de frío asolaba Europa. Los inviernos cada vez eran más cortos, pero más intensos y llegaban sin previo aviso. En el calendario ya había una fecha marcada, la cuenta atrás para iniciar la fase 1 había empezado, pronto los nanomosquitos inyectarían el virus letal a la humanidad. El primer día de la ola de frío, Nirvana se despertó con la nariz roja, al respirar expulsaba humo de su boca, nunca le había costado tanto salir de debajo de las mantas, arrastrarse hasta el armario, y abrigarse como si fuese a salir a la calle. Los cristales estaban helados, la calefacción había dejado de funcionar, se puso guantes, gorro, bufanda, jersey, incluso un abrigo, y se dirigió al despacho de Max, que no estaba. Buscaba papeles, algún número de contacto de mantenimiento, de la empresa de calefacción, lo que fuese, casi no podía pensar con claridad. No encontró nada, revolvió las cosas e intentó abrir un cajón que Max tenía cerrado con llave. Tiró fuerte una y otra vez, y otra y otras cuantas, qué raro, pensó. Escribió a su novio por WhatsApp preguntando por la llave, él le contestó incrédulo, no sabía nada de ninguna llave. Siguió, golpeó el cajón, intentó forzar la cerradura con un clip, estaba ofuscada, enfadada, helada y extrañada. Nunca antes Max había cerrado ese cajón con llave, nunca antes había cerrado algo con llave. Otro pensamiento asaltó su mente, últimamente pasaba mucho tiempo fuera de casa. ¿Dónde estaba a esas horas con el frío que hacía? Buscó en internet como forzar el cajón, cogió un martillo y un utensilio duro y afilado, dio un golpe seco y se abrió. En él había un montón de papeles, ninguno tenía la información que Nirvana buscaba en un principio y que ya le había dejado de interesar. Proyecto Anavrin. Su cuerpo ya no temblaba de frío, se le había olvidado que estaba bajo cero, le había dado un vuelco al

corazón con el primer párrafo de esos documentos. No habría niños, no habría ancianos, todos ellos víctimas de los nanomosquitos. Se le puso la piel de gallina al comprender que habían bautizado el proyecto con su nombre escrito al revés, porque la clave para que funcionase era la tecnología que ella misma había desarrollado. Anavrin, un lugar escalofriante. Vomitó en la papelera que había junto al escritorio, se le revolvían las tripas, el odio se apoderaba de su mente a medida que avanzaba la lectura, los ojos se le inundaban y tenía que permitirse llorar para poder despejarlos y seguir leyendo. Lo hacía sentada, para que su cuerpo aguantase el envite, la mayor de las traiciones. Quería matar a Cleo, quería matar a Max, lo haría, se dijo. Matar había dejado de ser algo impensable para ella hacía ya un tiempo, cuando decidieron poner en marcha el proyecto Cuello de botella, el que ya había dejado de existir. Aún no había terminado de leer todo ese macabro plan que habían trazado a sus espaldas cuando Max irrumpió en su despacho. Ella no levantó la mirada, él torció el gesto y estiró la mano, quería arrebatarle los papeles cuanto antes.

–No es lo que parece –dijo.

Ella consiguió apartar los documentos del recorrido espontáneo que trazó la mano de Max. Le miró con un odio que jamás había sentido y que cayó sobre Max como si un meteorito lo acabase de aplastar. A los dos se les había cortado la respiración, se miraban confusos.

–¿Qué has leído? –preguntó por fin.

–No lo voy a permitir. –La voz de Nirvana se entrecortaba–. Te mataré. –Rompió a llorar y se encogió en el suelo. Arrugó inconscientemente los papeles entre sus puños. No tenía fuerzas, creía que podría hacerlo, pero no era un monstruo–. Te mataré –repetía hecha un ovillo en el suelo entre sollozos–. ¿Cómo has podido? –se preguntaba.

Max cogió otro montón de papeles del cajón y se agachó junto a ella.

–No lo has leído todo. ¡Mira! ¡Mira! –repetía. Le cogió la cara, intentaba que mirase aquellos papeles que había rescatado del fondo del cajón. Estaban escritos a mano con su letra–. Te lo iba a contar, te lo juro. –Nirvana estaba, pero no estaba. Sus ojos miraban, pero no veían nada. En su mente repasaba esos últimos meses, ¿cómo no se había dado cuenta? Y entonces algo la poseyó.

Gritó. Gritó tan fuerte que los cristales se habrían roto si no hubieran estado congelados. Gritó y se levantó de un salto y golpeó a Max con todas sus fuerzas. Le odiaba, pero le amaba y eso era lo que más le dolía. Y tenía un secreto, uno que ya no pensaba contarle. Max intentaba reducirla, frenar los golpes, quería que le escuchase, se lo suplicaba, pero ella no estaba ahí. Estaban sus brazos, chocando contra el torso del chico, estaba su voz, confesando su odio, su desaprobación a ese plan, estaban sus lágrimas, que frías se precipitaban al vacío, pero ella no.

–Yo lo sabía. Claro que sabía que no lo aceptarías. –Max lanzaba, nervioso, argumentos al aire mientras recibía todos esos golpes. Tenía la esperanza de que alguno entrase en los oídos de Nirvana y la devolviese a aquella sala–. Quería salvarte, Nirvana. –La chica seguía gritando y sollozando–. Sabía que Cleo no iba a cambiar de opinión. Ella quería ocultártelo, quería que te despertases en ese lugar y ya no pudieses hacer nada. Era eso o matarte, Nirvana. –Agarró a la chica de los brazos, la contuvo. –No podía permitirlo. No podía dejar que te matase.

–No –verbalizó–. Seré yo quien la mate.

Nirvana salió del despacho y se dirigió a la cocina. Cogió un cuchillo, amenazó a Max, que se interpuso en su camino, cuando este se apartó, fue hacia la puerta.

–¿Y después qué? ¿Qué pretendes? Ir a su casa y clavarle un cuchillo. ¿Has visto la nieve? –Abrió la puerta, Max la cerró. La chica se giró, él estaba detrás, el filo del cuchillo se quedó a una distancia casi imperceptible del torso de Max. Lo soltó y volvió a sollozar–. No eres capaz de matar a sangre fría. –Abrazó a Nirvana–. Pero Cleo sí lo es. Por eso tengo un plan B.

Nirvana respiraba fuerte. El odio de su mirada persistía, se apartó.

–¿Por qué? –musitó. Max la miró con duda–. ¿Por qué no salváis a los niños? Son nuestro futuro.

–Porque no son útiles. –Formular esas palabras hizo a Max llorar también–. Lo siento, amor. No son útiles para el plan de Cleo. Ralentizarían una nueva civilización.

–Eres un monstruo.

–Tenemos que construir una sociedad desde cero. Un nuevo orden. No podemos criar a unos niños, solo estorbarían. –Max sabía que no iba a convencer a Nirvana de algo que ni a él le convencía–. Pero tú puedes salvarlos –dijo al fin. Le entregó a Nirvana los papeles que había escrito a mano. Había detallado un plan para ella, para que huyese y crease otra sociedad–. Si alguien puede hacerlo, eres tú. Eres una genia. –Nirvana leía en silencio, con el ceño fruncido y la respiración agitada. Su cabeza se movía de lado a lado, negaba. Ella no se sentía capaz de hacerlo, pero tampoco se sentía capaz de matar a Cleo a sangre fría.

–¿Cómo voy a hacerlo?

–Primero tienes que desaparecer.

Nada en su cabeza tenía sentido. Nada excepto el odio que sentía.

–Te odio. Te odio por ocultármelo. Por hacer que esta sea la única alternativa. Podríamos haberlo evitado. –Él negó.

–No lo hubiéramos conseguido. Lo siento.

Nirvana tardó tres días y tres noches en volver a hablar a Max. Pero nunca le perdonaría. Releyó el plan una y otra vez, mientras él arreglaba la calefacción e intentaba entablar conversaciones absurdas con ella, que le fusilaba con la mirada. Vivía con un extraño, y era él, quien más daño le había hecho, el único que podía ayudarle. Le odiaba por ello, y se odiaba por ello.

–Me tendrás que matar delante de ella –dijo cuando ya se sabía el plan de memoria–. Este plan tiene muchas lagunas. Yo me encargaré del resto, pero me tendrás que matar. Habrá que convencerla. –Le dio un papel que tenía algo escrito. Una palabra–. Dile que estoy embarazada. Dile que es imposible que acepte el nuevo plan, y que no quieres hacerte cargo de un niño en ese nuevo mundo que vais a crear. Dile que has comprado eso, que me envenenarás en una cena. Lo harás delante de ella. Mañana. Que me vea morir.

La mirada de Nirvana estaba perdida. Max iba a contestar, pero antes de que pudiese abrir la boca, Nirvana se había vuelto a encerrar en la habitación en la que él no dormía desde hacía tres noches. Cogió el papel, en él indicaba también cuantas gotas le tendría que echar al plato de Nirvana.

Al día siguiente, Cleo preparaba la cena, como cada sábado. Rober estaba en España esa semana, así que invitó a Max y a Nirvana. Cocinaría espaguetis a la boloñesa, sería una de las últimas veces que comerían ese simple y delicioso plato, el favorito de su hermano. Max había llegado antes que Nirvana, tiempo que usaría para convencer a Cleo de que tenían que matarla. Y tiempo que Nirvana usaría para meterse en el papel de novia de Max, tendría que besarle, acariciarle, como había hecho siempre. Tendría que ocultar ese odio que ya se había establecido de forma permanente en su mirada. Todo ello, sin vomitar.

En la cocina, Cleo notó a Max preocupado.

–¿Qué te pasa?

–Nada. –Cleo insistió–. Nirvana. Anavrin. Queda tan poco.

–Ya –dijo pensativa–. Podemos contárselo. Razonar con ella. Igual es mejor.

–No, no. –Max se puso nervioso–. Está embarazada, Cleo. No lo aceptaría.

–Mierda. ¿Qué? –Cleo no se esperaba esa noticia.

–Lo sé. Una cagada.

Ella frunció el ceño.

–¿No te alegras?

–¿Alegrarme? Cleo, no va a haber niños. ¿Qué sentido tiene tener un hijo? No, no. –Hizo una breve pausa. Después miró fijamente a su hermana. Estaba tenso.

–¿Por qué me miras así?

–¿Dónde está Fred?

–Se estará duchando. No lo sé. Arriba. –Se encogió de hombros. Max miró a través de la puerta, no había nadie en el pasillo. Le hizo un gesto a su hermana, para que se acercase. Ella obedeció–. Pensarás que estoy loco, pero vamos a matar ya a tanta gente…

–¿Quieres matarla? –fingió asombro.

–Shhh… –Volvió a mirar al pasillo, seguía vacío–. No –dijo–. No sé. Solo digo que sería una más. No sé, déjalo. La necesitamos. Necesitamos su tecnología. –Cleo se rio con esa risa que siempre ponía a Max los pelos de punta.

–Hace tiempo que ya no. Me he reenviado todos sus estudios, tengo todo lo necesario para desarrollar su tecnología sin su ayuda –decía todo eso mientras seguía cocinando para cuatro–. Ha sido muy útil, has tenido buen ojo. Pero todos sus conocimientos son desde hace un tiempo míos también. –Miró a su hermano compadeciéndose–. Yo no la soporto. Pero me preocupaba que te sintieses solo. Yo tengo a Fred.

–Yo os tengo a vosotros. ¿No? –Su hermana le abrazó.

–Claro que sí. –Le acarició la mejilla y vio en él una mirada triste–. ¿Cuándo lo harás?

–Esta noche. –Max sacó del bolsillo de su sudadera un pequeño bote. Era la sustancia que Nirvana le había pedido comprar.

Cleo miró entonces al pasillo, Fred seguía arriba. Con sus manos, envolvió la de Max y la empujó de nuevo hasta dentro de su bolsillo. Cleo estaba nerviosa, puede que excitada, y a la vez aliviada. Nirvana le parecía un obstáculo, lamentó que Rober estuviese en España, si no, pensó, podrían cargarse a los dos. Dos muertos más en la lista que en unos días sería infinita, millones de cadáveres inundarían lo que a partir de ese momento llamarían viejo mundo, y el nuevo sería una gran urbe, o tal vez un país pequeño, un lugar bajo su control. La novia de su hermano era a esas alturas un cabo suelto, la solución que Max proponía era la mejor opción y se alegraba de que él también lo viese así. No le importaban los argumentos que este le diese, que no hubiese niños y su futuro hijo se fuese a criar solo, que Nirvana no sería feliz en ese lugar, le daba igual. Ella también la prefería muerta.

–Yo distraeré a Fred –dijo. Con esas palabras Cleo abrazaba su condición de cómplice. Su felicidad que, sin éxito, intentaba ocultar, hacía que en Max brotase un odio que, con éxito, conseguía enterrar.

Al tiempo, Nirvana llamó al timbre. Desde la cocina, Cleo escuchó cómo efusivamente saludaba a su novio, y en la entrada, Max recibía ese saludo con preocupación. La chica disimulaba con una sonrisa de oreja a oreja, él la miraba desconcertado, se preguntaba si iba drogada, y se dio cuenta en ese instante de que realmente no sabía si lo del embarazo era cierto o no. Sentados ya en la mesa, Cleo sirvió vino a todos menos a ella.

–Tú no puedes, ¿verdad? ¡Enhorabuena! –dijo con una sonrisa falsa. Nirvana se levantó y abrazó a su cuñada.

–¡Oh! Max ya se ha ido de la lengua.

Fred, que se enteraba en ese momento, se levantó también para felicitar a la pareja. Era el único que no fingía. El resto interpretaba su papel con tanto ímpetu que hacía difícil discernir la falsedad del resto, la mentira en la escena. Una cena de Óscar. Y Fred, como único espectador, no se inmutó por el espectáculo. Ni siquiera hablaron del plan durante la cena, que llevaba copando sus conversaciones los últimos dos años. Hablaron del tiempo, del futuro bebé, del vino, de la comida, todo ello evitando hablar del fin del mundo, y al rato, Nirvana se desplomó. Fred gritó, se asustó el que más, pensó que podía ser por algo del embarazo. Cleo, fingiendo, se acercó al cuerpo tendido en el suelo y empezó a dar indicaciones a Max. Trae agua, trae esto, trae lo otro. Él seguía en su asiento, tieso, una lágrima recorrió su rostro.

–Ya basta, Cleo. No quiero espectáculos –ordenó Max–. Si vamos a pasar el resto de la eternidad juntos, Fred tiene que saber la verdad. –Cleo puso los ojos en blanco y Fred empezó a titubear.

–¿Qué? ¿Qué verdad? –preguntó con un hilo de voz.

–La he matado yo. Cleo lo sabía. –Max miró a su hermana con odio. Fred se alejó un par de pasos–. No es a mí a quien tienes que tener miedo –aseguró. Pero lo cierto es que en ese momento, el rostro de Max era aterrador.

–¿Por qué? –Fred apenas podía hablar. Quería entender por qué habían tomado esa decisión, y sobre todo quería entenderlo para asegurarse de que a él no le pasaría lo mismo. Estaba muerto de miedo.

–Nirvana no sería feliz en ese lugar, sabiendo que hemos matado a todos los niños del mundo. –Max respiró hondo–. Es mejor así, voy a deshacerme del cuerpo.

El rostro de Fred se volvió blanco como la nieve que cubría las aceras de la ciudad.

–Fred. –El tono de Cleo era amenazante–. ¿Qué te pasa? ¿Ahora te preocupa matar a gente? –Él miraba el cuerpo de Nirvana, de su amiga. Le daba miedo pensar de lo que eran capaces. Siempre se le había dado bien ser el perrito faldero de Cleo, temía fallar y que ese fuese su destino–. En unos días seremos responsables de la muerte de millones de personas. ¡Tendrás sangre en tus manos!

–Sí. Sí –dijo asustado. Apenas podía mirarla, pero debía hacer el esfuerzo. Estaba de su lado, tenía que autoconvencerse–. Sí, cariño. Ha sido el susto. No me lo esperaba. ¿Por qué no me lo habéis contado?

No respondieron. Max recogió los platos de la mesa, y tiró su contenido a la basura. Después, lanzó una mirada a Fred y luego señaló las piernas del cadáver con los ojos mientras él agarraba los brazos.

–Ayúdame a bajarla al garaje. La sentaremos delante, como si estuviese dormida.

Fred obedeció sin rechistar, el cuerpo le temblaba. Una vez en el garaje, Cleo ordenó a Fred que acompañara a Max, el chico estaba nervioso, sabía que iban a acabar con la vida de mucha gente, pero nunca se esperó que empezasen por la de un miembro del equipo.

–Está asustado. Lo haré solo.

–¿Cómo vas a cargar tú solo con el cuerpo? ¿No has visto lo que pesa?

–No quiero que nadie más toque su cuerpo.

–Oh, se pone protector después de matarla –vaciló Cleo.

–¡Lo he hecho por ti! ¡Por el proyecto! –Max no podía dejar que nadie más viniese. La dosis solo la mantendría dormida unas horas–. Ahora deja que la entierre donde yo quiera, sé dónde le gustaría. Se lo debo. Nadie la encontrará.

–¿Estás seguro?

Asintió con la cabeza y se sentó en el asiento del piloto sin decir nada más. Cleo abrió la puerta del garaje y vio a Max salir con el cuerpo inconsciente de la chica. Esa fue la última vez que vio a Nirvana, después de no encontrar su pulso. Max condujo el coche hasta su casa, a unas tres manzanas de allí. Aparcado, esperó impaciente, temía que no se despertase. Cuando Cleo terminó de cocinar los espaguetis a la boloñesa, Max echó delante de ella una cantidad contundente, suficiente para tumbar a un elefante, en uno de los platos, el mismo que más tarde puso frente a su sitio. Después echó un par de gotas en el de Nirvana, para que el ritmo del corazón se volviese tan lento que apenas pudiese detectarse. Cleo estaba tan pendiente de que Nirvana se comiese su plato de espaguetis, que no se dio cuenta de que Max ni siquiera había probado el suyo.

En el coche, Nirvana se sobresaltó e intentó coger todo el aire que había de una sola bocanada. Y así una y otra vez inhalando y exhalando con rapidez.

–Tranquila, tranquila –repetía Max rodeándola con sus brazos.

Cuando Nirvana recuperó la conciencia y se relajó, volvió a llorar. Como si toda esa rabia contenida y transformada en alegría en la cena necesitase salir de golpe.

–Ya está –decía él–. Eres libre. Estás muerta.

–¿Libre?

No le miraba. Abrió la puerta del coche y vomitó. Max quería preguntarle si el embarazo era real, pero no le salían las palabras.

–¿Tienes claro el plan? –Ella asintió.

Salieron del vehículo, entraron en la casa. En el pasillo había dos maletas, una bolsa alargada, como de deporte, y una mochila. Las cargaron en el coche, sin decir ni una palabra. Muchos de los inversores que querían asegurarse una plaza en el proyecto y de los elegidos por Max para construir la nueva civilización, tenían hijos, y en unos días esos hijos serían enviados a una zona de Francia, a un

campamento de verano, mientras los padres acudían al congreso final del proyecto Cuello de botella, ese al que llevaban años enviando su dinero. Disfrutarían de conferencias y exámenes médicos, el último paso hacia esa nueva vida que les habían prometido, eso creían ellos. Creían también que después se reunirían con sus hijos y les darían una villa en la ciudad/país protegida del letal virus que acabaría con la humanidad, y de las amenazas externas. De todo esto, Nirvana se había enterado leyendo los documentos que encontró en el cajón de Max. Serían cientos de niños. Allí, ese campamento improvisado, era la zona que Nirvana había elegido aislar para crear su sociedad paralela. Una sociedad llena de vida, llena de niños. Max condujo el coche hasta el aeropuerto. La despedida fue fría, la mirada decepcionada, rota, de Nirvana atormentaría a Max el resto de su eternidad. Sin embargo, en ese momento él sentía calma, orgullo, había hecho lo correcto.

–Sin ti no habríamos llegado tan lejos. Solo necesitas tu cerebro, y tu bondad.

–Nunca sabrás si lo he conseguido.

–No podría aunque quisiese. –A Max se le dibujó una sonrisa rota en el rostro. Nirvana no gesticuló, su mirada seguía llena de odio. La joven cruzó el control y se perdió entre el resto de viajeros, no volvió a mirar atrás.

Pasó días escondida en una granja, cerca de un pueblo. Al tercero, vio a los niños llegar, había un enorme bosque en la zona y muchas casas que vivían del campo y que iban a acoger a esos niños un tiempo. A la granja abandonada la rodeaban cientos de girasoles, desde allí Nirvana observaba a los pequeños, también a los adultos enseñándoles cómo vivían en esa aldea. Correteaban, reían, la joven se acariciaba la tripa, son el futuro, se decía, como tú, se miraba la barriga. No podía permitir que la vida de todos esos niños, y del que

ella esperaba, terminase por un plan del que había sido cómplice. Era injusto, lo era también salvarles a ellos y no a otros, pero era menos injusto que lo primero. Cada vez quedaba menos para que Cleo soltase a los nanomosquitos cargados de ese virus letal que borraría a la humanidad de la faz de la tierra. Nirvana cercó con su tecnología gran parte del territorio, una cúpula tecnológica e imperceptible desde dentro y desde fuera ocultaría aquel lugar del mismo modo que a varios kilómetros al este, Cleo ocultaba su propia zona con los padres de aquellos menores. Los adultos llevaban ya días dormidos, amontonados, al despertar ya no serían ellos mismos. En aquel pueblo, Nirvana hizo algo similar, durmió a los vecinos y a los niños, lo hizo a través de los pozos, del agua, horas antes de que comenzase la fase 1 del plan. Días más tarde, el pueblo se despertó aturdido, los niños hambrientos, lloraban, echaban de menos a sus padres, algunos adultos intentaban sintonizar la radio, la televisión no daba señal, en internet leían sobre un virus que se expandía rápido, como aquel que paralizó al mundo en 2020, pero este parecía más mortal. Estaban intranquilos, llamaban a sus seres queridos y no contestaban, en la plaza del pueblo el alcalde intentaba calmarles, los monitores del campamento no conseguían contactar con ningún padre, tampoco con los organizadores, algunos se montaron en sus coches con la idea de marcharse, de ir a buscar al resto de familiares o amigos que tenían en el exterior.

Cuando un virus es tan letal, muere con su víctima. Después de picar a cada humano, los nanomosquitos se inmolaron y el virus desapareció del mismo modo que la vida humana. Menos en lo que más tarde serían Anavrin y Tressed, protegidos por una cúpula tecnológica ilocalizable para aquellos seres que portaban veneno. Nirvana había sido la primera en despertarse, la más rápida, salió de aquel lugar y caminó una hora y media hasta avistar un supermercado Auchan, en el aparcamiento vio los primeros

cadáveres. Algunos en el coche, otros con medio cuerpo dentro del carrito de la compra, y en el interior, más muertos. Cuando volvió se encontró a un pueblo sumido en el caos y la incertidumbre, tomando decisiones a la ligera, nerviosos, incluso agresivos, tenían miedo. La joven se puso al lado del alcalde, un hombre mayor que también estaba asustado, y con una mano sobre su hombro le pidió la palabra. Todos escuchaban, quién era aquella mujer, se preguntaban.

–El mundo tal y como lo conocemos ha muerto. Ocurrió hace unos días, mientras vosotros dormíais, un virus muy letal arrasó con la humanidad. –El pueblo la miraba, algunos reían. El murmullo entre los vecinos crecía–. Habéis sido elegidos para sobrevivir y crear una nueva sociedad desde cero. –Hizo una breve pausa, nadie la tomaba en serio–. Yo os he salvado. Este lugar ha sido elegido para ser la cuna de un nuevo mundo, uno que construiremos juntos. Lo sé bien, porque yo os he elegido –hizo una breve pausa–. Yo os he salvado. Desde el bosque cruzando el campo de girasoles y hasta aquí, esto será a partir de ahora vuestro hogar. Fuera no hay nada. Podéis salir a comprobarlo, pero después tendréis que prometerme que volveréis.

–¿Quién eres?

–¡Bájate de ahí, loca!

Muchos la insultaron, otros la ignoraron, pero unos pocos la creyeron.

–Michel no ha vuelto desde que ayer fue al supermercado –dijo una mujer sin saber que su ayer habían sido varios días.

–La radio no funciona y la tele tampoco. En internet hablan de ese virus.

–A mí no me ha llegado el último pedido para la tienda, tendría que haberme llegado ya.

Un grupo de valientes fue a buscar más vida con la esperanza de que Nirvana fuese una loca, pero se encontraron con la misma

escena que ella: cadáveres. A la vuelta, no eran capaces de encontrar el pueblo, sabían llegar, habían vivido allí toda la vida, sin embargo, nada era igual, la carretera seguía sin que hubiese civilización. Nirvana esperaba en el límite del perímetro, es aquí, les indicó, y junto a ella cruzaron ese manto invisible que ocultaba su aldea del resto del mundo para protegerles. Nirvana se lo explicó, era mejor así, era el lugar más seguro de la tierra, insistió.

–¿De qué nos escondemos? –preguntó una señora de avanzada edad.

–De los otros que han sobrevivido. Allí gobierna el diablo.

XXII. El Consejo de Tressed

A Nirvana le habían robado muchas cosas. Su futuro, su tecnología, sus ideas, pero lo peor fue descubrir que le habían robado su nombre. Desde el principio quiso recuperarlo, y, para ello, tenía que recuperar Anavrin, convertirlo en lo que ella soñó, un lugar sano en el que los miedos de la sociedad sirviesen para mejorar. Mientras tanto, haría que nadie en Tressed olvidase su nombre, se lo recordaría todos los días porque sería el nombre de su líder. Se lo pondría a su hija, y esta a la suya, y así una tras otra, convirtiéndolo en una tradición. Ya eran diez las reinas que habían llevado ese nombre, y Nirvana décima heredaba la corona de un reino inestable, con un futuro incierto que podría afectar a la integridad y la seguridad del territorio. En toda su historia, solo hubo otro episodio de desequilibrio, que se solventó con la convocatoria del primer y único Consejo de Tressed. Fue poco después de que la gente del bosque renunciase a seguir bajo el mando de Nirvana, y desde ese momento el territorio se dividió en tres regiones para repartir los poderes. El Consejo se utilizaría únicamente para decisiones importantes que afectasen a todo Tressed, se originó para garantizar acuerdos de gran peso y se esperó no tener que convocarlo nunca más. Sería la reina la encargada de hacerlo, plantearía una cuestión y con ella una solución, y solo necesitaría contar con el apoyo de una de las tres regiones. En otras palabras, la única forma de evitar que Tressed fuese a la guerra sería con la negativa de Guillaume, Frida y Joao, y no parecía que eso fuese a pasar.

La primera y única vez que se celebró un Consejo, se hizo en el propio bosque, una conversación informal con los árboles como testigos que terminó por decidir el futuro de aquel territorio. Ese día se redactó también un protocolo para la próxima vez que algo así tuviese que llevarse a cabo, lo celebrarían en la biblioteca, a puerta

cerrada, y cada líder elegiría a 7 habitantes de su región para representar al conjunto de Tressed. Junto a ellos y la reina, serían 25 los miembros del Consejo que se conformaría en los dos días siguientes a su convocatoria. Así se hizo. La convocatoria se envió desde palacio, y llegó en forma de papel a todas las puertas de Tressed:

La presencia de una anavriana en nuestro territorio es un hecho, aunque premeditado, inédito. Un suceso de esta magnitud ha de ser debatido con el pueblo, pues el camino que hemos tomado nos acerca a una posición que nunca antes habíamos contemplado. Nuestro mayor enemigo sabe ahora que existimos y eso nos pone en peligro. Sin embargo, tenemos ventaja sobre el terreno. Nuestro adversario es débil, lleva siglos adormecido, no le dará tiempo a despertar. Pero no es mi intención asolar a Tressed en una guerra sin previa consulta al pueblo, tampoco lo es destruir todo lo que hemos construido juntos, ni poner en peligro a vuestras familias. Este territorio estará a salvo pase lo que pase, yo misma lo protegeré con mi vida si es necesario. Vuestra reina se dirige a vosotros para anunciaros la convocatoria de un nuevo Consejo de Tressed, hay mucho de lo que hablar y mucho que escuchar. Elegid a vuestros representantes.

Atentamente, Nirvana décima.

Desde hacía unos días, tras el traspaso de la corona, el miedo envolvía a muchos habitantes, sobre todo en Naguell. Tressed siempre había sido un lugar tranquilo, de convivencia y cooperación, de equilibrio y fe en la corona, pero esos días el murmullo de los vecinos sonaba más fuerte que el viento. El temor a una guerra como las del viejo mundo, esas sobre las que habían leído en los libros, era una pesadilla para muchos. Para otros era un sueño, generación tras

generación habían crecido escuchando que podían ser los elegidos, el caballo de Troya que entrase en esa ciudad, o en ese país, ese lugar que tanto respeto imponía porque no habían conseguido comprender del todo. Una urbe adormecida, como la describía su reina, a la que no le daría tiempo a despertar, cuanto antes atacasen, pensaban unos, más probabilidad tendrían de ganar. Cada líder quería elegir de la mejor forma posible a las voces que iban a representar sus valores, los de su gente, los de su pueblo. Unos querían expresar ese miedo, otros esa valentía, unos hablaban de coherencia, de cordura, otros de locura, y la decisión la tomarían 25 miembros del Consejo, ¿quiénes serían?

Joao propuso que todo aquel que quisiese se presentase como voluntario en las dos horas siguientes al recibimiento de la convocatoria, y que esa misma tarde se haría una votación. Guillaume, sin embargo, no tardó en decidir quienes serían sus representantes, los que más involucrados habían estado con Anavrin, por un lado, y los que más querían ir a la guerra, por otro, no tenía por qué coincidir una cosa con la otra. Frida, por su parte, lo sorteó. La chica defendía que la muestra que representase a Niutat debía ser aleatoria para ser justa.

Entre los elegidos de Guillaume estaban Thibauth y Jess. A los naguelianos les había parecido buena idea votar a Margarita, que se había presentado como voluntaria, porque antes de pertenecer a Naguell fue viridiana. En Niutat, ni Vivi ni Antón salieron elegidos, Frida sorprendió a todos cuando de la lista sorteada salió un nombre inesperado, el de Sandro, el hermano de la reina. Lo había incluido como niutense porque el palacio estaba en aquella región.

El día llegó, y los 25 acudieron a su cita. La biblioteca era rectangular y acogía un hemiciclo en el centro. Nirvana se sentó en un atril enfrentado a la bancada, estaba algo más elevado. El resto, separados por regiones, ocuparon de forma dispersa los asientos.

Naguell a la izquierda, Niutat en el centro, con una posición más ambigua, y Viridi a la derecha. Cuando Nirvana entró se hizo el silencio en la sala y todos se levantaron. Segundos más tarde, se sentaron al unísono. Ella seguía de pie.

–Gracias a todos por venir. Gracias –la reina miró a la izquierda– a los representantes de Naguell por ofrecerse voluntarios. A Niutat –señaló al frente con las manos abiertas– por cumplir con vuestra responsabilidad y venir al haber sido seleccionados al azar. Y a Guillaume –se inclinó hacia la derecha– por haber elegido sin titubeos a los viridianos que mejor representarían hoy al bosque. Lo habéis hecho a vuestra manera, y son todas maneras válidas. Además, hablan por sí solas, dicen mucho de vuestras diferencias y similitudes. Espero que lo sigan haciendo a lo largo de este encuentro, que hablen por todos los tressedianos. –Se sentó y siguió hablando. Estaba tranquila, fría–. Como todos sabréis ya, Alma es ahora tressediana, pero su origen está en Anavrin, un lugar que a muchos os da miedo, pero que poco a poco hemos podido estudiar. Hoy sabemos más que nunca y con ella aquí podremos entender mucho mejor a nuestro enemigo. Alma no supone ninguna amenaza. Su origen no es decisión suya, le tocó vivir allí. Estar ahora aquí sí lo ha sido, y es una buena decisión.

–Oh, venga ya, Nirvana –interrumpió Joao–. No estamos aquí por eso. No queremos más propaganda, queremos la verdad. ¿Por qué habéis llevado una misión de rescate sin consultarlo?

La pregunta ofendió a Nirvana, que con un tono aún inalterable y el ceño algo fruncido, respondió:

–Lo que Viridi haga con sus scouts, o Niutat con sus científicos, no tiene que ser consultado contigo, Joao.

–Cualquier decisión que afecte al conjunto de Tressed tiene que ser consultada conmigo. –Joao se levantó del asiento y golpeó su

bastón contra el suelo–. Este Consejo es una consecuencia directa de esa acción. ¿Por qué está aquí esa anavriana?

La tensión se disparó a la izquierda del hemiciclo.

–No es una anavriana cualquiera. Nos ha facilitado información que hasta ahora desconocíamos.

–¿Qué información?

–Información que los naguelianos no tenéis por qué entender.

–Para eso estamos aquí hoy, ¿no? Para que nos lo expliquéis –exigió el líder de Naguell.

–Información sobre la torre principal de Anavrin. –Nirvana décima cogió aire–. Es un lugar impenetrable. Ninguno de los scouts ha conseguido entrar, pero ella sí. Hemos recuperado algunas de las memorias que la situaban en ese edifico y hemos encontrado algo curioso –suspiró. Todos escuchaban con atención–. Alma estuvo en esa torre hace unos 60 años y el cuerpo que su código habitaba en ese momento era igual que el que tiene ahora. No ha envejecido, y es raro porque biológicamente son humanos, no son robots. Entender cómo ha ocurrido es información muy valiosa para la misión.

La inquietud entre los presentes se hizo evidente con un murmullo.

–La de ir a la guerra, ¿quieres decir? –A Joao esa información no le decía nada. No le interesaban los anavrianos, ni nada de lo que ocurriese en ese lugar. Su objetivo era proteger a su gente.

–La guerra no es la opción inmediata, Joao.

–Lo que no queremos es perder el tiempo –dijo un hombre desde la bancada de Naguell–. ¿Por qué nadie ha puesto sobre la mesa la vía del diálogo? Puede que Anavrin tenga miedo, puede que no supiese que una sociedad libre fuese capaz de sobrevivir en el nuevo mundo como ellos. Tal vez esa sea la salida más lógica. –El hombre se había puesto de pie y había interrumpido a la reina sin titubear.

Era grande y mayor, y aunque hablaba con calma, apretaba los puños con fuerza. A su alrededor, sus compañeros asentían con la cabeza.

Los viridianos le abuchearon. Thibauth soltó una carcajada que nadie percibió y tomó la palabra.

–Esa opción la descartaron ellos cuando bombardearon una de nuestras bases –respondió mirando fijamente a aquel hombre, que apretó aún con más fuerza sus puños.

–¡Basta! –gritó la reina–. ¡Esto no es un combate en el bosque! ¡No es el lugar para jalear a nadie! –El murmullo se apagó. Los tres hombres que habían hablado seguían en pie, aguantándose la mirada–. Thibauth, ya que has empezado a hablar y que conoces Anavrin, ¿quieres añadir algo más?

–Sí, algo que decepcionará a mis compañeros. –Se rascó la barbilla–. Yo no creo que estemos preparados para entrar en guerra con Anavrin. –A Nirvana décima le sorprendió esa declaración. Frunció el ceño, necesitaba argumentos a favor de la incursión. Si no conseguía una mayoría, temía que no la tomasen en serio, era joven. El pueblo podría rebelarse por primera vez en más de dos siglos. Escuchaba a Thibauth atentamente–. Nos superan en número. Nuestras armas son principalmente terrestres. Nuestro entrenamiento es cuerpo a cuerpo. Y estoy de acuerdo con Joao en una cosa, nuestra única ventaja era el elemento sorpresa y ya no lo tenemos. Escondernos el mayor tiempo posible es nuestra mejor carta. ¿Es justo? –Negó cabizbajo–. Seguramente no lo sea para los anavrianos, pero sí creo que es lo más justo para Tressed, porque lo que estamos pidiéndole a nuestra gente es que entre en la boca del lobo para, con toda probabilidad, no volver.

–Tú has ido a Anavrin y has vuelto, Thibauth. –Nirvana intentaba suavizar sus argumentos.

–No es lo mismo y lo sabes. –El viridiano desafiaba a su reina con la mirada.

–La guerra es la última de las opciones –insistió ella.

–¿Y qué otras opciones planteas? –gritó alguien desde la izquierda.

Todos alzaron la voz. Se intercambiaban insultos, el caos se apoderó de la sala, se entremezclaban las faltas de respeto y los intentos por parte de Nirvana décima de recuperar el control. Guillaume achacaba la cobardía a la bancada de enfrente, apoyado por algunos de los viridianos. En Niutat, unos intentaban mediar y otros elegían bando. Los naguelianos eran los que más alterados estaban, tenían miedo y pedían a Thibauth que convenciese a los suyos. Él, sentado, hacía oídos sordos. La palabra guerra se repetía una y otra vez, muchos hablaban del coste de vida, de lo que podría suponer para Tressed ese escenario, guerras del viejo mundo, no estaban preparados, provocaciones a la derecha, armas en alto, ¿valía más la vida de un tressediano que la de un anavriano?, para muchos sí, para otros no, ¿cómo iban a poner precio a otra vida humana?, ¿era humana?, se agudizaba la idea de soberanía, de integridad territorial, de frontera, lo habían leído en los libros de historia, la de un mundo que acabó consigo mismo, pero era el único ejemplo, el único antecedente al que podían imitar, allí los territorios se diferenciaban y las guerras siempre traían horror, tiranía, años de inestabilidad, con lo bien que habían estado esos últimos siglos, ¿por qué no se salvaban los anavrianos a sí mismos?, qué ingenua esa pregunta, decían en Niutat, no se pueden salvar, no saben hacerlo, ¿y por eso tenían que sacrificar a su gente? Jess lanzó una flecha con una fotografía y la clavó en el atril de la reina. El sonido del aire cortándose silenció al resto, la muchacha se puso junto a la flecha de un salto y arrancó la foto.

–Creéis que esta no es nuestra guerra, pero ya han muerto dos de los nuestros en ella. –Era una foto vieja de una familia. En ella salían un padre, una madre y una niña pequeña–. No soportaron la

inacción de Tressed, de su pueblo. Libre y que entiende lo que supone esa libertad. –Miró a Thibauth decepcionada–. Dices que no sería justo. Lo que no es justo es que vivamos gracias a la tecnología que a ellos les oprime. No podemos seguir mirando hacia otro lado. En Anavrin la vida está enterrada, duerme dentro de sus propios cuerpos.

–Y, ¿te parece justo que más tressedianos pierdan la vida como lo hicieron tus padres?

Jess se puso a un centímetro del rostro de Joao, el último en hablar. Le miró desafiante.

–Lo que no me parece justo es que hayan muerto en vano. –Margarita les separó.

–No lo harán. Jess tiene razón. Esta lucha también es nuestra. –Se golpeó el pecho con su brazo metálico–. Hasta que Anavrin no sea libre, nosotros seguiremos escondidos, y hay todo un mundo ahí fuera, lo he visto con mis propios ojos. Cientos de recursos que ni nos imaginamos y a los que podríamos acceder, recursos a los que Anavrin accede porque no se tiene que esconder. –Margarita miraba a todos lados, a todos sus vecinos–. Tampoco pueden haber muerto en vano los millones de personas sacrificadas hace 255 años para que hoy nosotros tengamos un trozo de tierra en el que vivir. –Fijó la mirada en Joao–. Entiendo vuestro miedo, todo lo que conoce Naguell está dentro de este escudo que rodea Tressed, y os habéis esforzado mucho en cuidar estas tierras y en proveernos de buenos alimentos, de agua potable, de cultura, de educación… Os lo agradecemos, pero la mayoría de las cosas que nos habéis dado ha sido gracias a los nuevos materiales que los scouts salieron a buscar. También a la intervención de los niutenses, que han diseñado mecanismos que nos han facilitado la vida. –A Nirvana le aliviaban los argumentos de la tabernera–. Nosotros conocemos lo que hay más allá de nuestras fronteras y conocemos el desierto mejor que

Anavrin. Esa es nuestra verdadera ventaja, todo lo que sabemos y ellos no. Para lanzar una ofensiva, Thibauth, no son solo importantes las armas. También hay que saber usarlas. –Joao apretaba el puño, pero sabía que representaba a una parte de los naguelianos, a los que la habían votado y pensaban que la inacción no era el camino–. Esta sí es nuestra batalla, ya llevamos mucho tiempo huyendo.

Margarita había conseguido apaciguar el ambiente, armonizar la bancada de un extremo a otro, al menos mientras hablaba. No todo el mundo pensaba igual, en cada grupo había distintas opiniones y ese era el momento de compartirlas, aunque otros preferían escuchar y decidir al final. Todos sabían que de esa sala saldría una decisión que cambiaría el curso de la historia de Tressed, donde hasta entonces gobernaba la paz. Al discurso de la mujer con un brazo robótico le siguió un largo silencio, nadie quería rebatirla o no sabían cómo hacerlo, y el sonido de la respiración era lo único que se escuchaba dentro de la sala. Unos lo hacían más deprisa, nerviosos, agitados, otros suspiraban aburridos ya de tanto diálogo, se podía escuchar también algún chasquido con la boca, alguna queja y las manos frotándose partes del cuerpo, el pelo, la barbilla, el lateral de un ojo, algunos no tenían claro qué iban a votar. El tiempo para dar una opinión que quizá fuese crucial se agotaba, la mayoría de los que ocupaban esos asientos jamás habrían imaginado que formarían parte de una decisión tan importante. Saldrían en los libros de historia de Tressed como uno de los 25 miembros que llevó a su gente a la guerra, o tal vez como uno de los 25 miembros que liberó a una civilización esclava, o como uno de los 25 miembros que votó para que todo siguiese como ahora, ¿quiénes pasarían a ser héroes y quiénes villanos?

–Vana no habría tomado una decisión como esta. No hablaría de la posibilidad de ir a la guerra –susurró Sandro.

Todos le escucharon. Las miradas apuntaban a aquel muchacho que siempre había sido hijo de la reina, hermano de la heredera, la sombra de un reino, discreto, guapo, eso sí, muchas muchachas se lo rifaban, trabajador, se pasaba horas en los laboratorios de Niutat. Vana y él eran uña y carne, pero desde que su hermana heredó el trono su mirada se había apagado, Frida se dio cuenta aquel día que lo encontró en el bosque, llorando, asustado. Veía a Vana y lo comprendía, no creía en maldiciones, pero Nirvana décima se había vuelto mucho más distante, firme. Su dulzura se había desvanecido aquella noche, y ese joven al que conocía tan bien se había ido junto con su hermana, hablaba de ella como si no estuviese delante, pensó la líder de Niutat, que no le quitaba ojo. La reina se levantó de un salto y señaló su corona con el dedo.

–Dejé de ser Vana cuando me pusieron esta corona en la cabeza. Ahora tengo una responsabilidad. La amenaza no soy yo, Sandro. La amenaza está ahí fuera. –Hizo una breve pausa–. Que entre mi testigo –ordenó.

Las puertas de la biblioteca se abrieron, Alma estaba al otro lado y todos se giraron para observarla. Algunos atónitos, era la primera vez que veían de cerca a una anavriana y les sorprendía el parecido, era cierto eso que decían, eran iguales, y otros, los que ya la habían visto, querían saber más cosas sobre ellos, ¿cómo era vivir en Anavrin?, querían saber si eran felices, o si era verdad eso de que estaban dormidos, de que no tenían propósitos, conciencia, solo quehaceres, obligaciones, objetivos a cumplir, algunos imaginaban incluso que se les torturaba. La chica caminó hasta situarse en el centro, la reina le preguntó si creía que deberían liberar a los suyos, todos estaban muy atentos.

–Viviendo en Anavrin no me sentía presa –titubeó–. No conocía nada más y es difícil echar de menos algo cuando no lo tienes. Pero mis últimos días allí sí que fueron frustrantes. –Estaba nerviosa. Se

frotaba la muñeca y no miraba a nadie en concreto–. Tenía muchas preguntas y ninguna respuesta. En la periferia la gente era muy distinta al núcleo, tenían una mirada distinta y hablaban entre ellos, parecía que supiesen que la vida era algo más que cumplir las misiones, pero se hubiesen conformado con lo que tenían. Ellos me ayudaron a encontrar el valor para huir, y ahora tengo muchas más preguntas. –El recuerdo le dibujó una pequeña sonrisa en el rostro–. Pero poco a poco se responden solas. Supongo que habrá más gente como yo. –Negó con la cabeza–. No. No lo supongo –rectificó–. Estoy segura de ello, muchos aún no lo sabrán. La vida en Tressed es mucho mejor. Me asusta a veces. Me asustan las emociones, pero las prefiero a no sentir nada.

Nirvana décima quería ablandar la mirada de los naguelianos con el testimonio de la chica. Después, Alma salió de la biblioteca.

–Los que estén a favor de dar un paso más en nuestra historia y en contra de la inacción que se pongan en pie –ordenó Nirvana décima levantándose.

En Viridi todos hicieron lo mismo que su reina, incluido un cabizbajo Thibauth que no se atrevió a elevar la mirada. Era consciente del riesgo que corrían y lo había expresado durante su intervención, pero también sabía que esa había sido siempre su misión. En Naguell, como era de esperar, Margarita fue la única que se puso en pie, representando a los pocos naguelianos que asumirían ese riesgo. En la bancada del medio siete niutenses se levantaron, Sandro se quedó sentado, desafiante, sus ojos se movían de un lado a otro, contaba con la mirada y pronto se dio cuenta de que estaba en el bando minoritario.

–El II Consejo de Tressed ha finalizado con 17 votos a favor y 8 en contra –sentenció la reina.

XXIII. El beso de un príncipe

Todo lo que los tressedianos sabían lo habían leído en libros. Sobre el amor, la amistad, el viejo mundo. Sobre el cultivo, la construcción, incluso los juegos los habían aprendido en aquellos rectángulos repletos de letras y algunos dibujos. También habían leído sobre la guerra, algunos más que otros. Joao esperaba que el resultado del Consejo fuese el que fue, Tressed iría a la guerra, sin embargo, fue la actitud de Sandro lo que le sorprendió, esas palabras que hablaban de su hermana como si fuese otra, esa insistencia en que Vana barajaba otras opciones antes de que su cabeza ostentase la corona. El líder de Naguell creía en las maldiciones y por eso le asustaban más que a otros, había leído sobre ellas, las maldiciones solían tener cura, podían revertirse con un conjuro, una ofrenda o con el beso de un príncipe. Joao esperaba que tal vez algún libro del viejo mundo hablase de la maldición de la corona y de cómo vencerla. Y si había un tressediano capaz de conocer los secretos de palacio, era sin duda Sandro, el muchacho siempre había sido muy culto. Joao, que le doblaba la edad, lo vio crecer entre libros, cálculos y experimentos que realizaba junto a Frida en el laboratorio, sabía desde pequeño que no sería rey, aunque fuese mayor que Vana, esa era la tradición, la corona la heredaba la primera hija, de sexo femenino, lo recogía la ley de Tressed. Encontrar al joven no fue difícil, estaba sentado al lado de una ventana, en la biblioteca de palacio. Leía otra novela del viejo mundo, *Viaje al centro de la tierra*, sonreía, apenas se inmutó por la presencia de Joao cuando se sentó frente a él.

–Pensaba que a estas alturas ya te habrías leído todos los libros de Tressed –vaciló.

–Joao –dijo levantando la vista y soltó una carcajada–. Ya me gustaría, pero no tengo tanto tiempo.

–Ser el hermano de la reina es un trabajo duro, ¿no? –se rio.

–No más que ser hijo de la reina. Pero sabes que hago otras cosas para ayudar a este territorio.

–Sí. –El nagueliano no pretendía ofenderle–. Como votar en contra de ir a la guerra. Te lo agradezco, alguien con tanto poder, con una posición como la tuya. Muchos tressedianos creen que eres un hombre prudente –suspiró–. A tu hermana, en cambio, la consideraba sensata. –Joao intentaba escoger las palabras adecuadas, pero decir lo que quería decir no iba a ser sencillo.

–Mi hermana es muy sensata, es fácil juzgarla desde nuestra posición. –Joao se puso nervioso, abrió la boca para rectificar algo que realmente no quería rectificar, pero Sandro no dejó que hablase–. ¿Hace cuánto que no lees un libro de historia?

–Desde el colegio, supongo. –Le sorprendió la pregunta. A Sandro no tanto la respuesta.

El joven cerró su libro y se acercó a la estantería, cogió otro y volvió a su asiento. Lo abrió y rebuscó entre sus páginas hasta encontrar lo que buscaba. Se lo mostró a Joao.

–En las guerras del viejo mundo, los civiles se refugiaban bajo tierra. –Señaló imágenes del libro.

–¿Por qué?

–Era un lugar seguro. Las bombas caían desde el cielo, y bajo tierra se resguardaban de esos ataques. Lo llamaban búnkeres o refugios, podían pasar semanas ahí dentro. –El libro que sujetaba tenía unos planos doblados, los sacó y los desplegó–. Esto es un plano de Tressed en el viejo mundo, antes de que Nirvana primera nos salvase. Y esto es un plano de los edificios de Tressed ahora. –Joao frunció el ceño. No estaba seguro de lo que el chico le estaba mostrando–. Es un buen plan. Fue idea de Vana, ¿sabes? Pero mi madre frenó el proyecto. La guerra es inevitable ya. Es inminente. Pero esto es algo que podemos hacer para nosotros, para el pueblo.

–¿Y por qué Vana no lo ha vuelto a poner en marcha?

–Porque ahora es Nirvana décima –vaciló con desgana–. Supongo que mi madre la convenció.

–¿Crees… –Joao titubeó y se acercó al muchacho para que nadie más escuchase lo que iba a decirle, se acercó pese a que estuviesen solos, lo que iba a preguntar le daba escalofríos– ¿Crees qué puede ser la maldición? –Sandro se encogió de hombros–. ¿No hay ninguna cura en tus libros?

La pregunta hizo reír al chico. Joao se puso firme, la risa le desconcertó.

–Los libros no hablan de esa maldición. –Señaló los planos de nuevo–. ¿Cuento con Naguell?

Joao asintió.

A espaldas de su hermana, de la reina, Sandro tramaba un plan. La primera parte era preparar ese búnker que se encontraba bajo la biblioteca, llenarlo de víveres, medicamentos, lecturas, películas, recursos para poder esconder ahí a gran parte de Tressed. Le había confiado la tarea a Naguell, la región encargada de suministrar alimentos y agua al territorio. La otra fase de su plan era mucho más compleja, solo él podía llevarla a cabo. Para ello, debía ir a un lugar, el más salvaje del bosque. Hacía años que una pequeña casa había sido engullida por una enredadera llena de espinas que crecía a una velocidad incontrolable. Era la zona más oscura de Viridi, parecía que la planta hubiese adquirido conciencia propia, solo había abarcado un trozo del territorio, lo había hecho suyo, y los viridianos lo respetaban, así que decidieron no edificar más allí. En esa zona, otras plantas crecieron, algunas eran carnívoras, otras daban frutos venenosos, no estaba prohibido visitar aquel lugar, pero había que tener cuidado, no se sabía qué nueva planta podría crecer y si atraparía el pie de quien se acercase demasiado. Una vez, un viridiano perteneciente a un grupo de scouts que de vez en cuando se acercaba a la zona para catalogar las nuevas plantas, se quedó

atrapado en la enredadera madre, dicen que se acercó demasiado a una bella flor que parecía delicada, a diferencia del resto de plantas de ese lugar. Sintiendo que no pertenecía al sitio, el chico quiso arrancarla, para que el paisaje se mantuviese abrupto, espinoso, oscuro, y, entonces, justo cuando le quedaba un centímetro para alcanzar el tallo de lo que parecía un lirio, la zarza le rodeó la muñeca, clavándole sus pinchos, y después los pies, algunos dicen que también el cuello, aunque con menos fuerza, y lo tuvo así, atrapado durante horas, y sus gritos alertaron al rato a un viridiano que pasaba por ahí, que con un cuchillo consiguió liberarle, y la enredadera madre se dejó cortar, fue una advertencia para que nadie más osase arrancar nada de su territorio. A Sandro le gustaba visitar ese lugar, la naturaleza en pleno auge, recorriéndose a sí misma a su antojo, con colores terrenales, con alguna seta roja con puntos blancos como las que había en David el Gnomo, con alguna planta con dientes, con flores perfectas de tonos claros creciendo sobre ramas con pinchos, una mezcla de colores sin sentido, de tamaños sin sentido, algunas enormes, otras diminutas. Con él llevaba una cesta de mimbre, la llenó de frutos venenosos, y la zarza se lo permitió, no porque fuese de la realeza, no diferenciaba entre plebeyos y príncipes, sino porque sabía que la intención de Sandro era la correcta, iba a darle a esas bayas el uso correcto. De vuelta al pueblo, se encontró con su amiga Frida, y el secreto que este ocultaba, impidió que se comportase con normalidad. A cualquier otro le hubiera engañado, no se hubieran dado cuenta de que su voz era más aguda de lo normal, de que se había mordido las uñas como cuando tuvo que presentarse a los exámenes finales del colegio, ni siquiera fue capaz de mirar a su querida amiga a los ojos cuando esta la saludó. Pasó de largo, pero Frida le detuvo, le agarró el brazo.

–¿De dónde vienes? –Se fijó en la cesta–. ¿Qué llevas ahí?

Se la intentó arrebatar, pero los reflejos de Sandro la apartaron a tiempo. La miró amenazante, ella se asustó, jamás había visto en Sandro esa mirada.

–No lo entenderías –balbuceó el chico–. Pero confía en mí. Sabes que no haría nada malo.

Mantenían una distancia que, por el ambiente, parecía prudente, pero que a su vez Frida quería romper. Nunca había visto así a su amigo.

–Me estás asustando. –Los dos estaban nerviosos–. Dime qué está pasando. –Se aguantaban la mirada con el cuerpo tenso, a la espera del primer movimiento del otro–. ¿De dónde vienes?

–Del bosque. –Le mostró la cesta sin dejar de mirarla–. Son bayas.

–¿Qué tipo de bayas, Sandro? –Frida relajó sus hombros por un instante, al ver que el chico estaba confesando.

–No te lo puedo decir –respondió él con un tono tranquilo, como el de un niño que ha pintado las paredes de la cocina y no quiere confesarlo. Frida se lanzó sobre la cesta, la agarró con sus manos y forcejeó. Sandro se desquició–. No lo entenderás –repetía gritando–. Pero es lo correcto. Es la única forma de acabar con la maldición.

–¡La maldición no existe! –respondió ella y a su voz le acompañó un tirón fuerte. Los dos cayeron al suelo, la cesta también se cayó. Algunas bayas salieron volando. Sandro se incorporó mucho más rápido que ella y cogió del suelo una rama gruesa de un árbol. Se dirigió a Frida, que mientras se levantaba le miró aterrorizada, comenzó a arrastrarse por el suelo, casi a gatas.

–Lo siento –decía Sandro–. Te lo explicaré. Lo entenderás. –Se le caían las lágrimas. Y cuando llegó a su altura, le golpeó la cabeza.

Cuando Frida recuperó el conocimiento, la noche artificial ya había cubierto el cielo de Tressed. Se llevó la mano a la cabeza, al

punto exacto donde le dolía, estaba sangrando. Tardó unos segundos en recordar lo que había pasado. Vio en el suelo las bayas que se habían caído de la cesta y el nombre de Vana asaltó su mente, Sandro quería matarla. No sería capaz, pensó primero, pero recordó su mirada, y recordó su voz pidiéndole perdón segundos antes de dejarla inconsciente. Había perdido la cabeza. Se puso en pie, su cuerpo se tambaleaba e intentaba sostener su cabeza con las manos, que agarraban su sien, todo le daba vueltas. Su mirada consiguió escapar de esa espiral de hierba, y encontró el punto de fuga en una casa, la primera que se veía desde el bosque, se fijó en ella y todo dejó de ser tan difuso, encontró el camino hacia Naguell. Tenía que llegar a palacio. La cabeza le dolía, no solo por el golpe, intentaba descifrar cómo Sandro había enloquecido, cuándo había ocurrido, por qué no se había dado cuenta. Le encerrarán, no podrá evitarlo. Se le partía el corazón. Atravesaba las calles de Naguell a toda velocidad, no había nadie, y eso hizo que se detuviese. ¿Dónde estaban todos? Algo se le escapaba. ¿Qué día era? El Consejo, recordó, ya había ocurrido, habían votado, Tressed entraría en Anavrin, la reina debía comunicarlo. ¡El salón de actos! Estaba en palacio, Nirvana décima daría su discurso, buscó un reloj, quedaban tres minutos para las diez, hora en la que todo comenzaría. ¿Sería ahí? ¿En el brindis tras el discurso? ¿Habría envenenado Sandro la bebida de su hermana? Recuperó el ritmo, sus pies volvían a correr más decididos que antes, el tiempo pasaba, no llegaría antes de las diez, pero tenía que llegar antes del brindis. ¿Cuánto duraría el discurso de la reina? Corrió y corrió, y en la plaza de Niutat, encima de la puerta del palacio, el reloj marcaban ya las diez y cinco, subió las escaleras de dos en dos, respiraba agitada, casi no tenía fuerzas, no era una viridiana. Las puertas del salón estaban abiertas, algunos tressedianos escuchaban desde fuera, no entraban todos dentro. Frida no podría atravesar el sitio a tiempo, introdujo su cuerpo

delgado en esa marabunta de tressedianos que, nerviosos, escuchaban a su reina. Avanzó, y avanzó, hasta que Nirvana anunció lo que iba a suceder, entonces el pueblo se revolvió, algunos protestaban, otros lo celebraban, y empujaban a Frida de un lado a otro, sin dejarla avanzar. Se introdujo en el oído un aparato y desde su reloj llamó a Antón. No contestó la primera vez. No contestó la segunda. Ella insistía mientras apartaba a sus vecinos, Antón no escuchaba las llamadas, estaba delante, con Anita, Alma y Vivi. En la tercera llamada, la niña tiró de la camiseta de su padre. Te brilla el pantalón, le dijo. Él sacó el teléfono para colgar, pero al ver que era Frida se extrañó.

–¿Qué pasa? –respondió sin dejar de mirar al escenario. Se escuchaba al otro lado el mismo barullo–. ¿Estás aquí? Estamos delante. ¿Puedes llegar? –Antón miraba ahora hacia atrás. Como todos, llevaba en una mano la bebida para el brindis, la reina alzó su vaso e incitó al resto a hacer lo mismo.

–Sandro intenta matar a Nirvana. Creo que su bebida está envenenada. Tienes que evitar que se la beba.

–¿Qué estás diciendo?

–Sé que algunos tenéis miedo… –decía Nirvana décima.

–Sandro ha envenenado su bebida con bayas del bosque…

–Sandro está a su lado. En el escenario. ¿Qué estás diciendo, Frida?

–¡Escúchame! ¡Es una orden! Soy tu líder. Evita que se beba ese vaso.

–Juntos velaremos por nuestros intereses. Naguell también tiene un papel importante. Cuidar a los soldados que vuelvan heridos, abastecerles de comida para su misión…

Antón dejó su copa en una mesa, y se agachó para quitarle a Anita su vaso. Alma y Vivi miraron sus copas extrañadas. Él negó con la cabeza. ¿Qué pasa?, preguntaban. Con un gesto les pidió tiempo.

–Frida, todos tenemos la misma bebida. ¿No creerás que…?

–Joder. –Se escuchó al otro lado. Frida no creía capaz a Sandro de cometer una masacre como esa. Pero tampoco le creía capaz de matar a su hermana–. Joder –repitió.

–¿Qué hacemos? –Antón no perdía de vista a Sandro. El discurso de Nirvana llegaba a su fin.

–¿Qué pasa, papá? –preguntaba la voz inocente de Anita.

–Antón… –Alma y Vivi también demandaban una respuesta. Estaban nerviosas.

Frida pensaba al otro lado del teléfono, en la misma sala. Miró a su alrededor, todos alzaban sus vasos, el silencio se había apoderado de su cabeza, el miedo había muteado la sala, no escuchaba a Antón en su oreja, no escuchaba el desacuerdo de los naguelianos, a quienes Nirvana décima no conseguía convencer, solo unas palabras de la reina la hicieron volver a la realidad.

–Brindemos. Por Tressed.

Sacó su arma y disparó al techo. La gente se agachó, los vasos cayeron al suelo, se rompieron uno detrás del otro. Sandro se sobresaltó más al verla a ella en pie en el centro de la habitación que por los disparos. Nirvana décima miró a Frida desconcertada. Antón había agarrado a Anita y se había encogido como el resto. La guardia pretoriana de la reina se estrenaba apuntando a la niutense, que apuntó a Sandro. Otro giro inesperado. Entonces la reina se giró para mirar a su hermano, que respiraba con fuerza, descontrolado. La agarró por la espalda, y encima del escenario, delante de todo el pueblo, le puso un arma en la sien.

–Se acabó –decía. Y la guardia pretoriana modificó la dirección a la que apuntaban sus armas. Ahora el objetivo era Sandro–. ¡Se acabó! –Sus ojos tenían lágrimas de nuevo–. Tenemos que acabar con la maldición. ¡Tenemos que acabar con ella! –Apretaba el arma

contra la sien de su hermana, que por primera vez desde que ostentaba la corona sintió miedo.

–Te matarán, Sandro –dijo Frida.

–Baja el arma –ordenó la reina–. No eres capaz de matar a alguien a quemarropa. Podemos solucionar esto. –Nirvana recuperó su templanza. La que le había dado el trono.

A Sandro le temblaba la mano. El pueblo seguía agachado, algunos habían podido huir. A Frida le asustaba que matasen a Sandro, quería evitarlo. No creía que se lo mereciese, necesitaba ayuda. Nirvana parecía segura de que no dispararía, con la mano pedía a su guardia paciencia. El aire escaseaba en la sala, como si las respiraciones agitadas se hubiesen encargado de transformar el oxígeno en dióxido de carbono en cuestión de segundos. Nadie hablaba, y los berridos de Sandro era lo que más se escuchaba. Su arma cayó al suelo, soltó a su hermana, y sus rodillas también cayeron. Se hizo un ovillo, se acunaba a sí mismo, lloraba y a Frida le partía el corazón ver esa escena. De pronto el oxígeno volvió a la habitación, todos suspiraban y respiraban despacio. La guardia detuvo a Sandro, y el pueblo salió ordenadamente de la sala.

Las horas siguientes el cotilleo se apoderó del pueblo, aun con el susto en el cuerpo. En Naguell, los vecinos corrieron a contarle a su líder, que se había negado a acudir a aquel acto, lo ocurrido. Joao se llevó las manos a la cabeza. Se sintió en cierto modo culpable, como si lo hubiese instigado de alguna forma. Él no se refería a eso cuando le preguntó por una cura, pero ¿y si era la única forma?, pensó también. Sandro era un chico sensato, no estaba loco, lo había demostrado tantas veces. Si quería matar a la reina, tendría sus motivos.

–¿Y qué han hecho con el muchacho? –preguntó Joao ocultando su preocupación.

–Lo matarán –aseguró un nagueliano.

–No digas tonterías –replicó otra–. Si lo hubiesen querido matar, lo habrían hecho ahí mismo. Tenía a toda la guardia pretoriana apuntándole –le contó a Joao.

–Lo habrán encerrado –confirmó una señora que había trabajado años en palacio.

–¿Dónde? –exigió saber Joao.

–En los calabozos. –Le parecía una respuesta más que evidente. Pero todos la miraron sorprendida–. Están detrás de palacio. Se usaban al principio. Los he visto cientos de veces.

Era la primera vez que Joao escuchaba hablar de esos calabozos. ¿Cuántas cosas más desconocería de su tierra?

XXIV. Leber diecinueve

La última bolsa ya había sido cargada, todo el equipo necesario para realizar una primera incursión en aquel edificio imponente, el que algunos llamaban La Colmena, una torre hasta entonces impenetrable, indescifrable, aguardaba en el maletero de un vehículo alargado a que este arrancase. Estaba aparcado en la plaza central de Niutat, y rodeado por un grupo de tressedianos que había madrugado más de la cuenta para despedir a sus combatientes, puede que héroes, algunos aún no lo tenían claro. Alma fue la primera en subir al autobús, no le gustaba ser el centro de atención, no se acostumbraba a girar miradas en la calle, a sentirse una extraña, y volver a Anavrin le asustaba, temía que ese tampoco fuese ya su sitio. La misión le pilló por sorpresa, Vivi la había despertado esa mañana y le había comunicado que un grupo de tressedianos viajaría hacia el norte, a la base Leber diecinueve, esta es tu mochila, le indicó, y tienes que ponerte el traje, dijo lanzándole uno de esos monos adaptados que usaban para entrenar. El intento de asesinato de la reina había acelerado todo, Nirvana décima temía que su fallida muerte solo fuese el pistoletazo de salida para más intentos, no sabía si era un hecho aislado o su hermano había iniciado una revolución.

El vehículo era similar a un autobús del viejo mundo, pero con la tecnología de aquel lugar, cubierto por una bóveda de cristal y con un mecanismo que permitía al aparato levitar. La inmediatez de la misión había llevado a la reina a elegir a su círculo más cercano para esta primera fase, con la que pretendían recabar más información. De Viridi irían Jess y Thibauth. El líder viridiano, Guillaume, se quedaría en Tressed para intensificar los entrenamientos de sus fuerzas armadas de cara a una posible batalla. De la región de Niutat iría la número uno, Frida, y sus más fieles trabajadores y con gran experiencia en el terreno, Vivi y Antón. Nirvana estaría al mando del

operativo. Cuando iba a subirse al transporte vio a Margarita avanzar sigilosa hasta la parte trasera del vehículo, lanzó en su interior una mochila, adelantó a la reina y subió el primer escalón.

–No necesito una invitación para saber dónde tengo que estar –bromeó–. Si voy yo, en representación de Naguell, Joao estará más tranquilo. Soy una scout, no desvelaré nada importante, pero así sabrá que alguien de su confianza está también en la misión.

–Ya, ¿es por eso? ¿O es por qué echas de menos el ruedo? –vaciló la reina.

–Por las dos cosas. –Margarita se encogió de hombros–. No molestaré, lo prometo.

Nirvana décima frunció el ceño, sacó la bolsa de Margarita del maletero, y se la dio. Después la ayudó a bajar del vehículo empujando levemente su espalda.

–Te necesito aquí –dijo–. Si algo sale mal, solo podré confiar en ti y en Guillaume.

Diferenciar a Margarita de esa manera fue suficiente para convencerla. Si su papel era más valorado en Tressed, se quedaría esperando órdenes.

Antón arrancó ese autobús futurista con tintes oxidados. A ambos lados, tressedianos les despedían efusivos, otros miraban preocupados, el vehículo atravesó Tressed hacia el norte a gran velocidad, en cuestión de minutos les rodeaba un desierto, el muchacho activó el modo camuflaje y la nave se volvió invisible. Alma tenía el rostro pegado al cristal, la nariz se le deformaba, no quería perderse detalle de lo que había ahí fuera, durante la primera hora de travesía el paisaje fue monótono, lo que la joven se esperaba, y después la arena comenzó a moverse y a intercalarse con algo oscuro que aparecía y desaparecía. Era alargado y de un grosor similar o mayor que el vehículo en el que viajaban.

–La pequeña Mildred –le indicó Vivi–. Estará buscando a Margarita.

La pequeña Mildred sacó su cabeza al exterior y no era nada pequeña. Era una enorme serpiente de al menos 100 metros de largo. Haciendo eses, intentaba seguir el ritmo de la nave, pero esta iba mucho más rápido. Mildred se detuvo al ver que no les alcanzaba y se despidió con una pronunciada y alargada *ese* que salía de su boca.

–Es lo más increíble que he visto nunca –dijo Alma boquiabierta.

–Pues el viaje en submarino te va a flipar –añadió Jess.

–Subma… ¿qué?

El vehículo entró en uno de esos túneles que Tressed había construido para ocultarse sin tener que usar el botón de camuflaje y gastar así menos energía. Además, la temperatura en el subsuelo era más soportable, el paso de las horas empezó a pesar en los párpados de algunos tressedianos, que durmieron parte del viaje hasta sobresaltarse con la subida que les devolvió a la superficie. Desorientados, no sabían cuánto tiempo había pasado, el paisaje era diferente, la arena era blanca y se entremezclaba con algo de vegetación, parecía también más densa. No hacía calor en la superficie. Cuando Antón aparcó y se bajaron, Alma se sorprendió al ver salir humo blanco de sus fosas nasales. Caminaron unos metros y una puerta abierta apareció en medio de la nada, la anavriana no se acostumbraba al modo oculto. Dentro, una mujer de pelo blanco les dio la bienvenida, era otra base de Tressed, esta mucho más grande que la que destruyeron los anavrianos. Al fondo tenía un muelle y una enorme piscina. En la base había varios vehículos, armas y ordenadores. Jess abrazó a la mujer.

–¡Leila!

–¿Cómo estás, niña? Ya te echamos de menos en el exterior.

–Me han dicho que has encontrado otro submarino –dijo Jess con entusiasmo. Tenía las cejas arqueadas y las manos juntas.

–Ah, sí. Este es ruso. –La mujer señaló a la piscina con orgullo–. Es uno de los más completos, y ya lo he adaptado. Está en pleno funcionamiento –decía mientras saludaba al resto del equipo–. Os lo enseño, es en el que vamos a viajar hoy.

Era un enorme armatoste que sobresalía del agua. Era oscuro y parecía muy viejo, pero Leila había restaurado el interior y lo había adaptado con la tecnología tressediana.

–¡Es alucinante! ¿Podemos entrar? –Todos miraban con asombro aquel aparato, pero Jess no podía ocultar su emoción.

–Claro, sí. Cuanto antes salgamos, mejor.

Los chicos no podían aguantar más y entraron. Nirvana décima se quedó fuera y saludó a Leila.

–Gracias por tus servicios –dijo. La mujer se inclinó.

–No podría vivir en Tressed, majestad. El mar es mi pasión. Agradezco poder ser útil en un lugar que me hace feliz.

–¿Qué tal está tu marido?

–Oh, bien, de aventuras con los niños, que ya son dos hombrecitos. Puede que a la vuelta los veáis.

–¿Nos podrás acercar a Leber veintidós?

–Por supuesto. Esta ballena es impresionante, ni notaréis que estáis bajo el mar.

–¿Cuánto durará la travesía?

–Algo más de un día. Sobre todo si queremos ser sigilosos.

–Pues salgamos cuanto antes. No tenemos tiempo que perder.

XXV. Dar la vuelta a la tortilla

El submarino tenía varios camarotes en el centro. Eran pequeños, con dos camas pegadas a la pared, una encima de la otra, y un estrecho espacio para entrar con un pequeño armario al fondo. Las zonas comunes eran más amplias, menos claustrofóbicas. Tenía una sala de control, otra de máquinas, una especie de almacén en donde habían guardado sus pertenencias, una cocina y un enorme comedor salón. Esta última era la sala más amplia, tenía varias ventanas redondas y desde allí veían la profundidad del océano. Alma no se quería perder ningún detalle, pero las vistas terminaron por decepcionarla, era todo muy oscuro y no veía vida al otro lado del cristal. Frida estaba sentada en una de las mesas del comedor, sus manos sostenían su pálido rostro que acababa de vomitar en los lavabos.

–Odio los espacios pequeños, los espacios cerrados –se quejaba–. En algún libro había leído sobre submarinos, también sobre cárceles.

–¿Sabías, Alma, que en el viejo mundo encerraban a las malas personas en celdas? –interrumpió Vivi.

–No siempre a malas personas –la corrigió Frida. Sandro se le vino a la mente–. A veces los malos encerraban a los buenos. A veces, no había buenos o malos, o no estaba claro del todo.

–¿Cómo sabéis todo eso? –preguntó la anavriana.

–Los libros, Alma. Una de las primeras misiones de los scouts fue salir a buscar libros o cualquier otro material que pudiese ayudarnos a documentar el viejo mundo para no olvidarnos de él –explicó Antón.

–¿Y por qué era tan importante entender el viejo mundo? –La pregunta de Alma les hizo reír.

–Para que la historia no se repitiese. Los habitantes del viejo mundo se condenaron a sí mismos, acabaron con su único hogar por

avaricia. Saberlo nos ayuda a no caer en ese mismo error.

–Pero… –Alma tragó saliva–, la guerra es un error del viejo mundo –se atrevió a decir al ver que no había ningún viridiano cerca. Jess y Thibauth estaban preparando la cena.

–Depende de a quién le preguntes –dijo Antón–. A veces es la única salida. No debes dejar que la tiranía gane.

–No hay nada de malo en que no te gusten las guerras –siguió Frida–. La reina tiene razón, el papel de Naguell es importante. Se necesita también a gente en casa. Si no, ¿quién habrá cuando volvamos hambrientos y heridos de la boca del lobo? Alguien tiene que estar al otro lado, esperándonos con los brazos abiertos. Eso también requiere de coraje, esperar es valiente.

–¿La boca del lobo? –preguntó Alma

–Es una expresión del viejo mundo –siguió la chica–. Quiere decir 'ir directo al peligro'.

–Ya, es solo que me parece una expresión curiosa. La primera vez que la escuché fue en el núcleo, pero nunca antes un anavriano la había dicho. Y ahora la escucho todo el rato. La usáis mucho.

–¿Has escuchado esa expresión en Anavrin? –Vivi frunció el ceño.

–Sí, una amiga me la dijo una vez. –Aún le extrañaba referirse a Marlen como una amiga. Era un concepto nuevo para ella. Hizo una breve pausa, para digerir esa etiqueta, y continuó–. Hablaba precisamente de El Origen de Anavrin. Bueno, de lo que vosotros llamáis La Colmena. En ese momento no sabía lo que significaba. –Vivi escuchaba con atención.

–Sí que es curioso, no usáis muchas expresiones en Anavrin, mucho menos en el núcleo –pensativa, recuperó la reflexión sobre la guerra–. Lo que Frida quiere decir es que la guerra no tiene solo una parte, no es una única batalla, ni se libra solo en el frente. Los civiles siempre reciben el mayor castigo.

A Alma le pareció bonito y a la vez triste. Pero sobre todo, le pareció cierto. Huir de la historia era complicado. Si se había repetido tantas veces, ¿qué iba a hacer de esta diferente? Lo que le preocupaba era librar la batalla adecuada.

En la cocina, Thibauth y Jess pelaban patatas para preparar un plato humilde, como lo son la mayoría de los platos tressedianos, heredado del viejo mundo. El montón de pieles de Jess era mayor y cada pieza era fina, sin restos del tubérculo. El chico tenía dificultades para seguirle el ritmo. El plato era tradicional de España, lo habían popularizado en aquellas tierras los familiares de Margarita: patata, huevo y cebolla, ingredientes que se encontraban con facilidad en la granja de Naguell.

–Así no se pela una patata –protestó la viridiana–. Yo pelo cinco perfectamente en lo que tú pelas una. Y menuda escabechina.

Él sonrió y cambió de tema.

–¿Te acuerdas de nuestra misión en las altas montañas del sur? Cómo me gustaba hacer misiones contigo –suspiró–. Pero luego te fuiste al norte. Y lo entiendo –eso último lo dijo rápido, no quería que pareciese que le estaba echando algo en cara–. Necesitabas comprender por qué tus padres… –hizo una breve pausa–. Te he echado de menos, y ahora que por fin nos volvemos a encontrar, lo hacemos en una misión suicida –se encogió de hombros–. Tiene gracia, supongo.

Jess se compadeció. Miró a Thibauth con una media sonrisa.

–No sería justo abandonarles, podríamos haber sido nosotros.

–A veces siento que los viridianos deseamos morir. Siempre buscando la guerra.

–No digas eso –dijo Jess cascando huevos en un bol–. No somos solo el ejército de Tressed. Hemos hecho mucho por esta misión.

–¿Como qué? –A Thibauth le pesaba la decisión que habían tomado. La que había sido el objetivo desde que tenía conciencia–. Siento que hemos escuchado poco a Naguell. Y todo porque creemos que con esta guerra por fin seremos la mitad de útiles de lo que han sido ellos todo este tiempo. Y Niutat también ha hecho cosas por Tressed, ha inventado toda la tecnología que nos mantiene con vida.

Jess se rio. No estaba de acuerdo con lo que decía. Dejó de cocinar y le miró a los ojos.

–Muchas de las cosas que Niutat ha inventado te las debe a ti. ¿Quién perfeccionó los arcos?

–Niutat –respondió con condescendencia.

–Sí, Thibauth. ¿Pero de quién fue la idea? Y los trajes. Los viridianos somos los que hemos llevado esos trajes, hemos salido al exterior y al volver, les hemos propuesto ideas para mejorarlos. Y, ¿por qué lo hemos hecho? Porque nadie mejor que nosotros sabía qué funcionaba bien y qué no. A ti se te ocurrió hacer que los arcos apuntasen solos, y ellos consiguieron que fuese una realidad –el tono de Jess era firme–. Tu idea permitirá que hasta un nagueliano se defienda sin haber usado nunca un arco. Eso es gracias a nosotros. No somos solo el músculo.

Thibauth no contestó de inmediato. Se quedó un rato pensando. Jess miró las patatas, que estaban ya en una sartén cubiertas de aceite.

–¿De verdad crees que estamos haciendo lo correcto? –dijo él por fin.

–No lo sé. ¿Lo sabe alguien? –Jess estaba enfadada. Pero no sabía muy bien por qué.

–¿No tienes miedo?

Cogió aire antes de contestar. Y lo expulsó con un sí que le quitó gran parte de la tensión del cuerpo. También gran parte del enfado.

–Pero eso nunca me ha frenado –añadió ella y le miró con una cara amable.

Se sonrieron, y después rieron. Se querían decir muchas cosas, pero no hacía falta. Ya las sabían.

–Venga, acabemos estas tortillas. Estarán hambrientos.

–Nunca entenderé cómo algo tan simple puede estar tan bueno –dijo Thibauth.

–No puedes decir que es un plato simple cuando nunca quieres ser el que le da la vuelta.

Volvieron a reír.

XXVI. En el norte siempre era de noche

Aún era de día en otras zonas de Anavrin cuando llegaron al norte, donde siempre era de noche. Jess guió al resto del equipo a través de ese paisaje nevado hasta la base Leber veintidós, oculta para que los anavrianos no la encontrasen si visitaban la zona, algo que ocurría con muy poca frecuencia, porque más allá del norte de esa ciudad, tal vez país, no había nada, solo nieve. El plan sería entrar en aquel lugar que algunos llamaban La Colmena, descubrir los mayores secretos de Anavrin, y acabar con Cleo. La lanzadera que conectaba el norte con aquella torre era de uso privado, los padres de Jess dieron con ella hacía años y construyeron un túnel paralelo pero sin la capacidad de transportarse en cuestión de segundos al otro lado. El principio del túnel tressediano estaba en la base, y el final a unos 10 metros de la entrada del imponente edificio que sobresalía por encima del resto. La salida la habían ocultado en el interior de una roca cubierta de maleza y utilizaban sus propios vehículos, las lanchas o motos semivoladoras con las que se trasportaban por el desierto.

En la base Leber veintidós, el ambiente era incómodo, todos se sentían ya en una cuenta atrás que no sabían a dónde les iba a llevar. Decidieron esperar a que el sol artificial se pusiese para atravesar el túnel. Algunos se dieron una ducha de agua fría, otros tomaron café, cualquier remedio para mantenerse despiertos, pero lo cierto era que la tensión evitaba cualquier intento de cerrar los ojos. Parecía que el tiempo se hubiese detenido en el interior de aquella base, los tressedianos aguardaban al atardecer artificial. Jess había subido al pequeño habitáculo de la base que sobresalía hacia el exterior y que funcionaba como entrada, sentada con los prismáticos vigilaba que no hubiese anavrianos merodeando por la zona. Sobre sus hombros una manta rodeaba parte de su cuerpo, un pequeño muñeco de nieve

le hacía compañía, ella misma lo había hecho con lo que había podido rescatar de la cornisa de la ventana. Thibauth subió por las escaleras hasta ese pequeño cuartucho desde el que se entraba a la base.

–¿Qué haces aquí?

–Me gusta ver la nieve –mintió–. Es tan distinta a la arena que rodea Tressed. Es fría y puedes hacer figuras con ella –dijo señalando a su pequeño nuevo amigo.

–Si mojas la arena también puedes hacer figuras. ¿Lo sabías? –Jess sonrió.

–Si los naguelianos te pillan malgastando así el agua, convocarán al Consejo para desterrarte.

–Pero la mayoría votaría que no, ¿qué harían sin mí en Tressed? –ambos se rieron.

Thibauth se sentó a su lado y Jess le cedió parte de su manta. Cuando estaban juntos, los dos se sentían a salvo, en casa. Se dieron la mano, y Thibauth se las acercó a su pecho.

–Cuando esta misión acabe, ¿volverás a Tressed? –preguntó él.

Jess apartó su mirada y tardó unos segundos en responder. Sabía que había un matiz.

–Si esta misión acaba con éxito, ya nada me atará a este lugar. Claro que volveré.

Se miraron, se sonrieron, notaron la respiración el uno del otro, y cada vez la notaban más cerca, hasta que sus labios se juntaron y respiraron juntos. Ese beso removió muchas historias del pasado, las aventuras que habían vivido juntos, el día que se conocieron cuando aún eran unos críos, cómo Jess hacía rabiar a Thibauth hasta que se dieron el primer beso, uno mucho más inocente que el que se estaban dando en ese momento. También recordaron lo malo, cuando Jess decidió dejarle e irse al norte para entender la decisión que sus padres habían tomado, las discusiones, las súplicas de

Thibauth para que se quedase, una niña correteando, una niña llorando, Thibauth llorando, y Jess con una mochila a la espalda, alejándose. Se besaron unas cuantas veces más, después Thibauth sacó una foto de una chica y se la dio.

–Qué mayor está. –A Jess se le cayó una lágrima–. Pero no quiere verme. –Le intentó devolver la foto, pero este no la aceptó, cerró su puño para que se la quedase.

–Te perdonará. No quiere verte ahora porque piensa que te volverás a ir. Pero si vuelves a Tressed, te perdonará. Te echa de menos, igual que yo.

–¿Y tú me perdonarás? –preguntó casi sin voz.

–Yo no tengo nada que perdonar. –Le cogió los prismáticos–. Deberías descansar, yo ya lo he hecho, deja que me quede yo hasta que anochezca.

Al norte de Anavrin, las estrellas cubrían todo el cielo y se veían con claridad. Millones de puntitos brillantes como granos de arena tenía el desierto o como copos de nieve rodeaban aquella base. Nada peligroso ocurrió esa noche, Thibauth no tuvo que bajar de un salto las escaleras para despertarles y huir o luchar. A lo lejos, el falso sol de Anavrin iluminaba el horizonte, es precioso, se dijo Thibauth, de color rosa, le apenó pensar que nadie en aquel territorio sintiese la necesidad de levantar la cabeza para ver lo único bueno que tenían. Ya quedaba poco para que este se escondiese.

La base Leber veintidós era en su mayoría subterránea, muchas lo eran en su totalidad o parcialmente, pero esta era especial porque al norte, en pleno acantilado, tenía una apertura, un balcón que daba al mar, al frío y a la nada, a un horizonte aún más frío y solitario. Un pequeño oasis entre tanta adversidad, un lugar en el que sentir calma y comprender lo pequeños que eran, lo pequeño que era Tressed o Anavrin, frente a un imponente océano del que no se podía ver el final. Eso hacía Nirvana décima, asomada a aquel abismo, recordarse

que no era nada, una reina más en la historia. La puerta del balcón se abrió y supo que su descanso había terminado, la tensión volvió a su cuerpo y secó sus ojos. Alma se puso a su lado, también con las manos apoyadas en el muro que evitaba que se precipitasen al vacío. Al principio no dijo nada, el océano la cautivó mientras buscaba las palabras exactas con las que romper ese silencio incómodo. Nunca antes se había sentido así con Vana. Siempre le había despertado un nerviosismo que no podía controlar, pero no era incómodo, era amable, todo cambió el día de la coronación.

–Te echo de menos –dijo sin mirar a Nirvana–. Bueno –tragó saliva–, echo de menos a Vana. Cuando llegué aquí me enseñó tantas cosas, siempre con una sonrisa en la cara y una cercanía que hace días que no siento.

–Lo siento, Alma. Pero ahora soy Nirvana décima, ser reina…

–Sí, sí –la interrumpió. Nirvana la miró desconcertada por su impertinencia–. Eres reina, nos ha quedado claro. Es mucho más seguro ser temida que amada, ¿no? –se rio y negó con la cabeza. Entonces la miró a los ojos, el rostro de ambas se volvió serio–. ¿Sabes? –dijo impasible–, una de las cosas que aprendemos en Anavrin es a identificar los saltos ajenos. Parece mentira, pero muchas cosas cambian según el microchip que habita un cuerpo. La mirada, la forma de moverse, los gestos, son como una seña de identidad, una firma que está registrada en el código y que permanece contigo de salto en salto, aunque el recipiente sea distinto. Más alto, más bajo, eso da igual –se encogió de hombros y siguió clavando su mirada en los ojos de la reina–. El día del traspaso de la corona, la Nirvana que nos dejó, la que se sacrificó, era muy distinta a la que yo había conocido. En su mirada había miedo, y su cuerpo ya no era firme, ni altivo. Pero claro, esa Nirvana ya estaba en otro cuerpo. –La reina intentaba huir de esa conversación concentrándose en el ruido de las olas, pero lo que Alma le estaba

confesando le daba tanto miedo que nada podía hacer que se evadiese–. Vana era mi amiga. Sé que no eres ella –hizo una breve pausa y tragó saliva–. Y sé que puedes engañar a una sociedad entera desde la cuna. Lo sé porque vengo de una sociedad engañada. Pero en Anavrin tu mentira es una realidad, por eso tu secreto a mí no me convence, porque eso que a los tuyos les parecerá imposible, yo lo he visto a diario, cómo los cuerpos cambian según quién habita su mente. –La mujer, que escuchaba con atención, esbozó una ligera sonrisa que entonaba el *mea culpa*. Alma apartó su mirada, intentaba contener el temblor de su cuerpo–. El día que me enseñaste el mapa de Anavrin en palacio, el primer día que llegué a Tressed, vi las letras reflejadas en el espejo. Al principio pensé que podía ser una coincidencia, aunque era una coincidencia compleja. Anavrin es Nirvana escrito al revés. Parece que después de todo, sí que hay una maldición de la corona. Eres tú.

–¿Qué quieres saber, Alma? –dijo por fin.

–¿Por qué lo haces? Lo del sacrificio. Es todo una mentira.

–No es una mentira. Mi familia, mi descendencia, lleva siglos sacrificando todo por Tressed. Es una garantía que les doy, para que sepan que su corona quiere protegerles con su vida. –Nirvana repetía eso que tantas veces se había dicho, y había dicho a sus hijas–. Yo creé esta sociedad para enmendar errores que se iban a cometer con mi tecnología, y para ello llevo años sacrificando a mi propia familia. Era muy arriesgado que yo me fuese del todo, me necesitaban para desarrollarse. –Frunció el ceño. Alma nunca había notado a Nirvana tan nerviosa–. ¿Crees que yo llamé a esa tierra Anavrin? –Por primera vez, el tono de la reina se mostró alterado –. ¿Crees que me hizo gracia saber que le ponían el nombre de mi trabajo? ¿De mis años de estudio? ¿A un lugar que había extinguido a los niños? No podía irme sin saber que habíamos conseguido acabar con Cleo.

–Venganza –dijo la chica.

–Estrategia –corrigió la reina.

–¿Y tu familia?

–Ellos lo saben todo, saben que es el sacrificio que tienen que hacer por su tierra.

–Porque es lo que les enseñas desde que nacen, ¿no?

–Todo lo que creemos son ideas inventadas que nos meten en la cabeza desde pequeños. Así se sostuvo durante siglos el viejo mundo. Es más fácil dirigir una sociedad cuando todos tienen una idea común que defender. Era lo que necesitaban. –Nirvana agarró a Alma del brazo–. Nadie puede saber la verdad, al menos hasta que liberemos a Anavrin.

–Y entonces, ¿tú liberarás a Tressed? –Nirvana frunció el ceño. Alma insistió–. ¿Te irás? ¿Dejarás a Vana vivir su vida? –Le soltó el brazo y volvió a mirar al horizonte.

En ese instante Nirvana intentaba recordar cómo había llegado a ese sitio. A ese acantilado. Pensó en Cleo, que quiso matarla, y que mató a cientos de niños, y en cómo Max lo justificó aquel día en el coche cuando le perdonó la vida, no son útiles, dijo. Y pensó que tal vez a ella la venganza le estaba convirtiendo en un monstruo capaz de sacrificar a su hija, a su nieta, a su bisnieta, y así tantas veces como hiciese falta, porque un día entendió que la única forma de acabar con un monstruo era convirtiéndose en uno peor.

–Si liberamos a Anavrin, me iré –dijo–. Estoy cansada de esta rigidez. Te devolveré a Vana –Nirvana trataba de autoconvencerse, o de convencer a Alma. Pero ninguna de las dos estaba segura de que esa promesa se fuese a cumplir. Puede que se hubiese acostumbrado a la vida eterna. No había ningún motivo por el que tuviese que quedarse, Tressed era ya una sociedad construida. Lo llevaba siendo más de un siglo.

SEGUNDA PARTE

I. No tener propósito era el motor de ese lugar

Al llegar al otro lado y salir del túnel, Alma reconoció el olor del núcleo. Todos llevaban el mismo perfume, se duchaban con el mismo jabón y lavaban la ropa con el mismo detergente. Era un olor cítrico con toques a sudor por la obsesión de terminar el trabajo a tiempo, y porque en el núcleo siempre hacía calor. El olor era lo único que hacía pensar a Alma que estaban en el sitio correcto, porque el resto le parecía ya extraño. Todo el mundo llevaba ropa con tonos neutros y arrastraban los pies, apenas levantaban la cabeza, y miraban cada poco tiempo a la pantalla de Anavrin por si tenían una nueva orden, y parecía incluso que todos caminaban en la misma dirección, y al mismo ritmo, y por el mismo motivo, el de cumplir sus objetivos, y ¿para qué? No lo sabían, no tenían propósitos propios, se movían solo por el quehacer ajeno. Ya no recordaba aquellos tiempos en los que ella caminaba al mismo ritmo y en la misma dirección, se le hacía tan extraño pensar que en algún momento esa fue su vida, esa en la que todos parecían los mismos y a la vez desconocidos. Pero cada paso que daba confirmaba que esa había sido su realidad en algún momento, porque recordaba que a su izquierda o a su derecha había tal o cuál cosa. El bar en donde bebía negronis cuando acababa su misión del día. La calle por la que solía girar para llegar a una de sus casas. A lo lejos, podía incluso diferenciar el lugar donde algún tiempo estuvo su apartamento. La parada del metro que le llevaba a la zona B cuando también vivió allí. A sus espaldas un parque con barras metálicas que nunca había entendido para qué servía, ahora sabía que era para que los niños jugasen. Un parque del viejo mundo que nunca fue retirado y que allí, en Anavrin, tampoco tenía propósito, porque no había niños. Supuso que por eso lo mantenían, porque no tener propósito era el motor de ese lugar.

Cada miembro del equipo llevaba en su oreja un diminuto dispositivo con el que comunicarse, y en los ojos las lentillas que grabarían todo lo que se interpusiese en su campo de visión para completar el mapa del edificio. Frida y Alma recorrerían el este de la torre, Jess y Thibauth empezarían por el oeste, buscarían los puntos ciegos a los que Alma no tuvo acceso cuando estuvo allí con Max. Nirvana y Leila tenían su propio objetivo en la misión. En el exterior, Vivi y Antón se ocultaban dentro del túnel, mientras guiaban a sus compañeros por las zonas despejadas de La Colmena. Habían pinchado las cámaras, que emitían imágenes en bucle, eran fantasmas. Lo difícil no era entrar al edificio, ningún anavriano se atrevería a cruzar esas murallas, ni siquiera tendrían la inquietud. Lo difícil era moverse por dentro sin llamar la atención.

En el interior, cada paso hacía que se les agitase la respiración. Thibauth y Jess se toparon con una enorme sala con un pequeño escenario al fondo y unas mesas alargadas a los lados. La sala olía a limpio, como si acabasen de bañar el suelo en lejía, y no había una sola mota de polvo. Un cartel colgado de un lado al otro del escenario anunciaba: «Ceremonia del primer salto», acompañado de una fecha que no encajaba con el calendario tressediano. Tercera luna nueva del 255. El año en Anavrin era el 255, pero en Tressed seguía rigiendo el calendario del viejo mundo. Intentaron abrir varias puertas sin éxito, hasta que dieron con unas escaleras. Thibauth subió y Jess bajó, la chica encontró en el subsuelo una enorme nave llena de vehículos de última generación. Había aviones de combate antiguos, coches blindados, nuevos y brillantes, hasta un par de tanques, y un enorme ventanal que daba al exterior de lo que parecía una pista de aterrizaje con cuatro aviones, cada uno más grande que el anterior. En la pared, la que no estaba acristalada, colgaban distintas armas repetidas innumerables veces y, al fondo, expuestos, había varios trajes que parecían mucho más resistentes que los de

Tressed, pero también mucho más pesados. ¿Por qué tienen todo esto?, se preguntó Jess, si no pensaban que hubiese amenazas ahí fuera. Acercó su muñeca a su boca.

–Thibauth, tienes que bajar a ver esto.

Apareció en aquella sala a los pocos minutos.

–¿Por qué tienen todo esto?

–Eso mismo digo yo. ¿Y qué quieren defender con tantas armas? O, ¿de quién quieren defenderse? ¿No se supone que no existíamos?

–Estos cazas son viejos. Y esos tanques también. Puede que este material no funcione. Igual son coleccionistas –bromeó el viridiano.

–¿Quién?

–Igual añoran el viejo mundo, Jess.

–¿Y esos aviones? ¿Pretenden irse a algún lado?

–Igual los usaron para traer a la gente aquí. Y, ¿qué iban a hacer? Con el fin del mundo acechando, mejor tener aviones por si acaso.

–Puede ser –poco convencida, Jess se encogió de hombros.

El sonido de unos tacones interrumpió sus pensamientos. Un paso y otro paso y otro, cada vez sonaban más cerca. Se metieron en uno de los coches que tenía los cristales tintados. ¿Qué pasa?, ¿qué pasa?, la voz de Vivi sonaba como un susurro digitalizado en el interior de sus oídos, los chicos apagaron el pinganillo. Cleo entró en la sala acompañada de un hombre que pisaba con más sigilo, era Fred.

–Estás muy paranoica, llevan desde el día en que la anavriana desapareció buscando vida más allá de nuestras murallas y no la encuentran. No serán tantos si es como buscar una aguja en un pajar.

–La mitad de estas armas ni siquiera funcionan, Fred. –Jess y Thibauth se miraron con alivio–. Y además, no creo que nadie tenga un arsenal como este. Si pudiesen enfrentarse a nosotros, nos habrían devuelto el ataque del otro día, ¿no? –Cleo apretaba con fuerza su mandíbula. Desde que Alma había huido de Anavrin, la

fundadora se despertaba por las noches mordiéndose la lengua. El miedo se estaba apoderando de ella tras dos siglos de estabilidad inquebrantable–. Por si acaso, he mandado restaurar todos los bombarderos. Los tanques serán los siguientes, y estos coches –Cleo golpeó el capó del coche en el que se escondían– también están a punto. Son impenetrables. Si la cosa se pone fea podremos huir en ellos.

–¿A dónde? –suspiró Fred. Los suspiros de aquel chico se habían acentuado esos días.

–Al norte. A donde sea, no sé. No hay nada más en el mundo. –Cleo hizo una breve pausa, se sujetó la parte superior del tabique con el dedo pulgar y el índice y cerró los ojos–. En tres días tendrá lugar un nuevo primer salto. He pensado que deberíamos destinar a la mayoría al personal de seguridad, aumentar el equipo –Fred abrió la boca, pero Cleo no dejó que la interrumpiese–. No estoy paranoica, Fred. ¿Y si Max nunca mató a Nirvana? Con su tecnología, una sociedad entera podría esconderse, ilocalizable. ¿Y si la aguja en un pajar es invisible y es enorme? Puede que nos enfrentemos a algo mucho más grande. He modificado los microchips de algunos de nuestros hombres mejor entrenados, les he dotado con más conocimientos de guerra, de supervivencia. Creo que es buena idea que les convirtamos en armas, por si acaso.

Fred la intentó abrazar, acompañando el gesto de un 'tranquila', pero ella se apartó. No quería lo que aquel hombre le había dado hasta ahora. No quería abrazos, comprensión, tampoco quería que le diese la razón sin pensar. Estaba asustada. Necesitaba que Fred tomase decisiones por su cuenta, que pensase en soluciones, que se tomase en serio la amenaza a la que se enfrentaban. Necesitaba a Max. A ese traidor. Todo esto era culpa suya, pero necesitaba a alguien que pensase como Max. Y que estuviese de su lado. Y que estuviese vivo.

–¿Cómo vas a declararle la guerra a algo que ni siquiera puedes ver? –Fred estaba molesto.

En el coche, Thibauth y Jess se dieron la mano. Respiraban muy despacio, les tenían muy cerca.

–No hace falta declarar nada, solo estar preparados. Si Nirvana ha creado una sociedad, sé con certeza que les habrá dejado crecer libres y esa es nuestra ventaja –suspiró–. La libertad lleva a la diversidad de opiniones, eso siempre es una debilidad. La fragmentación interna es algo que Anavrin no tiene. Nuestro ejército hará lo que nosotros queramos sin rechistar. El suyo rechistará. Probablemente, ni tengan ejército, y si lo tienen, será tan humano que será mucho más débil que el nuestro. Eso es lo único que me tranquiliza.

Al oír esas palabras, los anavrianos se miraron y se leyeron la mente, como si estuviesen conectados, pensaban en el debate del Consejo y en cómo la guerra había dividido a Tressed más que nunca. Se miraban y pensaban también en cómo ellos mismos tenían opiniones muy distintas sobre esa batalla a pesar de haber crecido en el bosque, escuchando las mismas historias, y las mismas creencias viridianas, ambos educados para el mismo propósito. En el interior de ese coche blindado, mirándose y entendiéndose, se apretaron la mano más fuerte y esperaron a que Cleo y Fred se marchasen. Cuando salieron del coche, volvieron a mirar todo lo que aquella sala contenía. Lo usarían contra Tressed.

–Leila, tienes que ver esto –Thibauth se presionó el oído–, baja al sótano. Creo que te gustará lo que hemos encontrado.

–Recibido –se escuchó.

II. Películas de espías

En el este del edificio, la mayoría de las puertas también estaban cerradas, pero Frida se encaprichó concretamente con una, la que incluso estando herméticamente cerrada tenía un guardia vigilando, y en la que había visto entrar a dos chicas jóvenes uniformadas con el permiso de ese guardia que utilizó una tarjeta para darles acceso. Era una puerta negra, gruesa y grande, el tipo de puerta que en el cine del viejo mundo se utilizaba para esconder cosas importantes, y para entrar necesitaban la tarjeta del vigilante. Lo habían visto desde los conductos de ventilación, una táctica que Frida había aprendido en las películas de espías que aún conservaba Tressed. Para ejecutar planes era mucho menos sutil, y Alma no había visto suficientes películas de espías, así que no preguntó y cuando vio que Frida abría el conducto de ventilación y saltaba justo frente al hombre, ella hizo lo mismo. Al vigilante le dio tiempo a poner cara de susto, y luego una cara amenazante, como si hubiese entendido rápido que esas dos chicas que acababan de aparecer de la nada eran el enemigo. Pero para entonces Frida ya le había neutralizado, el hombre estaba en el suelo y ella abriendo la puerta con la tarjeta. Entraron rápido, y el vigilante evitó que la puerta se volviese a cerrar con su pie. Al otro lado había un pasillo con ventanas a los lados desde las que se veía un enorme comedor que estaba más abajo. Era una pasarela, un túnel que conectaba con otro edificio y con otra puerta igual que la anterior con el mismo lector de tarjetas. El hombre se levantó desconcertado y las siguió. Cruzaron el pasillo corriendo, impulsadas por los gritos de aquel guardia. Alma echó un vistazo atrás, pero su cabeza no llegó a girarse del todo. Algo al otro lado del cristal había llamado su atención. La muchacha se detuvo en seco.

–¿Qué haces, Alma? ¡Corre! –Frida retrocedió un par de pasos hasta alcanzar su brazo y tirar de ella.

–Niños –dijo susurrando mientras avanzaba a la fuerza–. ¡Son niños, Frida! –Señaló al ventanal–. ¡Hay niños en Anavrin!

Frida giró la cabeza sin dejar de correr, y sin dejar de tirar de Alma porque el hombre estaba a punto de alcanzarlas, y vio a lo lejos a un grupo de niños, vestidos con la misma ropa, cenando, y a unas cuantas mujeres que llevaban el mismo uniforme que las otras dos jóvenes a las que habían visto entrar. Niños en Anavrin, pensó, llevaban más de dos siglos estudiando ese lugar y nunca habían visto señales de que ese territorio albergase infancia, pero si algún sitio podía ocultar un secreto así, era la inmensa torre, impenetrable, que por fin se habían atrevido a investigar. Sin dejar de pensar en aquellos niños, Frida abrió la segunda puerta, arrastró a Alma en su interior y la cerró.

–Antón, ¡ahora!

–Hay niños –dijo el chico.

–Antón, céntrate. –Frida tenía la respiración entrecortada–. Si queremos sacar a esos niños de aquí –volvió a coger aire con dificultad–, nadie puede saber que hemos estado en este edificio.

–Sí, sí, voy –dijo nervioso desde el otro lado del pinganillo, y sus dedos teclearon para borrar del microchip de aquel hombre lo que acababa de pasar antes de que fuese imborrable. Un instante después, ese guardia agitaba la cabeza aturdido en el interior del pasillo. Ya no recordaba a las chicas.

Ellas respiraban fuerte al otro lado de la segunda puerta, sentadas en el suelo, con el culo pegado a la pared, y expulsando de su cuerpo la adrenalina que las había impulsado lo más rápido posible al otro lado del pasillo. Respiraban fuerte y no decían nada, recuperaban fuerzas para hablar de lo que acababa de ocurrir. Antón celebraba desde el exterior que hubiese niños en Anavrin. Alma y Frida no estaban seguras de que fuese algo que hubiese que celebrar, respiraban al unísono y pensaban al unísono, y todo lo que se les

ocurría eran preguntas sobre esos niños, sobre su vida y sobre cómo existían. ¿Cómo era posible que hubiese niños en Anavrin? ¿Por qué estaban escondidos? ¿Eran felices? ¿Había alguien feliz en ese lugar? Respiraban fuerte y cada vez que cogían aire, una pregunta nueva invadía su mente, y cada vez que lo expulsaban, de nuevo la frustración de no tener respuesta, y cuando la respiración ya no era tan fuerte, cuando ya habían expulsado la adrenalina y se habían hecho todas las preguntas sin respuesta que podían, se miraron preocupadas. Frida se levantó y levantó a Alma de un tirón.

–Hay que seguir, a ver qué encontramos –dijo encogiéndose de hombros.

Alma la siguió, porque ella no había visto suficientes películas de espías como para marcar el rumbo de la misión, atravesaron otro largo pasillo y al asomarse a una ventana, los niños ya no estaban cenando. Tras la siguiente puerta había unos baños, otra daba acceso a un comedor, después entraron en una con hileras de literas, pijamas doblados y zapatillas, de cuatro en cuatro, para pies de todos los tamaños. Al final del pasillo otro cortaba perpendicular, en este había múltiples aulas y un gimnasio rodeado de gradas. Frida y Alma se encontraban en la parte más alta, abajo del todo varios adolescentes escuchaban sentados en el suelo a una mujer. Era una de las que había entrado antes con el uniforme. Algunos de los niños, o adolescentes, estaban sentados próximos a la grada y no se les veía bien. Otros, de pie, estaban siendo medidos y pesados por más mujeres que apuntaban en unas libretas los datos que recopilaban. Frida, escondida, pidió a Antón que localizase el microchip de la mujer y lo bloquease unos instantes para asomarse y contar cuántos eran.

–No hay ningún microchip cerca de vosotras. Al menos activado –dijo extrañado.

–La estoy viendo con mis propios ojos –protestó la niutense.

–Lo sé. Yo también puedo verla. Pero no encuentro su código –decía el muchacho sin dejar del teclear–, no hay información a la que pueda acceder ni en esa mujer ni en ninguno de los niños. –El tono agitado de Antón delataba que estaba nervioso. Ideas de lo que podía suponer la falta de un microchip asaltaban su mente, y no le gustaban–. Salid de ahí cuanto antes. Si os ven, no podré borrarlo.

–¿Desde cuándo los anavrianos no tienen microchip? –se quejó Frida, estaba confusa.

–Estáis en un punto ciego –señaló Antón–. No hay cámaras. Solo puedo ver lo mismo que veis vosotras. Salid de ahí –insistió con sus nervios en aumento.

Frida miró hacia arriba, justo encima tenía las rendijas de un conducto de ventilación, le hizo un gesto a Alma y subieron. No tenemos planos de los conductos de ventilación de La Colmena, advirtió Antón. Las chicas arrastraban su cuerpo por esos túneles pequeños y metálicos, desde las rendijas podían ver distintas salas de aquel edificio, todas con guardias, mujeres uniformadas, en una de ellas, decenas de adultos entrenaban, algunos disparaban, otros avanzaban un pie a la vez, estiraban los brazos, primero uno, luego el otro, con el puño cerrado.

–¿Veis esto? –preguntó Frida, desde el otro lado los niutenses afirmaron–. ¿Es un ejército? –dudó mirando a Alma, ninguno respondió.

III. Ea, ea

En otro punto de aquel lugar, la reina se guiaba a través de un mapa que ella misma había dibujado en un trozo de papel arrugado. Era bastante impreciso, no tenía un punto de partida exacto, sino trazos sacados de las imágenes proyectadas por la mente de Alma aquel día. Había hecho un plano aéreo de un recorrido que había visto desde la perspectiva de un jugador de videojuegos. Por eso Nirvana exploraba igual que el resto, intentaba abrir puertas, subía y bajaba plantas, solo sabía que estaba en el ala correcta del edificio. Y de repente identificó el pasillo, largo, con luces encendiéndose y apagándose a cada paso que daba, y una puerta con un panel en el que introducir un código al final del todo. En el papel tenía unos números apuntados, los tecleó y la puerta se abrió. La reina esbozó una sonrisa, habrán pasado 60 años, pensó, y no han cambiado el código, se encogió de hombros, no tenían ni idea de que estaban vivos, supuso. Al otro lado, la misma habitación alargada con celdas en un lateral, y en la tercera, un hombre mayor con un aspecto diferente al que tenía en los recuerdos de Alma. Nirvana se acercó despacio y sigilosa, el hombre murmuraba palabras sin sentido, sentado con la espalda contra la pared, la mano frente a sus ojos, como si intentase buscar algo entre las grietas de su piel, y la cabeza torcida, su mirada seguía la trayectoria de sus dedos. Nirvana se agachó hasta poner sus ojos a la misma altura que los del hombre, este no se inmutó por que una mujer hubiera entrado en esa sala y estuviera frente a su celda hasta que susurró un nombre con un tono suave, dulce, como intentando alterar lo menos posible la realidad del hombre encarcelado, que en ese momento dejó de hacer ondas con el dedo, dejó de murmurar, y miró a la mujer a los ojos, con una sonrisa. Estaba acostumbrado a que cada cierto tiempo el rostro de una mujer desconocida dijese su nombre.

–Cleo, ¿cuánto tiempo ha pasado desde la última vez? Parece que fue ayer cuando hablamos de Nirvana, ¿los has encontrado ya? Cada vez se me pasa más rápido el tiempo, ¿ya me toca despedirme de este cuerpo? Todavía no había memorizado todas las grietas de mi mano izquierda, estaba en ello. Mira esta qué curiosa, es larga, ¿verdad? La grieta más larga que he tenido hasta ahora, diría yo.

A Nirvana se le encogió el corazón, miraba a aquel hombre con piedad, y lo disimulaba con una media sonrisa.

–No soy Cleo –dijo con la misma calma con la que pronunció su nombre al principio.

–¿No eres Cleo? ¡No eres Cleo! –Rio con fuerza–. ¿Vienes de más allá de la muralla? Sería una gran noticia. –Nirvana asintió despacio, sin modificar la delicada sonrisa que se dibujaba en su rostro–. Max no la mató, ¿verdad? –Rober se acercó a los barrotes–. ¡Nirvana lo consiguió! ¿Cuántos sois? Cleo estaba equivocada, cuando lo sepa… ¡Ah! –entonces frunció el ceño. Un pensamiento terrible cruzó su mente y miró a aquella mujer, ahora él sentía piedad–. Tienes que irte, ¡cuando lo sepa os matará!

Su mirada estaba alterada, la mujer intentó calmarle.

–Rober, necesito que me escuches. –Nirvana extendió la mano a través de los barrotes, en ella sostenía el pequeño auricular y una de sus lentillas–. Cuando me vaya, tendrás que ponerte esto. Tendrás que meterte esto en la oreja –señaló el auricular y después movió el dedo ligeramente hacia la izquierda– y esto es una lentilla. Así estaremos en contacto contigo, te sacaremos de aquí.

Rober miraba detenidamente la palma abierta de Nirvana, la sostuvo con una de sus manos durante algo menos de un minuto, en silencio, miró a la chica emocionado y le cerró el puño. Su respiración agitada se ralentizó, su mueca se volvió triste.

–No merece la pena rescatarme –dijo–. Yo ya no quiero la libertad.

Nirvana miró al suelo y volvió a abrir la mano.

–Todos merecemos una muerte digna. La vida eterna en esta celda es una tortura. Ya has pagado por tus pecados, deja que te ayudemos. –Hizo una breve pausa, y le cogió de la mano, pasándole los objetos y apretándole con fuerza–. Una vez fuera, podrás elegir tu destino. Nadie te juzgará si ese destino es el sueño eterno.

Rober cogió los artilugios, uno en el oído y el otro en el ojo, repitió ella, pero no antes de que me vaya, ¿entendido? Con la mano ya liberada, Nirvana acarició su rostro. Sentía su miedo, un miedo compartido, su pena, su dolor, no eran ajenos a esa culpa que consumía a Rober, que llevaba años consumiéndole en esa celda, sin poder hacer nada. Ahora podían hacer algo, los dos, y eso les invadía de miedo. ¿Y si se equivocaban? Rober encontró en la mirada de Nirvana esperanza, una mano amiga, un nuevo camino. Y Nirvana encontró en la de aquel hombre fortaleza y validez, la pena, la culpa, el dolor de ese hombre daban validez a todo lo que estaban haciendo. ¿Cuántas personas se sentirían así en Anavrin? ¿Cuántas caminarían cabizbajas y odiarían el olor a cítrico al que estaban atadas sin saberlo? ¿Qué es ese ruido? Un llanto. Un llanto devolvió a Nirvana a la habitación con celdas. Retiró la mano del rostro de Rober, la sacó de entre las barras, y le miró desconcertada, él, por otro lado, no parecía sorprendido, y asentía despacio, el llanto había erizado la piel de Nirvana, que dio un par de pasos hacia atrás para tener una mejor visión del resto de las celdas. Su mirada seguía clavada en Rober, estaba atemorizada por lo que podría encontrarse. Era el llanto de un bebé, ese estremecedor ruido que a todos encoge el corazón. El llanto de un bebé en una sala como esa, una mujer lo sostenía en brazos en la sexta celda, y le cantaba una nana y le decía: «ea, ea» mientras lo acunaba en sus brazos, e intentaba acercar su pequeña cabeza a su pezón izquierdo para amamantar al niño. «Ea, ea», cantaba ella, y la acompañaban otras tantas mujeres, en el resto de celdas. Algunas

estaban embarazadas, de más o menos meses, otras aún tenían la tripa plana, y otras, como esa muchacha, acunaban a sus criaturas entre sus brazos. «Ea, ea», una y otra vez, «ea, ea», Nirvana retrocedió despacio, y volvió a mirar a Rober.

–¿Qué hemos hecho? ¿Cómo hemos podido permitir esto? –Se le escapó una lágrima–. ¿Cómo no nos dimos cuenta? –Se acercó a la celda de Rober–. ¿Por qué no la detuvimos?

Entonces Rober vio cómo la culpa pesaba demasiado en su mirada. Alguien tan joven no podía estar tan rota por dentro. Y en ese momento lo supo, sus palabras la habían delatado, desvelando ese secreto que tanto tiempo había cargado.

–Amiga mía –dijo él–. Tú que has podido irte, ¿cómo aguantas aún en este mundo tan oscuro?

A Nirvana le costaba respirar.

IV. El jardín marchito

Frida siguió arrastrando su cuerpo por el conducto, adelantaba un brazo, luego flexionaba una pierna, adelantaba el otro brazo, estiraba esa pierna y flexionaba la otra, y hacía fuerza con la punta de los pies, con las rodillas, con su cadera y con el antebrazo. Alma la seguía, callada, como siempre, sin rechistar, hasta que se detuvo.

–Espera –susurró–, reconozco esto –dijo mirando entre la rendija–. Es la habitación de Max. Es como si nadie hubiese entrado en ella desde entonces.

Frida levantó la rendija y dejó a Alma saltar primero, ella cayó detrás. Alma se tomó su tiempo, y rodeó la habitación. El armario estaba abierto, pasó sus dedos sobre la ropa y su mano agarró una camiseta, parecía que esta tuviese conciencia propia, no tenía prisa por salir de ahí, se acercó la camiseta a la cara y la olió. Todavía olía a él, que no olía como el resto del núcleo, no usaba el mismo jabón, ni se echaba el mismo perfume, ni lavaba la ropa con el mismo detergente. Fue lo primero que Alma notó cuando le conoció, olía a flores, él le dijo una vez que era jazmín, y Alma no sabía lo que era un jazmín, así que Max le enseñó su pequeño jardín secreto que estaba lleno de flores con distintos olores, y a Alma la flor que más le gustó fue la amapola. En el tocadiscos no estaba el vinilo de Elvis, lo último que Max había escuchado, pensó Alma, fue a una tal Amy Winehouse, a ella nunca le había puesto Amy Winehouse. Su otra mano, la que no sostenía la camiseta, cobró también conciencia propia y sus dedos sujetaron la aguja del tocadiscos y la posaron sobre el vinilo. Quería saber qué era lo último que Max había escuchado antes de dejarla para siempre, quería saber por qué nunca le había puesto a ella Amy Winehouse, si le había puesto a Elvis, y le había puesto a Bob Dylan, y a Bruce Springsteen, y a ABBA, y a Janis Joplin, y a los Beatles, que nunca le gustaron mucho, pero le gustaba

escucharlos con él. La voz ronca de Amy empezó a sonar, y Frida se abalanzó sobre el aparato y de un manotazo lo apagó. Alma se quedó petrificada, como si estuviera en un trance, como si todos esos recuerdos: el olor, el tacto de un vinilo, el oído recopilando un sonido que nunca antes había escuchado, la estantería llena de libros, la hubiesen empujado por la madriguera de Alicia y el país de las maravillas resultase ser un viaje en el tiempo, a un pasado que hace unos días no recordaba. Ah, la librería, pensó, sí, eso es, volvió del trance e ignoró a Frida que preguntaba alterada una y otra vez que qué estaba haciendo. Fue directa a la estantería de libros, con la camiseta aún entre sus dedos, y su mano de nuevo hizo de las suyas, cogió un libro y la estantería se movió.

–Típico –vaciló Frida–. Una estantería que esconde una puerta secreta.

Alma entró sin dudarlo, y esta vez fue Frida la que siguió sus pasos sin rechistar, la estantería se cerró a sus espaldas y sus trajes se iluminaron. Al otro lado del oscuro pasillo había un jardín, pero no era el jardín que Alma recordaba, la hierba había crecido hasta medir más de un metro de altura, y las partes más expuestas al sol se habían vuelto de color marrón, otras plantas subían sin control por las paredes, estaban secas y algunas tenían espinas, habían incluso atravesado los ladrillos provocando grietas, y no había flores coloridas con olor a jazmín o a amapola, el olor cítrico del núcleo se había colado por encima del muro, era un jardín muerto, marchito, solo había hojas marrones, y ramas marrones, y tierra marrón, ya nada era verde, rosa, lila, amarillo, ya no había colores vivos, la charca también era marrón y estaba llena de vegetación seca, ver todo ese jardín muerto hizo recordar a Alma que Max también había muerto aunque no hubiese visto cómo su cuerpo se volvía así, putrefacto. En ese momento comprendió que de la misma forma que no volvería a ver ese jardín vivo, no volvería a ver a Max vivo, cayó de

rodillas al suelo y empezó a llorar agarrando con fuerza el libro que aún sostenía. Frida, desconcertada, se agachó para abrazarla. ¿No se supone que solo recordaría lo importante?, preguntó sollozando. Alma estaba descubriendo la muerte, la que ya había descubierto una vez y olvidado dos veces. Cuando por fin sus lágrimas hicieron hueco en su interior para almacenar todo ese dolor, se dio cuenta de que algo sobresalía de aquel libro. Lo abrió, era una foto de Max con una niña muy risueña y pequeña. ¿Una niña en Anavrin? Se le hacía raro pensar que eso llevase siendo una realidad tanto tiempo. ¿Habría sido su cuerpo el de una niña? ¿Y el resto de cuerpos que había habitado? Detrás de la foto había algo escrito. Elisa y el tío Max. Se volvió a fijar en la niña de la foto, se fijó en su mirada y entonces lo vio. Aunque Elisa ya era mucho mayor, sus ojos eran idénticos.

–No puede ser –susurró. Frida no entendía nada.

–¿Qué pasa?

Alma se quitó el pinganillo, y Frida la imitó frunciendo el ceño.

–Hay algo que tienes que saber –dijo la anavriana–. Algo que te parecerá increíble, pero que sabrás razonar. Sé por qué Sandro intentó matar a Vana. –El rostro de Frida palideció, le asustaba lo que Alma le iba a decir–. Porque no es Vana.

Entonces frunció aún más el ceño, aferrándose a la acusación que no llegaba a entender del todo. Llevaba días queriendo creer a Sandro, queriendo encontrar algo que le diese sentido a que su amigo hubiese perdido el juicio.

–¿Qué?

Fue lo único que consiguió decir. Alma le agarró de los brazos.

–Es Nirvana primera. Nunca se ha ido. –Las pupilas de Frida se dilataron, y las de Alma se secaron–. Utiliza la misma tecnología que aquí, que en Anavrin. Salta de heredera en heredera. No es ninguna maldición, Frida. –La chica negó con la cabeza, jamás se habría creído algo así, pero tenía sentido. Todo empezó a encajar. Por eso el

carácter de las herederas siempre cambiaba. ¿Cómo no se había dado cuenta? Si ocurría en una sociedad a kilómetros de la suya, qué le hacía pensar que en Tressed estaban libres de esa tiranía. Entonces su rostro recuperó color, se le calentaron las mejillas por el enfado que sentía. Ante su silencio, Alma siguió, quería convencerla, era su única esperanza, lo que no sabía era que ya lo había conseguido. Así que siguió–. Es una tirana. Es una mentirosa. Tienes que creerme. Sandro creía que esa era la única forma de acabar con ella…

–Te creo –susurró Frida–. Te creo. ¿Cómo no nos hemos dado cuenta? –La culpa llenó a Frida de dolor y a Alma de alivio.

–No vivís lo suficiente como para hacerlo. –Le enseñó la foto que había encontrado en el libro–. No voy a volver con vosotros a Tressed. Hay niños, Frida. Y esta niña es ahora una adulta. Vive en la periferia, y es sobrina de Max. Sabía que había vivido en el núcleo, no me imaginaba que Max podía tener aquí una familia. Hay tantas cosas que no sé. –Alma sujetaba la foto con fuerza–. Tengo que encontrarla.

Frida seguía en *shock*.

–¿Y qué hago yo? Nadie me creerá. –Alma le cogió la mano.

–Sandro sabe la verdad. Juntos haréis que Vana vuelva. Solo tenéis que eliminar el código de Nirvana en su microchip.

–Liberar a Sandro será traicionar a la corona.

–No. Será salvarla.

La líder niutense nunca se había sentido tan confusa. Las características de su región eran el raciocinio y la lógica, se suponía que debía ser la persona más lista de Tressed, y no había sido capaz de descubrir ese secreto que Alma supo descifrar en días. Aún estaba temblando cuando la anavriana atravesó el muro, se introdujo en una enredadera hasta alcanzar el pomo de una puerta que la planta ocultaba de un lado y el otro, y cruzó el umbral. Alma volvía a estar en el núcleo, pero ya no sentía que perteneciese a esa urbe, a ese país.

Aunque siguiese siendo esclava de un microchip, aunque la tiara pudiese dejar de protegerla del salto. Lo que ya no tenía era miedo, porque tenía un propósito, encontrar las respuestas para liberar a Anavrin, a su gente, de esa monotonía impuesta que les volvía esclavos. Quien estaba aterrada era Frida, que regresó a la habitación de Max. La estantería se abrió, y al otro lado, Thibauth y Jess sujetaban cada uno un par de ejemplares de libros, tenían la respiración agitada, una cascada de preguntas inundó a la niutense. Estaban alterados.

–¿Dónde coño estabais? –decían al unísono. Primero en plural–. ¿Dónde está Alma? –siguieron, al ver que faltaba una.

–¿Por qué os habéis quitado el pinganillo? –Thibauth se hizo con la voz cantante–. ¿Estáis locas? Pensábamos que os había pasado algo.

–¿Dónde está Alma? –repetía Jess.

Frida intentaba ordenar sus pensamientos. No podía contarles lo que su amiga le había confesado, y tenía que explicarles por qué Alma se había ido y por qué ella no la había acompañado.

–Alma se dirige a la periferia. Ha encontrado una foto de una niña que dice que ahora es adulta y está allí. Pero antes vivió aquí.

A Thibauth se le abrieron los ojos.

–Elisa –susurró–. Y, ¿has dejado que vaya sola? ¿Qué pasará si la encuentran, si le quitan la tiara? ¿Qué pasará si fuerzan su salto?

Thibauth tenía razón, pero Frida tenía otra misión.

–¿Yo? ¿Qué haces tú aquí? ¡Ve tras ella! Tú eres un scout. Conoces la periferia. Yo soy niutense.

Frida pensó que esa era la única forma de explicar su presencia en aquella sala mientras Alma atravesaba el núcleo. Hacer ver a esos scouts, viridianos de cuna, que ella no se atrevía a ir a la periferia. No estaba entrenada para eso. El orgullo de un viridiano no vería más allá, no percibiría el nerviosismo de Frida en esa orden, que delataba

que era una idea que se le acababa de ocurrir. No era algo premeditado. Confiaba en que Alma no necesitase ayuda, pero ¿y si estaba equivocada? Thibauth no se lo pensó, atravesó la estantería y fue tras la chica. Frida respiraba despacio, hasta que le asaltaron los recuerdos de esa última hora de nuevo. Los niños.

–Jess, hay niños. No podemos dejarles aquí.

–Lo sabemos –respondió algo enfadada–. Mientras estabais –hizo una breve pausa– desaparecidas –añadió con sarcasmo–, Nirvana nos ha dado órdenes. Sígueme.

V. El rescate

Antón y Vivi habían dejado de ser meros espectadores. En el tiempo en que Alma confesaba a Frida el verdadero secreto de Tressed, que ya no era que el árbol de mayor tamaño no fuese un árbol, los niutenses se habían colado en la torre, guiados por ellos mismos, porque así se lo había pedido Nirvana.

Jess guiaba a Frida hacia aquel patio lleno de armas y vehículos. Leila se había colado en un pequeño avión y se estaba asegurando de preparar un despegue lo más seguro posible. Era ya su única vía de escape porque a Nirvana se le había metido entre ceja y ceja sacar a aquellas mujeres con sus bebés de allí. Pero de camino al patio, Jess y Frida se encontraron con una de las cuidadoras que iba vestida con ropa cómoda de color marrón, y un grupo de 10 niños en pijama. Frenaron en seco, se miraron y miraron a la chica, que no entendía por qué no llevaban su mismo atuendo. Los niños frenaron también, iban en fila india, sujetos los unos a los otros a través de un trozo de tela horizontal que sobresalía de la parte de atrás de sus babis. Todos iban vestidos iguales, y en el bolsillo delantero, cada uno llevaba un número bordado.

–¿Buscáis algo? –preguntó por fin la cuidadora. No les quitaba ojo, y su pregunta estaba cargada de una desconfianza que jamás en su vida había sentido hasta ese momento. –No deberíais estar aquí a estas horas. ¿Cuál es vuestra misión? –Extendió la mano, les exigía sus pantallas de Anavrin.

Las tressedianas seguían mudas, no sabían qué respuesta podía ser lo suficiente convincente para esa muchacha, que inconscientemente se interpuso entre los niños y ellas, con su brazo empujó al primero hasta situarlo detrás de su espalda.

–Venimos a organizar el primer salto que se celebra en unos días –dijo Jess al fin. Frida la miró desconcertada y después asintió con la

cabeza. La muchacha relajó los hombros, pero su cara seguía tensa.

–Tenéis que subir por esas escaleras, entonces.

–¿A dónde se lleva a esos niños? –preguntó Jess.

–A usted qué le importa. Estos son muy pequeños, no van a saltar aún. –La mujer frunció más el ceño.

–¿Dónde están los mayores? –interrumpió Frida–. Los que sí van a saltar.

–Eso ya deberían saberlo. Enseñadme vuestra pantalla. –La mujer se alteró–. ¡Enseñádmela! –exigió– o llamaré a los guardias. –Extendió su mano de nuevo, esperó unos segundos que se hicieron eternos, y Frida y Jess intentaron calmarla en vano–. ¡Guardias! –gritó–. ¡Guardias! –repitió. Y antes de gritar una tercera vez, una mano salió detrás de su cuerpo y le clavó una aguja en el cuello. La mujer se desplomó encima de su atacante. Era Antón.

Sus compañeras suspiraron. El alivio duró apenas unos instantes. Las alarmas del edificio empezaron a sonar, las luces se apagaron y una de color rojo y parpadeante tomó el control de la torre.

–¡Vamos! –ordenó Antón. Y con su mano hizo un gesto indicando la dirección. Frida hizo un amago de moverse, pero Jess seguía quieta, mirando a ese grupo de niños pequeños que lloraban por el ruido.

–No podemos dejarles aquí. –Se agachó e intentó tranquilizar a un par de ellos–. Chicos, es solo un juego –dijo. Pero esos niños no sabían lo que era jugar–. Tenemos que encontrar la salida, aire fresco. –La miraban sorprendidos–. Agarraos entre vosotros, y dadnos la mano. –Antón y Frida cogieron cada uno a un par de niños de la mano, Jess hizo lo mismo, y los restantes se cogían entre sí.

Iban rápido, pero no tanto como les habría gustado. Los niños eran un lastre, pero dejarlos ahí no era digno de un viridiano, y Frida y Antón, aunque en un primer momento no hubiesen sido tan valientes, sabían que Jess tenía razón. No podían dejar ahí a aquellos

niños. Además, serían la prueba irrefutable de que existen. El ejército de Viridi no tendría más remedio que entrar en La Colmena y rescatar a todos los que estaban atrapados en esa fortaleza.

Las alarmas no habían sonado por el grito de aquella muchacha. Sonaban porque, en otro punto del edificio, Nirvana y Vivi habían abierto todas las celdas. Rober fue el único que salió de la suya, tras la insistencia que Nirvana intentaba replicar en las otras mujeres. Los llantos de los bebés se agudizaban, y sus madres apretaban esos diminutos cuerpos contra sus pechos, asustadas por la locura de esa mujer que les suplicaba que saliesen, que intentaba arrebatarles a sus criaturas. Vivi lo intentó también con alguna, de una forma más calmada.

–¿Ir a dónde? –respondían. –Aquí tenemos que quedarnos hasta que nazca nuestro bebé. Para cantarle nanas, hasta que nos duerman. No podemos irnos. Esa es nuestra misión.

Vivi miró a Rober.

–No las vais a convencer. No son humanas, porque no tienen conciencia.

A la niutense le sorprendió que aquel hombre usase el término *humana*. Lo había escuchado hacía años en clase de historia, pero era un término que solo utilizaban las personas del viejo mundo.

–¿A qué se refieren con que las duermen?

Rober estaba a punto de contestar, cuando un grito de Nirvana hizo que ambos girasen sus cabezas.

–Me ha mordido. ¡Coño! –Agitaba su mano. Una mujer con un bebé en brazos se había defendido con sus propios dientes.

Las alarmas seguían sonando.

–Tenemos que irnos ya –aseguró Vivi. Se acercó a Nirvana–. Majestad, volveremos a por ellas. Volveremos con un ejército. No las convencerás, no conocen la libertad.

Nirvana miró con piedad a la madre atormentada y asintió. Vivi tenía razón. La única forma de salvar a esas mujeres era acabando con Cleo. Salieron huyendo y Rober se fue con ellas. Vivi le dio la pastilla lila que frenaría temporalmente su microchip. El hombre se la tomó, y las siguió lo más rápido que su viejo cuerpo le permitió, pero sentía que le pesaba demasiado, ¿era la culpa?, ¿se merecía esa libertad?

VI. Miles de ojos en el cielo

Cuando las celdas se abrieron, empezaron a sonar las alarmas. Y varios pisos más arriba, en lo más alto de la torre, una mujer ajena a todo lo que estaba sucediendo se sobresaltó. Cleo y Fred estaban tomando un té, ella se levantó de la silla enseguida, él estaba desconcertado y la miraba como si Cleo tuviese la respuesta.

–La alarma, Fred. –Cleo tenía miedo. Con Fred no lo ocultaba.

–¿Rober?

–No, claro que no. Ese hombre está muerto en vida, algo está pasando. –Se dirigió hacia el ordenador principal, escribió unos números y le dio al *enter*. –Te lo dije. Te dije que vendrían –decía mientras la búsqueda que acababa de hacer cargaba en la pantalla.

En las cámaras todo parecía normal, ni siquiera había indicios de que la alarma estuviese sonando, en los pasillos no parpadeaban las luces rojas que indicaban una salida en caso de emergencia. La mujer, enrabiada, adelantó y retrocedió las imágenes, se dio cuenta de que era un bucle.

–Las cámaras, Fred –dijo señalando a las imágenes. Tenía tanto miedo, que apenas podía explicarle a Fred lo que su cabeza estaba pensando. Y este era un inútil, no entendía nada, tampoco hacía el esfuerzo, seguía a Cleo como un patito que sigue a su mamá.

¿Qué está pasando?, se repetían los dos, él en alto, ella se lo susurraba a sí misma. Se acercó a la ventana para pensar, la del punto más alto de la torre, la que tenía vistas a todo Anavrin, pero no tuvo que mirar tan lejos. En el patio principal, el que se veía desde la sala llena de armas, alguien había colocado la escalera en la puerta de uno de los aviones, una que además, estaba abierta. Todas las luces estaban encendidas, incluidas las de la pista de despegue y aterrizaje. Entrecerró los ojos para ver mejor y en la cabina del piloto pudo ver una sombra, alguien se movía dentro. ¿Para qué me están

robando un avión?, ¿qué pretenden?, volvió a susurrarse a sí misma, era la única que podía darse una respuesta, como de costumbre, descargaba su rabia apretando con fuerza el objeto que colgaba de su collar. Escuchó un ruido y dirigió su vista hacia la derecha de aquel patio, hacia el enorme ventanal que separaba su armamento del exterior, y por una de las puertas vio salir a una hilera de niños con tres adultos.

–¡Mierda! ¡Los niños! Se llevan a los niños. –Se acercó a un micrófono que conectaba con los megáfonos del edificio–. A todas las unidades, diríjanse al patio principal. Están secuestrando a los niños. ¡Todos! ¡Ya! –Golpeó la mesa con el puño y algunos objetos se cayeron al suelo.

Cleo se dirigió al ascensor, y Fred, de nuevo, la siguió. No sabía cómo podía haber pasado, bajando uno y otro y otro piso, solo se preguntaba cómo podían haber descubierto el mayor de sus secretos, cuánto tiempo llevaban planeando esto y cuánto tiempo llevaban estudiando Anavrin. Le hervía la sangre, y pensaba en el odio que tenía a Nirvana, y en cómo tendría que haberla matado con sus propias manos. Estaba segura, ella tenía que haber creado esa otra sociedad que ahora la amenazaba, no podía ser de otra manera. Conocía gran parte del plan y, probablemente, Max le hubiese contado el resto al perdonarle la vida, gruñía y en su mente insultaba al inútil de su hermano, al desgraciado que le había traicionado después de todo lo que ella había hecho por él, no le extrañaba que ese traidor se hubiese quitado la vida, no le extrañaba que no soportase seguir viviendo después de haberle dado la espalda a la persona que más le quería por proteger a una niñita que no sabía sacar partido de sus ideas, de la mente que Dios le había regalado. Le hervía la sangre y no iba a dejar que esa gente se fuese con los niños, con la base de su sistema. Las criaturas le daban igual, pero no iba a permitir que se riesen de ella.

En el patio, los guardias no tardaron en agruparse, pero era la primera vez que tenían que enfrentarse a una amenaza real y llevaban poco tiempo preparándose, desde que Alma se escapó de Anavrin. De manera instintiva, lo primero que hicieron fue abrir fuego contra ellos. El grupo de niños ya había subido al avión. Frida, Jess y Antón activaron los escudos de sus trajes, un óvalo transparente salió de sus muñecas mientras abrían fuego. Nirvana y Rober accedieron al patio en medio del fuego cruzado, lo que dificultó que estos pudiesen llegar al avión. Vivi aún seguía en el interior de la torre, el patio no era lo suficiente alargado como para que el vehículo cogiese carrerilla, pero tras unas compuertas la pista se alargaba, la niutense tendría que hackear el sistema y abrir las puertas. Cleo apareció en el patio detrás de los soldados, con su traje blanco impoluto, su figura erguida, y en su rostro había conseguido ocultar todo el miedo. Vio a Rober a lo lejos, y en un acto de venganza lanzó un explosivo contra ellos. Nirvana activó su escudo a tiempo, pero el impacto de la explosión hizo que los dos saliesen volando, cada uno en una dirección.

–Te crees que después de años perdonándote la vida te puedes ir sin despedirte –dijo refiriéndose a su viejo amigo, y lanzó otro detonante en su dirección.

Al mismo tiempo, Jess lanzó una bola frente al hombre, que intentaba recuperarse del impacto en el suelo. De esta salió un escudo que lo protegió. Frida corrió hacia donde estaba Nirvana, se retorcía de dolor en el suelo y se agarraba la cabeza.

–Mi corona –le suplicó. Del impacto, se le había desprendido la tiara de la cabeza y había caído a varios metros. Frida la recuperó y se la puso en la cabeza, el dolor cesó.

Miles de preguntas asaltaron la mente de la niutense. ¿Tenía algo que ver la corona con el microchip de su cabeza? ¿Con que no fuese Vana? No podía permitir que Nirvana viese la duda en su rostro,

reactivó su escudo y levantó a la reina, que apoyada en sus hombros se arrastró hasta el avión. Jess lanzó otra de esas bolas de las que salía un escudo frente a las escaleras del vehículo, para asegurar la protección de quienes subiesen.

El caos se apoderó de ese patio, el estruendo asustaba incluso a quienes nunca habían conocido el miedo o cualquier otra emoción, los niños lloraban, sus rostros reflejaban el horror de una situación incomprensible. Jess lanzó todos los escudos adicionales que tenía para facilitar el paso, y Cleo se ensañó con el que la protegía a ella, un disparo y otro y Jess hacía fuerza con sus pies para que el impacto no la empujase hacia atrás, era la única que estaba al otro lado de ese corredor de escudos que había fabricado. El ruido del motor del avión empezó a sonar, entremezclándose con el de las explosiones y los disparos. En los oídos, una voz, como un susurro, les ordenaba subir al avión, tenían que irse ya. La viridiana tenía que ser la última en subir, era su trabajo, asegurarse de que todos entrasen a aquel avión. Antón fue a buscar a Rober, que aún seguía en el suelo, protegido por ese pasillo de escudos que su amiga había creado. A unos metros Jess gritaba que corriese hacia el avión, que pusiese al hombre a salvo. Sabía que desde el principio, el objetivo de Nirvana era rescatar a aquel hombre, no sabía por qué, pero seguro que era importante. Frida ya estaba en el interior del avión, pero la reina aún asomaba la cabeza llamando a Rober. El escudo que protegía la puerta del avión se desgastaba, tras él estaba Nirvana, así que Cleo cambió de objetivo al ver que esa joven llevaba una corona en la cabeza. Antón y Rober habían subido la mitad de la escalera cuando un impacto hizo que la protección se desvaneciese, el siguiente acabaría con la vida de esos dos chicos, o con la de Nirvana. Jess se quitó el escudo de su muñeca, el único que le quedaba, y lo lanzó frente a la zona desprotegida. Al instante estos consiguieron subir, y a unos metros, la viridiana ordenó a su reina cerrar la puerta, una

orden que llegó a Nirvana como un susurro en su oreja. Los incesantes disparos estaban agotando la energía de todos esos escudos que los tressedianos habían desplegado y que aún servían para proteger a Jess, pero no por mucho tiempo. La muchacha lanzó una granada para quitarse al mayor número de enemigos de encima, y la explosión les aturdió lo suficiente como para que el avión arrancase. Nirvana se despidió de la joven con una mueca vacía, era una viridiana, cerró la puerta del vehículo. El avión aceleró, desde la torre, la niutense consiguió abrir aquel muro que les separaba de la libertad, y antes de que las ruedas se levantasen, las primeras balas impactaron en el cuerpo de Jess, que disparaba también indiscriminadamente con una pistola en cada mano. Desde las ventanas del avión, los tressedianos vieron el cuerpo de la chica caer de rodillas para, segundos después, quedar tendido en el suelo. Antes de caer, Jess pensó en su hija, y solo deseó que Thibauth volviese con vida a Tressed. A ella no le dolía morir, no tenía miedo. Siempre había sospechado que lo más probable era que su vida terminase en aquel horrible lugar, el que tanto la había atormentado. En el momento en el que sus padres se quitaron la vida como protesta por la inacción de Tressed, supo que estaba condenada a morir por la causa, solo lamentaba una cosa: sabía que Thibauth no se lo iba a perdonar jamás. Ese fue su último pensamiento, el de Thibauth pidiéndole que volviese a Tressed, entonces comprendió que ella nunca quiso volver, porque todo lo que sucedía en Anavrin era mucho más grande que ella, se lo debía a sus padres, y eso siempre había emborronado su relación con su hija. Moriría en el campo de batalla, y así fue.

En el patio, la furia de Cleo agudizó el caos.

–¡Mierda! ¡Mierdaaaaa! Recoged todo este desastre, quemad los cuerpos. Onna –se dirigió a la chica que parecía su mano derecha–, sacad los drones. Quiero que rastreéis todo este puto cielo, ¿me has

oído? Quiero que no quede ni un milímetro de este continente sin la cámara de un dron apuntando. Hay que encontrarles y matarles. ¡Vamos!

Onna obedeció, y minutos después, el cielo estaba lleno de ojos robóticos. Los cristales de la sala que se encontraba en lo alto de la torre, que conformaban ese ventanal a través del cual Cleo solía observar todo Anavrin, se habían vuelto pantallas, emitían imágenes de esa urbe desde el cielo, del desierto desde el cielo, y medio centenar de guardias las monitorizaban. La chica rubia y de melena corta se acercó a la abeja reina que, sentada en un sofá, apretaba aquel objeto que solía colgar de su collar sin decir nada, mirando a un punto fijo, a la espera de noticias. A su lado, Fred la imitaba, mudo y preocupado. Onna puso encima de la mesa que había frente a ellos unas fotografías. Mostraban a un chico y una chica, llevaban el pelo cubierto con una tela, Cleo las sujetó y se las acercó.

–Siguen aquí –dijo Onna–. La chica es la anavriana. Atravesaron el jardín de Max. –El rostro de Cleo era de miedo y sorpresa.

–¿Dónde están ahora? –interrumpió.

–Parece que se dirigen a la periferia. Pero…

–Lanza una orden de busca y captura. Quiero que estas fotos aparezcan inmediatamente en las pantallas de los anavrianos. Que si los ven, los detengan. –Cleo volvió a lanzar las fotografías sobre la mesa, se levantó y se dirigió al ascensor. Apretó al botón, las puertas se abrieron, antes de subirse, se giró–. Onna –se miraron fijamente–, ya sabes lo que tienes que hacer si los encuentras, ¿no?

–Sí, madre –contestó con determinación.

Las puertas del ascensor se cerraron.

VII. Ser madre no es un derecho

En el nuevo mundo no había salas de espera. En el viejo, solían ser blancas, solían tener sofás en tonos claros y una mesa con un montón de revistas, solían oler a algún ambientador floral o cítrico, similar al núcleo, y solían tener como banda sonora música repetitiva, ligera, como la de los ascensores. A veces, tenían una pantalla en la que se proyectaban imágenes de lugares tranquilos, como el océano, una playa, una selva. El ambiente de calma que una sala de espera pretendía crear, era inútil si lo que se esperaba recibir era una mala noticia. Daba igual la música que pusiesen, las revistas con los últimos cotilleos, la intención de distraer o entretener, las pantallas relajantes. Cleo, sentada en uno de esos sillones, tenía entre sus dedos el habitual objeto que siempre apretaba cuando estaba tensa, era una pieza de su collar, algo alargado y con una forma peculiar, casi única. Lo desencajaba del colgante que llevaba en el cuello y lo apretaba una y otra vez, deslizando su dedo gordo con fuerza, lo levantaba y lo volvía a deslizar mientras se mordía la mejilla derecha por dentro. No se fijó en las imágenes de esas ridículas teles que colgaban del techo, no abrió ni una sola de la veintena de revistas que descansaban sobre la mesa, algunas desactualizadas, y su cabeza no podía prestar atención a la música que probablemente procedía de un vídeo de YouTube incomprensiblemente largo y aburrido. Una boca desconocida pronunció su nombre, una mujer rubia de pelo largo y con una bata blanca y sonrisa perfecta la llamaba desde la puerta que acababa de abrirse a unos metros de ella. Se levantó, rígida, encajó de nuevo el objeto en la estructura que colgaba del collar y fingiendo una sonrisa similar a la de la doctora entró en la sala, igual de blanca que la de espera, pero sin todas esas distracciones. La mujer la invitó a sentarse en una silla frente a la suya, separada por una mesa de cristal con un ordenador y muchos

papeles. A sus espaldas, una camilla con una tela blanca en la que alguna vez se tumbó y muchos aparatos con cables, pantallas y otras cosas que no sabía para qué servían. La doctora, pese a su inquebrantable sonrisa, no tenía buenas noticias. Alargó su mano y la puso sobre la de Cleo, algo que la incomodó, pero en ese momento, tan nerviosa como petrificada, nada podía hacerla reaccionar demasiado, ni siquiera los resultados de las pruebas que la dejaron en estado de *shock*. No podría tener hijos, no había nada que hacer. De camino a casa, Cleo se compró un par de botellas de vino en el supermercado, y para cuando Fred llegó a la vivienda aquella misma noche, las dos estaban vacías. Su cuerpo estaba roto, le dijo sentada en el sofá, aún con la última copa de vino en la mano, no podrían tener hijos y era su culpa, o eso pensaba, y añadió que había estado reflexionando toda esa tarde. La máscara de pestañas había trazado líneas irregulares en su cara, tenía los ojos rojos de llorar, las mejillas hinchadas y un bolígrafo y una libreta en la mesa frente a ella. Ser madre no era un derecho, esa había sido una de sus reflexiones, sin embargo, seguía, parece una obligación. Fred escuchaba en silencio.

–Desde pequeñas nos lo meten en la cabeza, como si ese fuese nuestro destino, nuestra misión en la Tierra. Nadie nos prepara para cuando te dicen que no puedes serlo, que no hay solución. No tiene sentido, Fred. Ni siquiera sé si quiero ser madre y llevo toda la tarde llorando porque no voy a serlo. Llevo años sangrando una vez al mes, aguantando las migrañas, los dolores de ovarios, los cambios de humor, retorciéndome en el sofá, encogiéndome para encontrar una posición que amenizase los pinchazos, atiborrándome a ibuprofenos para ir al colegio sin quejarme, a la universidad sin quejarme, a trabajar sin quejarme, incluso a una quedada con mis amigas, ¿por qué no? ¿Quedarme en casa por un dolor de ovarios? Oh, no, jamás. Una vez al mes, cansada, triste, escondiéndome en el baño para llorar por cualquier tontería, porque ¿quién iba a entender que

llorara porque la leche del café estaba fría y a mí me gusta templada? Pero era necesario, claro, porque así podrías tener hijos. Contribuirías a la raza humana –hizo una breve pausa–, traerías vida a un mundo que ¡estamos matando! ¿Qué sentido tiene, Fred? Tener hijos no es un derecho, y tal y como están las cosas, deberían hasta prohibirlos. –Se levantó–. Ya está, esta debería ser la última generación. Que nazcan los niños ya concebidos, y que se acabe. No hay planeta para seguir, ya se han publicado estudios científicos, tú lo sabes. –Le señaló con uno de los dedos que sujetaban la copa. Estaba fuera de sí–. Lo vemos día a día, el mundo tiene una fecha de caducidad y seguimos porque nos da igual. Solo pensamos en nosotros mismos, en que nos han metido en la cabeza que tenemos que procrear y procrear –movía la copa en círculos–. Es egoísta. Es muy egoísta traer al mundo a criaturas para sentirte completo, sabiendo que morirán en un lugar horrible, y que ese lugar morirá con ellos porque no hemos sabido cuidarlo. Ni siquiera sé si me importa que mi cuerpo esté roto. –A esa última afirmación le siguió un sollozo incontrolable–. Lo que no entiendo es por qué he tenido que sangrar todos los meses de mi vida por la vagina, ¿para qué?

–Cleo, tenemos dinero, podemos adoptar, podemos pagar por un bebé. –Cleo se rio.

–No me estás escuchando, Fred. No es algo que puedas comprar, es ridículo. –Se volvió a sentar, desconsolada–. Lo que tenemos que hacer es salvar este planeta. Nuestra casa.

–¿Y cómo lo vamos a hacer?

–Solo hay una forma. Liberándolo de lo que más daño le hace.

–¿El ser humano? –Fred lanzó esa pregunta con miedo a equivocarse, a no haber entendido a su mujer, y con miedo a la respuesta. Cleo asintió.

Ese fue el primer día que a Cleo se le rompió algo dentro, el primer día que Cleo pensó que el mundo tal y como lo conocía ya no

tenía sentido. Fred creía que era un berrinche por aquella noticia que había recibido y que la había destrozado, pero fue la semilla que esa muchacha se encargaría de plantar en las cabezas de su círculo más cercano, el mundo tal y como lo conocían no merecía la pena. Ya habían hablado de formas de salvar a la raza humana en varias ocasiones, porque en esa época el tema del fin de la vida era el más comentado: en los bares, en las peluquerías, los niños lo preguntaban día tras día en el colegio. La NASA seguía intentando encontrar un nuevo planeta, y había otros que intentaban buscar la forma de ralentizar la destrucción de este. Pero nadie era lo suficientemente valiente como para plantear la única solución que Cleo, y muchos otros, consideraban factible; la del suicidio colectivo, erradicar el verdadero problema. El ser humano era demasiado egoísta como para sacrificarse por aquel lugar que había sido su hogar durante milenios. En lugar de un sacrificio inmediato para que unos pocos pudiesen seguir viviendo, preferían el suicidio lento, al fin y al cabo, la meta era la misma. Y aunque nadie se atrevía a plantearlo en voz alta y con toda la seriedad que un asunto como ese requería, la mayoría de la comunidad científica sabía que forzar un cuello de botella era la solución que, al menos, daría a la humanidad y al planeta más tiempo. Cuando Nirvana le explicó en aquel bar lo que esas palabras significaban, fue un alivio saber que ya había pasado y con la tecnología sería mucho más sencillo conseguir que la vida siguiese, después la idea de los microchips fue una revelación. Cleo pensó enseguida en que sería un camino a su maternidad, si su cuerpo estaba roto, podría hospedarse en otro y desde ahí, engendrar a un hijo. Aún no había decidido si quería o no ser madre, pero volver a tener la posibilidad hizo que pensase en ello casi a todas horas. Al fundar Anavrin, Cleo fue la primera en cambiar de cuerpo, eligió a una mujer que ya había tenido un hijo, uno de los que se criaría en Tressed con Nirvana, e hizo que Fred la embarazase, y

cuando el bebé nació, una niña, algo se volvió a romper dentro de Cleo. Puede que no quisiese un bebé, tener que cuidarlo, pasar por el parto, puede que al verla, no se reconociese, porque venía de otro cuerpo que no era el suyo, puede que el poco parecido a Fred no fuese suficiente consuelo, su cuerpo estaba roto y su mente se resquebrajaba por momentos. La niña creció con el resto de niños de Anavrin, pero cuando estos dieron su primer salto para entrar en un sueño profundo, a ella le esperó otro destino, viviría como sus padres, con su conciencia, saltando de un cuerpo a otro, con eterna juventud, pero sin que su yo real durmiese para siempre. Cleo comprendió que pese a todo, le tenía un cariño especial, y no fue el único embarazo, aunque todos fueron en distintos cuerpos. Cuando le tocaba parir, Cleo le devolvía a ese cuerpo su conciencia hasta que el bebé ya había nacido. No lo amamantaba, ni lo acunaba, y apenas lo criaba, todos los bebés que nacían de embarazos que ella había disfrutado, los sentía como especiales una vez crecían.

–Son once –confesó Rober en el avión. Estaba sentado en primera fila, junto a Nirvana. Ambos susurraban–. Once a los que llama hijos de Anavrin, educados con el resto de niños, pero con una educación extra que les ha convertido en los aliados perfectos de Cleo. Fred no sirve de mucho, es más bien un acompañante, pero no es muy avispado.

–¿Viven en La Colmena?

–Algunos. La primera sí, y otros están desperdigados por la zona. Una enloqueció, otro huyó. La última le salió rebelde, vive en la periferia. Creo que se llama Elvira o Elina…

–¿Uno huyó? –Rober asintió. A Nirvana le sorprendía la afirmación. ¿A dónde podía haber huido?– ¿Hay algo más que deba saber?

–Una cosa más. Hay otro tipo de anavrianos, los que cuidan de los niños. No tienen microchip porque durante su educación se

ofrecen a seguir con ese legado. Sienten una llamada distinta al resto, una llamada para dedicar su vida a esa especie de religión que Cleo inventó. No sé cómo os encargaréis de ellos, tal vez tengáis que encerrarles, reeducarles. –Rober se encogió de hombros. Nirvana no respondió–. ¿No te cansas de vivir? –susurró Rober tras una breve pausa al ver que su amiga analizaba en silencio esa nueva información. Nirvana le miró con sorpresa, no se esperaba esa pregunta–. ¿Por qué sigues aquí? –En los ojos de Rober había compasión, y eso parecía haber ofendido a Nirvana. Era él de quien había que compadecerse. Se recompuso antes de responder.

–Tengo una deuda pendiente con el mundo –dijo convencida. Ya se había repetido tantas veces esa mentira–. No fui rápida, no vi de lo que Cleo era capaz, y gran parte de la tecnología usada para crear Anavrin la desarrollé yo. Fue mi culpa.

–No es culpa de nadie, yo tampoco lo vi venir. Fred y Max lo sabían y no hicieron nada. –Rober quería persuadir a Nirvana. Él quería irse, pero sentía que todos los que venían del viejo mundo debían irse también.

–Bueno. –Nirvana miró a los lados, preocupada porque alguien les escuchase. La mayoría dormían en ese avión–. No hubiera podido salvar a todos esos niños si Max no me hubiese perdonado la vida –susurró. Hizo una breve pausa–. ¿Tú qué vas a hacer ahora?

–Yo no quiero vivir más –suspiró. Nirvana agitó la cabeza.

–Pero ahora eres libre, ¿no crees que mereces disfrutar de eso un tiempo?

–No me merezco nada, le he quitado todos esos años de libertad a cada cuerpo que he ocupado. Prométeme –la agarró del brazo, y su mirada penetró a Nirvana– que despertaréis al hombre que duerme dentro de mí, que viva sus últimos años en libertad. Aunque no conozca nada, aún está a tiempo. Yo –apartó la vista– ya he vivido demasiado, he visto demasiado.

Ya habían perdido la noción del tiempo, algunos incluso se habían dormido en aquel vehículo, toda la adrenalina les había bajado de golpe, y ni el llanto o las quejas de aquellos chiquillos fueron suficientes para mantenerlos despiertos. Fue el primer impacto de las ruedas del avión con la superficie lo que les provocó un sobresalto, y después, el avión botó un par de veces más, hasta estabilizarse y rodar por el desierto. Nada más abrir los ojos, Antón intentó mirar por la ventana sin éxito, no se podía ver nada a través del cristal porque el aterrizaje había levantado toneladas de arena. Era la primera vez que el chico volaba, era la primera vez que todos volaban, pero él era el menos valiente. No era viridiano, no era rey, no era líder de ninguna región, no era un niño completamente ajeno al riesgo, ni era un hombre que llevaba más de dos siglos encerrado en una celda. Era un niutense de pacotilla que tenía una hija de cuatro años y una mujer esperándole en casa, no se podía morir.

–¿Por qué me he despertado? –se preguntaba en voz alta, con los ojos cerrados y la cabeza hacia arriba, Frida le sujetó la mano intentando tranquilizarle–. Que pare esto ya, por favor. Haré lo que sea.

–Ya va. Ya va –decía Frida–. Ya estamos en el desierto. ¿Qué nos puede pasar?

–¡Que explote! –dijo abriendo los ojos–. ¡No sabemos nada de este aparato! –Le faltaba el aire–. ¡Vamos a morir! –gritaba desquiciado–. ¡Vamos a…! –El avión se detuvo en seco, la cara de Antón se golpeó con el asiento de delante. Frida se rio.

Antón se recolocó las gafas muerto de la vergüenza. Frida le miró con compasión.

–Hemos estado en situaciones peores, ¿no crees? –preguntó con su dulce sonrisa.

–No lo sé –seguía alterado, pero intentaba disimularlo–. No lo sé, Frida –suspiró, y antes de levantarse, añadió–. Si vuelvo a subirme

en uno de estos, dimito. Te lo aseguro.

Frida volvió a reír.

–No puedes dimitir. Esto ya no es un trabajo.

Antón se quedó mudo. La puerta se abrió, y el calor del desierto golpeó el interior del avión de inmediato. Habían aterrizado cerca de la base Leber diecinueve, estaba claro que Leila quería quedarse con el avión. Nirvana agradeció a Leila su colaboración en la misión, y sus años de investigación en torno a esos aparatos que, con toda probabilidad, serían útiles en esa nueva era. Se subieron al vehículo con el que habían cruzado el desierto desde Tressed hasta la base Leber, en esa ocasión para hacer el trayecto contrario, y a los pocos metros, se introdujeron en uno de los túneles, tendrían que hacer la mayor parte del trayecto bajo la superficie, rodeados de esas piedras rosas que desprendían a veces calor y a veces frío, el trayecto era demasiado largo, y el modo camuflaje gastaba demasiada batería. Lo utilizarían en el último tramo, eran una amenaza real para Anavrin y podrían estar buscándolos. Miles de drones habían dotado al cielo de miles de ojos como a Argos en la mitología griega, y volaban buscando cualquier signo de vida más allá de la muralla, en el norte, en el sur, en el este y el oeste. Nirvana había dado orden a todas las bases Leber de no salir hasta nuevo aviso, temía que les estuviesen buscando y fuesen otros quienes pagasen por el rescate. Lo que la reina no sabía era que un dron había aterrizado segundos después tras el avión. Era pequeño y sigiloso, llevaba siguiéndoles todo el trayecto, pero Onna no quiso precipitarse.

VIII. La lanzadera

En el nuevo mundo la luz natural apenas se ponía, la tierra ya no giraba como antes, de vez en cuando se inclinaba unos grados hacia un lado y después recuperaba su posición, eso había convertido algunas zonas en noches eternas y otras en días infinitos, mientras que una pequeña franja podía disfrutar del atardecer y el anochecer real cada cierto tiempo. Pero esa rareza del nuevo mundo no afectaba al vivir de los tressedianos, ni de los anavrianos, que habían creado su cielo artificial. La noche cerrada ya cubría Anavrin. Thibauth y Alma, ajenos a todo lo que había ocurrido, ajenos a la muerte de Jess, se dirigían a la lanzadera. La estación era una estructura ovalada blanca y dorada, a juego con el resto del núcleo. El servicio de lanzadera estaba compuesto por cinco líneas, la quinta era la que iba a la periferia, atravesaba el territorio de este a oeste, la primera y la segunda conectaban varios puntos del núcleo y la zona B, y la cuarta bajaba hasta el sur, ninguna iba al norte, porque en el norte no había nada. Existía una sexta línea, rodeaba el territorio conectando las zonas más pobres, y era mucho más lenta, nadie entendía por qué llamaban a eso 'lanzadera'. En la parte exterior de la estación había varias máquinas, los anavrianos se acercaban con su pantalla de Anavrin y recargaban sus billetes, después se acercaban a los tornos, que hacían de entrada, y situaban su pantalla en horizontal, frente a un rectángulo que emitía una luz y un pitido que habilitaba el funcionamiento de los tornos dando paso al anavriano. No había seguridad, en el núcleo nadie se saltaba las normas. Pero Thibauth no pertenecía al núcleo, y Alma ya no se sentía parte de él. Con las caras aún cubiertas, algo que habría llamado la atención de los anavrianos si no fuese porque nunca se fijaban en nada, saltaron los tornos y entraron en la estación. Tenía un enorme reloj, y debajo, en letras doradas, se podían leer los

valores de aquel lugar: orden, bienestar y estabilidad. Valores que para Alma ya no significaban nada. Y aún más abajo, había una máquina expendedora con letras parpadeantes y una fila de anavrianos esperando su turno. *No olvides tu goma*, decían las letras luminosas. Alma se puso a la cola, Thibauth parecía extrañado. Una voz robótica salía de las paredes constantemente: «Lanzadera línea 4 estacionada», «Lanzadera línea 1 estacionada», «Lanzadera línea 4 salida efectuada», «Lanzadera línea 5 estacionada».

–¿Alguna vez has montado en lanzadera? –preguntó Alma.

–¡Claro que no! –Thibauth parecía algo nervioso. Le gustaba la acción porque no había que pensar. Esa cola se le estaba haciendo eterna–. La línea 5 es por ahí. –Señaló a su derecha–. ¿Qué hacemos aquí?

–La lanzadera va más rápido que nada en el mundo. No tenéis algo así en Tressed. La velocidad molesta en los oídos, por eso primero tienes que hacerte con goma de mascar. –La cola era cada vez más larga a sus espaldas, y más corta en la otra dirección. Llegaron, Alma tecleó en la máquina expendedora y esta le entregó dos rectángulos pequeños. Le dio uno a Thibauth–. Vamos. –Caminaron hacia donde había señalado el dedo del viridiano hacía unos minutos–. Aún no la mastiques –indicó Alma–, cuando entres en el vehículo. –Llegaron al andén. Estaba lleno de gente–. Ah, y no te la tragues –vaciló.

Un hombre de blanco les empujó para que se colocasen en la fila, una lanzadera acababa de salir, la próxima llegaría en apenas unos segundos. Cuando a toda velocidad, el tubo entró en la estación, Alma se introdujo el rectángulo en la boca y Thibauth la imitó. Una pared de cristal gordo separaba la vía del andén, la lanzadera se estacionó, la voz robótica de la pared lo anunció, el cristal se levantó a ambos lados del tubo, los que salían lo hicieron por un lateral, de forma ordenada y sin prisa, y los que entraban lo hicieron por el otro,

de la misma forma. «Bienvenidos a la lanzadera», dijo una voz, «línea 5», completó otra. La primera voz continuó, «por favor, agárrense a los manillares que tienen en sus laterales o sobre sus cabezas, estamos a punto de salir», un fuerte zumbido empujó sus cuerpos hacia atrás y después hacia delante, los oídos pitaban en el interior y parecía que algo explotaba dentro, mascaban la goma lo más fuerte que podían, en cuestión de segundos el tubo frenó en seco y la voz volvió a sonar, «próxima parada: el núcleo oeste, si han llegado a su destino bajen en orden, por favor, dejen salir antes de entrar». Unos bajaron y otros subieron y la voz volvió a hablar, «bienvenidos a la lanzadera», repitió, «línea 5», completó de nuevo la otra voz, «por favor, agárrense a los manillares que tienen en sus laterales o sobre sus cabezas, estamos a punto de salir». El proceso se repitió, también el zarandeo y el dolor de tímpanos, y todas las pantallas de Anavrin comenzaron a sonar a la vez. Agarrados como podían, los anavrianos las sacaron, era un aviso del núcleo, buscaban a dos personas. La misma fotografía que Onna había mostrado a Cleo estaba ahora en todas las pantallas. Los cristales de la lanzadera reproducían también sus rostros. «Próxima parada: zona B», la voz robótica se entremezcló con el ruido de alerta.

–Mierda –susurró Thibauth. –Nos busc…

Alma le puso el dedo en la boca y negó con la cabeza. Ya era extraño que no tuviesen en sus manos una pantalla de Anavrin, hablar les delataría más. Señaló las puertas de la lanzadera con los ojos. Los anavrianos no se fijaban nunca en nada, a menos que el núcleo les diese órdenes de hacerlo. La puerta de la lanzadera se abrió. Thibauth y Alma no apresuraron el ritmo, se acercaron a la salida como cualquier anavriano, del lado contrario, varios guardias se subieron a la lanzadera. Cuando estaban a punto de bajarse, un anavriano miró fijamente a Thibauth, lo miró de arriba abajo, y de

nuevo a los ojos, y después a su pantalla de Anavrin, y a los cristales de la lanzadera.

–Guardias… –gritó. Thibauth empujó a Alma fuera del tubo, y saltó rápidamente–. Están aquí –les dio tiempo a escuchar. Las puertas se cerraron, el cristal que separaba la lanzadera del andén se bajó. Los guardias daban golpes en el interior, y en cuestión de segundos, la velocidad se los llevó.

Corrieron fuera de la estación. Ya era de noche en Anavrin. Tenían que esconderse hasta la mañana siguiente, cuando los anavrianos ya tuviesen otra misión en sus pantallas.

–Ya se habrán olvidado de nosotros –dijo Alma con el poco aire que le quedaba.

–¿Estás segura?

Alma negó.

–¿Cómo iba a estarlo? –Seguían corriendo, estaban en la zona B. Alma buscaba refugio, se la conocía a la perfección–. Jamás han lanzado una orden de búsqueda en Anavrin –se encogió de hombros–. Solo espero tener razón.

No había nadie en la calle. Estaban en bares o en sus casas, pero a esas horas las calles de Anavrin estaban vacías. ¿Por cuánto tiempo? Los guardias habían dado la voz de aviso, y pronto, hombres de blanco les buscarían por la zona B. Pero había un sitio, uno en el que no buscarían, porque nadie en Anavrin levantaba siquiera la cabeza. No sabían ni cómo se llamaban esos puntos que brillaban cuando todo estaba oscuro: estrellas. Alma sabía subirse al tejado de un edificio, lo había hecho muchas veces. Se subía primero a un pequeño muro que en diagonal se hacía cada vez más alto, y se colaba en un balcón. Ayudándose de la tubería que recorría el lateral del edificio, se colaba en el siguiente, y ya había desarrollado una técnica, que con el traje tressediano se volvería un juego de niños. Thibauth la siguió, y subieron con mucha más rapidez. Allí se

tumbaron, suspiraron, las alarmas de vehículos del núcleo sonaban de vez en cuando cerca de ellos, en las calles, pero en esa azotea estaban a salvo.

–Mañana iremos río abajo –dijo Alma–. Será lo más rápido.

–Saldremos antes de que amanezca. La oscuridad puede darnos ventaja.

Alma asintió. Aunque Thibauth no la vio hacerlo. Ninguno de los dos se miraba, o miraba al suelo, no eran anavrianos. Pronto dejaron de escuchar la ciudad, que tampoco era muy ruidosa, la chica no dejaba de pensar en que ella también habría sido una niña de Anavrin, ella no, pero sus cuerpos, en los que se había hospedado a lo largo de los años, sí. Pensó también en quién era realmente, si era alguien o solo era información que se descargaba en un microchip y que en ese momento tenía secuestrada la conciencia de una persona. Para despertar su conciencia, y la del resto de anavrianos, tendrían que apagar todos esos perfiles artificiales. Y, ¿qué sería mejor?, reflexionó, ¿apagar esos microchips, borrar los datos, la información de miles de personas que, aunque sea poco, conocen algo en la vida, o seguir secuestrando todas esas mentes? Y, ¿qué habría decidido Tressed?, se preguntó, porque no le solían explicar los planes con detalle, solo le decían que hiciese eso y lo otro, y que les acompañase al núcleo, y que se metiese en un tanque de agua, pero no le habían contado que una de sus teorías barajaba la posibilidad de que hubiese niños en Anavrin, y si era así, qué plan seguir a partir de ese descubrimiento. Tal vez ya lo tuviesen trazado, tal vez se hayan hecho esas mismas preguntas, si era mejor mantener a Alma o despertar la conciencia de quien quiera que fuese ese cuerpo que ella habitaba. ¿Qué era lo moral? ¿Lo correcto? ¿Acaso alguien lo sabía? Tal vez todos, y nadie se lo quería decir porque la respuesta era la que menos le gustaba a ella, no quería desaparecer, mucho menos después de conocer la vida, las emociones, y ¿quién buscaría a

Marlen, entonces? ¡Marlen!, se acordó de ella, de su mirada, bondadosa, bastante despierta, pensó, y ¿dónde estará ahora?, porque si a ella le perdonaban la vida, si despertaban todas las conciencias, menos la de su cuerpo, como regalo, como agradecimiento por haberles ayudado, perdería a Marlen. Y todo lo que Alma estaba viviendo había empezado gracias a Marlen, que la despertó a ella de ese profundo sueño que era Anavrin. ¿Le debía algo? Le debía al menos no dormirla para siempre, se dijo, si es que ese era el plan, pero nadie le contaba el plan, se cruzó de brazos, y entre pensamiento y pensamiento, sus párpados se juntaron, hasta que las estrellas desaparecieron. Todo se volvió oscuridad.

IX. Salvar a la reina

Antón conducía el vehículo rumbo a casa, pero no olvidaba a la gente que se había quedado atrás. ¿Qué hacían ahí? Atravesando esos túneles frescos y rosados, activando el modo camuflaje antes de subir a la superficie, cruzando a toda velocidad el desierto hasta llegar a Tressed por el sur. ¿No iban a volver a por ellos? ¿Lo harían los viridianos? ¿Habría realmente una guerra? No le gustaban las guerras, porque siempre morían inocentes. El vehículo frenó en seco, ya estaban en Tressed, el silencio de aquel lugar sorprendió al grupo, que esperaba ser recibido como los héroes de las viejas películas. Las luces del garaje estaban apagadas y nadie estaba ahí, arreglando los vehículos, fabricando nuevas herramientas, a la espera de su llegada. Al entrar en palacio, los pasillos tampoco tenían luz, y a través de las ventanas, Tressed estaba a oscuras, como si se hubiera acabado la energía de ese lugar, siempre tan alegre, o enfurecido, lleno de vida. Las farolas en las calles solían desprender luz, alguna ventana solía estar encendida, y siempre había alguien paseando, bailando, celebrando. Salieron por la puerta principal del palacio, y bajaron las escaleras hasta la plaza de Niutat, descendieron los escalones en pelotón, en guardia y poco a poco, con el escudo activado en una mano, y las armas cargadas en la otra, algo no iba bien. Sigilosos, avanzaban, apenas respiraban y miraban cada uno a un sitio, alerta. Y cuando el último de ellos bajo el último escalón, se escuchó un ruido entre los arbustos. Joao salió apoyándose con su bastón, le acompañaba Guillaume. Los dos tenían el ceño fruncido, pero solo uno de ellos estaba muerto de miedo. El nagueliano se dirigía a la reina:

–¿Cuántas vidas más nos va a costar esta misión? –dijo desafiante.

–¿Qué quieres decir?

–La familia de la base Leber diecinueve. La de ascendencia militar.

Nirvana intentaba descifrar lo que Joao intentaba decir. Él estaba nervioso, y ella se temía lo peor. Pero necesitaba escucharlo.

–¿Qué pasa con Leila?

–Muerta, Nirvana, está muerta –dijo por fin, ahogando el miedo en su garganta. A Nirvana se le encogió el corazón, pero mantuvo la compostura. Necesitaba más información–. Han bombardeado esa base al norte, la que tenía todos esos aparatos de otras guerras. –Un grupo de viridianos armados salió también de detrás de los arbustos, Guillaume les ordenó que descansasen. Sus cuerpos se destensaron–. Creíamos que estabais todos muertos y que vendrían a por nosotros… Samir… –señaló a un muchacho joven y delgaducho, tenía los brazos cruzados, miraba de reojo a la reina, estaba asustado–. ¡Teníamos miedo!

Nirvana se quedó fría, no entendía cómo había podido pasar, si hacía unas horas estaban allí. Y hacía unas horas el pueblo estaba inquieto, aún no habían recibido noticias, había quien acudía a palacio e inclinado frente al trono, sin saber muy bien a quién, pedía que todo saliese bien, que volviesen sanos y salvos, y sobre todo, que Anavrin no descubriese dónde estaba Tressed. En Naguell la mayoría de alimentos que producían los enviaban al bosque para alimentar a sus soldados, y allí los viridianos entrenaban más que nunca por si tenían que defender las tierras de un momento a otro, y mientras en Niutat estudiaban cómo proteger aquel lugar de la mejor forma posible, y a todas horas se turnaban para que uno de ellos estuviese cerca de la radio por si llegaban noticias. Poco después de que el avión aterrizase al norte, un chico joven y delgado luchaba contra el sueño en Niutat mientras intentaba no perder de vista la emisora, y entre uno y dos cabezazos, una voz lo devolvió al mundo de los vivos de un sobresalto. Enseguida se lanzó para responder, quería ser

quien diese la voz de alarma, su papel era importante y él lo sabía, pero al otro lado solo escuchó ruidos imperceptibles. Entonces Samir cogió el *walkie talkie*, apretó el botón y habló, para que supiesen que había alguien al otro lado.

–*Mayday, mayday* –se escuchaba una voz entrecortada y mucho ruido de fondo–, nos bombardean. Poneos a cubierto, nos han encontrado.

Samir, alterado, intentó volver a hablar con ella, necesitaba saber si estaban bien antes de dar la voz de alarma, pero la emisión se cortó. No era la noticia que esperaba dar, o que quería dar, no iba a ser el que anunciase un éxito, sino el mayor de los desastres que se pudiese imaginar. Soltó el micrófono, que se quedó colgando, y salió corriendo hacia el bosque. Naguell sabía proveer, sabía proteger, pero ¿luchar?, no. Sería mejor buscar a Guillaume. No habló con nadie, no se paró, pese a que algunas personas le preguntaban que a dónde iba tan rápido, no había tiempo que perder, en ese momento Samir era el protagonista, no podía fallar a Tressed, quién sabe, tal vez hasta saldría en los libros de historia del nuevo mundo. Cuando llegó al lago tuvo algo de suerte, Guillaume estaba con Joao, así los dos líderes lo sabrían. Le costó frenar, sus pies algo torpes lucharon contra la inercia, tanto que casi se cae hacia delante, sin aliento contó lo que había sucedido. A Joao se le subieron los colores, y Guillaume ordenó a su ejército que se preparasen.

–Hay que bajar al búnker –dijo el nagueliano con un tono enrabietado.

–¿Búnker? –preguntó Guillaume asombrado.

–Samir –Joao se agachó y agarró al chico de los hombros–, corre a la plaza de Naguell, llegarás más rápido que yo. Advierte a todos, diles que hay que bajar al búnker. Ellos saben dónde está. –Samir salió corriendo, y Joao se puso erguido de nuevo. Entonces miró a Guillaume y le dijo con condescendencia:– Tú, haz lo que quieras

con los tuyos –se giró y miró a los soldados, algunos eran críos– pero si alguno tiene miedo, que sepa que no es malo, y será bien recibido en el búnker.

Entonces se le subieron los colores a Guillaume. Desde que la misión había salido al norte, Naguell había destinado parte de las últimas cosechas a ese búnker, ante la posibilidad de que algo así sucediese, también objetos, mantas, libros… Joao, los viridianos, y algunos niutenses se quedaron en la superficie, apagaron toda la ciudad y aguardaron, escondidos, por si el enemigo llegaba a pie.

–¿Dónde están todos? –exigió saber Nirvana.

–Mi misión era protegerles, Nirvana. –Joao deseaba anotarse ese punto. Las bombas le habían dado la razón a él, y a Sandro, que seguía en una cárcel tras palacio. No había querido salir–. Están escondidos. –Nirvana seguía desconcertada–. Y seguirán escondidos por si caen las bombas.

–Están en un búnker –confesó Guillaume–. Uno que construyó Naguell. –Miró a Nirvana, era consciente de que le hervía la sangre. Odiaba no tener el control–. Ha sido una buena idea –sentenció el viridiano.

–Está bien. –Respiró hondo–. ¿Un búnker? –Miró a Joao, y asintió. Odiaba no tener el control, así que puso la mente fría–. Es una buena idea. –Necesitaba tener a Joao de su parte–. Lo usaremos. Hemos cometido un error –Nirvana pensó en que habrían visto el avión aparcado en el desierto–, pero podría ser una ventaja –elevó el tono–, podrían pensar que han dado con nosotros, y que nos han matado. Viridi se preparará ante un posible ataque, y el búnker deberá estar abierto a todas horas.

Guillaume se llenó de orgullo, pero pronto se dio cuenta de que eran menos los que habían regresado que los que habían ido.

–¿Dónde está el resto? ¿Y mi hija? –Por un segundo el miedo recorrió su cuerpo.

–Tu hija está bien. Se ha quedado en Anavrin. –No encontró el valor para hablar de Jess–. Hemos descubierto algo… importante –titubeó.

La cara de todos ellos se torció, la mueca de terror y duda se apoderó de cada uno de los rostros. Frida y Antón abrieron las puertas del palacio, y los niños empezaron a bajar las escaleras. Joao negaba con la cabeza una y otra vez, y los viridianos tenían la boca en forma de o, susurraban, el alboroto, aunque silencioso, era inevitable.

–¿Quiénes son? ¿Qué es esto? –preguntaban entre ilusionados y aterrados. Joao no daba crédito, su rostro se volvió blanco.

–Les hemos rescatado, estaban atrapados. –El alboroto cogió fuerza y Nirvana elevaba la voz para que todos la escucharan–. Tienen a mujeres con sus bebés encerradas, otras aún están embarazadas. ¡Son monstruos, no os dais cuenta! –gritó, y todos callaron–. Anavrin es un lugar terrible para las personas que viven allí, no podemos dejar que esto se repita. –Joao no se dejó convencer, su rostro hablaba por sí solo–. Son niños, por el amor de Naguell, no me mires así, Joao. ¿No hubieses hecho lo mismo? –seguía negando con la cabeza.

–Esos niños, anavrianos, niños de un lugar que es el infierno, no pueden traer nada bueno. –Les señalaba con odio mientras retrocedía–. Los querrán, vendrán a buscarlos, ¡nos matarán si hace falta! Son el demonio. ¡Has traído al demonio a nuestras tierras! No pisarán mi búnker –sentenció.

Joao les dio la espalda y se fue de la plaza a paso ligero, sin mirar atrás y sin dejar de negar con la cabeza, apoyado en su bastón. Se llevó con él la desaprobación, porque aunque el resto de tressedianos se mostraban sorprendidos, era una sorpresa agradable, algunos veían en los niños de Anavrin más músculo para el ejército, y otros simplemente tenían curiosidad por saber qué les podían contar de

aquel lugar que aún era un tanto ajeno. El bosque era la región más grande de las tres, aunque también la menos edificada, Guillaume ofreció sus tierras como un hogar para los niños de Anavrin. En Naguell, no todos tenían la misma opinión que su líder, para muchos, los niños de Anavrin eran solo eso, niños. Una inquietud amable se apoderó de la plaza de Niutat, no había voces ni condenas.

–Los niños podrán refugiarse en el sótano de palacio si hace falta –espetó Nirvana con algo de prisa–. Frida, Guillaume, os dejo al cargo.

Frida se atrevió a rozar el hombro de la reina, a la que temía más que nunca, con una propuesta:

–¿Por qué no activamos la coraza? –preguntó.

–No. Esa es la última opción.

–Sería como poner una X en el mapa –aseguró Antón, que estaba ansioso por reunirse con su hija y su mujer.

–Antón tiene razón. Les indicaríamos exactamente dónde estamos. –Entonces miró a Rober–. Nuestro huésped me ha pedido algo que debo cumplir de inmediato. Vosotros haced lo que tengáis que hacer, pero vigilad a estos niños.

Nirvana le hizo un gesto a Rober, para que le siguiese. A él se le dibujó una sonrisa, ¿sería verdad? Claro que sí, pensó enseguida, pero no era la generosidad de una vieja amiga la que había tomado esa decisión. Nirvana quería seguir protegiendo su secreto. Le bastaba, aunque pensase que lo mejor era acabar con toda la escoria del viejo mundo, no se encontraba con la fuerza moral suficiente. Hacía siglos que había dejado de ser su lucha.

Frida no les quitó ojo, hasta perderles al doblar una esquina. Entonces miró a Guillaume, que, agachado, hablaba a aquellos niños que parecían hormiguitas a su lado.

–... estaréis genial con Frida y conmigo. Os cuidaremos muy bien... –agudizaba su voz.

–Guillaume –la líder niutense tragó saliva–. Tienes que quedarte tú con ellos. –El viridiano se levantó de golpe, iba a protestar, pero la muchacha no le dejo hablar–. Confía en mí. Tengo algo muy importante que hacer.

El líder del bosque frunció el ceño.

–Habéis vuelto menos, y los que estáis aquí estáis distintos. ¿Qué ha pasado allí?

–No puedo contártelo –negaba con la cabeza–, pero tengo que irme.

–Y, ¿me dejarás a cargo de todos estos niños? Haces que invadan mi hogar, ¿y me dejas solo con ellos?

–Son inofensivos, Gui…

–Está bien –la interrumpió–. Solo respóndeme a algo. ¿Está mi hija viva? ¿Hemos perdido a alguien?

Frida cerró los ojos. La pregunta hizo que el recuerdo la embistiese. Dos lágrimas se precipitaron por sus mejillas. Había olvidado que Jess se había sacrificado por ellos, estaba tan obcecada, ciega con lo que Alma le había contado. Guillaume la sostuvo por los hombros, temiendo la respuesta.

–Jess –susurró al fin–. Hemos perdido a Jess.

Se hundió en sus brazos, él le acarició la melena.

–No sé por qué no hemos dicho nada –se disculpó–. Vivi está bien. Lo estaba cuando nos fuimos. –Separó su cuerpo del de su homólogo–. Pero tengo que irme. Si queremos salvarla, tengo que irme.

Se secó las lágrimas. Guillaume asintió. Quería preguntar más, cientos de cosas más, pero sabía que no era el momento. Frida aceleró el paso, y recorrió el mismo camino que momentos antes habían recorrido Rober y Nirvana. Ellos estaban ya detrás del palacio, caminaban tranquilos, nadie iba nunca a ese lugar de Tressed.

–¿Estás seguro? –preguntó la reina una vez más.

–Lo estoy. El nuevo mundo no podrá avanzar si nosotros seguimos aquí.

La mujer le puso la mano en el hombro. Comprendió la insinuación.

–Lo sé –sonrió. Una sonrisa que a Rober le pareció forzada. No era como aquella que había visto hacía unas horas frente a su celda–. Cleo y Fred siguen en Anavrin. Cuando acabe con ellos, me iré.

Él quería creerla, pero solo pudo fingirlo. No conocía a esa mujer. No había un ápice de su vieja amiga en aquella mirada.

–¿A dónde vamos?

–Solo hay un lugar en Tressed habilitado para sacar la información de un microchip sin dañar al cuerpo.

–¿El que utilizas tú?

La mujer asintió. Rober miró a su alrededor sorprendido, la zona de detrás del palacio era húmeda, vieja y oscura. Estaba repleta de sauces llorones que rodeaban un estanque sucio con un camino de piedras que sobresalían del agua. Nirvana posó sus pies en la primera, después en la segunda, y así una tras otra. Él la imitó.

–El sistema está bloqueado con una clave biométrica, pero yo no tengo acceso –suspiró–. Temía que los cuerpos en los que me hospedo me boicotearan, por eso le cedo la clave a alguien de confianza. –Al final del camino de piedras, había dos celdas grandes y oxidadas, a Rober le dio un escalofrío al ver a un hombre dentro de una de ellas. Estaba encogido, hecho una bola en el suelo–. En esta ocasión, la verdad le superó.

–¿Quién es?

–Depende. Ahora es mi hermano. Ha sido mi hijo. Y mi tataratataranieto. No lo sé.

–¿Qué ha hecho?

–Intentó matarme.

Rober se detuvo un segundo, preguntándose si el hombre tendría motivos reales para haberlo intentado. Miró a Nirvana, solo alcanzó a ver su espalda, y fue suficiente como para sentir un escalofrío. ¿Qué hacía ese chico ahí tirado, en esas condiciones? Agitó la cabeza y siguió caminando. Le sorprendía más la tranquilidad con la que Nirvana hablaba, que el intento de magnicidio. Tras cruzar el camino de piedras, Nirvana mantuvo una distancia prudente respecto a la celda. ¿Le tenía miedo? ¿O se sentía superior?

–Sandro. Soy yo. Mírame.

El chico reconoció la voz al instante, la de su querida hermana. Una voz dulce que, desde el traspaso de la corona, se había teñido de soberbia. No hizo ningún esfuerzo. Tenía los ojos abiertos, pero miraban a un punto fijo en la oxidada pared de esa celda.

–Sandro, te devolveré a Vana –entonces el chico la miró, y vio al hombre a su lado–. Nos iremos todos. La escoria del viejo mundo. Pero primero tienes que ayudarnos.

No la creía, al principio cargó de desprecio su mirada, quería escupir en su dirección. Llevaba días ahí tirado, sin comida, sin bebida. Cuando vinieron a buscarle para esconderse en el búnker, él se negó. Los naguelianos no se sentirían seguros con un asesino frustrado en el búnker. Quería que le creyesen, pero ni siquiera había intentado contar la verdad. No le salían las palabras, tan bien enseñado estaba desde pequeño a guardar ese secreto. Al principio, giró su rostro para escupirla, para abalanzarse sobre las rejas e intentar morderla, pero la sopresa de ese inesperado acompañante ahogó su odio. ¿Quién era ese hombre? No parecía un tressediano, nunca lo había visto. Pero tampoco parecía un anavriano sin propósitos, y de serlo, ¿qué hacía allí? Se arrastró en su dirección, aún les separaban los barrotes.

–Rober es amigo mío, del viejo mundo.

Los ojos de Sandro se abrieron como platos. Le temía y fascinaba a partes iguales. Rober hizo un gesto con la mano, indicando a Nirvana que le dejase a él, se agachó hasta ponerse a la altura de Sandro. Por primera vez en siglos, era él quien estaba al otro lado de los barrotes.

–La eternidad no me ha tratado bien. –La mirada de aquel hombre atravesó el cuerpo endeble de Sandro–. Estoy deseando morir –susurró.

No parecía mentir, no parecía obligado, quería morir. Sandro le entendía, se había sentido así los últimos días. Un hombre harto de la vida eterna, de eso que había podrido a Nirvana primera y a su familia. Lo había leído también en libros, el viejo mundo estaba obsesionado con vivir para siempre, y a ese señor no se le antojaba aquel sueño. Le parecía genial, que acabase con su vida. Uno menos. La escoria del viejo mundo tendría que haber muerto hacía siglos, respiraba fuerte, en su cabeza el pensamiento de aquel hombre muriendo de diferentes formas cogía fuerza. Le daba placer, le daba rabia. Ni siquiera le conocía, pero el viejo mundo… ¡ah!, el viejo mundo. Lo odiaba. Odiaba a Nirvana, y para él, Rober era uno más. Un demonio. Si se quería morir, que se matase ya, ¿a qué esperaba? ¿Por qué no lo había hecho hacía 200 años? ¡Que se fuese y se llevase a Nirvana con él! Les odiaba. Pero… ¿por qué habían venido a buscarle?

–Pues mátate –le dijo por fin, y volvió a apartar la mirada.

Rober miró a Nirvana, y luego al chico.

–Pero este cuerpo no me pertenece –replicó. Vio en el rostro del joven que no sabía de lo que hablaba. Volvió a mirar a Nirvana–. Quiero que su verdadero dueño viva lo que le queda. Quiero que elimines mis datos del microchip de su cabeza.

Sandro torció el gesto. No entendía nada.

–Pero… ¿eso…?

–Se puede hacer –concluyó Nirvana–. No lo sabe –dijo mirando a Rober–. Cree que solo se pueden pasar de un cuerpo a otro. Pero puedes pasarlo a un ordenador, y eliminarlo –eso último se lo explicó a su hermano, hijo, tataratataranieto.

A Sandro los ojos se le hicieron enormes, casi no le cabía en la cara la expresión. Un recuerdo asaltó su mente, el de la última vez que vio a Vana antes del traspaso de la corona. Recordó cómo esta lloraba en la sala del piano, le confesó que estaba asustada, temía por Tressed porque aunque ella no estaba destinada a gobernar esa tierra, se había imaginado miles de veces cómo lo haría. Desde muy pequeña, Vana intentó demostrarle a su madre, o a la mujer en el cuerpo de su madre, sus capacidades como líder. Fue la primera de las princesas que desde bien joven se apuntó a los entrenamientos de Viridi para saber luchar y poder desarrollar una estrategia de guerra si fuese necesario. Conocía todas las armas y cómo usarlas, porque también pasaba tiempo en los laboratorios de Niutat diseñando y creando artilugios de última generación, y había sido scout y había encontrado materiales con los que Tressed ni siquiera había soñado. Conocía a la perfección la fauna y la flora dentro y fuera de las fronteras, sabía que más allá de Tressed nuevas plantas habían evolucionado y las había estudiado con detenimiento; sabía que las hojas de las *rémolas* segregaban un líquido capaz de cicatrizar cualquier herida a gran velocidad, y que los frutos de las *perfas* ayudaban a dormir mejor. Margarita la había acompañado en varias ocasiones a conocer las enormes serpientes que reinaban en el desierto, y las había visitado incluso en solitario sin que nadie lo supiera. Se bañó en las aguas de distintos mares, que ya no conservaban los nombres de antes, porque ahora habían cambiado, eran más cálidos, más profundos y más amplios, y nadó con otros scouts hasta alguna isla con tortugas enormes y pájaros con un largo pico que utilizaban para alimentarse de insectos que vivían bajo la

tierra. Entonces Vana era tan solo una niña y se trajo en un bote un puñado de esos bichitos, y así fue como Tressed introdujo en su cultura una nueva fuente de alimentación, cualquier sabor novedoso les parecía un manjar y allí había muchos bichos, pero hasta que Vana no vio a un pájaro comerse una lombriz, nadie pensó que podrían ser un alimento. Aprendió a leer rápido, y a escribir poco después, y el tiempo libre lo invertía en conocer mejor el viejo mundo, y se involucró por voluntad propia y tras mucha insistencia en las misiones que estudiaban Anavrin. Una vez se fue un tiempo y cuando volvió le dijo que no podía desvelarle nada de su misión aún, pero que había sido increíble. Sandro le preguntó que cuándo podría contárselo y ella se encogió de hombros, los dos sabían que pronto Vana entraría en un sueño para siempre, pero desde esa misión su rostro había recuperado la luz que había perdido cuando, después de prepararse para ser una gran líder, Nirvana le advirtió de que ese no era su destino. Horas antes del traspaso, cuando se la encontró llorando, su luz se había vuelto a apagar.

–No me quiero ir –sollozaba–. Me gusta este lugar, todos dicen que hacía tiempo que una reina no se preparaba como lo he hecho yo. El pueblo está contento. ¿Por qué no lo ve Nirvana? Sandro, ¿tú no crees que sería buena reina? –Él le acariciaba el pelo.

–Claro que lo creo. Eres valiente, inteligente y dulce. –Con su mano en la barbilla de la chica, le giró el rostro para que se viera en el espejo. Como si de un solo vistazo se confirmasen todos esos calificativos–. Eres mi persona favorita de Tressed –dijo riéndose. Vana se veía reflejada, y sentía que ese rostro ya no le pertenecía. Su destino estaba escrito–. Pero hay una cosa que no has sabido ver. –Entonces Vana dejó de mirarse a sí misma, y miró con atención a su hermano, esperando esa revelación–. Nirvana no está dispuesta a renunciar a la juventud a la que ya se ha acostumbrado. No creo que piense que seas una mala líder, creo que no le interesa que lo seas.

Sí, por supuesto que Vana era consciente de eso, pero prefirió ignorarlo. Las palabras de su hermano hicieron que Vana se desprendiese al completo de su identidad. Si Nirvana primera iba a deshumanizarla en cuestión de horas, ella lo haría primero.

–No podemos permitírselo. –Cogió las manos de Sandro–. Prométemelo. Si su tiranía pone en peligro a mi reino, acabarás con las dos.

El chico se soltó, y solo pudo susurrar su nombre.

–Ya es tarde para evitar el traspaso de esta noche. Yo ya me voy a dormir, y la próxima vez que me despierte será para morir. ¿Qué importa que eso no ocurra? ¿Que me muera antes? Mi vida ya ha terminado. –De nuevo las lágrimas se deslizaron por sus mejillas–. Sandro, prométeme que acabarás con las dos.

Le secó las lágrimas, a la vez que aguantaba las suyas, y asintió. Fue la última vez que vio a Vana sonreír. Pero eso ya no era necesario, recuperaría a su hermana. Borraría de su cabeza a Nirvana primera, para siempre.

X. La Colmena

Vivi se había metido en un callejón sin salida. Llevaba horas escondida en aquella habitación que ahora estaba llena de guardias, con Onna al mando, a la caza de Tressed. Se había escondido en el conducto de ventilación, pero no quería irse a ninguna parte porque sentía que era los ojos de su gente, que desde allí podría ver cómo se tramaba todo. Aguantó un primer suspiro cuando las bombas cayeron sobre la base Leber diecinueve, puede que ya no estuviesen allí, pensó. Un hombre de blanco entró en la sala y se dirigió a Onna con unos papeles.

–El informe.

–¿Bajas? –preguntó la mujer. No tenía intención de leerse el papeleo.

–Cuatro. –Vivi se tapó la boca. Leila, su marido y sus hijos, pensó. Ya habrían vuelto de su viaje.

Vivi no pudo evitar sentirse aliviada, y eso le llenó de culpa.

–¿Y el resto? –preguntó enfurecida.

–Han vuelto a huir por los túneles subterráneos. Pero hay más… –se apresuró a decir el chico al ver que la mujer acumulaba tensión en la mandíbula–. Hay un patrón. La mayoría de los túneles rodean un área. –Le enseñó el plano en los informes–. Creemos que…

–Es ahí –sentenció Onna–. Ya sabéis lo que hay que hacer. Preparad la carga.

Esta vez Vivi no pudo ahogar el grito. Una ligera negación se escuchó en toda la sala. Con retraso, se tapó la boca, pero muchos miraban ya al techo preguntándose de dónde había salido. Onna hizo un gesto con el dedo para que todos guardaran silencio, entonces Vivi, asustada, empezó a reptar hacia atrás, quiso ser sigilosa, pero el miedo la hizo torpe. Onna señaló al conducto de ventilación.

–Atrapadla –ordenó. Y un grupo de guardias salió de la sala para seguir el ruido que Vivi hacía.

En cuestión de segundos, volvieron con la chica sujetada por dos de ellos. Se intentaba zafar, en la cara mostraba ya signos de haber recibido algún golpe. A Onna se le dibujó una sonrisa en el rostro al ver a su nueva presa. Le acarició la mejilla, Vivi tenía el ceño fruncido y exigía ser liberada.

–¿Qué tenemos aquí? –dijo Onna–. Nos vas a venir muy bien. –Le golpeó la cabeza y la dejó inconsciente en brazos de aquellos hombres–. No le toquéis ni un pelo más –exigió a sus guardias–. Encerradla.

XI. La coraza

Nirvana entró primero en palacio, le siguió Sandro, con las manos atadas a la espalda, andaba encorvado, descargando en su mirada el odio que estaba acabando con su cordura, y tras él, Rober, que no le quitaba ojo, e iba con los brazos tensos, preparados por si tenía que coger a aquel muchacho, que apenas tenía fuerzas, al vuelo. Y aún más atrás, estaba Frida. Se había escondido tras el tronco de uno de los sauces llorones, aceleró el paso cuando la puerta de palacio se cerró, no podía perderlos de vista.

El verdadero traspaso de la corona, o del microchip, se hacía en una sala secreta, tras una enorme cortina roja que había al final de un largo pasillo del palacio. Tras ella había una puerta, y una rampa que bajaba y bajaba en caracol hasta llegar a un pequeño habitáculo frío, con dos sillas, cables y ordenadores que iluminaban sutilmente el lugar. Rober se sentó en una de las sillas, Nirvana sacó una aguja de un paquete sin abrir, la colocó al final de uno de los cables, y se la clavó en la nuca, él emitió un leve sonido de queja. Después, la reina cogió con brusquedad a Sandro, lo situó frente a una de las pantallas y le advirtió que no intentase nada, no era el momento y todo esto acabaría pronto, garantizó. En una mano empuñaba una daga, que había elevado hasta situar la hoja a un milímetro del cuello del muchacho, y con la otra, le soltó un brazo, e hizo un gesto con la cabeza. Sandro no la miró, puso su dedo en una plataforma, que brilló con el tacto del mismo, y después se inclinó un poco, una luz salió de una cámara y escaneó su rostro. Todo se iluminó en verde. Nirvana volvió a atarle, y de un empujón mandó al chico a la esquina de esa pequeña habitación. Empezó a teclear y los archivos de Rober comenzaron a borrarse, eran pesados, siglos de recuerdos, no sería un proceso rápido. En la pantalla las imágenes saltaban de una época a otra, se vio a sí misma desde los ojos de su viejo amigo, ese cuerpo

que ya había olvidado, esa sonrisa, ese brillo en los ojos, esa dulzura e inocencia en la que ya no se reconocía. ¿Cuándo había dejado de ser ella? ¿En el primer traspaso de la corona? ¿Cuando abandonó Londres? ¿Cuando decidió formar parte de ese Olimpo que iba a decidir quién vivía y quién moría? ¿O después? Culpaba a esa Nirvana del pasado de tantas cosas, que apartó la vista, y pronto las imágenes se volvieron monótonas.

–Deberías irte tú también –escuchó tras ella. La paz en el rostro de Rober iluminaba el ambiente. Ella le miró–. Ya es hora de dejar al nuevo mundo avanzar. Nosotros solo hemos empeorado las cosas. Libérate –miró a Sandro–, siéntate, deja que borre tus recuerdos. Es tan satisfactorio –sonreía.

–Lo haré. Pero aún no. Aún quedan Fred y Cleo.

En la pantalla, el 50 % del proceso se había completado. Rober estaba tranquilo, pero le perturbaba irse sabiendo que ellos se quedaban. En la esquina, Sandro aprovechó la conversación para intentar aflojar sutilmente las cuerdas que aprisionaban sus muñecas, pero no lo conseguía.

–¿Estás segura? –Nirvana se rio y frunció el ceño. Un 'claro' casi ilegible salió de entre sus dientes–. ¿Sabías acaso que seguíamos vivos?

–Sabía que Cleo lo estaría. Pensaba que Max también. –Se acercó a Rober–. Todos ansiaban esa vida eterna.

–¿Y tú no la ansías? –El tono de Rober era desafiante. Sandro observaba la escena desde esa esquina, sus brazos se movían tras su espalda, pero ninguno se fijaba en él.

–Yo ansío acabar con Cleo. –Desde que despegaron en ese avión, el llanto de aquel bebé se había vuelto la banda sonora de los pensamientos de Nirvana. Todo ese tiempo sin saber que había niños, recién nacidos, infancias y maternidades secuestradas, y ¿para

qué? Nada de ese lugar tenía sentido, había humanos, pero ni rastro de humanidad.

La barra de la pantalla ocupaba ya el 80 %.

–Cleo y tú sois iguales. Dos tiranas enganchadas a la eterna juventud –dijo al fin con rabia.

Un rotundo 'no' salió de la boca de Nirvana. Una negativa contundente que contrastó con su mirada, perdida. No, pensó una y otra vez. No era comparable. No, no, se justificaba, en Tressed eran libres, y la necesitaban para asegurarse esa libertad. Tal y como Margarita había dicho, mientras siguiesen escondidos, esta causa era de todos. No era ni parecido a lo que Cleo hacía, siendo la pastora de un rebaño inútil, una abeja reina, una dictadora. ¿Era Cleo feliz? ¿Lo era ella? No importaba si ella era o no feliz, su motivación era distinta, se repetía, lo hacía por su gente. Pero Cleo no tenía gente. Once hijos a los que ni siquiera amamantó, un marido al que ni siquiera hacía caso, un hermano que prefirió acabar con su vida, y un amigo encerrado con una doble condena: la celda y la vida eterna. No, no. ¡No tenían nada que ver! Y lo gritó:

–¡No vuelvas a decir eso! ¡No tenemos nada que ver! –Y sin darse cuenta, se había abalanzado sobre aquel hombre, que ya era él de nuevo en un 98 %. Le agarró del cuello, presionó, y este emitía sonidos de dolor, no alcanzaba a coger aire, y su mirada era cada vez más infantil. Un niño en un cuerpo de adulto que al despertar se vio sin aire. El miedo irracional hizo que su cabeza se golpease contra la de aquella mujer que desquiciada le estaba ahogando. Nirvana le soltó, entonces el hombre le dio un puñetazo que hizo que esta cayera al suelo como una pluma.

El hombre gritaba, con un movimiento brusco desconectó su nuca de aquel cable, gritó más, estaba asustado. Frida salió de la oscuridad que gobernaba en la rampa, desenfundó una daga y cortó las cuerdas de Sandro. A este no le dio tiempo a sorprenderse, a

preguntarle a la niutense qué hacía allí, abrió un cajón lleno de jeringuillas, cogió una y se la clavó al hombre. Su agitada respiración se ralentizó, pero su miedo se potenció aún más en sus ojos. Otra vez le pesaba el cuerpo, otra vez no tenía su control, volvía a sumergirse en un sueño. Se desplomó.

Por un instante el silencio se volvió la mejor sensación que Frida y Sandro habían sentido en mucho tiempo, y lo disfrutaron, lo disfrutaron un segundo que se les hizo eterno, para después mirarse, abrazarse, y quedarse así otro segundo, que también fue eterno, eternamente reconfortante. Después se separaron, Frida le cogió el rostro con las manos.

–¿Estás bien?

–Mejor que nunca –suspiró–. Vamos a recuperar a Vana.

Agarró el cuerpo de la que pronto volvería a ser su hermana, y con las pocas fuerzas que aún le quedaban lo levantó hasta tumbarlo en la otra silla. Sacó una aguja nueva de un paquete y la introdujo al final de uno de los cables, que le clavó en la nuca. Con su huella dactilar y su rostro, los ordenadores volvieron al punto de inicio. Localizó el código de Nirvana primera, un archivo tan pesado como el de Rober, y sin más dilación, lo eliminó.

–Quítale esa corona –dijo con desprecio justo cuando le dio al botón de *enter*.

De nuevo una barra que se completaba lentamente ocupaba toda la pantalla. Frida cogió la corona y la lanzó lejos, como si estuviese maldita. Sabía que era ese entramado de cables y metales lo que había protegido a Nirvana primera en cada salto. Se golpeó las palmas de las manos un par de veces, como si así las desinfectase tras haber tocado aquel objeto.

–Mira esto… –dijo Sandro señalando otra de las pantallas–. Hay un archivo con el nombre de Vana. Los recuerdos de las herederas nunca se guardan, no hace falta.

–¿De cuándo son?

Sandro abrió el archivo y las imágenes se emitieron en la pantalla. Edificios blancos y dorados, personas con ropa en tonos neutros caminaban al mismo ritmo, las imágenes no desprendían olor, pero en cuanto las vio, a Frida todo le olió a cítrico. Era el núcleo.

–¿Cuándo ha estado tu hermana en el núcleo?

–La misión –susurró Sandro–. No sabía que había sido en el núcleo. Ese no es su cuerpo –reparó al verla reflejada en un cristal.

En la otra pantalla, las imágenes saltaban de una época a otra: la Nirvana del viejo mundo cuando era niña, cuando era adulta, cuando dio su primer discurso en Tressed, cuando dio a luz a su primera hija, cuando le hizo una cirugía poco intrusiva en su cabeza para introducirle el microchip que, más adelante, la permitiría iniciar esa vida eterna que estaba llegando a su fin, cuando celebró el primer traspaso a la corona y convenció a todos de que esa tradición era un sacrificio para que el pueblo confiase en ella, y a cada traspaso de la corona, la mirada de la nueva Nirvana se volvía cada vez más fría, y pasaban los minutos, y lo que no se veía en esas imágenes era lo que la chica sentía, se podía deducir de su reflejo en los cristales, de sus diálogos, ya apenas sentía cosas más allá de la rabia y la venganza. Y lo último que vio fue a Sandro atado en aquella esquina, justo antes de caer al suelo con los párpados cerrados, unos párpados que se volverían a abrir y serían la ventana de otra conciencia, la de una chica risueña, dulce y fuerte, la reina que Tressed añoraba, a la que todos querían.

–¿No ha funcionado? ¿Dónde está Nirvana? –Vana se despertó, estaba asustada, desconcertada. Frida y Sandro se giraron, ambos con una sonrisa al ver que Vana había vuelto. Sandro se acercó y le cogió la mano.

–Ha funcionado. –Le acarició la mejilla–. Nirvana ya no está.

El ruido de una explosión les borró la sonrisa.

–¿Qué es eso? –preguntó la reina.

Se escucharon más explosiones y las alarmas empezaron a sonar en Tressed.

XII. Ella era el Big Bang

Un grito desgarrador despertó a Alma. Thibauth negaba con la cabeza mientras las lágrimas recorrían sin control sus mejillas. No, decía, Jess no. Lo siento, escuchó salir de sus oídos. Reconoció el susurro, era la voz de Vivi, que al despertarse del golpe dentro de una celda, se puso en contacto con la señal de Tressed más cercana que encontró. Alma conectó su pinganillo:

–¿Vivi? ¿Me oyes?

–¡Alma! –escuchó. No supo diferenciar si el tono era de alegría, pena, piedad.

–¿Qué ha pasado? ¿Dónde estás? –se atrevió a preguntar.

–Sigo en el núcleo… –susurró con hastío y rabia–. Estoy en una celda.

–¿Cómo?

–Alma, escúchame. Han matado a Jess –le costó decirlo tanto como la primera vez. Alma miró a Thibauth apenada, entendía aquel grito desgarrador que la había despertado. Mientras Vivi seguía hablando, ella se acercó y le hundió en sus pequeños brazos que apenas abarcaban los músculos de aquel viridiano. Él seguía sollozando. No, Jess no, repetía–. Tenemos que encontrar a Cleo y detenerla. He conseguido acceder a la red de este sitio, pero no puedo modificar nada al no ser el punto principal, y…

–¿Qué pasa? –Los nervios golpeaban a Alma como a un saco de boxeo. Thibauth respiraba cada vez más lento y más hondo.

–He buscado los códigos con más años de antigüedad. Está el de Fred, y el de Rober, pero… –Vivi hizo una breve pausa–, el de Cleo no está.

A Alma se le escapó una pequeña risa que contenía rabia. No era idiota, ¿cómo iba a guardar su código con el de todos y arriesgarse a que un fallo tecnológico acabase con su vida? No lo iba a tener

guardado en la red principal, pero entonces, ¿dónde? Cleo no era una estrella más en el cielo, si estas desaparecían daba igual, ella era el Big Bang, el origen, no podía desaparecer.

–Tenemos que seguir, Thibauth. –El hombre se levantó y se secó las lágrimas con la manga, después asintió. La rabia sustituyó a la pena–. Puede que Elisa sepa cómo detenerla. O dónde está su código.

Ya estaba amaneciendo. El sol artificial se llevaba consigo aquello que a Alma tanto le importaba, un cielo estrellado que nadie disfrutaba en Anavrin, porque nadie, excepto ella, levantaba la cabeza para mirar. Se lo debía a Max, que rompió su código, dejó que cientos de cosas desconocidas asaltasen su mente en masa hasta romperla a ella también, y de todo eso, algo se quedó, supuso que sería ese amor por las estrellas. Se lo debía a Marlen, que volvió a plantar en ella esa semilla de curiosidad, que le planteaba preguntas sin respuesta que la hacían pasar noches en vela, hasta que una se durmió y se despertó en la periferia. A ellos también se lo debía, pues le dieron una sensación de libertad que aún no conocía. Y a Thibauth, a Vana, a Tressed, por abrirle las puertas de su casa. Y lo que más deseaba Alma, era que todo Anavrin levantase la cabeza y mirase las estrellas, y eso era lo que iba a conseguir.

En Anavrin las calles aún estaban vacías, como aquel lugar se regía por el orden, el bienestar y la estabilidad, todos despertaban a la misma hora y salían de sus casas a la vez. Y cuando no estaban fuera, sus vehículos descansaban en la acera sin protección, nada era de nadie, y todo era de todos. Thibauth se encaprichó con una moto que les llevaría más rápido a la periferia, y sería más seguro que montar en lanzadera, que aún estarían vigiladas.

–No tenemos pantalla de Anavrin –contempló Alma–. No podrás arrancarla.

El hombre esbozó una media sonrisa e hizo un chasquido con la boca. Retiró una tapa que, bajo el manillar, escondía varios cables.

Arrancó un par sin que Alma atisbase duda en su rostro, como si ella hubiese absorbido la plenitud de ese sentimiento. No entendía qué hacía el viridiano. Este juntó los cables, saltaron chispas y el motor se encendió.

–¿Cómo?

Después levantó el asiento y sacó dos cascos, le lanzó uno a Alma y con un gesto le cedió el volante.

–¿Me llevas?

XIII. JUDAS

En la periferia, la pantalla de Elisa sonó, como en el resto de habitaciones de Anavrin. Era la hora de despertarse. Su piso era modesto, como todos en la zona roja, compuesto por tres espacios, el más diminuto era el baño que colindaba con el dormitorio. La cama era para una sola persona, tenía una mesita, un burro con prendas de abrigo colgadas y una cómoda con cuatro cajones. Le seguía la última estancia, que daba a su vez a la calle, era una pequeña salita con un microondas, una nevera pequeña y una estantería y un par de sillones. No había cocina, en Anavrin la comida te llegaba en *tuppers* a diario. Los muebles eran viejos, las paredes estaban desgastadas, la periferia no era estética. La luz del salón se colaba por debajo de la puerta, qué raro, pensó, jamás se dejaba la luz encendida. Se desperezó y se levantó de la cama. Bebió del vaso de agua que tenía en la mesita y abrió la puerta sin sospechar que al otro lado tenía visita. Sentada en el sillón, Cleo ojeaba uno de esos ejemplares. A Elisa le recorrió un escalofrío, se frotó los ojos, no supo qué decir. La última vez que la había visto no habitaba ese cuerpo, pero su presencia era inconfundible. Convertía el entorno en un lugar frío y distante, su postura no era la de un anavriano normal, era altiva, rígida, soberbia ¿Sería un sueño?

–Creía que había eliminado todos estos libros, al menos en el interior de la muralla, y a excepción, por supuesto, de la habitación de Max. Esa fue su condición, ¿sabes? Que no le privase de sus libros, sus discos, sus películas, que le dejase traer del viejo mundo lo más importante: la cultura. Porque la cultura es lo que nos representa, decía. Yo insistía en que en el nuevo mundo no nos iba a representar, y él… –dejó de mirar aquel libro para mirar a su hija que físicamente ya la superaba en edad–, él decía que tarde o temprano nos representaría. Que no podíamos huir de lo que éramos, simples

humanos, que lo mío, decía, eran delirios de grandeza, y que cuando estuviese perdida, ojease algún libro. Me dio permiso. Y llevo tanto tiempo perdida, tanto tiempo buscándolo –cerró el libro y lo alzó, era una edición de *Narnia: la bruja, el león y el armario*– y lo tenías tú. –Se levantó–. Era mi libro favorito cuando era una niña. Te lo dio él, ¿verdad? –Elisa asintió, la rigidez de su cuerpo se acentuaba a medida que su madre se acercaba–. Un Judas. Eso es lo que ha sido mi hermano –alzó la voz–. Estos son los libros que volvieron loca a Telma, ¿lo sabías? –Volvió a asentir–. Por eso te fuiste, por locura.

–Esos libros me abrieron los ojos, era la última esperanza de Max –confesó Elisa –. La lectura ayuda a la gente de la periferia, y todos quieren leer más y más. Por eso encontramos la forma de conseguir más libros. –Los hombros se le relajaron, como si se hubiese quitado un peso de encima.

–¿Qué quieres decir? –Cleo cerró el libro de golpe.

–Los visitantes. –Las palabras le salían de la boca sin miramientos, como si llevase tiempo queriendo confesar a su madre la verdad, haciéndole entender que sigilosamente había sido la reina rival, y que estaba a punto de hacer jaque mate–. Ellos nos traían libros y a cambio les dábamos la poca información que teníamos.

–¡Judas! –Cleo se abalanzó sobre ella y la agarró del cuello–. Otro Judas. ¿Sabías que había otra sociedad más allá de la muralla?

Elisa se zafó de las manos de su madre.

–Cuando yo llegué aquí, algunos ya lo sabían. Pero seguían absorbidos por tu orden y tus normas. Les tenían miedo. –Elisa tenía el pelo despeinado, le tapaba parte del rostro, que se le arrugaba por el enfado y la sensación de poder. La espalda de cada una de ellas chocaba contra la pared opuesta de la diminuta habitación. Respiraban hondo y con rapidez. Cleo se mordía el interior de la mejilla esperando el momento de volver a abalanzarse sobre ella–. El primer día que vi a uno me acerqué. Y él supo también que yo no era

una anavriana cualquiera, le pedí libros. Le enseñé el que me estaba leyendo, *Al faro* de Virginia Woolf. No lo tenía, así que le dije que si me traía uno nuevo, se lo cambiaría. –Cleo escuchaba con atención aquello que le hubiera gustado saber hacía tiempo–. Me ofreció irme con él, cruzar la muralla. Pero no podía hacer eso y dejar a toda esta gente a tu merced –dijo con un sonoro desprecio–. Por eso les ofrecí libros a todos, y todos leían y les encantaba, y eso les despertó. No se volvieron locos como Telma, ni eligieron la soledad como Nico. Los libros nos convirtieron en una comunidad consciente. Si te ven –señaló a su madre, tenía los ojos abiertos como platos–, sabrán que no eres de aquí, y si descubren quién eres, acabarán contigo.

Cleo se rio con esa última confesión.

–Nadie en Anavrin sabe quién soy, o qué soy. Creen que lo que les dirige es un ente, una tecnología superior a ellos, no alguien de carne y hueso.

Elisa dio un paso al frente. El odio la había hecho más alta, se sentía enorme. Veía a Cleo como una hormiga, diminuta. Tanto tiempo teniéndole miedo…

–He leído sobre las religiones del viejo mundo, sé cómo funcionan –se expresaba con una calma impostada–. Juegan con el miedo, con la incertidumbre. Siempre había un representante, alguien encargado de lavar el cerebro a sus súbditos y de mantener esa creencia generación tras generación. Pero la muerte era igual para todos, ellos sí eran de carne y hueso. –Otro paso más, y aún se hizo más grande–. Tu deseo de vivir eternamente es lo que te hace indigna. Un buen líder gobierna sabiendo que algún día dejará de hacerlo. Si sabes que gobernarás siempre, ¿cuándo lo harás bien?

Los primeros rayos de luz del amanecer artificial se colaron por la ventana que estaba al lado de Cleo. Iluminaron su rostro, que intentaba ocultar la sorpresa de todo aquello que Elisa le estaba revelando. ¿Cuándo había perdido el control sobre sus hijos? Veía a

Elisa tan mayor, el tiempo se había vuelto irrelevante para ella, pero el reloj avanzaba, sobre todo en la periferia.

–Tú les entregaste a la chica, ¿verdad? –Había bajado la guardia. Se había acomodado en la eterna juventud. Cada vez que invadía un nuevo cuerpo, joven, bello, a su elección, se alejaba de esa Cleo siempre alerta. Dos siglos de calma habían sido suficientes para que las orejas tiesas de la mujer cayesen, el correteo a sus espaldas dejó de aterrarla al quinto hijo. Pero no era idiota, de nuevo con el cuchillo entre los dientes, empezó a encajar las confesiones de Elisa como si del puzle más sencillo se tratase. Aún no había perdido la partida.

–No hables de ella como si no tuviese nombre. Debería llamarse Amapola. –La rabia de Elisa era el reflejo de que aún quedaba algo de humanidad en Anavrin, en los anavrianos. Se le quebraba la voz–. La abandonaste. Y a su madre también.

Dos voces se colaron por la ventana, se dirigían a la casa. Cleo desenfundó una pistola.

–A su madre le di todo y se comportó como una pejiguera.

Disparó el arma.

XIV. Amapola nunca sería Amapola

Fue en ese edificio, el primero de esa urbe/país, en el que a decenas de cuerpos dormidos se les implantó un microchip, y al que no accedieron los nanomosquitos, el corazón de Anavrin, el corazón del núcleo, donde se tomaron las decisiones para construir el nuevo mundo, y en ese lugar también se empezó a gestar el origen del fin. Max debilitó Anavrin desde dentro. Lo hizo con Alma, y lo hizo también con sus sobrinos. Una enloqueció, otro huyó, pero Elisa decidió seguir el legado de su tío en la periferia. Allí ofrecía libros, y la lectura le ayudaba a crecer y a sanar del dolor que le había provocado aquel escándalo que la hizo huir.

Cuando Elisa era aún una niña, solía visitar a su tío para que le enseñase más cosas prohibidas, le pusiese alguna canción, alguna película, le dejase jugar con alguno de los superhéroes que cuidadosamente colocaba en sus estantes. El día que Max iba a abandonarles, la pequeña entró en su cuarto sin llamar, en su cama había una mujer inconsciente y el chico miró a la niña con la cara descompuesta, la saludó intentando ocultar su tristeza.

–Tío Max, ¿quién es?

–Una amiga.

–¿Por qué estás triste? –Él simuló una sonrisa.

–Porque está enferma, Elisa. Y lo está por mi culpa.

Él estaba arrodillado, a la altura de la niña que no entendía nada, no sabía que las enfermedades podían tener culpables y le parecía que la mujer solo dormía. Más desconcertantes fueron las siguientes palabras del muchacho.

–Elisa, no dejes de leer nunca. Podrás entrar aquí siempre que quieras, aunque yo no esté, ¿entendido?

–¿Por qué no ibas a estar? –No se puede estar en otro lugar, pensó la niña. Más allá de Anavrin no había nada.

–Venga, escoge un libro, no puedes estar más aquí. Mi amiga tiene que descansar.

La niña se acercó a la estantería, Max negó con la cabeza al ver que quería coger libros para mayores, y ella se sonrojó al ver interrumpida su picardía. La redirigió a la sección infantil.

–Estos podrás leerlos en unos años. Prométeme que lo harás. –La niña asintió y Max le revolvió el pelo.

Salió contenta con su libro y no miró atrás, fue la última vez que vio a su tío. Horas después, Cleo encontraría a una mujer desplomada frente a la celda de Rober. La chica tenía el microchip chamuscado, pero estaba viva, dio la voz de alarma y un grupo de guardias la llevó al departamento médico. Cleo, con un físico nórdico, melena rubia y ondulada, tez pálida y ojos claros, había ido a ver a Rober en busca de respuestas, se había encontrado a su hermano tendido en el suelo, su archivo había sido borrado y no se podía recuperar, le había saltado un aviso en su pantalla y cuando fue a buscar a Max, ya era demasiado tarde. Llevaba tiempo preocupada, siempre había temido que algo así ocurriese, que ese fuera el destino de su hermano, nunca llegó a reconfortarle ese lugar, pero los últimos días algo había cambiado en su mirada, más activo, más feliz, más predispuesto a la vida en Anavrin. Rober, mudo, no contestó a ninguna de las preguntas, tampoco las referidas a aquella mujer o si ambos sucesos tenían relación, ¿qué castigo podía esperarle?

Las pruebas médicas no explicaban por qué aquel microchip se había fundido, de él no habían podido sacar ninguna pista, no quedaba nada de la información descargada anteriormente y tampoco sabían a dónde había saltado, Cleo le encargó a Onna un registro de los saltos en las últimas horas. Estaban relacionados, pensó, esa chica desconocida tenía algo que ver con el suicidio de Max. El resultado de una de las pruebas médicas arrojó algo de luz

sobre el asunto, todo conjeturas, esa mujer estaba embarazada, ¿podía ser de Max? ¿Podían estar… enamorados?, pensó Cleo, su hermano siempre había sido un romántico, ¿qué había hecho? Con la muerte de Max aún reciente, a Cleo se le ablandó el corazón, tal vez quisiese un hijo, tal vez si le hubiese escuchado… Silvia le preguntó a su madre qué hacer con ese bebé, y ella la miró frunciendo el ceño.

–Ese bebé es tu primo. –La chica estaba desconcertada.

La mujer estaba tendida en una cama al otro lado de un cristal, y en una habitación Silvia y Cleo observaban los resultados de las pruebas. A la sexta hija le había sorprendido la confesión de su madre.

–¿Es hijo del tío Max? –Cleo asintió, y le explicó su hipótesis.

A los siete meses nació una niña, y Cleo la llamó Ofelia, porque a Max siempre le había gustado Shakespeare. Elisa, que aún era una niña, unos cinco años mayor que Ofelia, jugaba a cuidarla, y la cuidó y la cuidó hasta que ella ya era algo mayor y se hicieron amigas. La última de las hijas de Cleo le hablaba a su prima de su padre, se colaban en su habitación y leían y leían libros, siempre estaban juntas, y se hicieron adolescentes, y cuando la pequeña tenía ya 14 años y la mayor 19, seguían siendo uña y carne, siempre juntas, y cuando no lo estaban, Elisa sabía a dónde iba Ofelia. Al principio parecía que Cleo no quería a ninguno de sus hijos en especial, pero todo cambió cuando Ofelia llegó al mundo, a esa pequeña niña la trataba con desdén, le hacía sentir inferior a los otros once muchachos, algunos ya muy mayores y en su tercer o cuarto cuerpo. Ofelia nunca podía hacer nada, ni tenía un futuro en aquella torre, cuidar a niños, eso tendría que hacer, no podría ser médica, ni informática, mucho menos militar, Cleo solo la regañaba y le pedía que se comportase, te hemos dado una oportunidad, decía una y otra vez, no hagas que me arrepienta. Así que cuando no estaba con Elisa, estaba con Remo, un cuidador que rozaba los 30 y que se había

enamorado, decía él, de aquella niña. Le enseñaba lo que hacían los cuidadores, recorría con ella todos los pasillos del ala este, y en algún que otro recoveco de ese edificio le enseñaba otras cosas, cosas que Ofelia había leído en libros o visto en películas, cosas que hacían enrojecer sus mejillas por el calor, que hacían cerrar sus ojos entre gemidos y que erizaban su piel, cosas que le gustaba que Remo le enseñase, pero no le enseñó las consecuencias que esas cosas podían tener. ¿De dónde vienen los niños? Y Ofelia vomitaba y no sabía qué le pasaba y no se encontraba bien, Elisa le acompañó a ver a Silvia creyendo que estaba enferma y cuando la muchacha le hizo las pruebas…

–¡Oh, madre mía! ¡Ofelia! ¿Qué has hecho? –Y ella no sabía lo que había hecho–. Cleo no puede saberlo, se pondrá como una furia. ¡Oh, madre mía! –Le cogió de la muñeca nerviosa y se la zarandeó–. ¿Quién ha sido? Dímelo. –Pero la niña seguía sin saber a qué se refería.

–Remo. Ha sido Remo –dijo Elisa, que era algo más lista y había visto a Ofelia venir al mundo–. Pasan mucho tiempo juntos, ha sido él. Es un cuidador del ala este. ¡Ella no lo sabía, ella no sabe nada!

La chica se interpuso entre su hermana mayor, y su prima, a la que estaba a punto de azotar, para impedirlo. Alzaba las manos mientras confesaba todo lo que sabía tras meses observando.

–Es un escándalo –se repetía la mayor, si Cleo se enteraba de esto quién sabía de lo que sería capaz–. No podéis contárselo a nadie. No puedes ver a Remo nunca más, ¿me has oído? –Volvió a zarandear a la niña que asentía asustada, con lágrimas en los ojos.

–¿Qué me pasa? –preguntó–. ¿Me voy a morir?

–Morirás si Cleo se entera –le dijo–. No exagero, te matará. Estás embarazada, dentro de ti crece un niño, Ofelia. ¡Lo tenemos prohibido y lo sabes!

–Pero, ¿cómo? ¿Por qué? ¿Es Jesús? Lo leí en un libro. –Silvia la hizo callar de una bofetada. La niña estaba asustada, no sabía cómo algo así había pasado. ¿Cómo iba a evitarlo?

–Es por esas cosas que haces con Remo, no te hagas la tonta. –¿Qué cosas?, se preguntaba ella. De todo lo que había hecho con Remo, ¿qué había provocado eso?–. No vuelvas a verle. Nos tendremos que ir, te llevaré al este, pero no podemos decirle nada de esto a Cleo. Es un secreto, ¿me lo prometéis?

Las dos jóvenes asintieron. Las semanas pasaban y la tripa de Ofelia crecía despacio. Antes de que se le notase, Silvia le ordenó hacer las maletas y se la llevó a la periferia del este, pero Elisa se quedó en el núcleo. No puedo llevaros a las dos, le confesó, pero a Cleo le ha parecido buena idea que me lleve a Ofelia, dice que ahí será útil, explicó. Los meses pasaban y Elisa y Ofelia se llamaban y la segunda le enseñaba a la primera cómo cambiaba su cuerpo, le asustaba el parto, Silvia le había contado cosas aterradoras sobre ese momento, pero más le asustaba volver al núcleo con aquel bebé en brazos, Silvia decía una y otra vez que era un escándalo, que Cleo jamás la perdonaría, que solo el bebé le ablandaría el corazón, que por eso había que esperar para volver. Y nació la pequeña Amapola, y la primera del núcleo en verla fue Elisa a través de una pantalla, y vio la felicidad de Ofelia en su cara, ya no tenía miedo, tampoco de volver, Cleo no podría resistirse a Amapola, tan pequeña, tan bonita, le perdonaría todo. Pero Cleo ya había tenido en sus brazos a demasiados bebés, la ternura le rebotaba como las balas, no le rebotó la cólera en la que entró cuando vio llegar a Silvia con Ofelia y un bebé en brazos, se le subió la temperatura del cuerpo, ¿de dónde había salido esa criatura?, Ofelia se señaló la tripa y entonces el guantazo le puso el rostro de perfil. Silvia le explicó todo, le dijo que quería evitar el escándalo, que por eso se la llevó, que ahora Amapola sería un bebé más, y entonces Cleo suspiró, Silvia le quitó a Ofelia el

bebé de las manos, y unos guardias se llevaron a la joven a la que Elisa nunca más volvió a ver. Ofelia gritaba el nombre de su niña desesperada, lloraba mientras la llevaban a rastras, todo era muy confuso para ella, y también para Elisa, que se quedó petrificada viendo la escena. Amapola desapareció igualmente, se perdió en ese edificio, caja fuerte del lado más oscuro de Anavrin, no se supo tampoco nada más de Remo ni de los hombres cuidadores, todos se esfumaron de aquella torre de un día para otro. Cleo le pidió explicaciones, y él insistía, era amor, es una niña, le contestaba ella enfurecida, le has robado su libertad, su adolescencia, es una niña. Es amor, repetía él, y Cleo enfurecida le agarró del cuello, de una niña no te puedes enamorar, pero Remo lo había leído en los libros, había leído historias que se parecían a la que él quería tener con Ofelia, porque en el viejo mundo había hombres machistas que sexualizaban a las niñas, durante años utilizaron como arma la cultura, *Lolita*, o los cuadros pederastas de Pedro Sáenz, o la sexualización de Natalie Portman en *León*, y muchos otros ejemplos que hacían de aquel mundo un mundo oscuro que caminaba hacia su autodestrucción, porque estaba gobernado por señores que pensaban mucho en el imperio romano, pero las niñas, decía Cleo, impasible, ahogando a aquel hombre, las niñas tienen que hacer lo que hacen las niñas, jugar tranquilas, sin la mirada masculina acosándolas, y el hombre dejó de patalear, también de respirar. Ya solo quedarían mujeres a cargo de los niños.

Y en un acto de rebeldía, la hermana pequeña cogió sus cosas y se fue a la periferia. Su madre, que nunca quiso especialmente a esos niños, no la detuvo, le advirtió que ya volvería con el rabo entre las piernas, y volvía de vez en cuando a por más libros del viejo mundo y se volvía a marchar, y las conciencias adormecidas de la periferia se despertaban agitadas por la curiosidad de esas historias, algunas tan fantásticas con dragones y mazmorras, otras aburridas, de

autoficción, una autoficción que no cabía en aquel territorio, una cotidianidad ajena a la monótona vida del anavriano. Y leían y leían, pero no se sublevaban, no levantaban sospechas.

De vez en cuando, Elisa viajaba a otros puntos de Anavrin colindantes con la muralla para asegurarse de que la falta de recursos no asfixiaba a esos pueblos, les llevaba también material del viejo mundo, de la habitación de Max o de los intercambios con los visitantes, a veces se encontraba a su hermana Silvia y a su equipo médico, o a sus hermanos Onna, Twill, Travis, con otros militares anavrianos, y un día le llamó la atención el rostro de una muchacha, Ofelia, se dijo, pero no podía ser, ella ya había crecido y esa chica seguía siendo joven, como la última vez que la vio. Amapola, pensó, la han convertido en un cuerpo más controlado por un huésped digital, se parece tanto a su madre, se decía. Se acercó, la muchacha no la reconoció, claro que no, era una extraña en un cuerpo conocido. Amapola nunca había llegado a ser Amapola, no había tenido la oportunidad de leer los libros que leyó su madre, tras esa puerta negra de El Origen una voz le narró los textos sagrados de Anavrin, la convenció de que su misión era entregar su cuerpo a la causa, la convirtió en una niña de Anavrin más, en un continente sobre el que descargar datos, en una conciencia adormecida imposible ya de despertar. Amapola nunca sería Amapola.

Elisa no pensó en cómo salvarla, no había nada que salvar, volvió a la periferia con el corazón encogido, era igual que su madre, e igual que su abuela, dos mujeres condenadas por tener descendencia, dos mujeres condenadas para que Amapola fuese libre, y Amapola no existía. Ese dolor, el que se clavaba en el pecho de Elisa, era un dolor que los anavrianos no sentían, porque no tenían conciencia, pero en la periferia cada vez estaban más despiertos, por eso el suministro de cerveza era infinito y gratuito, para que ahogasen sus penas en el bar. Allí, tras la barra, Mark comenzó a servir una jarra nada más ver a la

mujer entrar. En un taburete estaba sentado Thibauth, había venido de visita. El tressediano tenía que pedirles un favor, eran órdenes directas de su reina, la cosa iba a cambiar, decía, y no había nada que Elisa desease más en ese momento. Thibauth sacó de su chaqueta una pantalla, la que Antón utilizaba habitualmente para todo, y le enseñó a Elisa el código de aquella muchacha que vivía en el núcleo, pero que había entrado en El Origen alguna vez.

–Han borrado todos sus recuerdos dentro de La Colmena. Es raro, ¿verdad? Creemos que podemos recuperarlos en Tressed, pero para eso necesitamos forzar su salto aquí. Para que yo pueda llevármela.

–¿Queréis sacar a una anavriana de Anavrin? –Elisa comenzó a reírse–. Puede que las cosas sí que vayan a cambiar.

Cogió aquella extraña pantalla, mucho más gruesa que los rectángulos de Anavrin, y miró las fechas en las que ese perfil había estado en El Origen. Ella era una niña, pero no podía decirlo en alto, no podía confesar que venía de aquella imponente torre y que probablemente hubiese coincidido con esa mujer, entonces vio la última fecha, el último día que las coordenadas habían situado a ese perfil en el núcleo. No puede ser, pensó, nunca olvidaría esa fecha, era el día en que su tío se había ido para siempre. Esa mujer, la que estaba tumbada, enferma, a Elisa ya se le había olvidado que ese día fue el primero que supo que Ofelia, su fiel amiga, venía en camino. Y después Amapola, y todas con la misma cara, y ninguna había podido ser libre. ¿Y si es ella?, pensó, ¿y si el código que buscan es el que su tío Max alteró? Entonces recuperarían los recuerdos, ¿y si el código saltase al cuerpo de Amapola?, si tengo razón, pensaba, verán que Amapola y esa mujer son iguales, querrán saber por qué, verán que hay niños en Anavrin, vendrán a rescatarlos. Como un puzzle, el plan de Elisa encajaba pieza por pieza a la perfección.

–Esta pantalla no forma parte del sistema de Anavrin, podré usarla para forzar el salto sin que lo rastreen. Dámela, ven en unas semanas y el cuerpo que hospede este código estará aquí.

–¿Me devolverás eso también?

–Claro –hizo una breve pausa–. Thibauth, haced que las cosas cambien. Yo he intentado despertar a este lugar, pero el sueño de algunos es imperturbable.

Primero Max, luego Elisa y luego los visitantes, uno solo no habría podido prender la mecha que, como un dominó, haría que los acontecimientos agitasen los cimientos de ese lugar. Y Max ya no estaba, y Cleo acababa de disparar a su hija menor en el hombro, acabaría con ella, ya todo dependía de los visitantes, los tressedianos. Thibauth y Alma entraron deprisa en la casa, tiraron la puerta abajo.

XV. Dos conciencias: una artificial y otra dormida

Esa noche había sido la más larga y oscura de Tressed, y amaneció silenciosa. Las calles ya iluminadas estaban vacías, todos habían corrido a refugiarse bajo tierra al escuchar las alarmas. La mayoría lo hizo en el búnker del viejo mundo, y el resto, con los niños de Anavrin, se escondió en la parte más subterránea del palacio. Allí, Vana intentaba tranquilizarles, eran sus primeros minutos como reina consciente, y por primera vez en la historia del nuevo mundo Tressed había sido bombardeada. Los dos primeros misiles impactaron en los viñedos.

Vana recuperó su cuerpo y no tuvo tiempo ni para acostumbrarse. Tampoco lo necesitaba, para ella había pasado un instante desde la última vez que caminó con esas piernas. Se alzó rápidamente y subió con Frida y Sandro la rampa a toda prisa, casi volando, tras dejar al anavriano inconsciente en el suelo. En los pasillos del palacio la gente corría de un lado a otro.

–Hay que activar la coraza –ordenó Vana.

La coraza era un escudo metálico del tamaño de Tressed y convertía el territorio en un armadillo a cubierto. Frenaría el impacto de las bombas, pero le daría a Anavrin la localización exacta, el tamaño, todo. A esas alturas, era la única alternativa. Solo había un problema, se activaba desde los laboratorios de Niutat. Los tres corrieron a la puerta de entrada y bajaron las escaleras hasta la plaza, iban a contracorriente, golpeándose con todos los tressedianos que impulsados por el pánico se agolpaban a las puertas de aquel edificio que iba a ser su refugio. Ya habían sido alertados hacía un par de horas de lo que podía pasar, se les había indicado dónde esconderse, algunos estaban preparando recursos para pasar los próximos días bajo tierra, otros aún confiaban en que Tressed fuese imposible de

encontrar. Pero habían cometido demasiados errores, habían entrado en la boca del lobo y cientos de drones habían rastreado el desierto. Frida, Vana y Sandro no eran los únicos que corrían en otra dirección, Antón se chocó con ellos, estaba nervioso, agitado.

–¡Llevo una hora buscándoos! –Tenía los ojos llorosos.

–Tenemos que activar la coraza –ordenó Vana, pero el chico negó con la cabeza.

–He dejado a Anita sola.

Frida se tapó la boca con las manos para ocultar su sorpresa. Antón volvió a coger carrerilla, le había pedido a la niña que no saliese hasta que volviese, estaba sola porque su madre era médico, y todos los naguelianos con una profesión sanitaria habían jurado que se quedarían en el hospital por si necesitaban sus servicios, y ahora él no sabía si la niña estaría en casa, si asustada habría salido corriendo, si alguien habría escuchado sus gritos y la habría puesto a salvo. No sabía nada. El corazón se le salía del pecho, adelantó a sus amigos, que le seguían con la mirada, las mismas preguntas retumbaban en sus cabezas, Anita era tan pequeña. Entonces Antón se detuvo en seco y se arrodilló, Frida se apretó aún más la boca, Vana siguió con sus ojos el tercer misil que acababa de atravesar la membrana invisible que cubría Tressed, y Sandro corrió en esa dirección, la misma a la que se dirigía Antón hacía unos instantes, le cogió de la camiseta y tiró de él, no podían quedarse quietos. La explosión retumbó en toda la plaza, pero el grito desesperado de Antón se escuchó por encima. El tercer misil había impactado en un bloque de edificios de Niutat. Ellos dos, y otros viridianos, corrieron para socorrer a las víctimas, Antón desquiciado retiraba escombros en busca de Anita. El tiempo parecía haberse detenido, pero solo habían pasado segundos desde el tercer impacto y la plaza ya se había llenado de ambulancias. Algunos miraban a Vana, esperando que su reina hiciese, dijese algo. Cogió a Frida del brazo y tiró de ella

en dirección al laboratorio. De nuevo el tiempo parecía de mentira, no sentían que con cada zancada acortasen la distancia. Solo tenían que cruzar la plaza, entrar en el edificio, subir dos plantas y activar el escudo. Un cuarto misil cayó en el bosque, incendiando una zona del mismo. Los pocos animales que aún albergaba el terreno salieron de entre los árboles en estampida. Vana alcanzó el pomo, y justo antes de abrir, una explosión a sus espaldas hizo que el cuerpo se estrellase contra la puerta y que esta se derrumbase con parte de la pared. En el suelo, una nube de polvo evitaba que viese más allá, se sentía pesada, como si algo se le hubiese caído encima, tosió, para quitarse de dentro todo lo que la detonación le había introducido. Le rodeaban escombros, le sangraba la frente, volvió a toser y llamó a Frida, no obtuvo respuesta. A su alrededor escuchaba los sonidos enlatados, las sirenas de las ambulancias que llegaban a la plaza sonaban muy lejanas. Volvió a llamar a Frida, nada. Intentó moverse, pero algo le pesaba, algo había caído sobre ella. Cuando el polvo comenzó a disiparse, consiguió darse la vuelta. Eso que tanto pesaba sobre ella era su amiga, que se interpuso entre su espalda y la explosión que se produjo a unos metros de ambas. Agarró su rostro dormido, aún caliente, y volvió a gritar su nombre. Abrazó su cuerpo inerte y gritó su nombre más fuerte. Ordenó a la líder niutense que se despertase, la tumbó a su lado con cuidado y la zarandeó, pero ya era demasiado tarde. El miedo invadió a Vana, ¿y si no estaba preparada para ser reina? Frida ya no respiraba. Podía haber pedido ayuda, pero en ese tiempo, más bombas podían caer, y más tressedianos podían quedarse atrapados bajo nuevos escombros. Tragó saliva, aun sin apartar la vista del cuerpo de su amiga, cerró los ojos, le pidió perdón en silencio y la dejó ahí tendida. Frida ya estaba muerta, no había nada que hacer. Y el tiempo empezó a ir rápido, como su corazón, como sus zancadas, que esquivaban los trozos de pared que habían sepultado parte de las escaleras. Cuando por fin llegó al

ordenador principal, tecleó *coraza* y le dio a *enter*. Una armadura impenetrable cubrió de lado a lado a Tressed, que estaba ya sumido en el caos. Si era de día o era de noche, dejó de importar.

Un ejército de anavrianos cruzaba el desierto, la coraza les había dado la localización exacta y Tressed no podría esconderse bajo ese mecanismo de defensa para siempre. Las órdenes, provenientes del núcleo, las daba Onna, la hija mayor a la que Cleo le había concedido el control mientras ella intentaba descubrir, enfrentandose a la menor, cómo todo se le había ido de las manos. Alma y Thibauth escucharon el disparo desde las escaleras, aceleraron el ritmo y al entrar vieron que el brazo de Elisa sangraba, y que frente a ella, Cleo esbozaba una ligera sonrisa que ni siquiera intentó ocultar. Thibauth fue directo a socorrer a su amiga, y en un instante el arma había cambiado de objetivo. Cleo estaba a contraluz, en Anavrin el sol ya iluminaba la periferia, donde los días duraban más porque había más trabajo que hacer. Su pistola señalaba a Alma, que aún estaba cerca de la puerta de entrada. No le daba miedo la muerte, llevaba un tiempo reflexionando si realmente podía decirse de los anavrianos que estaban vivos. Solo eran un código.

–Qué bien que hayas venido –dijo Cleo impasible–. Me vas a ahorrar mucho tiempo.

–Ya no te queda de eso –susurró Elisa entre quejidos, y estiró el brazo que aún tenía intacto con el puño cerrado. Lo abrió, y de su dedo corazón pendía un colgante. Cleo se llevó la mano al cuello, su rostro expresó el mayor de los horrores. Susurró un par de noes y la pistola volvió a apuntar a Elisa.

La expresión de Cleo la había delatado. Lo que Elisa tenía en su poder tenía que ser tan valioso como su propia vida. Entonces el viridiano lo adivinó.

–¿Es su código? –preguntó Thibauth.

–¡Devuélvemelo! –exigió. Sus rasgos se habían afilado, todo su rostro estaba arrugado, y el miedo poseía su mirada–. No sabéis lo que estáis haciendo. –Elisa le dio el colgante a Thibauth, y no entendía por qué su madre no había vuelto a disparar. Esta bajó el arma–. Soy una bomba –espetó–. Si modificáis algo de mi código, mi microchip explotará. Os llevaré conmigo.

Se miraron, pero no con sorpresa, sino con incertidumbre. Se esperaban cualquier cosa de esa mujer. Vivi aguardaba al otro lado del auricular a que conectasen esa estructura que colgaba del collar a la red de Anavrin para poder borrar a Cleo del mapa. Desde la celda del núcleo escuchaba lo que ocurría. Thibauth se apretó la oreja:

–¿Vivi? ¿Es eso verdad?

–No puedo saberlo –respondió la muchacha–. Es decisión vuestra.

Elisa no dudó un instante. Toda su vida había girado en torno a un único propósito y sabía que la de Thibauth también, sobre todo después de que Cleo hubiese matado a Jess a sangre fría. Se miraron y asintieron, tampoco temían por Alma, su código estaba seguro en El Origen de Anavrin, podrían recuperarla. Sacó su pantalla de Anavrin y conectó el *pendrive* que Cleo se había encargado de custodiar siempre. En el viejo mundo era un simple collar, su amuleto, en el nuevo lo había convertido en su salvavidas. Al conectarlo, sonó otro disparo, y luego otro, y otro más. Todos impactaron en Elisa, que usó su último esfuerzo en darle al botón de eliminar. Thibauth le arrebató la pantalla y se la lanzó a Alma, que salió corriendo de la casa, escaleras abajo, saltando los escalones de dos en dos. Cleo pretendió ir tras ella, pero Thibauth lo evitó con su cuerpo. Ambos cayeron al suelo, y en el forcejeo otro disparo atravesó el abdomen del viridiano. Entonces, un pitido comenzó a salir de la cabeza de Cleo, que tenía el peso de aquel hombre sobre ella.

–Se acabó –susurró él, evitando que se levantase con todo el peso de su cuerpo.

–No –Cleo intentaba quitárselo de encima–. No, no –dijo una vez más, con lágrimas brotando de sus ojos.

Alma escuchó la explosión ya en la calle, justo cuando iba a girar la esquina. Se detuvo, no pudo evitar girarse, la casa de Elisa estaba en llamas, los cristales de la ventana habían caído al suelo, a unos diez metros de donde estaba ella. Se le encogió el corazón, y a su vez, una sensación de alivio inundó su cuerpo. En la pantalla, el código de Cleo aún se estaba borrando, cuando terminase tendría que destruir el *pendrive*.

Los cuerpos que Cleo elegía, los configuraba de forma distinta. Cubría el microchip con un detonador, para asegurarse de que si algo le pasaba, los causantes también morirían. Por eso siempre llevaba con ella el collar, era una narcisista de manual. Así, si daba el salto, el cuerpo que había sido suyo, no sería de nadie más. Pero lo que hacía de ella un ser aún más despreciable, era algo que ocurriría a la vez a kilómetros de distancia, en el núcleo. Cuando la cabeza de Cleo, sepultada bajo Thibauth, comenzó a pitar, lo hizo también la de Fred. Este estaba sentado en el salón del ala oeste con sus hijos Serena y Eija, los más holgazanes, pero a su vez, los únicos que no se sentían superiores a su padre, los únicos que pasaban tiempo con él.

–Oh, no –murmuró Fred dejando su café sobre la mesa.

–¿Qué pasa, papá? –preguntó Eija.

–Vuestra madre… –suspiró. No parecía preocupado por lo que iba a pasarle a él, sino por lo que eso significaba. Cleo podría estar muerta. Sus hijos, en cambio, estaban preocupados por lo que podía pasarles a ellos. El pitido que salía del interior de su padre era muy confuso. Este se hizo más fuerte, y la cabeza de Fred explotó.

La explosión hizo saltar las alarmas de El Origen de Anavrin una vez más. Las celdas que retenían a mujeres embarazadas, a madres

con sus recién nacidos y a Vivi, abrieron sus puertas. Estas no se movieron, no salieron del habitáculo que las retenía, nadie les había explicado nunca que esa alarma significaba que había que evacuar el edificio. A Vivi, sin embargo, no le hizo falta una explicación. En cuanto la puerta de su celda se abrió, la chica saltó al exterior con la agilidad de un viridiano, lo llevaba en la sangre al fin y al cabo. Dejó atrás ese lugar, el más oscuro y siniestro en el que había estado, a sabiendas de que aquellas mujeres no la seguirían, y si algo podía hacer ella, no era allí. La puerta se cerró, y las luces del pasillo se encendían intentando seguir el ritmo de aquella muchacha que corría como nunca antes lo había hecho. Había escuchado una explosión a través del pinganillo y, poco después, otra más cerca, y había perdido el contacto con los suyos. Nadie corría en Anavrin, excepto en la torre, porque el ruido de esas alarmas había alertado a todos los *sinchip* que había en ella. Vivi era una más en aquel frenético caos, pero sus piernas habían tomado un camino muy distinto. Cuando al fin se puso en contacto con Alma, supo que tenía que alcanzar el punto más alto de aquel lugar, el motor de esa urbe, o de ese país.

–Ya está –escuchó al otro lado de su pinganillo. El mensaje le llegaba entrecortado, con mucho ruido–. ¿Me recibes? ¿Vivi? –asintió sin dejar de correr escaleras arriba–. El código de Cleo se ha borrado por completo. Ya está.

–Recibido. Voy a asegurarme de que no quede ningún rastro en el sistema principal.

Escuchó la respiración entrecortada de Alma al otro lado. Pudo sentir a través de sus oídos el alivio agridulce que consumía a la chica. Compartían esa sensación, la del nudo en el pecho, el esfuerzo casi mecánico por el que ambas se aguantaban las lágrimas. Vivi no estaba ahí, pero se lo imaginaba. Y por fin Alma se lo susurró.

–Thibauth… –buscaba las palabras. ¿Qué palabras? No había forma sencilla de contar algo así–. Elisa… –añadió.

Vivi se detuvo un momento. Quería abrazarla.

–Me lo imaginaba –respondió tras coger una gran bocanada de aire. La anavriana rompió a llorar. Su cuerpo se desplomó hasta acurrucarse en el suelo con la pantalla de Anavrin que pertenecía a Elisa aún en sus manos. En la periferia hacía frío, pero Alma temblaba de pena y de culpa, por sentirse tan bien como mal. En el núcleo, Vivi se secó una lágrima rebelde que había conseguido atravesar la coraza que activó al escaparse de esa celda gracias a la alarma, se quitó el pinganillo del oído. No podía escuchar ese llanto, tenía que seguir.

Las alarmas habían detenido los ascensores de aquella torre de 133 pisos. Y aunque las celdas no estaban en la planta baja, a Vivi ya casi no le quedaba aire en los pulmones de subir escalón a escalón. Cuando por fin llegó a esa enorme sala circular rodeada por cristaleras, se dio cuenta de que todos habían huido ya, no se detuvo a observar las pantallas que hasta hacía unos minutos tenían un ejército de espectadores, se dirigió a la columna central y conecto su tecnología, algo más obsoleta en diseño, pero más avanzada en ciberseguridad, al sistema. Eliminó cualquier rastro de Cleo, o del borrado de la misma en la pantalla de Anavrin. Y suspiró. Fue solo un instante lo que duró su calma, porque cuando levantó la mirada para observar lo que mostraban aquellas pantallas, reparó en que Tressed había activado la coraza. Cientos de drones revoloteaban a su alrededor emitiendo desde distintos ángulos la ubicación del territorio, o del metal que lo cubría. El pulso se le volvió a acelerar, ¿qué habría pasado allí durante la noche? Y en la arena, un ejército de anavrianos había comenzado ya a rodear a aquel gigante armadillo inerte al que llamaba hogar.

–Vaya, vaya… –la voz de una mujer la sorprendió. Era la mujer rubia de melena corta que la había encerrado, Onna–. ¿No te han dicho que escaparte de una celda está mal? –le apuntaba con un arma.

Vivi se dio la vuelta, dejando tras ella los ordenadores principales y la columna que albergaba el sistema central. Sus ojos saltaban de las pantallas que colgaban del techo a la mujer de forma intermitente. Y, ¿ahora qué? Pensó la niutense.

XVI. Bajas

12 en el edificio niutense. 3 eran niños. Uno de ellos era Anita.
3 en el bosque. Soldados viridianos.
4 en la plaza. Civiles niutenses. Una de ellas Frida, la líder de Niutat.

Vana leía el balance de víctimas escrito en un papel. Estaba manchado de la sangre que brotaba de sus dedos, ya sin uñas, todos mordisqueados. Los cuerpos que consiguieron rescatar yacían cubiertos con una sábana en la plaza de Niutat, que estaba destrozada. El bosque ya no ardía, y algunos naguelianos aún se escondían en el búnker, ajenos a lo que había ocurrido fuera. Las cámaras de seguridad de la coraza advertían que el territorio estaba siendo rodeado, y Vana, que llevaba poco más que unas horas de reinado, de auténtico reinado, sabía que solo podía esperar. Sus esperanzas estaban puestas en los tressedianos que aún estaban en Anavrin. Y las esperanzas de su pueblo estaban puestas en ella, pues aún creían que llevaba semanas reinando, y así debía seguir siendo, aunque le doliese comenzar su reinado con una mentira, se prometió que sería la última. Sandro también creyó que esa sería la mejor opción, puso a su hermana al día de lo ocurrido, le explicó que aquellos niños que Naguell no pensaba acoger eran niños de Anavrin. Vana, que los veía tan pequeños, sentía piedad.

–¿Qué hacemos con ellos? –dijo Guillaume señalando a los cuerpos inertes. Vana tenía la mirada clavada en la manta que cubría el pequeño cuerpo de Anita. El bulto de al lado, más largo, era el de Frida. Antón estaba arrodillado al lado de su hija, su mujer lloraba sobre sus rodillas. A él ya no le quedaban lágrimas, su mirada estaba perdida. Diecinueve bultos yacían a la espera de un adiós que aún no

podía ser digno. La reina cogió aire y sin dejar de mirar a aquella familia rota, dio lo que ella sabría que fue su primera orden.

–Llevadlos a las neveras del laboratorio. No podemos despedirles con un ejército rodeando nuestro hogar ahí fuera.

Guillaume asintió y ordenó a Margarita y a otros viridianos seguir esa orden. Antón se encargó de llevar él mismo el cuerpo de Anita.

XVII. Niños soldados

En lo alto de La Colmena a Vivi le sudaba la frente. Nunca se había arrepentido de renunciar a sus raíces viridianas hasta ese momento. No era una guerrera, era una científica. Repasó en un instante sus últimos movimientos, ¿qué la había llevado a que una mujer la apuntase con una pistola? ¿A estar sola en aquella torre que siempre habían temido? ¿Qué pensaría su padre de ella si ese fuese su final? ¿Se sentiría Frida culpable por dejar que se quedase a abrir esa puerta? ¿La recordarían como una heroína? ¿O darían por sentado que ni siquiera luchó? Y una vez muerta, ¿la encontrarían ahí arriba? La mujer tecleó en uno de los ordenadores que tenía cerca sin dejar de apuntar a Vivi con el arma, y la alarma cesó.

–Me he asustado cuando he escuchado la alarma –dijo la mujer–. Pero ahora que sé que has sido tú estoy mucho más tranquila. –Se acercó poco a poco a la niutense–. Tengo que volver a encerrarte –vaciló–. A mamá le encantará verte en esa celda –la agarró fuerte del brazo.

Entonces Vivi frunció el ceño y se dio cuenta de que la mujer no tenía ni idea de lo que había ocurrido. Por miedo o desesperación, la chica no pudo contener una carcajada. El desconcierto tiñó el rostro de Onna.

–¿De qué te ríes? –volvió a apuntarle con el arma. Esta vez mucho más cerca.

–Es que yo no hice saltar las alarmas –susurró. Después la miró fijamente a los ojos y alzó un poco la voz–. Y Cleo ya no está –añadió serena.

Onna arrugó el rostro. No quiso creer lo que acababa de oír, pero un escalofrío recorrió todo su cuerpo. Golpeó a Vivi con el arma, y del impacto esta cayó al suelo. Si la extranjera esa no había hecho sonar las alarmas, ¿qué lo había provocado? Sabía que no

encontraría a Cleo en el sistema, así que buscó a su padre. Onna golpeó la mesa hasta tres veces, el código de Fred había saltado por los aires junto con el de dos de sus hermanos que estaban cerca de él. Sabía que si eso había ocurrido, solo quería decir una cosa, que el de su madre también había explotado. En la pantalla, seguían apareciendo frases, números, coordenadas, otra explosión se había registrado segundos antes en la periferia. Un grito cargado de rabia salió de la boca de Onna, ¿cómo habían descubierto dónde ocultaba su madre el archivo de su código? Elisa, pensó. Solo podía ser ella. Se giró con brusquedad, su rostro era aterrador, miró al suelo y pronunció un amenazante 'tú', pero no había nadie. El cuerpo de Vivi tendría que estar ahí tendido, aturdido, sangrando por la frente, pero Onna se había distraído demasiado tiempo. Cuando se dio cuenta de que la muchacha se había escapado, sintió un pinchazo en la yugular, le agarró la mano, pero ya era tarde. Sus pupilas se dilataron, ¿estaban perdiendo? Orden, bienestar y estabilidad, ya no quedaba nada de eso. El sonido de su cuerpo chocando contra el suelo resonó en toda la habitación.

–¿Sabes, Onna? No me caes nada bien. –En el suelo, Onna llegó a escuchar la confesión justo antes de perder el conocimiento. Vivi se agachó y le arrebató la pistola. Disparó hasta cuatro veces contra el cuerpo apretando fuerte su mandíbula–. Esto es por Jess.

Se le escapó una lágrima, pero la rabia no le permitió sentirla. La tensión se acumulaba en su cuerpo, cuando esto terminase saldría como un remolino que arrasaría con cualquier cosa, pero mientras tanto, se acumulaba en su cuerpo, y era ella quien se sentía capaz de embestir al mundo. Hacía unos minutos, se daba por muerta.

–Vamos a jugar –dijo en voz alta, aunque nadie pudiese oírla. Activó de nuevo su pinganillo y se apoderó de la tecnología de Anavrin. En todas las pantallas de aquella urbe, país, desde el núcleo hasta el lugar más recóndito de la periferia, se veía una orden de

busca y captura acompañada de imágenes de todos los hijos de Cleo que aún vivían. Twill, Travis, Ford, Fiona, Silvia, Nico y Telma. Lo acompañó de un aviso, toda la información de estas personas se había borrado del sistema central, así que si intentaban saltar a otro cuerpo, sería como cometer un suicidio. Después rastreó los microchips de todos los soldados que rodeaban Tressed, y los apagó. Decenas de soldados desorientados se miraron los unos a los otros. De repente eran niños, eran la conciencia de esos cuerpos que tanto tiempo llevaba dormida y que al despertar se había visto rodeada de arena.

Al activar la coraza, Tressed dejaba de ser un secreto. Vivi utilizó las bases Leber como repetidores para hacerles llegar un mensaje.

Hemos ganado. No hay peligro. Soldados inofensivos, niños en cuerpos de adulto. Os esperamos aquí.

¿Quiénes esperaban *aquí*? Solo Alma y ella. No pudo decir más, vio el cuerpo inerte de Onna por última vez y salió corriendo de aquella habitación.

El mensaje llegó, la coraza se abrió, y la cúpula tecnológica que ocultaba a Tressed volvió a iluminar el territorio con un sol artificial. Un grupo de viridianos se encargó de devolver a los soldados con mente de niños a aquella urbe o país, a aquel lugar al que solos no sabían volver. A los anavrianos que vigilaban la muralla también les desconcertó esa escena, la de sus iguales volviendo a un lugar con el rostro perdido, y la de forasteros, lo sabían por sus ropas y por su actitud, dirigiendo a esos soldados como si de un rebaño de ovejas se tratase. La muralla de Anavrin se abrió.

En la periferia, la noticia corrió como la pólvora. Mark se dirigió a la puerta de la muralla con otros periféricos. El rumor llegó a la barra de su taberna en distintas versiones, todas ellas alarmantes. Los vecinos hablaban de invasión, de castigo divino, decían que aquel

edificio que supuestamente controlaba todo se había enfadado, que los anavrianos estaban enloqueciendo, no entendían por qué decenas de soldados entraban por esa puerta que nunca antes habían visto abierta. El grupo de periféricos no llegó a comprobarlo, Mark los detuvo de camino al encontrarse a Alma aún hecha un ovillo.

–¡Alma! ¿Qué haces aquí? –El murmullo entre sus acompañantes hizo que esta levantase la mirada. Mark giró el rostro de la chica a un lado y a otro en busca de heridas–. ¿Estás bien? ¿Qué te pasa?

Alma le cedió la pantalla de Elisa.

–Hemos ganado –susurró, y forzó una sonrisa–. Hemos perdido a Elisa y a Thibauth. Pero hemos ganado. El Origen de Anavrin ha caído.

Mark sonrió, pero en sus ojos Alma pudo ver que la victoria le sabía amarga. En Anavrin no estaban acostumbrados a la muerte, por eso el grupo de periféricos que acompañaba a Mark celebraba la victoria.

–¡El Origen de Anavrin ha caído!

Corrían por las calles asegurándose de que todo el mundo escuchara la noticia y se hiciese eco de la misma.

–¡Somos libres! ¡El Origen ha caído!

Mark pellizcó la mejilla de Alma y se puso en pie. Corrió con el resto. La periferia este había ganado porque habían leído sobre el viejo mundo y conocían la libertad. Alma se preguntaba si el resto de Anavrin también había ganado, si nunca se habían sentido perdidos.

XVIII. Marlen

El entierro de todos los tressedianos que habían fallecido en la guerra fue conjunto. Se celebró un par de días después de la caída, en el norte, cerca del mar, y en la lista incluyeron a Elisa. Fue una ceremonia pública, todo Tressed y buena parte de la periferia asistieron. Luna, la hija de Jess y Thibauth, lloraba a sus padres, Antón a su hija, y los anavrianos aún intentaban comprender qué suponía la pérdida de Elisa. Nunca formó parte del sistema de Anavrin, se negó a ser un código, nació y murió en el mismo cuerpo, pero aunque hubiese registrado sus datos en la tecnología anavriana, no podrían haberla revivido, lo primero que hizo Vana al liberar a aquella gente fue prohibir los saltos. Y el fin de los saltos suponía el fin de esa vida eterna que no habían podido disfrutar. Los códigos, los perfiles que se apoderaban de conciencias inocentes, no tenían ya copia de seguridad, la muerte era desde ese momento una realidad entre los anavrianos.

Se había construido una estructura de madera sobre la que yacían ahora los cuerpos, cubiertos de flores. Al ritmo de la música tradicional de Tressed, un grupo de viridianos depositó la estructura en el océano y el agua se llevó lentamente los cuerpos. Desde hacía ya dos días, Anavrin y Tressed eran un solo territorio, y el primero tendría que adaptarse paulatinamente a las costumbres del segundo. El segundo, insistía Vana, también tendría que aprender a comprender al primero, a ser flexible, el proceso iba a ser largo. Esa ceremonia serviría para cerrar heridas e iniciar una nueva era. Vana y Alma observaban la estructura alejarse juntas, aún no habían podido hablar.

–Gracias –dijo la reina–. Sé que tú alertaste a Frida. –Cogió aire y miró a Alma–. ¿Me ayudarás? A gobernar Anavrin. Juntas lo haremos mejor. ¿No crees? –añadió tímidamente.

A Alma le sorprendió la propuesta. Supo que Vana había vuelto porque su mera presencia le calentaba las mejillas, su tono le erizaba la piel, y su mirada volvía a tratarla con dulzura.

–Anavrin es muy grande –dijo medio riendo. Después echó un vistazo a los periféricos, a Mark–. Por suerte, conozco a gente que podrá ayudarnos. –Le puso la mano en el hombro–. No lo harás sola –aseguró–. Gobernar nunca debería ser algo de una sola persona.

El cuerpo de Vana se destensó con las palabras de Alma. Solo ella y Sandro sabían que realmente nunca llegó a ser reina de Tressed hasta el último momento. Pero sería reina de Anavrin y de Tressed, y lo haría con bondad y sinceridad, jamás sería como Nirvana primera. Y cuando llegase su hora, abdicaría. Además, no lo haría sola, se repitió.

–¿Sabes? –dijo Alma tras una breve pausa–. Lo que más me preocupaba era no encontrar a Marlen –acercó su mano a la de Vana y entrelazó sus dedos–, pero ahora sé que desde el principio, Marlen me encontró a mí.

Vana sonrió e inclinó la cabeza levemente hacia la derecha, exactamente igual que la primera vez que, a través de otros ojos, ambas se vieron en el núcleo.

XIX. Mala hierba

Las piernas se hundían hasta las rodillas, cargaban a sus espaldas un trozo de plástico para que se borrasen las huellas y se rellenasen esos huecos que formaban sus pisadas. Telma ilusionada por vivir al fin una aventura, Silvia con la misma determinación que la había llevado a querer estudiar medicina, a ser la jefa de ese departamento en aquella urbe, o tal vez en aquel país. Se dirigían al norte, con un trozo de papel que la ventisca arrugaba, Silvia tenía apuntadas unas coordenadas. Ya falta poco, advirtió, pero eso a Telma le daba igual, era la hermana mayor la que quería llegar antes, la mayor en años que no en apariencia física, ahí la edad la superaba la décima criatura de Anavrin. Silvia se arrepintió de no haberse recogido el pelo en cuanto puso un pie sobre la nieve, el viento se lo revolvía y le dificultaba su labor de guía. Ahí, señaló Telma, es ese lugar, ¿no?, la hermana asintió. Era un pequeño oasis en todo ese desierto helado, un círculo protegido por una cúpula tecnológica, pensó Telma, en él crecían hierbas, y una pequeña habitación, como un iglú de metal, aguardaba la llegada de quienes conociesen su ubicación. Sobre la puerta, en un cartel podía leerse: «Proyecto Mala hierba». Silvia llamó a la puerta, dio tres golpes secos y gritando anunció: «Somos nosotras».

Un hombre fuerte, algo mayor que Silvia, entreabrió la puerta. Era rubio y de ojos claros, y las arrugas de su rostro delataban que vivía en sufrimiento, o penitencia. Las miró de arriba abajo.

–Si no llega a ser por Telma, no os reconozco. –Su voz era grave y desinteresada–. Algo malo ha tenido que pasar para que hayáis andado hasta aquí. O bueno. Según quien lo mire –añadió mientras abría la puerta y les indicaba que pasasen.

–Mamá ya no está –espetó Silvia, y arrastró a su hermana al interior. Esta no dejaba de mirar de un lado a otro, todo era una

novedad.

–¡Aleluya! –vaciló el hombre. Se trataba de Nico, el noveno hijo de Anavrin. El que huyó cuando su hermana pequeña enloqueció.

Vivía en un lugar oscuro, el interior olía a humedad y era frío, una luz tenue y azulada alumbraba el habitáculo sin ventanas, en las paredes varios ordenadores y muchos cables conectaban con un cilindro, uno alto, lleno de un líquido azul y algo espeso, y en su interior, el cuerpo desnudo de una mujer dormía. Es precioso, dijo Telma, no iba a ser de otra manera, recordó Silvia. Telma revoloteaba por el diminuto espacio, Nico se sentó en su cómodo sillón, que ya había cedido hasta dibujar la forma de su culo en el asiento, y Silvia comenzó a apretar botones. En uno de los ordenadores había cientos de archivos que repetían el nombre de Cleo una y otra vez, copia de seguridad 110, copia de seguridad 503, copia de seguridad 1.323. La muchacha introdujo un *pendrive* y tecleó decidida, sin mirar lo que escribía, y a su lado Telma observaba aquel cuerpo inerte, una voz robótica la distrajo, la hizo reír, iniciando descarga, repetía, la luz del cuarto parpadeó y el cilindro comenzó a vaciarse de ese líquido. Silvia cogió una barra de metal y golpeó con todas sus fuerzas los aparatos de esa habitación, Nico se sobresaltó, pero no hizo nada para detenerla, Telma reía más fuerte y la imitaba, dale con fuerza, le ordenaba su hermana, y ella emocionada por el caos que estaban creando lanzaba por los aires todo lo que encontraba, daba patadas a los cables y golpes a las pantallas, al teclado, a todo menos al cilindro que se vaciaba. Desde el asiento, Nico rio como no lo había hecho en años, y comenzó a aplaudir.

–Así que a eso has venido –dijo.

Y cuando ya no había líquido en el cilindro, se abrió, y el cuerpo desnudo de la mujer se desplomó. Las muchachas se detuvieron y la

observaron en silencio. En el suelo, hecha un ovillo, la mujer abrió los ojos.

Cuello de botella
María Dillon

Esta novela fue galardonada con el I Premio de Novela Joven LEER SUMA, convocado por la Fundación José Manuel Lara y la Fundación Cajasol, con la colaboración de Andalucía Reader Con. Formaron parte del jurado Inma Rubiales, Javier Ruescas, Alina Not e Ignacio F. Garmendia

Fundación | Cajasol

Primera edición en libro electrónico (EPUB): octubre, 2025

© María Dillon, 2025
© Fundación José Manuel Lara, 2025
Avda. Reino Unido, 11, 1ª. 41012 Sevilla (España)

Edición al cuidado de Ignacio F. Garmendia
Diseño y maquetación: Manuel Rosal
Ilustración de cubierta: © Shutterstock / Mikhail Popov
Conversión a libro electrónico: Juan José Sánchez Cotes

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

ISBN: 978-84-19132-72-7 (EPUB)

Índice

Cubierta

CUELLO DE BOTELLA

PRIMERA PARTE

I. Orden, bienestar, estabilidad

II. El salto

III. Más allá de la muralla

IV. El visitante

V. Se llaman estrellas

VI. Como las películas del viejo mundo

VII. Base Leber cuatro

VIII. Encontrar cosas era cada vez menos común

IX. El núcleo (sin aspiraciones, sin propósitos)

X. Apocalipsis

XI. Nirvana décima, la heredera, o Vana a secas

XII. Clic: más lugares fuera del mapa

XIII. Nanomosquitos

XIV. Era cuestión de perspectiva

XV. La Taberna Zurda

XVI. Es mucho más seguro ser temida que amada

XVII. Echar de menos la mala educación

XVIII. Ya no es una anavriana

XIX. La heredera

XX. Salvar a la raza humana y a la humanidad

XXI. ¿De qué nos escondemos?

XXII. El Consejo de Tressed

XXIII. El beso de un príncipe

XXIV. Leber diecinueve

XXV. Dar la vuelta a la tortilla

XXVI. En el norte siempre era de noche

SEGUNDA PARTE

I. No tener propósito era el motor de ese lugar

II. Películas de espías

III. Ea, ea

IV. El jardín marchito

V. El rescate

VI. Miles de ojos en el cielo

VII. Ser madre no es un derecho

VIII. La lanzadera

IX. Salvar a la reina

X. La Colmena

XI. La coraza

XII. Ella era el Big Bang

XIII. Judas

XIV. Amapola nunca sería Amapola

XV. Dos conciencias: una artificial y otra dormida

XVI. Bajas

XVII. Niños soldados

XVIII. Marlen

XIX. Mala hierba

Créditos